

DAD A
CIÓN C

GALVAN

LA

TERRA SANTA

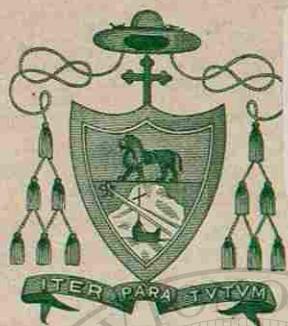
DS110

G3

V.1

C.1

011105

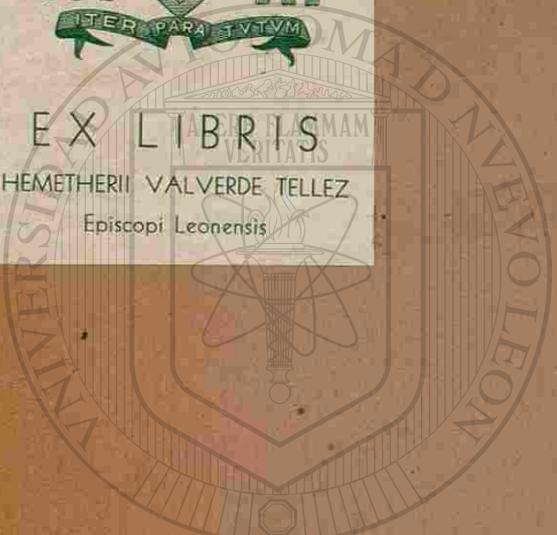


1080022398

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA
TIERRA SANTA,

ó

DESCRIPCION EXACTA DE JOPPE, NAZARETH, BELEN,

al Monte de los Olivos,

Jerusalen y otros lugares célebres en el Evangelio,

A lo que se agrega una noticia sobre otros sitios notables en la historia del Pueblo Hebreo.

Obra formada con las relaciones literales de Chateaubriand, de Michaud, del padre Guzman y de otros viajeros, y

POR

Mariano Galvan Rivera



Cas. Alfonsina
Biblioteca Universitaria

47268

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MEXICO.

Se expende en la Libreria de Recio y Altamirano, portal de Mercaderes número 7.

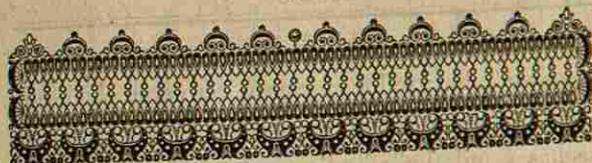


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tobo



Imprenta de Fuente Garcia Torres, calle del Espíritu Santo número 2.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



PROLOGO.

HACE muchos años que se está repitiendo, con un célebre romano, que los libros para ser buenos deben reunir lo útil con lo agradable: precisamente se trata de combinar ambas calidades en la obra que va á leerse. Nada es en efecto mas ameno que recorrer con el pensamiento rios, montes, campos, mares y ciudades en que han pasado sucesos ilustres y ruidosos, de los cuales hemos oido hablar desde los primeros años de la vida. El hombre se inclina naturalmente á lo maravilloso bien sea en las obras del arte, bien sea en las de la naturaleza, y señaladamente en aquellas en que se manifiesta un poder sobrenatural. Todo el mundo quisiera ver y

011105

tocar la esfinge enorme de Menfis, y los eternos colosos de Tebas: todos quisieran ver como el Nilo fecunda un reino entero que produce abundantes cosechas y mil flores lindas, entre las cuales brillan las rosas y las ninfeas blancas ó azules de color de cielo, al paso que las aguas del rio están pobladas de aves acuáticas, como patos y garzas blanquísimas. Todos quisieran ver unas montañas escarpadas, floridas y coronadas de hielo como el Líbano, en cuyas cuevas y quebradas se ven espigas de trigo, viñas cargadas de racimos que dan un vino delicioso, aguas puras y frescas que fecundan hermosos terrenos, cedros magníficos y encinas corpulentas. Todos quisieran pasearse por los jardines de Jafa y de Damasco, y por las orillas del soberbio Jordan, como lo llama la Biblia, á veces solitario y triste, y á veces cubiertas sus márgenes de sauces y carrizales: todos quisieran saber algunos pormenores de un mar que fué atravesado á pié enjuto por un pueblo numeroso; de otro mar cuyas aguas pesadas y tristes parecen como muertas; de un monte en que el Señor se dejó ver de espaldas por un hombre singular á quien se le confió la mayor empresa, como fué la de capitanear y llevar á una nacion por un espantoso desierto por espacio de cuarenta años; de unos países recorridos por tantos hombres prodigiosos, y escogidos por el Verbo Encarnado para vivir casi desco-

nocido; finalmente, de una ciudad, reina en otro tiempo de la Palestina, y hoy no solo destronada sino tambien semi-muerta, abatida y desfigurada á fuerza de padecer por espacio de diez y ocho siglos.

La descripcion de lugares tan célebres adquiere nuevo interes cuando estos dan lecciones útiles al género humano: unas veces fijan aquellos sitios nuestras ideas sobre la nada de las ciudades y de los imperios, y humillan irresistiblemente el orgullo del hombre, al ver que tantos legisladores, tantos sabios, tantos reyes, tantos ejércitos y tantas naciones han pasado como el polvo arrebatado por un huracan. Así pasó Nabucodonosor con sus caldeos, Alejandro con su falange, Tito con sus legiones, Godofredo con sus cruzados y Napoleon con sus republicanos. A veces manifiestan el plan vasto de la Providencia con respecto á ciertos países, ó á lo ménos despiertan ideas graves y serias sobre la conducta de la Divinidad que ha castigado la altivez, la crueldad, la supersticion y la lubricidad de algunos pueblos, ó el horrible deicidio de algun otro. Otras veces recuerdan ciertas escenas tan dulces como inocentes que derraman sobre el corazon el consuelo y la gratitud, escenas que pasaron en un pesebre, ó en una cena, en un olivar, ó en la triste cumbre de una colina.

De los viajeros unos representan secamente el pa-

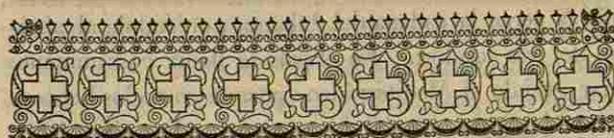
pel de filósofos, y otros tan solo el de cristianos. Sin desaprobarnos una ni otra conducta, nosotros hemos adoptado un término medio, copiando las relaciones de aquellos hombres que sin dejar á un lado la filosofía, tampoco se han desentendido de la religion. En esta combinacion feliz creemos que consiste el mérito de un viage, especialmente de Egipto y Siria, donde es casi imposible dar un paso que no suscite la memoria de un hecho ilustre y antiguo, y como se hermanan muy bien las ideas religiosas y filosóficas con las arqueológicas é históricas, resultan cuadros mas cabales, instructivos y animados.

Otra ventaja debe procurarse en esta clase de obras, y es el estilo agradable. Por nuestra parte, estamos tan léjos de tener al estilo de Chateaubriand y Lamartine por perfectos y admirables, como lo estamos de imaginarlo siempre como indigno de imitarse. Sea de esto lo que fuere, nos agradan mas las maneras apasionadas y los coloridos frescos en las narraciones de los viajeros, que la frialdad del estilo parlamentario, muy bueno si se quiere para la tribuna y la didascálica, pero bastante impropio para animar la imaginacion y agitar el corazon de los lectores. En obsequio de la verdad es preciso advertir que de las obras de Chateaubriand, el itinerario á Jerusalem es quizas en la que el autor

respira mas verdad, mas sencillez y en que se acuerda ménos de sí mismo porque estaba muy penetrado de la solemnidad y grandeza del objeto.

Sobre dar completo el viage de Palestina y Egipto, escrito por el citado autor, se ha creido conveniente llenar ciertas lagunas que aquel habia dejado en su obra, á cuyo efecto se han intercalado en los lugares respectivos pasages copiados literalmente de otros libros, de manera que á nosotros no se deben mas que las transiciones. El mismo sistema se ha seguido en la descripcion de otros lugares célebres, que sin pertenecer á Egipto ni á la Tierra Santa están íntimamente unidos con la historia del pueblo hebreo.





LA

TIERRA SANTA.

—
Vista Geográfica.

—
A NINGUN país se ha dado tanta celebridad y tan distintos nombres como á la Palestina, llamada tierra de Caná, de Israel, tierra Prometida, tierra Santa, y Siria Palestina. Esta comarca tiene por confines de la parte del medio-día las altas montañas que la separan de la atmósfera abrasadora de los desiertos de la Arabia: al poniente, inclinándose uno hácia el norte, la ciñe el Mediterráneo de donde vienen las frescas brisas, y mas

allá la cerca la cadena del Líbano, poniéndola al abrigo del frío aquilon. En el país se llama comunmente mar grande al Mediterráneo, porque como los hebreos no tenían mas que débiles nociones sobre el océano, daban el nombre de mar á los simples lagos y á todo conjunto de agua algo considerable. El interior del país está cortado por montañas y colinas que favorecen el cultivo de la viña y de los árboles frutales, presentando al mismo tiempo pasto para los rebaños. Los valles se ven bañados por el agua de algunos torrentes que bastan para el riego, á pesar de que no se conocen otros rios que el Orontes, el cual quedaria en seco durante todo el verano si no se tomase la precaucion de estancar las aguas en su alveo, y el Jordan al que el naturalista Plinio da el nombre de cristalino y hermoso rio, bastante ancho para bañar el valle que recorre (1). De esos dos rios que descienden del Líbano, se dirige el primero al norte y el segundo al sur. Son raras allí las lluvias, pero regulares, pues tienen lugar en primavera y otoño, motivo por el cual la Escritura, considerando el año como un solo día, las llama lluvia de la mañana y lluvia de tarde. Los abundantes rocíos suplen en verano á la escasez de las lluvias. Pero esa comarca, célebre por tantos títulos en la época de los judios, así por la riqueza como por la amenidad de su suelo, ya no ofre-

(1) No debe admirarnos el que algunos ilustres viajeros hayan dado otros epítetos al Jordán, reputado rio sagrado. La diversidad del punto y de la época de observacion esplica estos distintos juicios, así como pudo influir en ellos la situacion de ánimo en que se encontraban al describirle.

ce despues de las sucesivas invasiones de los árabes, de los cruzados y de los turcos, mas que el triste aspecto de un país devastado y hasta tal punto estéril, que podria dudarse de su primitiva belleza y antigua abundancia, si la Escritura, si Josefo, historiador de los judios, Estrabon, Plinio y otros escritores, no nos diesen de ello patente testimonio.

Encierra la Siria tres distintos climas; las sierras del Líbano, cubiertas de nieve, derraman saludable frescura en lo interior, mientras que las costas marítimas exhalan húmedo calor y que las llanuras cercanas de la Arabia desierta están espuestas á un ambiente seco y abrasador. En las montañas el orden de las estaciones es casi el mismo que en Francia; dura el invierno desde el mes de noviembre al de marzo, y es bastante rigoroso; pocos años deja de caer la nieve en abundancia, muchas veces, por espacio de meses enteros, cubre la tierra con muchos pies de profundidad. La primavera y el otoño son suaves, y el verano no tiene nada de insoportable. Por el contrario en las llanuras, pues así que el sol pasa por el ecuador, reinan calores escesivos hasta fin de octubre; pero en cambio es tan benigno el invierno, que pueden vegetar libremente bastantes árboles frutales muy delicados, que perecen en otros climas templados.

Si el arte ayudase á la naturaleza, se podrian reunir en Siria, dentro de un círculo de veinte leguas, las riquezas vegetales de las mas distantes comarcas. Ademas del trigo, de la cebada y del algodón que se cultivan en todas partes, se encuentran muchos objetos

útiles ó agradables propios de las varias localidades. La Palestina abunda en muchos vegetales, objeto del comercio entre varios pueblos; y hasta podría apropiarse el cultivo del café de la Arabia.

Viven en ella todos nuestros animales domésticos y además el búfalo y el camello; en sus bosques, en vez de encontrarse lobos, se oyen los rugidos de las hienas y de las onzas, fieras que los viajeros han tomado por tigres. Pero ninguno de esos animales feroces ha causado nunca males comparables á los que ocasiona la langosta; produce nubes de ella la Arabia, y oscureciendo el cielo, caen sobre los campos de la Siria asolando el reino vegetal. Los siros procuran ahuyentar la plaga por medio de la frecuente esplosion de armas de fuego; pero á poco llega para librarles de ese enemigo alado, el pájaro llamado Samarmar y el viento Sudeste que impele la plaga hácia el Mediterráneo donde se ahogan á millares aquellos animales destructores.

Abunda la caza en la Palestina; las perdices andan á bandadas, y vuelan tan torpemente, que el viajero solo necesita un palo para cazarlas; pero al propio tiempo se encuentran tambien muchos reptiles, serpientes, víboras, escorpiones y otros insectos venenosos. Cuando uno ha sido herido por ellas no puede emplearse medio mejor que la cauterizacion de la parte herida. La atmósfera está llena de moscas de toda especie, causando tal incomodidad á los caballos, á los mulos y á los camellos, que para desembarazarse de ellos se arrastran y ruedan por la tierra contra los arbustos. ¿Y qué di-

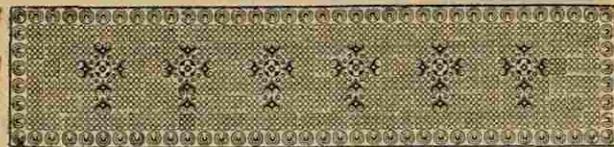
remos de las hormigas? Figurémonos un inmenso hormiguero en una estension de diez jornadas de camino; del Cairo á Jerusalem, por ejemplo, el camino está atravesado en todas direcciones por esos pequeños animales que le recorren, ya andando en busca de provisiones, ya para solazarse despues de sus trabajos diarios.

En una palabra, para gozar de la riqueza del suelo y para aumentarla incesantemente, no le falta á la Palestina mas que el goce de los beneficios de la civilizacion y el apoyo de un gobierno paternal.

(Anónimo de Barcelona.)



Vista de la ciudad de Jafa, la antigua Joppe de la Biblia



CAPÍTULO I.

JAJA.

„**E**L célebre literato Chateaubriand para satisfacer sus sabios y religiosos deseos, proyectó y verificó un viaje á Grecia y Palestina. El primer tomo de su Itinerario es relativo á sus escursiones literarias, hechas en el pais de los inmortales griegos: el segundo está destinado casi todo á la Tierra Santa y al Egipto. Embarcado en Constantinopla se hizo á la vela para la costa de Siria, y en la travesía vió de lejos algunas islas celebradas en la antigüedad, estuvo en Rhodas pocas horas y se volvió á embarcar; y á los cinco dias estando ya cerca de la tierra, blanco de sus deseos, empieza el célebre viajero, á hablar de los primeros objetos que se le presentaron á

cierta distancia pertenecientes al país que lo había arancado de Europa.”

El tiempo era tan hermoso y el aire tan templado, que todos los pasajeros pasaban la noche sobre el puente. El 3o de setiembre, estando yo durmiendo aun á las seis de la mañana, me despertó una confusa gritería: abrí los ojos y ví á todos los peregrinos que miraban hácia la proa del navío; pregunté qué era aquello, y me respondieron: Señor, el Carmelo! Se había levantado el viento el dia anterior á las ocho de la noche, y durante ella habíamos llegado á vista de las costas de Siria. Como me había echado vestido, me levanté al instante y dije que me enseñasen aquel sagrado monte. Todos se apresuraban á señalármelo con la mano; pero no podia verlo, porque los rayos del sol que salia ya por el oriente me daban de cara. Aquel instante era no menos respetable que agosto por su religiosidad: todos los peregrinos tenian el rosario en la mano, guardaban el mas profundo silencio, y ni aun se atrevian á mover, aguardando se descubriese la Tierra Santa: los papás rezaban en voz alta, y solo se oía este ruido y el del navío que con viento bonancible caminaba en aquel hermoso mar. De cuando en cuando se volvía á ver el Carmelo, y todos gritaban entonces de alegría hácia la proa. En fin, yo mismo descubrí este monte semejante á una mancha redonda debajo de los rayos del sol: entonces me arrodillé segun el uso de los latinos. No sentí en mí aquella especie de inquietud que tuve cuando descubrí las costas de Grecia; pero al ver el país originario de los israelitas y la patria

de los cristianos, me sentí penetrado de respeto y temor. Iba á desembarcar en la tierra de los milagros, donde tuvo origen la mas sublime poesía, en aquellos parages donde, aun hablando humanamente, se verificó el suceso mas admirable de cuantos han mudado la faz del universo, cual fué la venida del Mesías: iba á tocar en aquellas costas, que como yo recorrieron Godofredo de Bouillon, Raymundo de S. Giles, Tancredo el Bravo, Roberto el Fuerte, Ricardo Corazon de Leon, y aquel San Luis, cuyas virtudes fueron admiradas por los mismos infieles. Siendo yo un peregrino desconocido, ¿cómo me atreveré á pisar aquella misma tierra ennoblecida con tan ilustres peregrinos?

A medida que nos acercábamos y se levantaba el sol, se descubria mas y mas la tierra. La última punta que divisábamos á lo lejos y á nuestra izquierda hácia al norte, era la punta de Tyro; se seguía luego el cabo Blanco, San Juan de Acre, el monte Carmelo, y á su falda la ciudad de Caifa, Tartura, antes Dora, el Castillo-Peregrino y Cesarea, cuyas ruinas se ven aún. Jafa debía estar bajo la misma proa del navío, pero aun no se la veía. Despues iba bajando suavemente la costa hasta el último cabo hácia el mediodia, donde parecía desvanecerse: allí comienzan las costas de la antigua Palestina que van á juntarse con las de Egipto, estando ambas casi al nivel del mar. La tierra, de la cual podíamos distar unas ocho á diez leguas, parecia en lo general blanca con fajas negras, efecto de las sombras: nada resaltaba en la línea oblicua que venia á formar de norte á mediodia, ni

aun sebresalia el monte Carmelo, pues todo formaba como una superficie igual y mal pintada.

„El viento nos faltó al mediodia; pero se levantó de nuevo á las cuatro de la tarde. La ignorancia del piloto fué causa de que pasásemos mas allá de nuestra direccion, de manera que á toda vela caminábamos hácia Gaza, cuando algunos peregrinos, que conocian la costa, echaron de ver la equivocacion, con lo que se viró de bordo, en lo que se perdió algun tiempo y llegó la noche. Ya nos acercábamos á Jafa, y aun se veían las lúmbres de la ciudad, cuando volviendo á soplar de recio el viento de noroeste tuvo miedo el capitan, y no atreviéndose á buscar la rada de noche, volvió la proa y salió á alta mar.

Estaba yo recostado sobre la popa, y me desesperaba de verme alejar de la tierra. Media hora despues, ví á lo lejos como la reverberacion de un incendio sobre la cima de una cordillera de montañas, que eran precisamente las de Judea. La luna, que era la causa de aquella especie de fenómeno, descubrió bien pronto su espaciosa é inflamada faz por encima de Jerusalem. Parecia que una mano benéfica elevaba aquel faro sobre la cumbre de Sion, para guiarnos á la Ciudad Santa.

Al otro dia, miércoles primero de octubre al amanecer, nos hallamos abatidos á la costa casi enfrente de Cesarea, y nos fué necesario bordear hácia el mediodia, bien que teniamos viento favorable aunque corto. A lo lejos se veían las montañas de Judea formando una especie de anfiteatro. Desde estas montañas hasta la orilla del mar corria una espaciosa llanura en la que apenas se des-

cubria alguna tierra cultivada, ni mas habitacion que un arruinado y gótico castillo con un minareto abandonado. La orilla del mar la formaban tajadas, amarillentas y negras rocas, contra las que venian á estrellarse las olas haciendo espantoso ruido. El árabe vagabundo recorre esta horrorosa y desabrigada costa: sigue con ansiosas miradas al buque que descubre hácia el horizonte, esperando aprovecharse de los despojos de su naufragio en aquella misma tierra, en la que Jesucristo mandó dar de comer al hambriento y vestir al desnudo.

A las dos de la tarde volvimos en fin hácia Jafa: ya nos habian divisado desde la ciudad y enviaban un barco que nos guiase al puerto, y en él envié á Juan para que llevase las cartas de recomendacion que me habian dado los comisarios de Jerusalem en Constantinopla para los religiosos de Jafa, á los cuales escribí tambien dos letras. Una hora despues de haber partido Juan anclamos delante de Jafa, dejando la ciudad al sureste, y el minareto de la Mezquita al este cuarto sureste. Señalo aquí el rumbo del compás por una razon de bastante importancia: los buques latinos se enmaran mas, con lo que se hallan sobre un banco de rocas que pueden cortar los cables; pero los buques griegos se acercan mas á tierra, con lo que tienen un fondo menos peligroso entre la dársena de Jafa y el banco de rocas.

Jafa es solo un miserable pueblo compuesto de casas colocadas en anfiteatro en la vertiente de una elevada costa. Las desgracias que frecuentemente han afligido á esta ciudad han multiplicado sus ruinas. La circuye

por el lado de tierra una muralla que la liberta de un golpe de mano.

Pronto salieron de todos lados una multitud de caiques en busca de los peregrinos: el traje, facciones, color, y lengua de los patrones de aquellos barquichuelos, me indicaron al instante la raza árabe y las fronteras del desierto. El desembarco se hizo sin desórden alguno, aunque con la apresuracion que era regular.

En fin, ví venir un barco con mi criado y tres religiosos que me conocieron por mi traje, y comenzaron á saludarme con el mayor afecto. Aunque eran españoles, y hablaban un italiano que me era difícil entender, nos abrazamos como verdaderos compatriotas. Bajé con ellos á la chalupa, y entramos en el puerto por un agujero abierto entre las rocas, y peligroso hasta para un caique. Los árabes que estaban en la orilla, se metieron en el agua hasta la cintura para sacarnos á hombro; y sucedió allí una cosa chistosa, pues como mi criado llevase un redingote blanquizco, siendo el color blanco señal de distincion entre los árabes creyeron que era el xeque; y así le llevaron como en triunfo, mientras que yo á causa de mi vestido azul tuve que acomodarme en los hombros de un miserable mendigo.

Pasamos en seguida al hospicio de los religiosos, que es una humilde casa de madera en el puerto; pero desde la cual se goza de hermosa vista sobre el mar. Los religiosos me llevaron primero á la iglesia, donde dieron gracias á Dios de haberles enviado un hermano: admirables establecimientos cristianos, por cuyo medio

el viagero halla amigos y favorecedores hasta en los países mas bárbaros.

Los tres religiosos que salieron á recibirme se llamaban los padres Juan Truylos Peña, Alejandro Roma, y Martin Alejano, y los cuales componian entonces toda la comunidad, porque el superior ó cura D. Juan de la Concepcion estaba ausente. Al salir de la iglesia los padres me llevaron á la celdita que me habian destinado, en la que habia una mesa con recado de escribir, una cama, agua fresca, y ropa blanca, lo cual no podia menos de ser muy grato á quien acababa de salir de un buque griego lleno de doscientos peregrinos. A las ocho de la noche pasamos al refectorio, donde hallamos otros dos religiosos que habian venido de Rama, é iban á Constantinopla, y eran los padres Fr. Manuel Sanchez, y Fr. Francisco Muñoz. Dijimos en comunidad el *Benedicite*, despues del *de profundis*, recuerdo de la muerte que el cristianismo mezcla con todas las acciones de la vida para hacerlas mas graves, así como los antiguos lo mezclaban en sus banquetes para dar mayor realce á sus placeres. Me pusieron en una mesita aparte y muy aseada, y me sirvieron aves, pescados, y exquisitas frutas, como granadas, sandías, uvas y delicados dátiles, con cuanto vino de Chypre y café de Levante quise tomar. Y mientras que de este modo se me regalaba, los pobres religiosos cenaban un poco de pescado sin sal y sin aceite. Se manifestaban alegres con decencia, y familiares con urbanidad; ni hacian preguntas inútiles y de vana curiosidad, pues solo se trataba de mi viage y de las

medidas que habia que tomar para que yo lo concluyese con toda seguridad, pues me decian: „Ahora respondemos de vos á vuestra patria.” Habian enviado un propio al xeque de los árabes de la montaña de Judea, y otro al padre procurador de Rama, y me decia el padre Muñoz: „Os recibimos con *corazon limpio é bianco.*”

Inútil cosa era el que este religioso español me asegurase de sus sinceras intenciones, pues fácilmente lo conocia yo en el candor de su rostro y miradas.

Esta tan cristiana y caritativa acogida en una tierra en la que tuvieron su origen el cristianismo y la caridad; esta apostólica hospitalidad en unos parages en que el primer apóstol predicó el evangelio, me penetraban hasta el corazon, y me hacian acordar de que otros religiosos me habian recibido tan cordialmente en los desiertos de América. Y en esto tienen tanto mas mérito los religiosos de Tierra Santa, cuanto que ejerciendo la ilimitada caridad de Jesucristo con los peregrinos de Jerusalem, conservan para sí solos la Cruz que fué plantada en aquellos parages. Este padre del corazon *limpido é bianco* me aseguraba tambien que la vida que hacia cincuenta años llevaba allí, le parecia *un vero paradiso*. ¿Y quereis saber lo que era este paraíso? Malos tratamientos de continuo, violentas esacciones, y amenazas de paños, prision y aun muerte. Estos religiosos en la última fiesta de la pascua de Resurreccion hubieron de lavar la ropa del altar, y el agua impregnada de almidon corrió fuera del hospicio y blanqueó una piedra: pasó por allí á poco un turco, y reparando en la piedra, fué

á dar parte al cadí de que los padres habian compuesto su casa. El cadí vino al instante, y declaró que la piedra que era negra se habia puesto blanca, y sin escuchar las razones de los religiosos les sentenció á pagar diez bolsas. El día antes de mi llegada á Jafa, un criado del agá delante de su mismo amo, amenazó al padre procurador del hospicio de que le ahorcaria; y el agá se estaba en tanto retorciendo los bigotes con suma sorna, sin dignarse decir una sola palabra en favor del *perro*, que así llaman ellos por desprecio á los cristianos. Y este es el verdadero paraíso de unos religiosos, que algunos viajeros aseguran que son como pequeños soberanos en la Tierra Santa, y que gozan de los mayores honores. A las diez de la noche me llevaron los padres á mi celda pasando por un claustro muy largo. Las olas azotaban con fuerza las rocas del puerto, lo que formaba terrible ruido, por manera que como la ventana estaba cerrada parecia una tempestad; pero así que se abrió vimos el cielo muy despejado, la luna clara, el mar sosegado, y el navío de los peregrinos anclado. Sonriéronse los religiosos de la sorpresa que aquello me causaba, y yo les dije en mal latin: *Para los religiosos este espectáculo es una semejanza del mundo; por mas que brame la mar, para ellos siempre son agradables las olas, porque para un espíritu sereno todo es tranquilidad.*

Pasé parte de la noche contemplando aquel mar de Tyro, que la Escritura llama el Mar Grande, y por el que iban las escuadras del rey profeta cuando traían los cedros del Líbano y la púrpura de Sidon; este mar donde

Leviathan deja huellas como abismos (1), este mar á quien el Señor puso límites y puertas (2), este mar que vió á Dios, temió y huyó (3). No era aquel bravo océano del Canadá, ni las risueñas olas de Grecia: hacía el mediodía se veía aquel Egipto donde el Señor entró en una ligera nube para secar los canales del Nilo y derribar los ídolos (4). Hacia el norte se elevaba aquella reina de las ciudades, cuyos mercaderes eran príncipes (5). „Ahullad, naves del mar, porque destruida fué vuestra fuerza... herida está la ciudad de las vanidades: cerradas están todas sus casas y nadie entra en ellas... porque los hombres que permanezcan en estos parages serán como aquellas aceitunas que quedan en el árbol despues de recogido el fruto, ó los racimos despues de la vendimia.” Y este ya es otro género de antigüedades explicadas por otro poeta, pues Isaías viene ahora á ocupar el lugar de Homero.

Ademas de esto, el mar que estaba contemplando bañaba á mi derecha los campos de Galilea, y á mi izquierda los valles de Ascalon: en los primeros hallaba yo las tradiciones de la vida patriarcal y del nacimiento del Salvador, y en los segundos los recuerdos de las cruzadas, y las sombras de los héroes del poema de la Jerusalen.

(1) Job.

(2) El mismo.

(3) Salmo.

(4) Isaías cap. XIX. 1.

(5) Id. cap. XXIII. 14. XXIV. 10. 15.

„Grande e mirabil cosa era il vedere
Quando quel campo, e questo à fronte venne:
Come spiegate in ordine le schiere,
Di mover già, già d'assalire aecenne.
Sparse al vento ondeggiando ir le bandiere
E ventolar su i gran cimier le penne:
Abiti, e frégi, imprese, arme, e colori
D'oro e di ferro, al sol lampi, e fulgori.”

„Grande y admirable cosa era el ver acercase de frente ambos campos, y como los batallones se colocan por su orden ansiosos de moverse y de combatir. Ondeán en el aire las banderas y los penachos sobre altas cimeras: relumbran y resplandecen con los rayos del sol las ropas, los bordados, las divisas, los colores y las armas de oro y de hierro.”

Y Juan Bautista Rousseau nos pinta en seguida las resultas de esta jornada.

Despues de tantos estragos, la Palestina vió, en fin, huir á sus enemigos cual las nubes ante el aquilon; y el voraz soplo del viento meridional apenas acabó de consumir sus huesos emblanquecidos en los campos de Ascalon.

Dolor me causaba el dejar de contemplar aquel mar que tantas y tan sublimes cosas me recordaba; pero fué menester ceder al sueño.

Al otro dia por la mañana, que lo era el 2 de octubre, llegó el padre Fr. Juan de la Concepcion, cura de Jafa y presidente del hospicio. Quise salir á dar una

vuelta por la ciudad y ver al agá, que me habia enviado un recado de atencion por mi llegada; pero me disuadió de ello el padre presidente, diciéndome:

„No conoceis á estas gentes: lo que os parece una atencion es una verdadera asechanza. Solo os ha enviado esa visita para saber quién sois, y si teneis riquezas que os puedan robar. ¿Quereis ver al agá? Será menester que le lleveis algunos regalos, y aunque no querais, os dará una escolta para Jerusalem: el agá de Rama aumentará esta escolta, y los árabes creyendo que un franco muy rico va en peregrinacion al Santo Sepulcro, aumentarán los derechos del cafaró, ú os acometerán. A las puertas de Jerusalem encontrareis acampado al bajá de Damasco, el cual ha venido á sacar las contribuciones ántes de partir á la Meca, mandando la caravana: vuestro séquito causará recelos á este bajá, y os sujetará á mil esacciones. Cuando llegueis á Jerusalem os pedirán tres ó cuatro mil piastras por vuestra escolta. Luego que el populacho sepa vuestra llegada, os acometerá de tal modo, que aunque tuviéseis millones no podríais contentarlos. Se llenarán las calles de gentes que no os dejarán pasar, y os esponeis á que os hagan mil pedazos ántes de llegar á los Santos Lugares. Seguid mis consejos: mañana nos vestiremos en trage de peregrinos é iremos juntos á Rama, donde tendré respuesta á mis cartas, y si es favorable partireis de noche, y llegareis con toda seguridad y á poca costa á Jerusalem.

Apoyó el padre estas reflexiones con mil ejemplos, y entre otros, con el de un obispo polaco, á quien un ex-

terior demasiado rico estuvo á pique de costarle la vida dos años antes. Y solo refiero estas cosas para manifestar hasta qué grado de corrupcion han llegado en aquel desgraciado pais el ansia de oro, la anarquía, y la barbarie.

Confiado, pues, en la experiencia de mis religiosos, no salí del hospicio, en donde pasé todo el dia muy agradablemente en conversacion con ellos. Allí vinieron á visitarme el Sr. Contessini, que pretendia el vice-consulado de Jafa, y los señores Damiens padre é hijo, descendientes de Francia, y los cuales habian servido en S. Juan de Acre á Djezzar. Me contaron cosas muy curiosas sobre los últimos sucesos de Siria, y me hablaron de la fama que nuestros ejércitos habian dejado en aquellos desiertos. Cuando los hombres se hallan fuera de su pais, se alegran mucho mas de oírle celebrar que cuando están dentro; y así se ha visto que los emigrados franceses celebraban unas victorias, que parecian condenarles á perpetuo destierro de él (1).

Cuando volví de Jerusalem me detuve cinco dias en Jafa, y tuve tiempo de ver bien toda la ciudad; y aunque parece deberia dejar para entonces el hablar de ella, lo haré aquí para el órden de mi viage, ademas de que entonces no agrada tanto á mis lectores esta descripcion, por venir despues de la de los Santos Lugares. Jafa se llamaba antes Jope, lo que significa hermosa y graciosa,

(1) Lo mismo sucedió á Jacobo II cuando el combate de Hogue, no obstante que por él perdía un reino.

pulchritudo aut decor, dice Adrichômio. D'anville deriva el nombre actual de Jafa de una forma primitiva de Jope, que es Jafo (1); y advertiré con este motivo que en el pais de los hebreos habia otra ciudad llamada Jafa, que tomaron los romanos; por lo que tal vez se dió despues este nombre á Jope. Si hemos de creer á varios intérpretes, y aun al mismo Plinio, el origen de esta ciudad sube á la mas remota antigüedad, pues que dicen que Jope fué edificada antes del diluvio. Tambien se dice que en Jope fué donde Noé entró en el arca, y que luego que se retiraron las aguas y partió la tierra entre sus hijos, dió á Sem, que era el mayor, todas las tierras que dependian de la ciudad fundada por su tercer hijo Japhet. En fin, segun las tradiciones del pais, en Jope está enterrado el segundo padre del género humano.

Segun Poccoke, Shaw, y tal vez D'anville, Jope tocó en suerte á Ephraim, y formó la parte occidental de esta tribu con Ramlé ó Rama y Lydda. Pero otros autores, entre ellos Adrichômio, Roger, &c. ponen á Jope en la tribu de Dan. Las fábulas de los griegos se extendieron tambien hasta estas costas. Decian que Jope traía su nombre de una hija de Eolo, y en estas cercanías ponian el suceso de Perseo y Andrómeda. Segun Plinio, Scauro trajo de Jope á Roma los huesos de aquel monstruo marino que Neptuno envió contra ella. Pausanias dice que cerca de Jope se veía una fuente donde Perseo se lavó la sangre con que le habia salpicado aquel

(1) En Siria pronuncian Yafa.

monstruo, de donde provino que el agua de la fuente quedó teñida de color rojizo; y en fin S. Gerónimo dice que en su tiempo enseñaban aun las gentes del pais la roca y la cadena adonde suponian habia estado atada Andrómeda.

En este puerto entraban las escuadras del rey Hyran, que venian cargadas de cedros para el templo de Salomon, y aquí fué donde se embarcó el profeta Jonás, cuando huía de la ira del Señor. Jope fué tomada cinco veces por los egipcios, los asirios, y los diferentes pueblos que guerrearon contra los judíos, antes que los romanos pasasen al Asia. Fué luego una de las once Toparchías donde se adoraba el idolo Ascarlen. Judas Macabeo quemó esta ciudad, porque sus habitantes habian degollado doscientos judíos. Estando en ella S. Pedro resucitó á Tabitha, y habitando en casa de Simon coriario, ó el zurrador, recibió á los que habian venido á verle desde Cesarea. Al principio de la guerra judaica, Jope fué destruida por Cestio. Habiendo unos piratas vuelto á levantar sus murallas, Vespasiano la destruyó de nuevo, y puso guarnicion en la ciudadela.

Hemos visto que Jope duraba aun dos siglos despues, en tiempo de S. Gerónimo, quien la llama Jafo, y con toda Siria sufrió el yugo de los sarracenos. Tambien hallamos noticias de ella en los historiadores de las Cruzadas. El anónimo que comenzó la coleccion *Gesta Dei per Francos*, cuenta que hallándose el ejército de los cruzados bajo las murallas de Jerusalem, Godofredo de Bouillon envió á Raymundo Pilet, Acardo de Mom-

mellu, y á Guillermo de Sabran, pará que guardasen los navios genoveses y pisanos que habian llegado al puerto de Jafa: *Qui fideliter custodirent homines et naves in portu Japhiae.* El judío Benjamin de Tudela habla tambien de ella hácia esta época con el nombre de Gapha: *A cinco leguas de allí está Gapha, en otro tiempo Japho, llamado por otros Joppe, á la orilla del mar, en aquella solo hay un judío que tiene lana.* Saladino echó de Jafa á los cruzados, y Ricardo Corazon de Leon echó luego á Saladino. Los sarracenos volvieron á entrar en ella y degollaron á los cristianos. Pero la primera vez que S. Luis fué á la conquista de la Tierra Santa, ya no estaba esta ciudad en poder de los infieles, si no de Gautiero de Briena, que tomaba el titulo de conde de Jafa, segun este pasage del Sire de Joinville en frances antiguo.

„Y cuando el conde de Jafa vió que el rey venia, arregló y puso su castillo de Jafa en tal punto, que muy bien se semejaba á una buena ciudad defensible; pues en cada una de sus almenas habia muy bien quinientos hombres, y cada uno de ellos tenia una tablachina con sus armas, lo cual era muy hermoso á la vista, pues estas armas eran de oro finísimo, con una muy rica cruz de gules. Nos acampamos en derredor de este castillo, que estaba al ras del mar, y en una isla, y el rey hizo comenzar á edificar un pueblecito junto al castillo de uno á otro mar, en cuanto habia de tierra.”

La reina, esposa de S. Luis, dió á luz en Jafa una niña, á la que se dió el nombre de Blanca; y en la misma

ciudad recibió el santo rey la noticia de la muerte de su madre, y al oirla se arrodilló, y dijo: „Os doy gracias, Dios mio, de que me habeis conservado á mi querida madre todo el tiempo que ha sido vuestra divina voluntad, y de que ahora os place llevarla para vos. Es verdad que la amaba mas que á todas las criaturas del mundo, y lo merecia; pero pues que vos me la habeis quitado, sea bendito vuestro nombre en toda la eternidad.”

Miéntas los cristianos fueron dueños de Jafa, hubo en ella un obispo sufragáneo de la silla de Cesarea; pero cuando tuvieron que salir enteramente de la Tierra Santa, Jafa volvió á caer con toda Palestina bajo el yugo de los soldanes de Egipto, y despues bajo la dominacion de los turcos.

Desde aquella época hasta la presente hallamos el nombre de Jope ó Jafa en todos los viages á Jerusalem; pero la ciudad, cual en el dia se ve, no tiene mas de un siglo de antigüedad; pues que Monconys que estuvo en Palestina en 1647, no halló en Jafa mas que un castillo y tres cuevas abiertas en la roca. Thevenot añade que los religiosos de Tierra Santa habian levantado delante de estas cavernas unas barracas de madera, y que los turcos se las hicieron derribar; y de este modo se entiende un pasage de la relacion de un religioso veneciano, el cual dice que cuando llegó á Jafa encerraban á todos los peregrinos en una cueva. Los demas viajeros convienen unánimemente en el corto recinto y suma miseria de Jafa.

Se puede leer en Mr. de Volney todo lo perteneciente á la Jafa moderna, á la historia de los sitios que ha sufrido durante las guerras de Dáher y de Ali-Bey, y lo demás acerca de sus esquisitas frutas y deliciosos jardines; y yo añadiré aún alguna cosa, y hablaré de los sucesos posteriores.

Ademas de las dos fuentes de Jafa de que hablan los viajeros, se halla agua dulce á todo lo largo del mar subiendo hácia Gaza, y basta ahondar un poco con la mano en la arena, para que salte á la orilla misma del agua del mar una fuente fresca y cristalina.

Jafa, tan maltratada ya en las guerras de Dáher, ha sufrido mucho en estos últimos tiempos. Los franceses mandados por Bonaparte la tomaron por asalto en 1799; y cuando se volvieron al Egipto, los ingleses unidos con las tropas del gran visir levantaron un baluarte en el ángulo sureste de la ciudad, y fué nombrado gobernador de ella un favorito del gran visir llamado Abou-Marra. Luego que partió de allí el ejército otomano, vino á poner sitio á Jafa Djeddar, bajá de Acre, enemigo del gran visir. Abou-Marra se defendió valerosamente durante nueve meses, y pudo escapar por mar: las ruinas que se ven al oriente de la ciudad son las resultas de aquel sitio. Despues de la muerte de Djeddar, Abou-Marra fué nombrado bajá de Gedda, en las costas del mar Rojo. El nuevo bajá tomó la ruta por Palestina, y haciéndose rebelde, como muy á menudo sucede en Turquía, se detuvo en Jafa negándose á pasar á su gobierno. El bajá de Acre, Suleiman-Bajá,

segundo sucesor de Djeddar (1), tuvo orden de acometer al rebelde, y se puso de nuevo sitio á Jafa. Despues de una débil resistencia, Abou-Marra se amparó de Mahamet-Bajá-Adem, á quien entónces acababan de nombrar bajá de Damasco.

Jafa, que forma una especie de anfiteatro, tiene un aspecto muy triste, y sus calles son bastante sucias; pero nada es mas agradable que los jardines y el bosque de naranjos de sus alrededores. Su golpe de vista es mágico, dice Lamartine, cuando uno la mira por la parte del desierto. Al poniente, los pies de la ciudad están bañados por el mar entre olas de espuma sobre escollos que rodean su puerto. Del lado del norte la rodean deliciosos jardines que parecen salir como por encanto del desierto, para coronar y dar sombra á sus baluartes; uno camina debajo de una bóveda alta y olorosa de un bosque de palmeras y de granados, de cedros marítimos con sus hojas dentelladas, de naranjos, de higueras y de altos limoneros, cuyas ramas se doblan al peso de sus frutos y de sus flores; el aire es un perfume levantado y esparcido por la brisa del mar; el suelo se ve blanco de flores de naranjo que el viento barre como en nuestro clima lo hace con las hojas secas en otoño; de trecho en trecho se divisan fuentes con mosaicos de mármol y con grandes pilones, que ofrecen una agua cristalina al viajero, rodeados siempre de un grupo de mugeres que se

(1) El sucesor inmediato de Djeddar se llamaba Ismael-Bajá; y también se apoderó del mando á la muerte de Djeddar.

lavan los pies y llenan de agua varios cántaros de forma antigua. La ciudad elevaba á las nubes sus blancos minaretes, sus afligranadas azoteas, sus ventanas moriscas, por entre el seno de ese océano de arbustos balsámicos, separándola del oriente un fondo blanco de arena que ofrece á las miradas, detrás de ella, el inmenso desierto que la separa del Egipto."

„Los inmensos trabajos de San Luis solo fueron destruidos en 1776 en cuya época, despues de un sitio de cuarenta y seis dias, fué tomada la plaza por Mahmoud y pasados á cuchillo todos sus habitantes."

„En 1799 la grande mezquita de Jafa estaba llena de moribundos, porque la peste hacia horribles estragos en la ciudad. Un hombre pequeño, de rostro amarillo, conciso en sus palabras é imperioso, entra, habla á esos apestados y los toca.... No sanaron, pero murieron consolados. El cuadro del célebre pintor Gros ha immortalizado este hecho presentándonos á Bonaparte entre los apestados de Jafa."

„Hoy dia pertenece la ciudad al virey de Egipto, pues su hijo Ibrahim Bajá se ha apoderado de ella por astucia á par que con actividad. Por la parte de tierra rodea á la ciudad una muralla que viene á dar al mar, poniéndola al abrigo de un golpe de mano."

„En Jafa es en donde el viagero empieza á encontrar mugeres cubiertas hasta los pies con una especie de toca negra ó de un verde amarillento que apenas deja traslucir sus facciones. No es un espectáculo muy agradable para un europeo poco acostumbrado á tan extra-

ño traje. Las botas amarillas que las sirven de calzado no hacen por cierto mas agradable su aspecto; pero á pesar de esto saben llevar con bastante gracia una especie de manto de algodón blanco que las llega hasta los pies. Las mugeres pobres dan grima á cuantos las miran, pues se aplican sobre la nariz y la boca un mugriento lienzo, y no dejan á descubierto mas que sus ojos muchas veces enfermizos."

„El convento de los padres de la Tierra Santa, acaba de ser reedificado en 1831 con materiales sacados de las ruinas de Cesaréa, cuyos edificios habia Herodes levantado con hermoso mármol, y que se encuentra distante veinte leguas. La Providencia ha querido que las piedras que sirvieron al rey de Judea para fundar una ciudad en honor de Augusto, hayan sido empleadas en la construccion de un templo dedicado á aquel niño cuyo nacimiento alarmó tanto al principe judio y cuya muerte se procuró por todos medios. Si bien que reedificado de nuevo el convento de Jafa á toda costa, se parece á los demas de la Tierra Santa, y ofrece el aspecto de una fortaleza, de un castillo del siglo diez. Compónese de piedras amontonadas, y no mas."

„Pero al ménos es un gran consuelo para el viagero cristiano el encontrar en la primera ciudad de Palestina un asilo seguro de religiosos hospitalarios y bondadosos, siempre dispuestos, á pesar de su miseria, á recibirle con un corazon limpio é blanco, así como lo es tambien el oír, despues de una larga travesia, los cánticos de la iglesia, y el asistir á unas ceremonias que enter-

necen, mientras que al rededor del Santuario resuenan los profanos pasos de una poblacion compuesta de turcos y de egipcios.

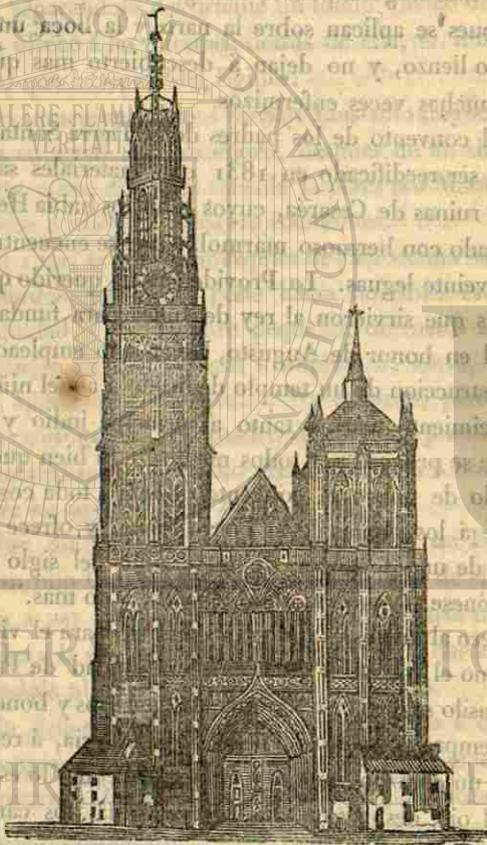
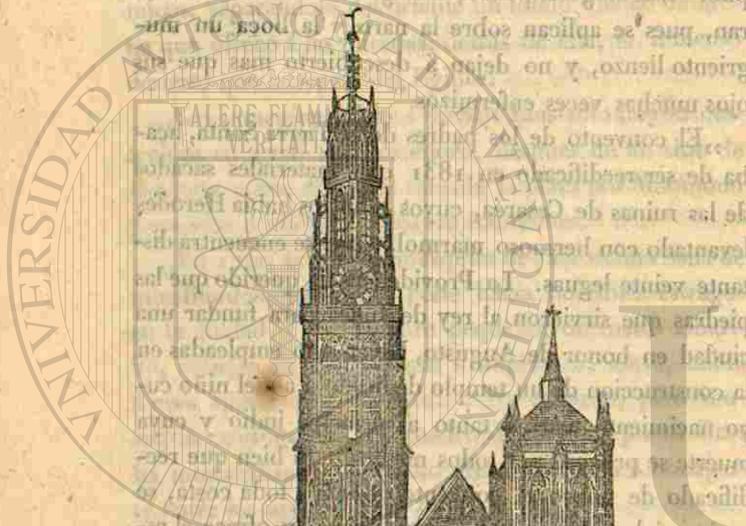
Las mujeres ropas con...

El convento de...

de las ruinas de...

La Provincia...

La consagracion...



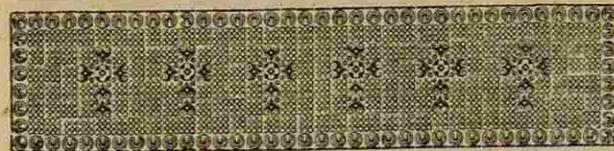
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Vista de la ciudad de Ascalon



CAPÍTULO II.

ASCALON.

¡PUEDE asimismo entrarse en la Judea por la pequeña ciudad de Ascalon conquistada en otro tiempo por Judas Macabeo, edificada á la orilla del mar, y no ménos considerable en la época de los judíos que la famosa Gaza cuyas puertas se llevó Samson. Los peregrinos han abandonado la antigua ciudad de los Filisteos desde que no les ofrece mas que un conjunto de ruinas; pero esas ruinas son preciosas á los ojos del sabio, y en ellas se notan en nuestros dias altas columnas de granito enviadas del palacio de Herodes, llamado el Ascalonita, á quien debe la ciudad los edificios que mas la adornaron. Admírase ademas un profundísimo algibe en el

cual puede bajarse á caballo por medio de un camino abovedado. A cada paso se encuentran en esta abrasadora y arenosa comarca, como en casi todo el oriente, inmensos trabajos emprendidos, y las mas minuciosas precauciones tomadas por los conquistadores del pais para proveer de agua, tan rara como necesaria, á los hombres y á los animales."

„En el siglo XII fué tomada Ascalon por Balduino IV; este, lleno de confianza en la santa cruz que hacia llevar delante de sí, atacó y ahuyentó con solo cuatrocientos hombres á veinte y seis mil ginetes del ejército beduino: el instrumento de nuestra salvacion, segun expresion de los cronistas, parecia elevarse hasta el cielo y cubrir con su sombra todo el horizonte."

„Al llegar los cruzados á Ascalon en 1192, dice Michaud, no encontraron mas que piedras amontonadas, pues Saladino habia mandado destruir la poblacion despues de haberlo consultado con los Cadis. Con sus propias manos trabajó en el derribo de las torres y de las mezquitas; y no obstante, un autor árabe, deplorando semejante catástrofe, nos dice que el mismo sultan se sentó y lloró sobre las ruinas de la esposa de Siria. El ejército reunido trató de reedificar la ciudad en una época en que todos los peregrinos estaban llenos de ardor y de celo. Los nobles como los plebeyos, los individuos del clero como los legos, los gefes como los soldados, trabajaban á una, pasándose de mano en mano las piedras y los escombros, miéntras que Ricardo corazon de Leon, que mandaba en gefe, los animaba, ora

trabajando con ellos, ora arengándoles, ora distribuyendo dinero á los pobres. Los cruzados, al modo como se nos representa á los judíos reconstruyendo el templo de Jerusalem, llevaban en una mano los instrumentos de albañilería y en la otra la espada. Tenian que estar alerta para rechazar las acometidas del enemigo, y aun algunos de ellos hacian frecuentes correrias en territorio de los sarracenos. En una de estas escursiones, Ricardo rescató con la espada mil doscientos prisioneros cristianos que ayudaron en sus trabajos á los cruzados. Pero no tardaron en oirse murmullos en el ejército, pues Leopoldo de Austria, acusado por el rey de Inglaterra de permanecer ocioso con sus alemanes, respondió que no era carpintero ni albañil. Muchos caballeros á quienes ocupaba asimismo en llevar piedras, se indignaron al fin contra Ricardo, diciendo en alta voz que no habian pasado al Asia para reconstruir un miserable pueblo, sino para conquistar la ciudad Santa, y el duque de Borgoña abandonó repentinamente el ejército, siguiéndole la mayor parte de los cruzados franceses. Para colmo de desgracias se renovaron las reyertas intestinas, que por tanto tiempo habian traído revueltos entre sí á los cruzados."

Oíase ahora una elocuente profecía de Jeremías contra Ascalon y otros lugares.

„Palabra que el Señor dijo á Jeremías profeta contra los philisteos, ántes que Pharaon se apoderase de Gaza."

„Esto dice el Señor Dios: Hé aquí que vienen aguas

ó tropas del Norte, á manera de un torrente que todo lo inunda, y cubrirán la tierra, y cuanto hay en ella, la ciudad y los habitantes: los hombres darán gritos, y aullarán todos los moradores de la tierra."

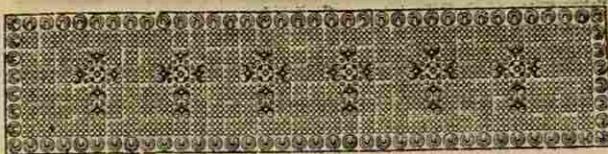
„Al oír el estruendo pomposo de las armas, y de los combatientes, y del movimiento de sus carros armados, y de la multitud de sus carruages: los padres, perdido todo el aliento, no cuidaban ya de mirar por sus hijos."

„Porque ha llegado el día en que serán exterminados todos los filisteos, y serán arruinadas Tyro y Sidon, con todos sus auxiliares que le quedaban; pues el Señor ha entregado al saqueo los filisteos, restos de la isla ó provincia marítima de Cappadocia."

„Gaza lleva rapada su cabeza, Ascalon no se atreve á desplegar sus labios, y lo mismo el resto de sus valles. ¿Hasta cuándo te sajarás ó rasgarás tus carnes?"

„Oh espada del Señor, ¿no descansarás tú nunca? Éntrate otra vez en tu vaina, mitiga ese ardor, y estate queda."

„Mas ¿cómo estará ella quieta, cuando el Señor le ha dado sus órdenes contra Ascalon, y contra sus regiones marítimas, y le ha mandado que obre contra ellos?"



CAPÍTULO III.

RAMA.

AGUARDABA impaciente (sigue Chateaubriand á quien habíamos dejado por un rato) el instante de mi partida para Jerusalem. El día 3 de octubre á las cuatro de la tarde, mis criados se pusieron unos sacos hechos de pelo de cabras, que se fabrican en el Egipto superior, y semejantes en todo á los que llevan los beduinos, y yo me puse otro encima de mi vestido, y montamos en unos caballos que llevaban albardones por sillas, sirviéndonos unas sogas de estribos. El presidente del hospicio iba al frente como si fuese un hermano lego: un árabe casi en cueros nos servia de guía, y otro cuidaba del borricuelo donde iban los equipages. Salimos por la puer-

ta falsa del convento, y nos dirigimos á la de la ciudad que cae al mediodia, por entre las ruinas y escombros de las casas que fueron destruidas en los últimos sitios que padeció la ciudad. Llevábamos el camino por entre unos jardines, que en otro tiempo debian ser deliciosos, y que han alabado algunos viajeros modernos; pero han sido destruidos por los diferentes partidos que se han disputado las ruinas de Jafa. Sin embargo, aun quedan algunos granados, higueras de Faraon, limoneros, palmeras y bosquecillos de nopales, ó higueras chumbas y de manzanos, que tambien se cultivan en las cercanias de Gaza, y aun en el convento del monte Sinay.

Entramos en la llanura de Saron, cuya hermosura alaba la Sagrada Escritura. Cuando el padre Neret pasó por allí en abril de 1713, estaba cubierta de tulipanes, cuyos variados colores, dice, formaban una muy agradable vista. Las flores que cubren por la primavera estos célebres campos, son las rosas blancas y encarnadas, los narcisos, las anémonas, los lirios blancos y amarillos, los alelies, y una especie de siempreviva muy olorosa. Esta llanura se extiende por toda la costa del mar desde Gaza al mediodia hasta el monte Carmelo al norte: al levante la ciñen las montañas de Judea y de Samaria. No es igual en toda su extension, pues forma cuatro vegas separadas unas de otras por una cordillera de estériles rocas. El terreno viene á ser una arena finísima, ya blanca, ya rojiza, y sin embargo muy fértil; pero gracias al despotismo de los musulmanes, no produce mas que cardos y maleza, y solo se ven de cuando

en cuando algunos miserables plantíos de algodonerros, de cebada y de trigo. De grande en grande distancia se ven algunos lugarejos arruinados, y algunos olivares y bosquecillos de sicómoros. Al medio del camino, desde Jafa á Rama, se halla un pozo del que hablan todos los viajeros. Cerca de este pozo hay un olivar, que la tradicion del pais dice fué plantado en tiempo de Godofredo de Bouillon. Desde este parage se descubre la ciudad de Rama, ó Rámata, situada en un parage delicioso al fin de una de estas vegas. Antes de entrar en la ciudad nos apartamos del camino para ver una cisterna que fué edificada por la madre de Constantino (1). Se baja á ella por veinte y siete escalones: tiene treinta y tres piés de largo y treinta de ancho, y la sostienen veinte y cuatro arcos, entrándole las aguas por otras tantas bocas ó agujeros. Desde allí, y pasando por un bosquecillo de nopales, llegamos á la torre de los Cuarenta Mártires, que ahora es solo el minareto de una mezquita abandonada; pero ántes fué el campanario de un monasterio del que quedan aun muy hermosas ruinas, que consisten en especies de pórticos muy semejantes á los de las caballerizas de Mecenas en Tibur, hoy Tivoli. Dicese que S. José, la Virgen y el Niño se detuvieron aquí cuando la huida á Egipto; y en efecto seria un paisage muy hermoso para copiado en un cuadro del descanso de la San-

(1) Si hemos de creer las tradiciones del pais, Santa Helena habrá edificado todos los monumentos de la Palestina, lo que no conviene con la mucha edad de esta princesa cuando hizo el viage á Jerusalem. Pero sin embargo, es cierto por el unánime testimonio de Eusebio, S. Gerónimo y todos los historiadores eclesiásticos, que Santa Helena contribuyó mucho á restablecer los Santos Lugares.

ta Familia, y muy semejante al admirable cuadro de Claudio el Lorenés, que está en el palacio Dória en Roma.

Sobre la puerta de la torre se lee una inscripcion árabe que copió Volney, y allí cerca hay una antigüedad milagrosa que describió Muratori. Despues de haber visto estas ruinas, pasamos cerca de un molino abandonado, que Mr. de Volney cita como el único que vió en Siria: pero en el dia hay muchos mas. Bajamos al pueblo de Rama y fuimos al hospicio de los religiosos de Tierra Santa, el cual habia sido saqueado y maltratado cinco años ántes: me enseñaron el sepulcro de un religioso que fué muerto en aquella ocasion. En fin, los padres habian logrado el permiso de hacer en él las reparaciones mas urgentes.

En Rama recibí muy buenas noticias, pues hallé allí al dragoman del convento de Jerusalem, que el guardian enviaba á mi encuentro; y al mismo tiempo el caudillo árabe, á quien los padres habian avisado, y que debia servirme de escolta, estaba aguardándome por aquellos campos, pues el agá de Rama no permitia á los beduinos que entrasen en la ciudad. La mas poderosa tribu de las montañas de Judea reside en la aldea de Jeremías, y abre ó cierra segun le place, el camino de Jerusalem á los peregrinos. El xeque de esta tribu hacia muy poco tiempo que habia muerto, dejando por tutor de su hijo Utman al tio de este Abou-Gosh, el cual tenia dos hermanos llamados Djiaber y Ibraim-Habd-el-Rouman, los cuales me acompañaron á mi vuelta

Se dispuso que yo partiria á media noche, y como aun era de dia, cenamos en el terrado del convento. Los monasterios de Tierra Santa se parecen á unas fortalezas macizas y aplastadas, y de ningun modo se semejan á los monasterios de Europa. Gozábamos de una hermosa vista desde aquellos terrados: las casas de Rama son unas chozas de tierra y yeso, que rematan en media naranja como la de una mezquita, ó el sepulcro de algun santón: parecen colocadas en un bosque de olivas, de higueras y de granados, y están en medio de grandes nopales de formas muy variadas y raras, desordenadamente amontonadas sus espinosas palas. De entre este confuso monton de árboles y casas se elevan en los aires las mas hermosas palmeras de Idumea. Principalmente habia en medio del patio del convento una tan corpulenta y hermosa, que no me cansaba de mirarla, pues se remontaba como una columna de mas de treinta piés de alto, desplegando luego con gracia sus encorbadas ramas, que cubrian los racimos de dátiles medio maduros y tan encarnados como un coral.

Rama es la antigua Arimathías, ó ("Arimatea") patria de aquel hombre justo que tuvo la dicha de dar sepultura á nuestro Señor. En Lod, Lidda, ó Dióspolis, que es una aldea á media legua de Rama, fué donde S. Pedro sanó á Enea el paralítico.

„Los peregrinos del occidente, que se dirigian á Jerusalem ántes de las cruzadas, pasaban frecuentemente por Rama, primera ciudad de la Palestina que cayó en poder de los cruzados. Al mirar las vastas y fértiles lla-

nuras que se estienden por los alrededores, recuerda uno las varias batallas que en ella se han dado. Allí fué donde en tiempo de Balduino I, rey de Jerusalem, perecieron con las armas en la mano, un duque de Borgoña y un conde de Blois, pudiendo apenas escapar como por milagro el mismo Balduino. El ejército de Ricardo, después de la batalla de Arsur, acampó dos veces en las llanuras de Rama; de este punto es de donde partía el rey de Inglaterra, ya para ir á sorprender las carabanas enemigas por el camino de Damasco, ya también para hacer algunas escursiones en las montañas de la Judea. Las tiendas de los cruzados franceses é ingleses cubrían todo el país: ¡cuántas bendiciones, cuántos cánticos de alegría resonaron en los campos de los alrededores cuando á esta nacion ambulante se le hablaba de Jerusalem! ¡Pero, cuántos gritos de desesperacion, cuántas quejas amargas y cuántas blasfemias, cuando el rigor de la estacion, la discordia de los gefes y los preparativos de Saladino impedían á los cruzados continuar su marcha hácia la ciudad Santa y les obligaban á acampar sobre las ruinas de Ascalon ó dentro las murallas de Jafa!"

„Rama, bien que situada en medio de un país fértil, parece pobre y miserable. La poblacion es de tres mil almas, la tercera parte compuesta de viageros y armenios, con muy pocas familias católicas y cortísimo número de judíos. Divísanse todavía los restos de algunos sepulcros de cruzados. Cuando pasó el ejército frances por Siria, el convento Latino albergó el estado mayor de Bonaparte, y la iglesia de Rama sirvió de

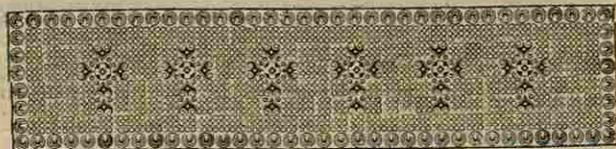
hospital para los heridos. Varios soldados muertos en él fueron sepultados entre los antiguos sepulcros de los caballeros de la cruz."

„La llanura de Saron alabada en la Escritura, y que debe atravesarse para ir á Jerusalem, es celebrada por sus flores. Con razon ha dicho un gran poeta: „Bien así como se escoge una rosa de entre las guirnaldas de Saron."

„Al ver los muchos rebaños de toda especie que cubren la llanura, recuerda uno la vida pastoral de Abraham, de Loth y de Jacob. En esta llanura fué donde Sanson quemó los trigos de los Filisteos, atando en las colas de las zorras pequeños manojos de paja inflamada: la multitud de esos animales en la comarca explica bien semejante astucia de guerra."

„Después de haber dejado atrás los pueblos de Amoat, de Latroum y de Derion, donde los árabes exigen un tributo, se entra en un estrecho valle llamado Ouad-Ali, sembrado de precipicios y de rocas estériles. Las montañas que se levantan á derecha é izquierda son desiertos de un aspecto salvaje. Las cumbres y las vertientes están cubiertas de arbustos y verdosas plantas, mas no se descubren fuentes ni cascadas. Allí es donde los árabes se emboscan frecuentemente en cavernas esperando las carabanas sedientos de pillage. Lo mas que puede uno esperar en semejante país es no encontrar á nadie; en muchos puntos el camino es casi intransitable; la senda que se sigue la han abierto los torrentes que arrastran continuamente enormes piedras y

arena, abriendo anchísimas grietas. El aspecto de esos caminos y montañas que los rodean entristece á los viajeros recordándoles la profecía que ciertamente se ha realizado: „el mismo extranjero que vendrá de lejos, quedará asombrado á vista de la miseria del pais."

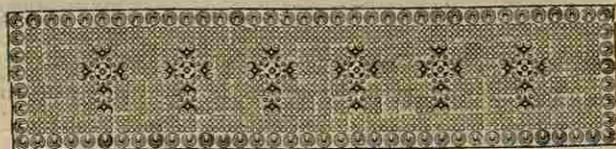


CAPÍTULO IV.

ALDEAS DEL BUEN LADRON Y DE SAN JEREMIAS.

SALIMOS de Rama el 4 de octubre á media noche, y el padre presidente nos llevó por caminos extraviados al parage adonde nos aguardaba Abou-Gosh, y luego se volvió á su convento. Nuestra tropa se componia de este caudillo árabe, del dragoman de Jerusalem, de misdos criados y del beduino de Jafa, que cuidaba del equipage. Nosotros llevábamos siempre el traje de unos pobres peregrinos, pero íbamos bien armados debajo de nuestras miserables ropas. Despues de haber andado como una hora por un terreno desigual, llegamos á varias ruinas que se hallan en lo mas alto de unas rocas, y como otra hora despues comenzamos á entrar en las

arena, abriendo anchísimas grietas. El aspecto de esos caminos y montañas que los rodean entristece á los viajeros recordándoles la profecía que ciertamente se ha realizado: „el mismo extranjero que vendrá de lejos, quedará asombrado á vista de la miseria del pais."



CAPÍTULO IV.

ALDEAS DEL BUEN LADRON Y DE SAN JEREMIAS.

SALIMOS de Rama el 4 de octubre á media noche, y el padre presidente nos llevó por caminos extraviados al parage adonde nos aguardaba Abou-Gosh, y luego se volvió á su convento. Nuestra tropa se componia de este caudillo árabe, del dragoman de Jerusalem, de misdos criados y del beduino de Jafa, que cuidaba del equipage. Nosotros llevábamos siempre el traje de unos pobres peregrinos, pero íbamos bien armados debajo de nuestras miserables ropas. Despues de haber andado como una hora por un terreno desigual, llegamos á varias ruinas que se hallan en lo mas alto de unas rocas, y como otra hora despues comenzamos á entrar en las

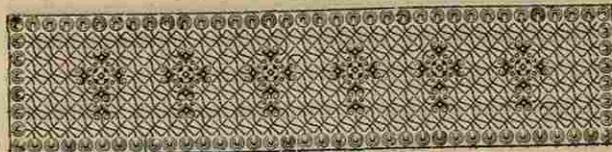
montañas de Judea, pasando por una rambla que da vuelta á un montecillo árido y aislado. Encima de este montecillo se veían las ruinas de una aldea y de un cementerio abandonado: esta aldea se llama la del *Ladron*, porque en efecto es la patria de S. Dimas ó el buen Ladron. Tres millas mas allá entramos ya en los montes, siguiendo siempre el camino de la rambla: la luna habia menguado mucho, y así apenas nos alumbraba en aquella hondonada, en la que oíamos bien cerca de nosotros el áspero gruñido de los jabalíes. Al contemplar aquellos solitarios y estériles parages, comprendi muy bien por qué la hija de Jephthé queria llorar sobre la montaña de Judea, y por qué los profetas iban á lamentarse á los parages encumbrados. Desde que amaneció nos hallamos entre montañas de forma cónica, muy semejantes entre sí y unidas unas á otras por su base. La roca que forma el núcleo de estas montañas rompía por entre ellas; y sus fajas ó cornisas paralelas formaban como el graderío de un anfiteatro romano. En los rodeos de estas montañas se veían algunas carrascas, bojés y adelfas, y en lo interior de las cañadas ó ramblas que allí se forman, y en las vertientes de las montañas algunos oliyares. Habiendo llegado á lo mas alto de los montes, y volviendo la vista al camino que acabábamos de andar, descubrimos hácia el mediodía y el occidente, la llanura de Saron hasta Jafa, y el horizonte del mar hasta Gaza; y enfrente, esto es, al norte y levante, comenzaba el valle de S. Jeremías; y siguiendo la misma direccion, y en lo alto de unas rocas, se

descubre á lo léjos una fortaleza antigua llamada el castillo de los Macabeos. Creese que el autor de las Lamentaciones nació en la aldea que ha conservado su nombre en medio de estos montes, aunque esta tradición no se sostiene en buena crítica. Pero lo cierto es que la tristeza de estos parages parece respirar en los cánticos de este profeta del dolor.

Sin embargo, al acercarme á la aldea de S. Jeremías me consolé con una vista no esperada, y fué descubrir algunos rebaños de cabras de casta de orejas caidas, y carneros de colas largas, y asnos que por su hermosura me hacían acordar del onagro que nos pinta la Sagrada Escritura. Era al amanecer y salían de la aldea para ir á pastar. Las mugeres árabes estaban secando las uvas en las viñas: algunas tenían el rostro tapado con un velo, y llevaban un cántaro de agua sobre la cabeza, como las hijas de Madian. El humo de la aldea subía formando una blanca niebla alumbrada por los primeros rayos del sol: se oían confusas voces y alegres cantinelas, lo cual formaba para mí un agradable contraste con la aridez de aquellos parages, y el recuerdo de la pasada noche.

Nuestro caudillo árabe habia recibido adelantado el derecho que aquella tribu exige de los viageros, y así pasamos sin estorbo alguno. Quedé admirado cuando de pronto oí gritar claramente en frances: "adelante, marchen." Volví la cabeza y ví una cuadrilla de muchachuelos árabes en cueros, que hacían el ejercicio, teniendo por fusiles unas ramas de palmera. No pude me-

nos de llenarme de gozo al ver aquellos beduinos de las montañas de Judea imitar nuestros ejercicios militares. No me asusté tanto por ello como cuando Robinson oyó hablar á su papagayo, pero no fué menos mi alegría. Dí algunos medines á aquel batallon de chicuelos, y les dije: "adelante, marchen;" y para no olvidar nada, añadí: "Dios lo quiere, Dios lo quiere," como decian los compañeros de Godofredo y de S. Luis.



CAPÍTULO V.

VALLE DEL TEBERINTO Y ENTRADA EN JERUSALEN.

DESDE el valle de Jeremías bajamos al del Terebinto, que es mas hondo y estrecho que aquel, y tiene algunas viñas y cañizares. Llegamos al torrente donde David siendo jóven tomó las cinco piedras con que mató al gigante Goliat; y le pasamos por un puente de peidra, el único que se hallaba en aquellos desiertos: aun se veían algunos charcos de agua estancada. Allí cerca y á mano izquierda, en la parte baja de una aldea llamada Kaloni, descubrí las ruinas de un edificio antiguo entre otras mas modernas. El abate Mariti dice que es obra de ciertos religiosos, pero es un error muy grave, pues si la arquitectura de este monumento no es hebreaica, es

ciertamente romana, no dejando duda alguna en ello el tamaño, corte, y aplomo de las piedras.

Luego que se pasa el torrente se descubre la aldea de Keriet-Lefta á la orilla de otro torrente ó rambla enteramente seco. A lo lejos, y en la cumbre de un encumbrado monte, se descubre el pueblo de El-Biré en el camino de Nablous, Nabolos, ó Nabolosa, que es el Sichén del reino de Israel, y el Neápolis de los Herodes. Seguimos penetrando en aquellos desiertos, donde solo hallábamos de cuando en cuando algunas higueras silvestres. Hasta allí habíamos visto algún verde en el campo, pero este comenzó á aparecer mas desnudo de toda planta, y las montañas mas encumbradas, ásperas y estériles, cuyo color era de un rojo muy encendido. Tardamos una hora en trepar por aquellos encumbrados y espantosos cerros, y llegamos á la cumbre andando otra hora por la llanura ó mesa que se forma encima, y era igualmente estéril y llena de guijarros. De pronto y al otro extremo de esta llanura, descubri una línea de murallas góticas flanqueadas de torres cuadradas, detras de las cuales se descubrian algunos edificios. Al pié de estas murallas se divisaba un campamento de caballería turca con toda la pompa oriental. El guia exclamó: "El-Cods!" La Santa (Jerusalen), y escapó á galope, porque aunque Abou-Gosh era vasallo del gran Señor, temia que el bajá de Damasco, que acampaba allí, le hiciese pagar alguna suma de dinero, ó le mandase apalear.

Entonces comprendí muy bien lo que los historiados

res y viajeros nos cuentan del gozo y admiracion de los cruzados y peregrinos al ver por primera vez á Jerusalen (1). Puedo asegurar que cualquiera que como yo haya tenido la paciencia de leer unas doscientas descripciones modernas de la Tierra Santa, las compilaciones rabínicas, y los pasages de los antiguos acerca de Judea, aun no conoce nada. Me quedé mirando fijamente á Jerusalen, y contemplando la altura de sus murallas, y acordándome de toda la historia desde Abraham hasta Godofredo de Bouillon; y pensando en la suerte del género humano enteramente cambiada por la venida del Mesías, y buscando en vano aquel templo del cual *no queda piedra sobre piedra*. Aun cuando yo viviese mil años, jamás olvidaré aquel desierto que parece respirar aun la grandeza de Jehova, y los espantos de la muerte.

(1) Jesucristo bondadoso, luego que tus ejércitos vieron los muros de la Jerusalen terrestre, ¡cuántos arroyos de lágrimas corrieron de sus ojos! Postrados despues en tierra é inclinado el cuerpo, saludaron, tu Santo Sepulcro; y á ti que en él estuviste te adoraron á ti que estás sentado á la diestra del Padre y has de venir á juzgar á todos. Rob. Monachus lib. 9.

"Luego que llegaron al lugar desde donde podian admirar á la torreada Jerusalen, ¿quién contará debidamente las muchas lágrimas que allí derramaron? ¿Quién explicará sus afectos? Arrancaba el gozo los suspiros, y la grande alegría hacia sollozar. Al ver á Jerusalen todos se pararon, y doblada la rodilla besaron la Santa tierra y habrian caminado con los piés desnudos, si el temor del enemigo no los obligara á marchar armados. Andaban y lloraban por aquella ciudad sobre la que lloró Jesucristo; y ¡cosa admirable! el viernes 14 de Julio se apoderaron de ella no como de una madrastra sino como de una madre. Baldrice.

El Tasso ha imitado este pasage. "He aquí que aparece Jerusalen: he aquí que todos señalan á Jerusalen con el dedo, y mil voces reunidas saludan á Jerusalen." Las siguientes estrofas son admirables: Al gran júbilo y dulzura que en el pecho inspiró esta primera vista, sucedia una profunda contricion."

Los gritos del dragoman que me decia nos apiñásemos, pues íbamos á pasar por el campamento de los turcos, me volvieron del enagenamiento en que habia caido á la vista de los Santos Lugares. Pasamos por entre las tiendas de campaña, que eran todas de pieles de carneros negros, bien que habia algunos pabellones de tela rayada, principalmente el del bajá. Los caballos estaban ensillados y atados á las estacas. Me admiré de ver cuatro piezas de artillería de á caballo muy bien montadas, y las cureñas me parecieron inglesas. Nuestro trage y rara comitiva hicieron reir á los soldados. Al llegar junto á la puerta de la ciudad vimos al bajá que salia de ella, y al instante me quité el pañuelo que llevaba sobre el sombrero para resguardarme del sol, temiendo no me hiciesen algun daño tomándolo á desacato.

Entramos en Jerusalem por la puerta de los peregrinos, junto á la cual se halla la torre de David mas conocida con el nombre de torre de los Pisanos. Pagamos el tributo, y seguimos la calle que estaba enfrente, y luego tomando á la izquierda por entre unas malas casucas de yesones, llegamos á las doce y veinte y dos minutos al monasterio de los padres latinos, del cual se habian apoderado los soldados de Abdallah, que querian les diesen cuanto se les antojaba.

Es menester hallarse en la triste situacion de los padres de Tierra Santa para comprender el placer que les causó mi llegada, pues con esto se creyeron ya libres de todo insulto. Entregué al padre Buenaventura de Nola, que era el guardian del convento, la carta que

el general Sebastiani me habia dado para él; y el guardian me dijo: parece que la Providencia os ha traído en tan critica ocasion. Sin duda tendreis firmanes del gran Señor, y en este caso permitidme se los envíe al bajá, pues con esto sabrá que un frances ha llegado al convento, y que gozamos de particular proteccion. El año pasado nos obligó á pagarle sesenta mil piastras, siendo así que no es costumbre darle mas que cuatro mil, y esto á titulo de regalo. Quiere que este año le demos la misma cantidad, y nos amenaza con los mas crueles castigos si no se la damos. Nos veremos obligados á vender los vasos sagrados, pues hace cuatro años que no recibimos limosnas de Europa; y si esto continúa así, por fuerza habremos de abandonar la Tierra Santa, y entregar á los mahometanos el sepulcro de nuestro Señor Jesucristo.

A grande dicha tuve el poder hacer este corto favor al padre guardian: sin embargo, le supliqué me dejase ir al Jordan ántes de enviar los firmanes, para no aumentar las dificultades de un viage siempre peligroso, pues Abdallah hubiera podido hacerme asesinar en el camino, echando luego la culpa á los árabes.

El padre Clemente Perez, procurador general del convento, y sugeto no ménos instruido que atento, me llevó á la hospedería de los peregrinos. Dejé allí todo mi equipage, y me dispuse al instante para salir de Jerusalem, aunque mas necesitaba de descanso, que de habérmelas con los árabes del Mar Muerto. Mucho tiempo hacia que vagaba por mar y tierra para llegar

á los Santos Lugares, y apenas estaba al fin de mi viaje, cuando me alejaba de nuevo. Pero creí que debía hacer aquel sacrificio por unos religiosos que de continuo sacrifican por caridad y virtud sus bienes y aun sus vidas. Y tambien hubiera podido conciliar el interes de aquellos religiosos con mi propia seguridad, desistiendo del viaje al Jordan, y poniendo límites á mi curiosidad.

Mientras se disponia mi partida, los religiosos fueron á cantar al coro, y con este motivo supe que se celebraba la fiesta del santo fundador de la orden, y me acordé que en efecto era el 4 de octubre, dia de San Francisco, que es el de mi nacimiento y nombre. Fui tambien al coro, donde hice oracion por el alma de la que en semejante dia me echó al mundo. *Parirás los hijos con dolores.* Tengo á gran dicha que mi primera oracion en Jerusalem no haya sido por mí. Consideré con sumo respeto á aquellos religiosos que cantaban las alabanzas del Señor á trescientos pasos del Santo Sepulcro, y no podia ménos de enternecerme al contemplar aquella débil, pero invencible milicia, que ha quedado sola para la guardia del Santo Sepulcro, que no pudieron defender los reyes.

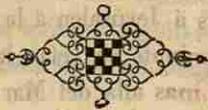
El padre guardian envió á buscar un turco llamado Ali-Agá para que me llevase á Belen. Este Ali-Agá era hijo de un agá de Rama, á quien el tirano Djezzar hizo cortar la cabeza: habia nacido en Jericó, llamado hoy Rihha, y se intitulaba gobernador de aquella aldea: era hombre resuelto y animoso, y me fué muy

útil. Lo primero que hizo fué mandarnos que yo y mis criados nos quitásemos las ropas árabes para tomar el trage frances, pues aunque ántes era despreciado de los orientales, en el dia les infunde respeto y temor, á causa de que los franceses han recobrado la fama que tuvieron ántes en este pais, pues caballeros franceses fueron los que restablecieron el reino de Jerusalem, asi como fueron soldados franceses los que cogieron las últimas palmas de Idumea; y así es que los turcos os enseñan á un mismo tiempo la torre de Balduino, y el campo del emperador: aun se ve en el Monte Calvario la antigua espada de Godofredo de Bouillon, que parece estar guardando el Santo Sepulcro.

A las cinco de la tarde ya teniamos allí tres buenos caballos: tambien nos acompañó el dragoman del convento llamado Miguel. Allí se puso al frente de todos nosotros, y partimos para Belen, donde debiamos hacer noche y tomar una escolta de seis árabes. Habia yo leído que el guardian de San Salvador es el único franco que tiene el privilegio de montar á caballo en Jerusalem, y así extrañé el que me trajesen una yegua árabe, pero supe despues que todo viagero puede hacer lo mismo por su dinero. Salimos de Jerusalem por la puerta de Damasco, y despues tirando á la izquierda, y pasando unas ramblas al pié del Monte Sion, trepamos á una montaña, por cuya cumbre anduvimos una hora. Dejábamos á Jerusalem á la espalda y á la parte del norte, al poniente se veian las montañas de Judea, al levante y mas allá del Mar Muerto las monta-

ñas de Arabia. Pasamos por el convento de San Elías, y me hicieron reparar en una oliva y una peña que está á la orilla del camino, y es el parage en que el profeta descansaba cuando iba á Jerusalén. Una legua mas allá entramos en el campo de Rama, donde se halla el sepulcro de Raquel, el cual es un edificio cuadrado que remata en media naranja y goza de los privilegios de mezquita, pues los turcos y los árabes reverencian á los patriarcas. Las tradiciones de los cristianos convienen en que en estos parages está enterrada Raquel, y la crítica histórica favorece esta opinion; pero no obstante lo que aseguran Thevenot, Monconys, Roger y tantos otros, no puedo reconocer un monumento antiguo en lo que ahora llaman el sepulcro de Raquel, y sin duda es una fábrica turca dedicada á algun santón.

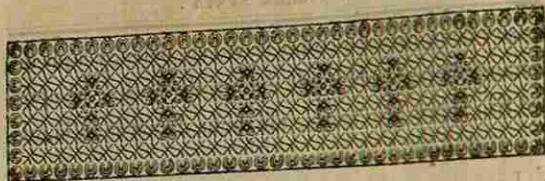
Ya habia anochecido, y descubrimos en el monte las luces de la aldea de Rama: reinaba un profundo silencio, y sin duda en una noche muy semejante fué cuando se oyó de pronto la voz de Raquel: *Oyóse una voz en Rama, mucho lloro y alarido: era Raquel que lloraba á sus hijos, y no quiso consolarse porque ya no existen.* Aquí quedan vencidas la madre de Astyanacte y la de Eurialo; y Homero y Virgilio ceden la palma del dolor á Jeremías.





La calle de la Piedad

Belen



CAPITULO VI.

BELEN.

POR un camino estrecho y escabroso llegamos á Belen, y llamamos á la puerta del convento, lo que asustó á los religiosos porque no esperaban á nadie, y les espantó el turbante de Ali, pero pronto se sosegaron.

Belen ó Bethlehem, debió su nombre, que significa *la Casa de Pan*, al patriarca Abraham. También se llamó Ephrata (Fructuosa) del nombre de la muger de Caleb, para distinguirla de otro Bethlehem de la tribu de Zabulon: correspondia á la tribu de Judá y se la llamó también ciudad de David, por ser patria de este Santo rey, y en la que siendo muchacho guardaba los ganados. Abissan, séptimo juez de Israel, Elimelech, Obed,

Jesé y Booz, nacieron como David en Belen, y aquí debemos colocar la admirable égloga de Ruth. El apóstol San Matías tuvo también la dicha de nacer en la misma ciudad que el Mesías.

Los primeros cristianos edificaron un oratorio sobre el Santo Pesebre. Adriano lo derribó para poner allí una estatua de Adonis; pero santa Helena mandó hacer pedazos el ídolo, y que se construyese en el mismo parage una iglesia, cuya arquitectura se confunde en el día con las diferentes obras añadidas por los príncipes cristianos. Todos saben que S. Gerónimo se retiró á Belen. Los cruzados conquistaron esta ciudad, la que volvió á caer bajo el yugo de los infieles cuando Jerusalem, pero siempre ha sido venerada por los peregrinos, y durante siete siglos la han guardado los santos religiosos sufriendo perpetuamente tormentos, y aun el martirio. En cuanto á la ciudad moderna, su terreno, producciones y habitantes, puede leerse á Mr. Volney; pero yo no he advertido en el valle de Belen la fertilidad que se le atribuye, bien es cierto que bajo el gobierno de los turcos, el terreno mas fértil se convierte en un desierto en pocos años.

El día 5 de octubre á las cuatro de la mañana comencé á recorrer los monumentos sagrados de Belen, y aunque se han dado ya muchas descripciones de ellos, presenta por sí tanto interés el asunto que no podré ménos de tratar aquí de él.

El convento de Belen comunica con la iglesia por medio de un patio cerrado con altas paredes. Pasamos

por este patio y entramos en la iglesia por una puertecita lateral. Esta iglesia es ciertamente de muy remota antigüedad; y aunque muchas veces ha sido destruida y reparada, conserva aun las señales de su origen griego. Tiene la figura de una cruz: la nave mayor, ó si se quiere el pié de la cruz, está adornado con cuarenta y ocho columnas de orden corinthio, colocadas en cuatro filas. Estas columnas tienen dos piés y seis pulgadas de diámetro cerca de la basa, y diez y ocho pies de alto, comprendiendo la basa y el capitel. Como á esta nave le falta la bóveda, las columnas solo sostienen un friso de madera que reemplaza al arquitrabe, y ocupa el lugar de todo el entablamento. De encima de las paredes arranca una armazon de madera en forma de media naranja, pero parece que jamas llegó á concluirse. Dicese que toda esta armazon es de cedro, pero se equivocan los que lo aseguran. En las paredes de la iglesia hay muy grandes ventanas; y estas paredes estuvieron en otro tiempo adornadas de cuadros hechos de mosaico, y de textos del Evangelio en caracteres griegos y latinos, y de los cuales aun quedan algunos; pero Quaresmio trae casi todas estas inscripciones.

Los restos de los mosaicos que aun se encuentran, y algunos cuadros pintados en tabla, son de bastante importancia para la historia del arte, pues por lo regular presentan figuras de frente, rectas, de un estilo duro, sin movimiento ni sombras; pero el efecto que producen es magestuoso, y el carácter noble y severo.

La secta de los armenios está en posesion de la nave

que acabo de describir, y se halla separada de los otros tres brazos ó partes de la cruz por una pared, de manera que la iglesia ha perdido la unidad de forma que tuvo al principio. Pasada esta pared se halla uno delante del santuario ó coro que ocupa lo alto de la cruz, y se eleva por tres gradas de lo demas de la nave. Aquí se ve un altar que está dedicado á los reyes magos. Sobre el pavimento, y en la parte baja de este altar, hay una estrella hecha de mármol, y es tradicion que esta estrella corresponde al mismo punto del cielo donde se detuvo la estrella milagrosa que guió á los tres reyes. Lo cierto es que el parage en que nació el Salvador del mundo se halla perpendicularmente debajo de esta estrella de mármol, en la iglesia subterránea del Santo Pesebre, y de la cual voy á hablar ahora. Los griegos ocupan el santuario de los magos, y las otras dos naves que forman los verdaderos brazos de la cruz; mas estas dos últimas naves no tienen altares ni adorno alguno (1).

(1) Para comparar el estado moderno de esta iglesia con el antiguo, copiaremos aquí las dos descripciones que de ella se hallan en el viage que Francisco Guerrero hizo á Jerusalem en el año de 1588, y en el del padre Fr. Antonio Castillo, en 1626, que publicó luego con el título del *Devoto Peregrino*, aunque son obras que andan en manos de todos.

El primero dice así: „Esta santa iglesia que está encima del Nacimiento, es hermosa en gran manera, aunque está desnuda en parte de su hermosura, porque todas las paredes y suelo de ella estuvieron cubiertas de losas de mármol, y los turcos las han quitado de pocos años á esta parte para llevar á sus mezquitas. Es de tres naves, la de en medio es bien alta: están edificadas sobre columnas de mármol muy ricas, grandes y bien colocadas, de una pieza cada una, que serán como cuarenta y ocho columnas.”

„Sobre las columnas están sentadas vigas que atraviesan de la una á la otra de cedro, muy bien labradas, y de allí arriba hay otros arcos de piedra.”

El segundo la describe en éstos términos. „Tiene la iglesia cinco naves,

Se baja á la iglesia subterránea que está bajo de este coro por dos escaleras que cada una de ellas tiene quince escalones, y comienzan á los dos lados del coro de la iglesia exterior. Esta es la capilla para siempre reverenciada del nacimiento del Señor. Esta es la cuna de nuestra religion; en ella tuvieron lugar los mas adorables misterios, y de ella salió la estrella que debía alumbrar el mundo. Todos conservamos con respeto el recuerdo de los lugares en que nacieron los hombres célebres, cosa que pudiéramos apoyar trayendo á la memoria muchos

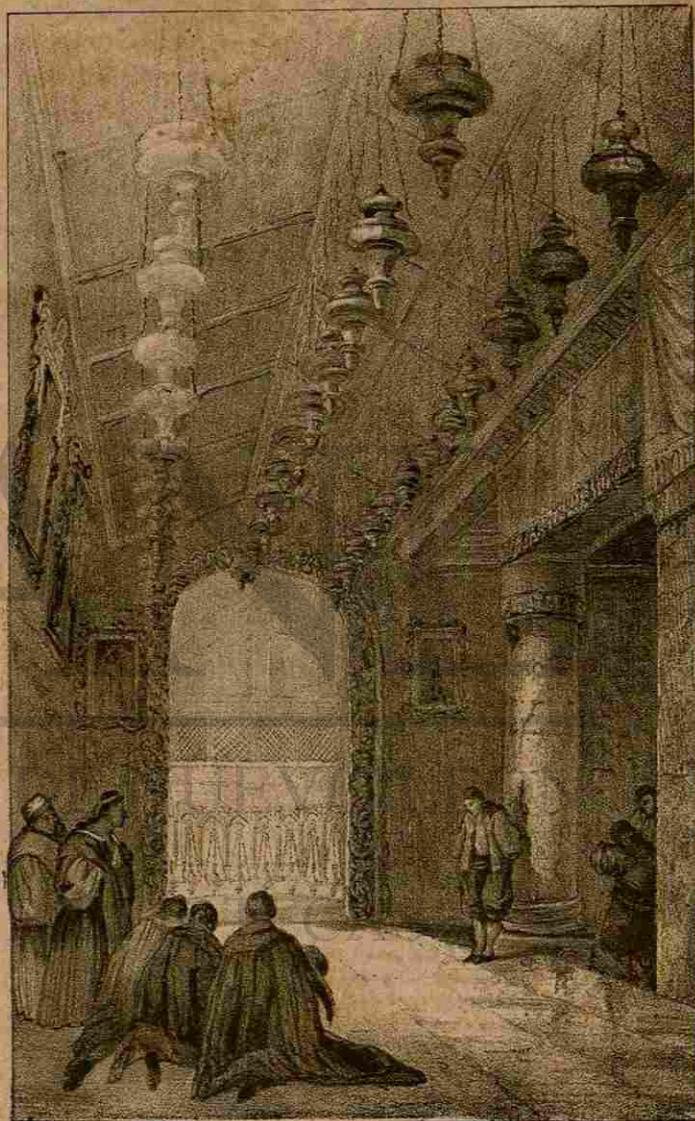
sentadas sobre cincuenta y dos columnas de pórfido que no tienen precio, ni hay otras iguales en el mundo: están en cuatro órdenes de á diez cada una. La nave de en medio tiene de ancho cuarenta y tres palmos, y cada una de las otras naves tiene diez y seis. Las basas son de tres palmos de altura en cuadro, y dista una de otra nueve palmos. Desde la puerta mayor hasta el nicho del altar mayor, hay doscientos y sesenta y dos palmos y medio. El diámetro de los nichos es de treinta y ocho palmos. Las columnas son de veinte palmos. La altura de la iglesia, medida desde la superficie de los chapiteles hasta el ventanage, es de treinta y cinco palmos, y desde las ventanas al techo, de treinta y cinco. Por manera, que desde el pavimento al techo hay setenta palmos de altura.”

„Las paredes de esta iglesia del medio arriba están todas de mosaico con muchas historias del testamento viejo y nuevo, apropiadas al misterio de la natividad del infante Jesus: de medio abajo de jaspes blancos, negros y rojos, cosa que causa maravillosa vista: todas las maderas y vigas son de cedro, tan grandes, que no se hallan en el mundo hoy día otras semejantes. Tiene un antepórtico muy grande: la portada es maravillosa con tres puertas, las dos están tapiadas, y la de en medio tambien casi toda; de modo que no hay mas que una puertecilla muy pequeña por donde se entra medio inclinados. La razon es porque no se entren los turcos con sus caballos á estar allá dentro, que lo hacen; y así todas las puertas de los cristianos están tambien de esta manera, porque en viniendo los turcos, luego se entran á aposentar con los caballos en lo mejor de la casa. Toda la iglesia está cubierta de plomo: tiene un maravilloso ventanage, con que está muy clara y hermosa: el suelo está todo hecho de hermosísimas flores y labores labradas á lo mosaico, que causa una agradable y maravillosa vista.”

ejemplos: con mas razon, pues, Belen debe ser un santuario y un lugar sagrado para todo cristiano. Antes de entrar en ella, el padre guardian me puso una vela en la mano, y me hizo una breve plática. Esta santa gruta es de forma irregular, porque ocupa el irregular espacio del establo y del pesebre. Tiene treinta y siete piés y medio de largo, once piés y tres pulgadas de ancho, y nueve piés de alto. Está abierta en la peña viva y cubierta de mármol, y tambien es de muy precioso mármol el pavimento de la gruta; y se atribuyen estos adornos á Santa Helena. La iglesia no recibe luz alguna de fuera, y está alumbrada por treinta y dos lámparas regaladas por diferentes príncipes cristianos. En lo mas interior de la gruta, y al lado del oriente, está el parage donde la Santísima Virgen dió á luz al Redentor de los hombres, el cual parage se distingue por estar cubierto de mármol blanco embutido de jaspe, rodeado de un cerco de plata con rayos en forma de sol, y al rededor se leen estas palabras: *Aquí nació Jesucristo de la Virgen María.*

Una losa de mármol, que sirve de altar, se sostiene en los lados de la piedra, sobre el mismo parage en que nació el Mesías. Alumbran á este altar tres lámparas, y la mas hermosa fué regalo del rey de Francia Luis XIII.

Siete pasos mas allá hácia el mediodia, y despues de la entrada de una de las escaleras que suben á la iglesia superior, se halla el pesebre, al que se baja por dos escalones, pues no está al igual con lo demas de la gruta. Es una bóveda poco elevada, metida en la misma piedra. Un pedazo de mármol blanco que se levanta



En la calle de la Palma n.º 4.

Heredia III

Capilla del Nacimiento.

un pié sobre el suelo y está cavado en forma de cuna, manifiesta el parage mismo donde el Soberano de los cielos fué reclinado sobre la paja (1).

“Joseph, que era de la casa y familia de David, partió de Nazareth, ciudad de Galilea, y fué á la ciudad de David, llamada Bethlehem en Judea.”

“Para alistarse con María su esposa que estaba en cinta.”

“Mientras estaban allí llegó el tiempo de su parto.”

“Y dió á luz á su hijo primogénito, le envolvió en pañales, y le reclinó en un pesebre porque no habia cabida para ellos en la posada (2).”

A dos pasos de allí, y enfrente del pesebre, se ve el parage en que estaba sentada la Virgen teniendo al niño en sus brazos para que le adorasen los magos.

“Estando Jesus en Bethlehem de Judá en tiempo del rey Herodes, llegaron á Jerusalem magos venidos del oriente.”

“Preguntando: ¿dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? porque hemos visto su estrella en el oriente, y hemos venido á adorarle.”

“Y la estrella que habian visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando al lugar donde estaba el niño, se detuvo allí.”

“Al ver la estrella se alegraron sobremanera.”

(1) Todos estos parages se hallan ahora casi en el mismo estado que cuando los dos viages ya citados.

(2) S. Lucas.

“Y entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre, y postrándose le adoraron; y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones, oro, incienso y myrra (1).”

No hay cosa mas grata y mas devota que esta iglesia subterránea, la cual está adornada ademas con cuadros de las escuelas italiana y española, que representan los misterios celebrados en aquellos mismos parages, vírgenes y niños copiados de Rafael, anunciaciones, la adoración de los magos, la venida de los pastores, y todos estos milagros en los que la grandeza se une con la inocencia. Los ornamentos diarios del pesebre son de raso azul bordado de plata, y continuamente arde allí el mas puro incienso, y tambien durante la misa he oido tocar muy bien en el órgano las mejores, mas tiernas y suaves composiciones de los mas célebres maestros italianos. Estos conciertos arrebatan fuera de sí al árabe cristiano, el cual dejando pastar sus camellos viene, cual los antiguos pastores de Belen, á adorar al Rey de los reyes en su Pesebre. He visto á este habitante del desierto comulgar en el altar de los magos con un fervor, una piedad y una devoción poco comunes en los cristianos de occidente. “No hay parage alguno en el mundo, dice el padre Neret, que cause mas devoción. Las caravanas de todas las naciones continuamente llegan allí.... las oraciones públicas, las prostraciones y demas actos de devoción.... y hasta la misma riqueza de los

(1) S. Mateo.

regalos que envian los príncipes cristianos.... Todo esto excita en nuestra alma efectos que mucho mejor se sienten que se expresan.”

Añadamos á esto que un extraordinario contraste realza mas todas estas cosas, pues en saliendo de la gruta, donde habeis hallado la riqueza, las artes y la religion de los pueblos civilizados, pasais de pronto á una profunda soledad en medio de los casarones de los árabes, entre salvages casi en cueros, y musulmanes sin fé alguna. Y sin embargo, estos parages son aquellos mismos en los que se obraron tantas maravillas; pero esta Tierra Santa ya no se atreve á manifestar exteriormente su alegría, y encierra en su pecho los recuerdos de su gloria.

Desde la gruta del Nacimiento bajamos á la capilla subterránea, donde es tradicion fueron enterrados los Santos Inocentes.

“Entónces Herodes, viéndose burlado por los magos, se enojó mucho, y envió á matar á todos los niños que habia en Bethleem y sus contornos, de edad de dos años abajo, conforme al tiempo de que los magos le habian informado.”

“Cumpliéndose con esto la palabra del profeta Jeremías. *Oyóse una voz en Rama.*”

De la capilla de los Inocentes pasamos á la cueva de S. Gerónimo, donde se vé la sepultura de este doctor de la iglesia, la de S. Eusebio su discípulo, y las de Santa Paula y de Santa Eustoquia. S. Gerónimo pasó la mayor parte de su vida en esta cueva, y desde ella

vió, por decirlo así, la caída del imperio romano, y acogió allí á los patricios de la ciudad, los cuales prófugos y errantes, despues de haber sido dueños de los mas soberbios palacios, se tuvieron por muy dichosos de hallar refugio en la celda de un cenobita. La paz de que el santo gozaba, y las turbulencias del mundo, producen un maravilloso efecto en las cartas del sabio intérprete de la Sagrada Escritura.

Santa Paula, y Santa Eustoquia su hija, eran dos señoras principales de Roma, pues que descendian de los Gracos y de los Scipiones, y dejaron todas las conveniencias y placeres de Roma para vivir y morir en Belen practicando las virtudes monásticas.

En la capilla de San Gerónimo hay un cuadro donde la cabeza del Santo se parece mucho á las pintadas por Carracio y el Dominiquino. Otro cuadro representa muertas y colocadas en un mismo féretro á las dos santas. Es una idea muy tierna la que tuvo el pintor de hacerlas en todo semejantes, diferenciándose solo la hija de la madre en ser mas jóven y tener un velo blanco: la una anduvo mas tiempo, y la otra recorrió mas de prisa el camino de la vida, pero las dos llegaron al puerro en el mismo instante.

Entre los muchos cuadros que se ven en los Santos Lugares, y de los cuales ningun viagero ha dado hasta ahora completa descripcion, he creído reconocer en algunos el estilo místico y como inspirado de Murillo.

Volvimos á subir al convento, y desde lo alto del ter-

rado consideré aquellos campos. Belen está edificado sobre un montecillo que domina á un valle bastante largo, que se extiende de oriente á poniente: la colina del mediodia es rojiza y cubierta de muchos guijarros, y en ella se ven desparramadas algunas olivas: la colina del norte la es semejante en el terreno, y produce algunas higueras. De trecho en trecho se descubren diferentes ruinas, entre ellas la de una torre llamada de Santa Paula. Este monasterio debe parte de sus riquezas á Balduino, rey de Jerusalem y sucesor de Godofredo de Bouillon: el edificio es una verdadera fortaleza que fácilmente podria resistir á un sitio contra los turcos.

Habiendo llegado la escolta árabe me disponia á partir para el Mar Muerto, y desayunándome en medio de un coro de religiosos, me dijeron estos que habia en aquel convento uno que era frances. Le enviaron á llamar, y se presentó con los ojos bajos, las manos cruzadas, y con aspecto serio: me saludó con breves é indiferentes expresiones. Jamas he oído en cualquiera pais extranjero la voz de un frances sin conmovirme todo.

Hice algunas preguntas á este religioso, á las que me satisfizo diciendo que se llamaba el padre Clemente: que era de las cercanías de Maguncia, que hallándose en un convento de Bretaña fué deportado á España cuando la revolucion con otros cien sacerdotes; y que habiendo sido recibido en un convento de su propia orden, sus superiores le enviaron despues como misionero á la Tierra Santa. Le pregunté si tenia deseos de volver á

su patria, y si queria escribir á su familia, y me respondió estas mismas palabras: ¿quién se acuerda de mí en Francia? ¿sé yo si aun tengo hermanos y hermanas? Espero obtener por el mérito del pesebre del Salvador, la fuerza para morir aquí sin cansar á nadie, y sin pensar en un pais en el que me han olvidado.

El padre Clemente se vió precisado á retirarse: mi presencia habia reanimado en su corazon afectos que procuraba ahogar: tal es la suerte de los humanos. Un frances llora ahora al verse desterrado de su patria en el mismo pais en que tristes recuerdos inspiraron en otro tiempo el mas excelente cántico acerca del amor de la patria.

Super flamina Babylonis.

Pero estos hijos de Aaron que colgaron sus harpas de los sauces de Babilonia, no todos volvieron á la ciudad de David; estas hijas de Judea que decian en las orillas del Eufrates:

¡O orillas del Jordan! ¡o campos amados del cielo!

Estas compañeras de Esther, no todas volvieron á ver á Enmaüs y Bethel: muchas fueron sepultadas en los campos del cautiverio.

Véase ahora una hermosa traduccion del salmo anterior.

EL ISRAELITA PRISIONERO EN BABILONIA.

Del Eufrates remoto en la orilla
De Judá me acordé con tristura,
Y al mirar su marchita hermosura,
La corriente con llanto aumenté.

De memorias funestas y amargas
Solo vive el dolor que alimento.

„En un sauce, ludibrio del viento,
„Para siempre mi lira colgué.”

El tirano que allí nos oprime
Con cadenas y duros baldones,
Nos mandó repetir las canciones
Que entonamos en Sion otra vez.

¿Cómo fuera que en tierra enemiga
Profanara, cautivo, mi acento?

„En un sauce, ludibrio del viento,
„Para siempre mi lira colgué.”

Si de tí me olvidare, Solima,
Hierro agudo mi mano segregue,
Á las fauces mi lengua se pegue
Si un recuerdo jamás te negué.

Tú que fuiste en un tiempo mi gloria,
Eres hoy de dolor monumento.

„En un sauce, ludibrio del viento,
„Para siempre mi lira colgué.

Cual gigante se alzó el idumeo
Precedido del hierro y el fuego:

Tú lo viste frenético y ciego,

¡O Señor! devastar á Salem.

„¡Que perezca!” clamó como un trueno,
Y los muros derrumba violento.

„En un sauce, ludibrio del viento,
„Para siempre mi lira colgué.”

Babilonia insensata, ya el cielo

Te apareja tremendo castigo:

El acero del crudo enemigo

Templará con tu sangre su sed.

Y verás como ardiente, insaciable,

Se apacenta en tus hijos sangriento.

„En un sauce, ludibrio del viento,

„Para siempre mi lira colgué.

A las diez de la mañana montamos á caballo y salimos de Belén. Seis árabes belemitas á pié, y armados de puñales y de largos fusiles con mecha, formaban nuestra escolta: iban tres delante y tres detrás de nuestros caballos, y tambien llevábamos un borricuelo con el agua y las provisiones. Tomamos el camino del monasterio de San Sabá, desde donde despues debíamos bajar al Mar Muerto, subiendo luego por el Jordan.

Seguimos primero el valle de Belén que se estiende hácia levante, como ya dije. Pasamos por la caída de unas montañas, y á la derecha ví una viña plantada nuevamente, cosa harto rara en aquel país. Llegamos á una cueva llamada la cueva de los pastores, y los árabes la llaman aún *Dta el-Natour*, la aldea de los pastores. Dícese que aquí pastaban los ganados de Abraham, y que se hallaban los pastores de Judea á quienes los ángeles anunciaron el nacimiento del Señor.

„En aquellos alrededores habia pastores que dormian en el campo, guardando, alternativamente su rebaño durante la noche.”

„Se les apareció de repente un ángel del Señor, rodeándolos con una luz divina, lo cual les causó estremado espanto.”

„Pero el ángel les dijo: No temais, pues vengo á anunciaros una nueva, que será para todo el pueblo motivo de gran gozo.”

„Y es, que hoy os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es el Cristo, el Señor.”

„Y esta os será la señal: hallareis al niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.”

„Al mismo tiempo se juntó con el ángel una muchedumbre de la milicia celestial alabando á Dios, y diciendo:”

„Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres, de buena voluntad.”

La piedad de los fieles ha convertido esta cueva en

una capilla que debió tener magníficos adornos (1). Vi tres capiteles de orden corinthio, y otros dos de orden jónico: estos últimos es muy notable hallarlos aquí, porque despues del siglo de Santa Helena nunca se ve mas que el orden corinthio.

Habiendo omitido Chateaubriand algo sobre Belen, y no hablando de Samaria, Nazareth, Tiberiades y otros lugares notables de la Tierra Santa, ha parecido conveniente tratar de ellos, y luego continuará la relacion de aquel escritor.

Muchos peligros corre el viajero al atravesar parte de la Palestina para llegar despues de una penosa marcha de treinta leguas, siguiendo el mismo camino que la santa familia en una estacion rigorosa, al lugar donde nació el hombre Dios. Ninguna emocion mundana puede compararse con la que le agita en el tránsito; pero al ménos en Belen todo es tierno y dulce, y el misterio de una virgen que dá á luz al Redentor no nos hace derramar lágrimas amargas.

„Despues de la milagrosa historia del nacimiento de Cristo, lo que hiere mas la imaginacion en Belen es el recuerdo de S. Gerónimo. ¿Quién no se complacerá en representarse de una parte esa alma ardiente perseguida por la imágen de Roma, de sus placeres y de sus fiestas, y de otra parte rodeada del desierto y de la po-

(1) N. T. El Devoto Peregrino dice: „Como una milla apartada del pesebre, habiendo bajado á lo llano, está una suntuosa iglesia (si bien ya medio arruinada) que se llama de los Angeles, porque este era el lugar donde se aparecieron á los pastores.”

breza, procurando hacer olvidar con penitente lloro y con cilicios los deslices de la juventud? Aun subsiste la gruta en que ese grande hombre escribió y oró, y cuando uno entra en ella y recuerda su existencia llena de pesares, de trabajos y de lágrimas, figúrasele que se le aparece el Santo, en ademán tranquilo y silencioso, como cansado de haber gemido por tanto tiempo.”

Oigamos á un inglés como cuenta su viage á Belen: „Acercábase el dia de la natividad, y el reverendo padre guardian del Santo Sepulcro se habia ya trasladado á Belen, con la mayor parte de la comunidad, para celebrar tan grandioso dia allí mismo donde quiso nacer el hijo de Dios.”

Invitado á tomar parte en su felicidad partí el veinte y tres de diciembre á las tres de la tarde acompañado de un dragoman y de un genízaro. Monté un hermoso caballo árabe, que era sobremanera brioso, pero á pesar de esto no le moví del paso para no perder con una marcha sobrado rápida el placer de observar lo que los lugares ofrecian de mas interesante para mi alma y para mi corazon. Oh! ¡cuán distintas eran mis sensaciones de las que experimenté al dirigirme á Jerusalem! ¡Acercábame entónces á una ciudad de maldicion, donde todo recuerda los horribles tormentos y la muerte ignominiosa del Salvador; entónces mi alma afligida no veia mas que lugares salpicados con sangre de la augusta víctima ó instrumentos de su doloroso suplicio: un pretorio, un calvario, una corona de espinas, los azotes, los clavos y una cruz! Parecía-

me todavía ver y oír á un populacho desenfrenado, pidiendo á gritos ¡sangre! ¡sangre! y á unos feroces verdugos encarnizados en el derramamiento de sangre.... y qué sangre, gran Dios!

Pero Belén! desde mis más tiernos años ese nombre había producido en mí las impresiones del más puro gozo y de un encanto inesplicable: jamás había oído pronunciarle, y jamás le pronuncié yo mismo sin una especie de estremecimiento. ¡Juzgad, pues, cuán vivas y deliciosas debían ser las emociones de mi alma á medida que me acercaba!

El camino de Jerusalén á Belén, si bien que menos malo que el de Rama á Jerusalén, es sin embargo desigual, y solo de trecho en trecho se encuentran algunos campos cultivados: el olivo es el único árbol que se descubre, y aun es raro.

A una media legua y á la derecha mi guía me señaló la llanura de Rafaim tan célebre por la victoria de David contra los filisteos.

A la mitad del camino se encuentra un monasterio griego que lleva el nombre del profeta Elías y es un edificio que no tiene nada de notable. Delante del monasterio se ve un árbol cuya poblada copa dá sombra á una piedra que dicen sirvió de cama al profeta. No muy lejos, á la derecha, se descubre un pequeño edificio cuadrado dominado por una cúpula.--Es el sepulcro de Raquel, me dijo el guía; pero la simple vista del edificio me anunció que pertenecía á una época más cercana.

Continuamos nuestra marcha, y héos aquí que después de haber dado algunos pasos, de repente, en la pendiente de una colina, se ofrece á nuestras miradas esa Belén de mi corazón, y en los transportes de mi alegría saludé la tierra de Judá con las mismas palabras de los profetas:--no sois la menos ilustre entre las principales ciudades de Judá, pues visteis nacer al jefe de Israel.

A medida que íbamos adelantando presentábase más risueña y graciosa la perspectiva. Belén, en medio de las colinas y de las llanuras que la rodean, ofrecía un aspecto pintoresco; los campos irregularmente cortados, según la extensión de las heredades, algunas veces cercadas con vallado, me parecían mejor cultivados; los árboles, la higuera, y el olivo sobre todo, eran menos raros. De una parte veía las montañas de la Judea, y de la otra, más allá del mar muerto, las de la Arabia Petrea.

Eran las seis cuando llegué á Belén, en medio de las pruebas de la más tierna caridad que me prodigaban los religiosos. Yo no pensaba más que en una cosa mientras me acompañaban estos á la pequeña celda que se me había preparado.

Las luces se extinguían poco á poco en el convento, y no se oía en los claustros más que la péndula del reloj y el débil murmullo de algunos religiosos que rezaban en su misma celda. Pronto seguí á un padre que me vino á buscar, y con la linterna en la mano bajamos una escalera abierta en la peña y llegamos á un

cámino tortuoso y muy estrecho donde mi guía me enseñó un altar diciéndome, que debajo estaba el sepulcro de los santos inocentes. Después quería enseñarme otro, cuando cediendo á mi piadosa impaciencia, le dije:--adelantémonos que luego volveré á detenerme en esto. Subimos algunas gradas, dimos algunos pasos mas, y nos encontramos de repente delante de una puerta que abrimos:.... vi una gruta profunda alumbrada por una multitud de lámparas. Retírase mi guía, y yo con el alma conmovida de temor, de respeto y de amor, me prosterno, oro, contemplo y adoro.

Esas horas de la noche, durante las cuales habia velado junto al pesebre del cordero sin mancha, me recordaron aquella otra noche y aquella hora en que el ángel del Señor habia aparecido á los pastores, y me pareció que como á ellos otro ángel me decia:--adora y no temas. Hasta aquí este viagero.

En un rincon se vé tambien el sitio en que San José dejó el asno y el buey que habia traído.

El recién-nacido fué colocado en una especie de pesebre, cuya preciosa reliquia ha sido trasladada á Roma, y el sitio donde estuvo se ha incrustado con mármol. En una parte del altar de que acabamos de hablar se vé una imágen de la Santa Virgen diseñada por la naturaleza, y ciertamente que le falta poco para ser un retrato acabado.

Entre los mármoles que adornan el Santo pesebre, distínguese una especie de figura compuesta de líneas

negras colocadas naturalmente sobre un fondo blanco, y que representan bastante bien la forma de un anciano con una larga barba y una especie de sayal, tendido á lo largo, y que parece apoyar su cabeza sobre su mano derecha. Algunos han creído que era el retrato de San Gerónimo que habia preferido este lugar al esplendor de la corte de Roma.

El emperador Adriano, para distraer á los cristianos de su devoción á la santa cueva que existia en forma de capilla desde el tiempo de los apóstoles, mandó elevar en su lugar un templo á Adonis para atraer á los paganos: pero se desplomó mucho ántes del reinado de Constantino.

En una agradable llanura situada á un cuarto de legua al norte de la ciudad de Belen, se encuentra la aldea de los pastores, y en el fondo del valle el famoso campo en que aquellos labriegos pacian sus rebaños cuando el ángel Gabriel les indicó el lugar del nacimiento del divino Mesías. Santa Helena hizo construir en este sitio una capilla en honor de los santos pastores, y en ella habia un altar dedicado á la Reina de los ángeles; no quedan ya mas que ruinas, y lo mismo del convento que estaba contiguo á ella.

Jacob, después de la muerte de su querida Raquel, se retiró á este sitio para conducir á él sus rebaños, é hizo construir una torre llamada *Ader*, es decir torre del rebaño, para observar mas fácilmente lo que pasaba entre sus pastores. Las cenizas de Raquel, depositadas en el mismo sitio donde murió, descansan á una milla

y media de Belen. Jacob hizo levantar sobre su sepulcro una columna que subsistia todavia en tiempo de Josué, y que llevaba el nombre de *sepulcro de Raquel* cuando los hebreos tomaron posesion de la Tierra Santa. El monumento que lleva hoy dia este nombre, ha sido reedificado por los turcos sobre las ruinas del antiguo, y consiste en una pequeña cúpula que cubre una especie de enorme cofre sin ningun adorno. Rodéale un vallado donde se descubren tambien dos pequeños sepulcros.

No podemos ménos de hacer mencion del algive de David que en otro tiempo se hallaba junto á las puertas de Belen, por ser mucho mas grande entónces la ciudad, y que dió ocasion á tres valientes de su ejército para probar hasta qué punto le eran adictos, pues habiéndoles manifestado deseos de beber de aquella agua cuando estaba á punto de pelear contra los filisteos, aquellos hombres bizarros atravesaron todo el acampamento enemigo para traerle el agua apetejada; pero hizo de ella sacrificio á Dios, sintiendo que se hubiese comprado un gusto suyo con tan grandes peligros. Se han conservado los nombres de esos tres generosos guerreros que anteriormente habian ya dado pruebas del mayor denuedo: uno de ellos se llamaba Issem, el segundo Eleazar y el tercero Helí.

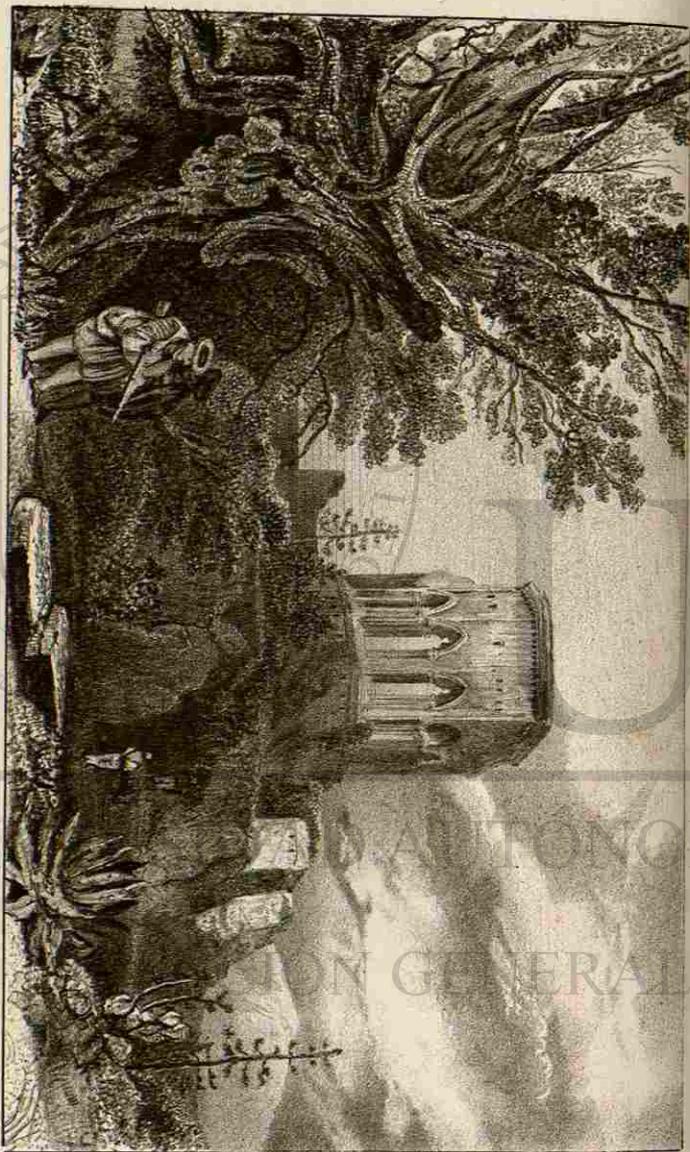
El amable Lamartine, despues de haber descrito su viage de Jerusalem á Belen, despues de habernos señalado el olivo del profeta Elias y la fuente en que la estrella volvió á aparecer á los magos, dice: Llegados al convento descansamos algunos momentos y nos pre-

paramos para oír la misa en la capilla del Pesebre. Encendieron los padres una linterna, y guiados por ellos bajamos á un largo laberinto de corredores subterráneos que es preciso recorrer para llegar á la gruta sagrada. La brillante luz de las lámparas, alumbra el altar construido en el lugar de la Natividad, y á la derecha, dos pasos mas abajo, está el pesebre. Esas grutas naturales están en parte incrustadas de mármol para sustraerlas á la piedad indiscreta de los peregrinos que se llevaban fragmentos de las paredes; pero puede tocarse todavia el desnudo peñasco detras del mármol que le cubre, y el subterráneo ha conservado en general la regularidad de su forma primitiva; los adornos no han alterado aquí, como en algunos de los lugares santos, su naturaleza hasta el punto de originar dudas sobre su identidad; aquí no sirven mas que para preservar el recinto natural, y por lo mismo, al pasar por debajo de esas bóvedas, se comprende fácilmente que debieron servir de cuadra á los rebaños que los pastores llevaban á la llanura. La disposicion de alma en que me encontraba (Lamartine acababa de perder á su hija única) me impide espresar los sentimientos que deben inspirar esos lugares y esas ceremonias: todo se agrupaba en torno mio para producir una profunda y dolorosa melancolía.

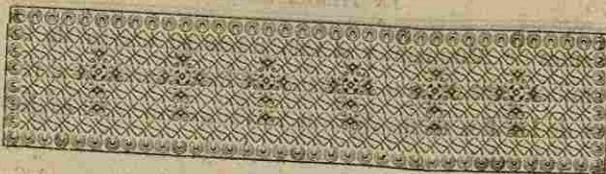
Oigamos ahora al anciano Geramb cuando refiere su visita á Belen: Ya sabeis con que pompa y con que alegría se celebra la fiesta de Navidad y la misa del

gallo en todo el orbe católico. Juzgad pues lo que será semejante fiesta y semejante misa celebrada á media noche en Belen y en el lugar mismo en que nació Jesus. A media noche, á esa hora de salvacion en la cual se rinde en todos los templos católicos homenaje al niño Dios, el reverendo padre guardian rompe la marcha y se adelanta pausadamente, con la cabeza inclinada, llevando respetuosamente en sus brazos la efigie del niño Jesus; vienen en seguida los habitantes de Belen, los árabes católicos y los peregrinos de varias naciones, todos con un cirio en la mano. El celebrante y la comitiva llegan de esta suerte hasta el sitio mismo de la Natividad, y entónces un diácono canta el evangelio con el mas profundo recogimiento. Y cuando dice, *le envolvieron en pañales*, recibe el niño de manos del celebrante, y cubriéndole con lienzos, le deposita en el pesebre, se prosterna y le adora. Entónces sienten los corazones no sé qué de sobrenatural, si he de juzgar por lo que yo mismo he sentido. Para expresar su reconocimiento y su amor, la piedad no encuentra ya palabras, y no habla mas que con la ternura de sus miradas, con sus suspiros y sus lágrimas.





Samaria



CAPITULO VII.

SAMARIA Y NAZARETH.

EN tiempo de Jesucristo era Samaria la segunda provincia de la Palestina, y comprendia los antiguos territorios de la tribu de Efraim, así como el que Manases poseía á esta parte del Jordan. Ocupaba toda la estension, de oriente á occidente, comprendida entre este rio y el mediterráneo, de suerte que estaba situada al norte de la Judea y al sur de la Galilea, separando estas dos provincias. Es un país montañoso, pero muy fértil, cuyos valles y llanuras bañan muchos rios que contribuyen á su fecundidad. Son numerosos sobre todo los olivos, y no falta caza. Los habitantes de esta provincia no eran en su mayor parte descen-

dientes de Abraham, y si solo traian su origen de las familias cautivas que Salmanazar habia enviado al reino de las diez tribus durante su cautiverio. Su capital sostuvo muchos sitios. Los asirios la acometieron por espacio de tres años consecutivos, apoderáronse al fin de ella y redujeron á cautiverio á todos sus habitantes.

Delante de ella fué donde dos discípulos de Jesucristo querian hacer bajar fuego del cielo, porque los habitantes se negaban á dar hospitalidad á su maestro; mas este les reprendió, diciendo: „No conocéis aun vuestra mision; el Hijo del hombre no ha venido para perder á los hombres, sino para salvarlos.”

La nacion samaritana, dice Sacy, despues de haber hecho un importante papel en el teatro del mundo, se ha mantenido hasta hoy dia, aun en medio de los trastornos generales sobrevenidos en la Tierra Santa, y han conservado los habitantes su religion, su idioma, sus libros sagrados, y el lugar principal de su culto. ¡Acaso, ántes que pasen dos ó tres generaciones, desaparecerán estos restos del único lugar donde existen todavía algunas familias!

El traje con que los samaritanos se distinguen de todas las demas sectas ó naciones, es el turbante que llevan sobre la cabeza en los sábados y dias de precepto, así como el vestido blanco que al dirigirse á sus sinagogas llevan siguiendo en un todo la ley de Moises.

Los samaritanos permanecen en algun modo separados de los turcos, de los judíos y de los cristianos, y no se casan mas que individuos de la secta misma entre si.

El primer dia de la pascua celebran á media noche la fiesta del sacrificio del cordero, le reparten entre los presentes y le comen en la misma iglesia, pues hace unos veinte años que no pueden hacerlo sobre el monte Garizim.

La ciudad de Samaria está casi hoy dia destruida, enriqueciéndose otras sobre sus ruinas. Todavía se ven algunas columnas, unas de pié y otras casi sepultadas; pero en vez de las magnificas casas y palacios que poseía en otro tiempo, no se encuentran en ella mas que cavernas habitadas por los infelices árabes.

Al pais de Samaria pertenecia aquella célebre muger de que habla el Evangelio, y cuya historia es tan interesante y tan bella. Cansado el Salvador del camino y del calor del sol del mediodia, se sentó en el brocal del antiguo pozo de Jacob cerca de Sicar, ciudad de los samaritanos. Los apóstoles habian ido á buscar que comer, y así estaba solo el Señor, en cuyas circunstancias se acercó á sacar agua con un cántaro una muger. Pidióle de beber el Hombre Dios, ofreciéndole en recompensa una agua celestial y pura que apaga la sed para siempre, y le recuerda á la muger entonces los secretos mas íntimos que ella conservaba en su corazon. Admirada de tal prodigio, dejando el cántaro, se tornó á la ciudad, diciendo á gritos por las calles: he visto á un hombre que me ha manifestado los secretos de mi vida: este será tal vez el Mesías. Los discípulos que ya habian llegado, le ofrecieron á Jesus de comer, pero este no quiso, como que estaba ocupado en el serio y

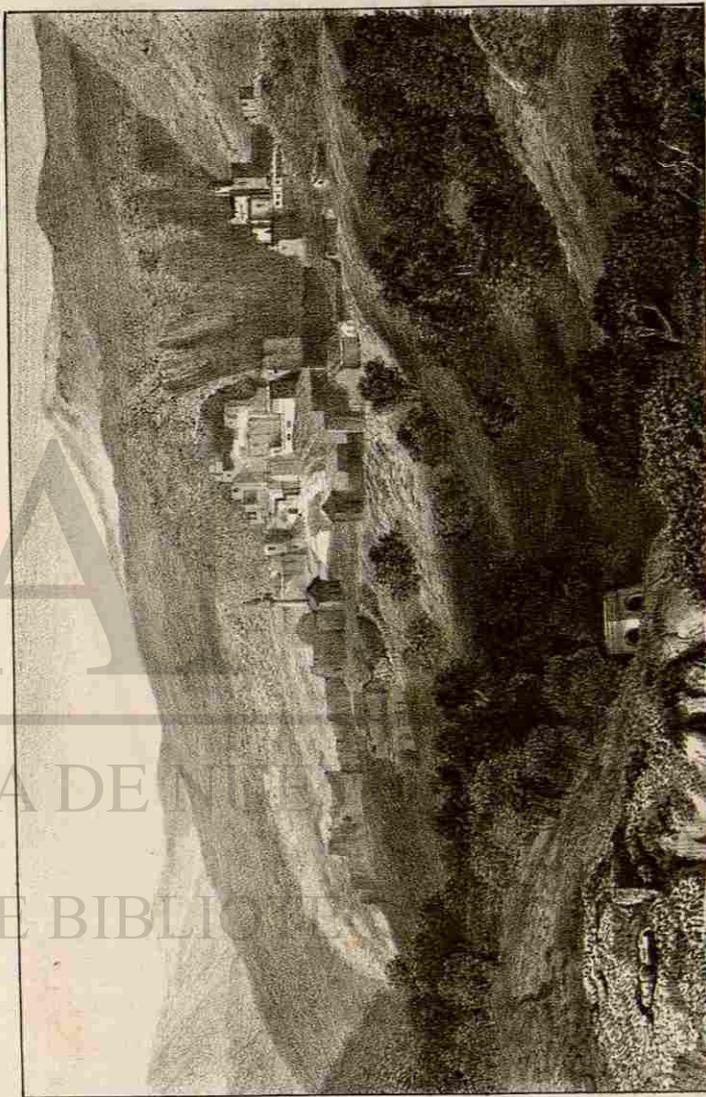
profundo encargo que le habia hecho su Padre de salvar al mundo. En tanto salieron las gentes de la ciudad para buscar al Hijo de Dios, y le rogaron que se quedase en su compañía, favor que les concedió de buena voluntad, permaneciendo en la poblacion dos dias, y dándoles lecciones de la moral mas grave y sublime.

NAZARETH.

Todos los peregrinos buscan en Nazareth los menores vestigios de la santa y pobre familia que moró en ella, y del divino niño cuya juventud se pasó en la oscuridad de este lugar. Nazareth podrá acaso olvidar al ejército frances que en 1799 peleaba con intrepidez al pié de sus murallas, pero nunca olvidará la visita que hizo en ella S. Luis en 1251.

S. Luis, dicen los historiadores, llegó á Caná de Galilea la víspera de la Anunciacion, llevando sobre sus carnes un áspero cilicio: dirigióse desde allí al monte Thabor y el mismo dia llegó á Nazareth. No bien divisó esta pequeña poblacion, cuando se apeó y dobló la rodilla para adorar de léjos este Santo lugar donde se comenzó el misterio de nuestra redencion. Adelantóse hasta aquel punto á pié, á pesar de sentirse sumamente cansado, y de haber ayunado aquel dia á pan y agua. El dia siguiente hizo celebrar el oficio divino, es decir, los maitines, la misa y las vísperas. Tomó el viático de manos del legado, y puede decirse que jamas habia sido Dios honrado con mas devocion en sus lugares predilectos.

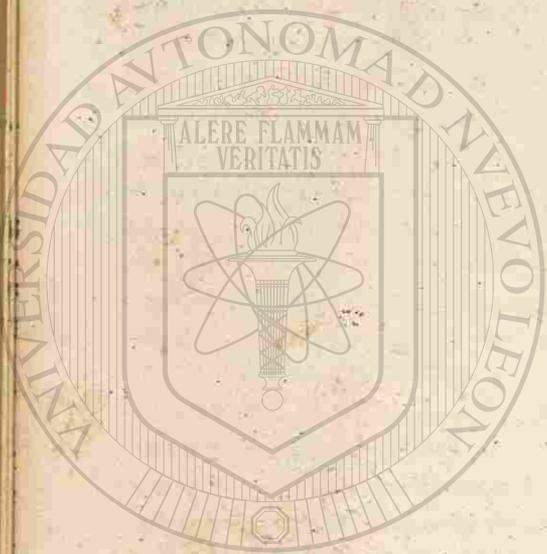
Situada Nazareth en una posicion hermosísima, y apellidada ciudad en los libros santos, no es hoy dia mas



Lit. calle de la Palma n.º 4.

que un miserable villorrio cuyas casas y habitantes llevan en sí el sello de la pobreza. Está colocada en un valle de forma circular, y rodeada de quince montañas que parecen haberse acercado para circuir este sitio delicioso y defender su entrada. Este valle dividido en pequeños jardines con hileras de perales espinosos, abunda en higueras, y el suelo se cubre de una yerba fina y compacta que ofrece excelentes pastos. Las casas de esta población son estrechas, de techo llano, y construidas con una especie de piedra muy ligera y esponjosa. Un pequeño riachuelo corre por medio de las calles que son muy estrechas; y en el centro del lugar se encuentra una mezquita cuyo minareto parece proclamar diariamente que las falacias del Corán han reemplazado la moral pura del Evangelio. Su población es de unas dos mil almas, la tercera parte de cristianos, y ningún judío obtiene permiso para habitar en ella.

En esta población es en donde está situada la modesta casa que la Virgen recibió del patrimonio de Santa Ana, casa abierta en la roca, y á la cual se baja, como á un subterráneo, por diez y seis escalones. Estaba dividida en dos partes: la primera era la estancia que según una tradición piadosa fué trasladada por los ángeles á Loreto, y la segunda una gruta abierta en el mismo peñasco. El parage en donde la Santa Virgen oraba cuando se le apareció el ángel Gabriel, está marcado con una columna de granito que Santa Helena hizo colocar en él. Véanse tres altares, uno dedicado á San José, otro consagrado á Santa Ana, y el tercero á San Gabriel:



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

hay quien dice que existe otro dedicado á la Santa Virgen.

En Nazareth se ve todavía, á corta distancia y al poniente de la santa gruta, un antiguo edificio de piedra de sillería que se cree ser la sinagoga donde entró Jesucristo cierto sábado para ilustrar á sus compatriotas y para instruirles explicándoles particularmente las profecías de Isaías que hacían referencia á su persona. Pero en vez de convencerse, le arrojaron de la ciudad y le llevaron á una alta roca para precipitarle desde allí; pero Jesús, cuya hora no era llegada todavía, pasó en medio de ellos, bajó milagrosamente la montaña, y huyó de esa ciudad ingrata para no volver mas á ella.

La gruta poco profunda, y ancha de cinco á seis piés, que se encuentra en el declive del precipicio, y en la cual se cree que se escondió Jesús esperando que se dispersasen sus enemigos, servía de adoratorio á un convento que Santa Helena había hecho construir junto con una iglesia en la vertiente de la montaña: todavía se descubren algunas ruinas de las gradas abiertas para bajar á él, y encima de ellas se ha levantado un altar para la adoración del verdadero culto. En fin todos los lugares de las cercanías están consagrados por algun piadoso recuerdo, como el convento actualmente destruido de nuestra Señora del espanto, así llamado porque se levantó en el sitio mismo donde la Virgen temió ver pe-
recer á su hijo; la mesa del Mesías, que es una piedra grande y redonda donde se cree que Jesús se desayunó muchas veces con sus discípulos, y la fuente de los após-

toles, manantial, donde es tradición, que iban estos á buscar el agua que necesitaban.

En medio de la actual iglesia de Nazareth, muy hermosa y conservada con limpieza digna de notarse, y cuya forma es pintoresca y sobremanera linda, una ancha y magnífica escalera de mármol conduce á la gruta donde se realizó el grande misterio de la Encarnación de Jesucristo. Por dos escaleras estrechas que están á entrambos lados, se sube al altar mayor colocado sobre la roca que forma la bóveda de la gruta. Detras está el coro de los religiosos, de manera que la iglesia se compone de tres planos, el de la gruta en lo mas profundo, el del cuerpo principal de la iglesia en medio y el del altar mayor y del coro en lo mas alto. Encima de este hay todavía otra estancia en forma de tribuna, donde se ha colocado un órgano, á la cual se sube por una escalera abierta en el coro. Todos estos diferentes planos se apoyan sobre una roca. Encuéntrase en la gruta una sala cuadrada, magníficamente adornada, en medio de la cual está un tabernáculo de hermoso mármol blanco sostenido por cuatro columnas, con un altar detras. Otra escalera muy estrecha, abierta en la peña, conduce á una gruta que se cree haber sido la cocina de la habitación de la Virgen, á causa de una especie de hogar que se encuentra en un ángulo. Una segunda escalera, tan estrecha como la primera, comunica con la parte interior del convento. Los musulmanes reconocen la virginidad de María y la milagrosa encarnación de Jesús anunciada por medio del ángel Gabriel. Por con-

siguiente, vienen frecuentemente á hacer en este lugar sus oraciones, y alguna vez los montañeses, sectarios de la religion del profeta, bajan acompañados de su música para presentar un niño á la Virgen y cortarle los cabellos por primera vez en este templo. Todos estos pormenores están sacados de la obra del ilustre español Badia, que ha publicado sus viages con el nombre de Ali-Bey.

A unos ciento treinta pasos estaba la casa en que el esposo de María ejerció el oficio de carpintero, y todavía se señala el sitio con el nombre de tienda de San José. Esta tienda habia sido convertida en una iglesia, de la cual han destruido gran parte los turcos, pero queda todavía una capilla donde se dice misa todos los dias.

Los alrededores de Nazareth están llenos de animales salvages y sobre todo de lobos y de chacales, de suerte que es raro que no se encuentren algunos junto al mismo pueblo. Frecuentemente entran en él á bandadas durante la noche para devorar á los animales muertos que dejan los turcos por las calles segun su más costumbre, y entonces turban el reposo de los habitantes con gritos espantosos, á los cuales responden los ladridos de una infinidad de perros. En el momento en que entrábamos, dice un viagero, un enorme lobo pasó por nuestro lado. Felizmente nosotros le asustamos más de lo que él nos habia alarmado, y se alejó.

Así pues, además de lo largo y cansado del viage á

Tierra Santa, corren otros riesgos los que le emprenden.

Estando Lamartine ya muy cerca de Nazareth, habla así de sus sensaciones interiores: En este dia comenzaron á manifestarse en mí impresiones nuevas y del todo diversas de las que hasta entonces me habia inspirado mi viage: habia yo viajado con los ojos, con el pensamiento y el espíritu, pero no con el alma y el corazón como al pisar la tierra de los prodigios, la Tierra de Jehovah y de Jesucristo; tierra cuyos nombres habian balbucido mil veces mis labios cuando niño; tierra á cuyas imágenes dió el primer colorido mi jóven y tierna imaginacion: tierra de donde habian brotado despues las lecciones y dulzuras de una religion, segunda alma de nuestra alma; sentí en mi interior como si alguna cosa de muerte y de frio viniera á reanimarse y entibiarse; sentí lo que se siente al reconocer entre mil caras desconocidas y extrañas la cara de una madre, de una hermana, ó de una muger amada; lo que se siente al pasar de la calle al templo, cierta cosa dulce, íntima, tierna y consoladora que no se experimenta en otra parte.

Mi templo era esa tierra de la Biblia, del Evangelio; adonde acababa yo de dar los primeros pasos. Oré delante de Dios en silencio, y en lo más secreto de mi alma, le dí gracias por haberme concedido vida para poder ver este santuario de la Tierra Santa: y desde este dia durante mi viage por Judea, Galilea y Palestina, las impresiones materiales que recibia del aspecto y nombre de estos lugares, se mezclaron en mí con un sentimiento más vivo

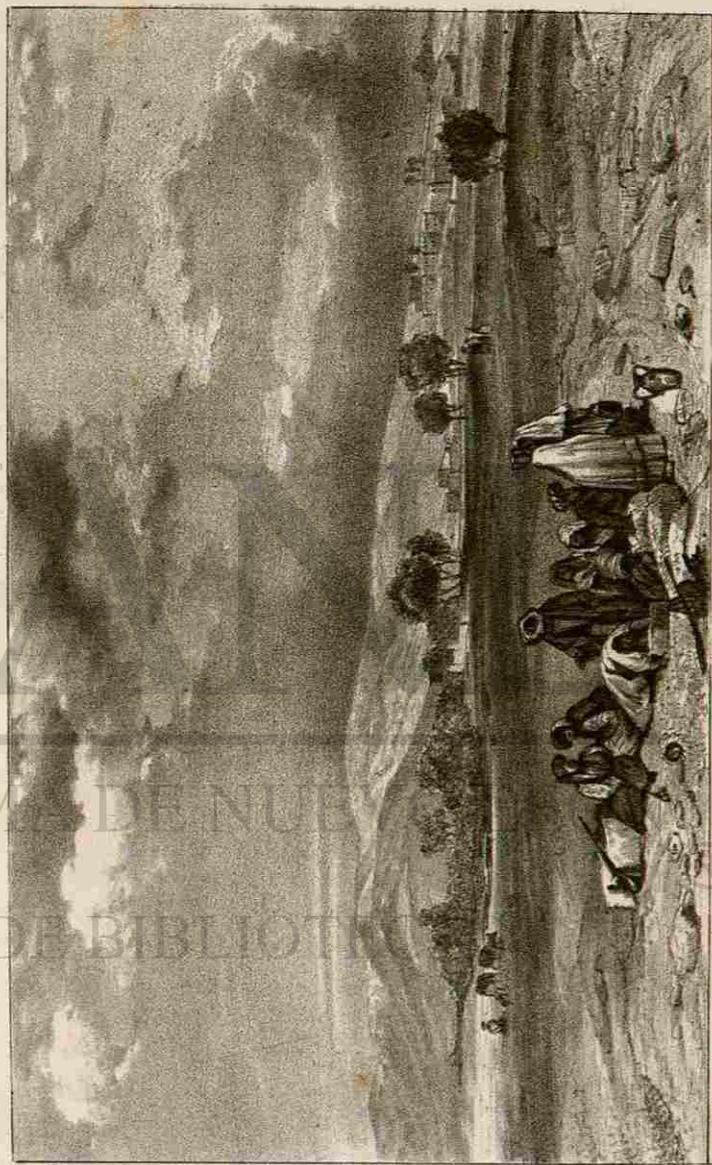
de respeto y de ternura: mi viage muchas veces era una oración; y los dos entusiasmos mas naturales en mí, el entusiasmo de la naturaleza y el de su Autor, se despertaban en mi alma casi todas las mañanas, tan vivos y tan frescos, como si tantos años de abatimiento y de aridez no los hubieran ajado en mi pecho. Al comparecer delante del Dios de mi juventud, conocí que era hombre todavía. Cuando se visitan los lugares consagrados por uno de aquellos misteriosos sucesos que han cambiado la faz de la tierra, se siente una cosa parecida á lo que experimenta el viajero al subir laboriosamente contra la corriente de un gran río como el Nilo, ó el Ganges para descubrir y contemplar sus fuentes desconocidas: tambien me parecia que al subir por las últimas colinas que me separaban de Nazareth, iba yo á contemplar en su origen misterioso esta religion grande y fecunda que de como dos mil años acá, ha corrido por el universo desde lo alto de las montañas de Galilea, y ha regado con sus aguas puras y vivificantes tantas generacione: humanas. Allí está la fuente en el hueco de la roca en que se apoyaban mis piés: aquella colina cuyas últimas gradas subia yo, habia llevado sobre sí la salud, la vida, la luz y la esperanza del mundo: á poca distancia de mí el Hombre modelo habia nacido entre los hombres, para sacarlos con su palabra y ejemplo del mar de errores y de corrupcion en que estaba sumergido el género humano. Cuando yo contemplaba todo esto como filósofo, aquí veia el gran punto de partida del mayor acontecimiento que haya agitado al mundo moral y político, cuyas resultas aun im-

primen movimiento y vida al mundo intelectual: allí salió de la obscuridad, de la ignorancia y de la miseria, el mas grande, el mas justo, el mas sábio y el mas virtuoso de todos los hombres: allí estaba el teatro de sus acciones y de su predicacion insinuante: de allí salió, aun siendo jóven, con algunos hombres oscuros é ignorantes, á quienes habia comunicado la confianza y valentía de su mision para ir á conquistar el imperio universal de la posteridad: de allí habia nacido el cristianismo como una fuente oscura, como una gota de agua desconocida en el hueco de la peña de Nazareth, donde dos pájaros no habrian podido saciarse, donde un rayo del sol habria podido secala, y que hoy como el gran océano de los espíritus, ha llenado todos los abismos de la sabiduría humana, y bañado con sus inagotables aguas lo pasado, lo presente y lo futuro. Aunque no hubiera yo creido que este suceso era divino, aun entónces se hubiera conmovido fuertemente mi espíritu al acercarme al lugar de su origen; hubiera descubierto mi cabeza é inclinado mi frente ante la voluntad que habia hecho brotar tantas cosas de un principio tan débil é insensible.

Pero considerando el misterio del cristianismo como cristiano, allí fué donde bajo un pedazo de cielo azul, en el fondo de un valle estrecho y umbrío, á la sombra de una colina pequeña, sus antiguas rocas aun parecian heuidas con los saltos de alegría que dieron al encarnar el Verbo: allí fué el punto sagrado del globo que escogió Dios desde la eternidad para hacer bajar sobre la tierra su justicia, su amor y su verdad: allí fué donde el sopro

divino bajó á su hora, sobre una pobre choza, morada de la sencillez de espíritu y del infortunio; allí fué donde animó este soplo en el seno de una Virgen inocente y pura, una cosa dulce, tierna y misericordiosa como ella, una cosa sufrida, paciente y llorosa como el hombre: allí fué donde, abierto el cielo, se lanzó el Verbo para encarnar y consumir la iniquidad y el error, acrisolar las virtudes, y quemar delante del Dios único y santo el incienso que no debe apagarse, el incienso del altar reservado, el perfume de la caridad y verdad.

Al ir haciendo estas reflexiones con la cabeza baja y cargada la frente con otros mil pensamientos mas graves aun, vi á mis piés, en el fondo de un valle excavado, las casas blancas y graciosamente amontonadas de Nazareth sobre los dos bordes y en el fondo de la excavacion. La iglesia griega, al alto minareto de la mezquita turca y las largas y anchas murallas del convento de los padres latinos, era lo primero que se veia: algunas calles formadas de casas menores, pero de forma elegante y oriental, estaban derramadas al rededor de estos edificios mayores, y animadas de un ruido y de un movimiento de vida. En contorno del valle y de la excavacion de Nazareth, algunos bosquecillos de nopales altos y espinosos, de higueras despojadas de sus hojas de otoño, de granados de follage ligero, y de un verde tierno y amarillo, estaban sembrados acá y allá al acaso, dando frescura y gracia al paisaje, como las flores de los campos al rededor de un altar de aldea. Solo Dios sabe lo que pasó entónces en mi corazón; y con un movimiento espontáneo, y por decirlo



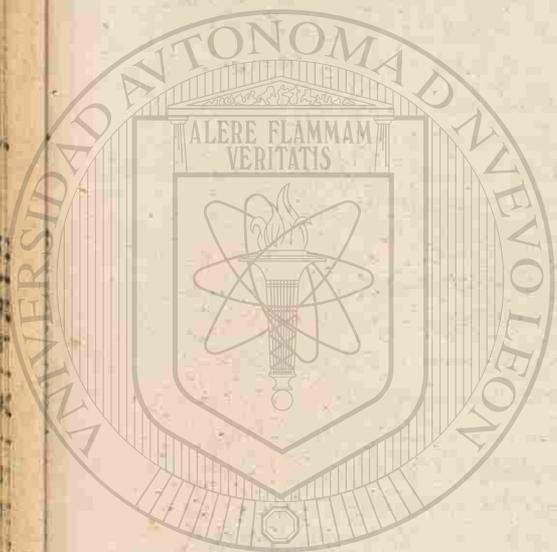
Canaán.

Hablando de Caná, no debemos olvidar el campo de las espigas situado en una hermosa llanura á media legua de la ciudad, y es el lugar en que se encontró á los discípulos de Jesucristo comiéndose las espigas en día de sábado. Este campo, si bien que conservando su nombre, ha mudado de naturaleza, pues hoy día no se encuentran en él mas que zarzales.

Jesucristo visitó muchas veces el pueblo de Caná, y su primer milagro en las bodas tan célebres contribuyó á la alegría inocente de los convidados y de entrambos esposos, impidiendo que el vino se agotase y dando á ese licor, al fin de la cena, una calidad superior á la que tenía al principio. Parece que quiso con su presencia dar nuevo brillo á la santidad del matrimonio que es el fundamento de la sociedad.

„La casa de esos afortunados esposos, santificada con la presencia de Dios, fué transformada por Santa Elena en una hermosa iglesia que subsiste todavía, pero que los turcos han convertido en mezquita. Esta iglesia, que es bastante grande, se parece á un inmenso comedor de cuarenta pasos de largo sobre veinte de ancho. La bóveda del centro está sostenida con columnas, de suerte que queda el templo dividido en dos naves; debajo está una capilla donde se guardaban las cántaras y donde se obró el milagro. Sobre la puerta se ve la figura de los sagrados vasos, ó por mejor decir, urnas, en que se había puesto el agua que se trocó en vino.”

„Junto á una de las dos puertas de la ciudad se encuentra la fuente de donde dicen que se sacó el agua pa-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

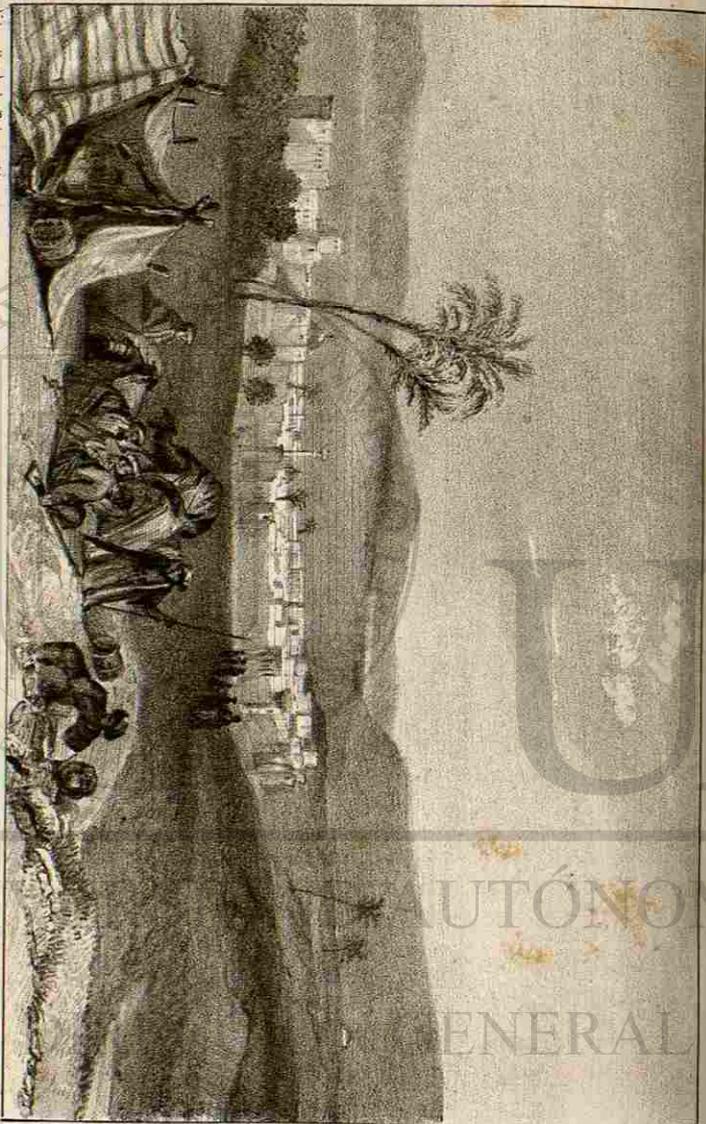
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

ra llenar las cántaras que sirvieron para el banquete. Esta fuente, que es muy hermosa y abundante, forma un arroyo que corre á lo largo del pueblo, cuyos jardines riega. Bájase á esta fuente por dos escaleras profundas, de manera que el agua es fresca y excelente.

Ya no se trata de un milagro que solo tuvo por testigos á los miembros de una familia reunida para una fiesta nupcial, sino que nos dirigimos á las orillas de un famoso lago.

Tal es el de Genezareth ó de Tiberiades, es decir, una especie de mar interior que en otro tiempo, segun dice el historiador Josefo, fué surcado por muchos buques. Las montañas que le rodean de todas partes, le ponen á cubierto de los vientos y de las borrascas, y su agua es sobremañera potable y fácil de sacar, pues no se encuentra en la orilla mas que una arena suave y fina. En sus orillas, famosas por tantos acontecimientos, se apareció Jesucristo á todos los apóstoles despues de su resurreccion, los dejó asombrados con una milagrosa pesca, tomó parte en su comida, y despues de haber preguntado tres veces á San Pedro si le amaba, y oido su respuesta afirmativa, le confió el cuidado de sus rebaños. Dirigiéndose despues á los apóstoles, les dijo: Id á predicar una moral enteramente nueva y opuesta á las humanas creencias: tal es la escena sublime de las orillas del lago Tiberiades.

Quedan tan pocas ruinas de las ciudades florecientes que orillaron ese hermoso lago, que apénas se han conservado sus nombres, y uno queda admirado leyendo



en Josefo que durante el sitio de Tiberiades ese historiador, que era al mismo tiempo general, se apoderó de todos los buques que se encontraban en el mar de Galilea, y reunió hasta doscientos treinta y dos: apenas se descubre hoy día ni una góndola siquiera.

Tiberiades, que dió su nombre al lago de Genezareth, era una ciudad situada en su orilla occidental, hácia la estremidad meridional, cuyo fundador fué Herodes Agrippa. Hoy día una multitud de ruinas atestiguan su antigua opulencia.

Las dos terceras partes de la poblacion se componen de judíos que hablan muy bien el alemán. Su sinagoga es reputada la primera de oriente, y sus rabinos pasan por muy instruidos. Sus correligionarios estrangeros acuden á ella llevados del mismo sentimiento de devoción que los atrae á Jerusalem. y con ánimo de acabar allí sus días. Es tradicion muy acreditada entre ellos que Jesucristo vendrá de Cafarnaum á Tiberiades, y se añade que los mas zelosos suben á un alto sitio y vuelven constantemente los ojos hácia las ruinas de la ciudad, de donde debe venir su Mesías, para anunciar tan fausto acontecimiento.

En las orillas de este lago fué donde se dió la famosa batalla de Tiberiades, tan fatal á los cruzados. La narracion de este combate, dado el 2 de Julio de 1187, es del mayor interes, y el lector la verá sin duda con dolor. Nada fija tanto un lugar en el ánimo y en la memoria como las circunstancias de un hecho memorable.

Batalla de Tiberiades.—Contra el parecer desintere-

sado del conde de Trípoli, el débil Lusiñan, rey de Jerusalen, amenazado por los sarracenos conducidos por el intrépido Saladino, que acababa de apoderarse por asalto de Tiberiades, dió la órden fatal de marchar contra el enemigo. Desalentados los soldados é inciertos como su gefe, dejaron con pesar su acampamento, presagiando una segura derrota. El ejército cristiano se adelantaba hácia Tiberiades, y marchaba en silencio al través de la llanura de Batouf cuando divisó las banderas de Saladino.

El ejército musulman acampado en las alturas de Loubi, tenia detras de sí el lago de Tiberiades, cubria la cumbre de las colinas, y dominaba todos los desfiladeros por los cuales debian adelantarse los cristianos. Entónces los barones y los caballeros se acordaron del consejo del conde de Trípoli; pero ya no era tiempo de seguirle, y solo el denuedo de los soldados cristianos podia reparar la falta de los gefes del ejército; tomóse pues la atrevida y desesperada resolucion de abrirse paso al través del ejército enemigo para llegar á las orillas del Jordan. El 2 de julio de 1187 los cristianos se alinearon en batalla y se pusieron en marcha; adelantábanse sus batallones en medio de una lluvia de piedras y de flechas lanzadas por los sarracenos. Pronto la caballería musulmana bajó de las colinas para disputarle el paso. No se rompieron las filas de los cristianos, ántes sostuvieron firmes la impetuosa acometida del enemigo. La voz de los gefes y de los sacerdotes, la idea de su propio peligro, y sobre todo la presencia de la verdadera cruz, sostenian

su ardor intrépido. Saladino dice en una de sus cartas, que los francos combatieron alrededor de la cruz con un valor extraordinario, y que la miraban como su mas firme apoyo y su invencible escudo. Sin embargo, tenian mas valor que fuerza, y como les faltasen agua y víveres, y les abrumase el sol, los mas robustos caian llenos de cansancio. Habian hecho prodigios de valor, pero empezaban á perder la esperanza de rechazar á los sarracenos, cuando la noche vino á separar á los dos ejércitos.

Los sarracenos estaban llenos de confianza. Saladino recorria las líneas de su ejército, y su presencia y sus palabras inflamaban el valor de sus tropas. Recibiónle los musulmanes con aclamaciones, y en seguida colocó los archeros en las alturas, hizo distribuir cuatrocientas cargas de flechas, y dispuso sus tropas para que los cristianos se viesen cortados desde el principio de la accion. Por su parte los soldados de Lusiñan aprovecharon las tinieblas de la noche para rehacerse y preparar sus armas. Ya se animaban mutuamente á despreciar la muerte, ya levantaban los ojos al cielo, conjurándole á que desplegase todo su poder para salvarlos. Todavía amenazaban á los sarracenos que estaban cerca de ellos para poder oírles, pero siniestros pensamientos parecian quitarles toda esperanza de salvacion. Para disimular sus temores, hicieron resonar durante la noche en su campamento el ruido de tambores y trompetas. Por fin amaneció el dia, y con él se dió la señal de la ruina entera del ejército cristiano. Así que los francos descubrieron todas las fuerzas de Saladino, y se vieron

rodeados por todas partes, les sobrecogió la sorpresa y el miedo. Los dos ejércitos permanecieron por mucho tiempo á la vista en silencio, porque para principiar el ataque esperaba Saladino á que el sol alumbrase toda la escena. Levantóse á poco un viento fuerte que soplaba contra los cristianos y los cubria de nubes de polvo. Cuando el gefe moro dió la señal, se precipitaron de todas partes los sarracenos dando espantosos alaridos; al principio se defendieron bizarramente los cristianos, pero habiendo Saladino hecho pegar fuego á las yerbas secas que cubrian la llanura, las llamas los rodearon por todas partes y fueron para ellos otro enemigo mas terrible.

A pesar de que la confusion y el desórden penetraron en sus filas, no por esto se mostraron ménos terribles. Brillaban los aceros al traves de las llamas: por entre torbellinos de humo se lanzaban los mas valientes contra los batallones musulmanes: pero los mas inauditos esfuerzos de valor y de desesperacion no encontraban en todas partes mas que una resistencia invencible. Incesantemente volvan los cristianos á la carga, pero eran rechazados con brio. Llenos de sed y de hambre devoradora, no veian alrededor de sí mas que peñascos ardientes y el brillo de las espadas de sus enemigos. La montaña de Helim se elevaba á su izquierda, y buscaron en ella un asilo donde les persiguieron los sarracenos, y donde pudieron todavía rechazarlos hasta la llanura. El valor de que dieron muestra los templarios y los caballeros de la órden de S. Juan, hubiera salvado al ejército

cristiano si hubiese podido serlo, pero en estos momentos de crisis la verdadera cruz cayó en manos de los infieles salpicada con la sangre de los obispos que la llevaban. De repente, quedaron inmóviles de dolor y de espanto los que combatian todavía; unos tiraban sus armas, y otros se precipitaban contra las de los musulmanes. Ciento cincuenta caballeros agrupados al rededor del estandarte real no pudieron defender al rey de Jerusalem, y Lusignan cayó prisionero con su hermano Godofredo, con Reynaldo de Chatillon y con los mas ilustres guerreros de la Palestina. Raymundo, que mandaba la vanguardia del ejército cristiano, despues de haber peleado denodadamente, se abrió paso al traves de los sarracenos, y pudo llegar á Tripoli, donde poco despues murió de desesperacion acusado por los musulmanes de haber violado los tratados, y por los cristianos de haber sido traidor á su religion y á su patria. El hijo del príncipe de Antioquia, Reynaldo de Sidonia, el jóven conde de Tiberiades y un corto número de soldados, siguieron á Raymundo en su fuga, y fueron los únicos que se libraron del desastre de esta jornada tan funesta para el reino de Jerusalem.

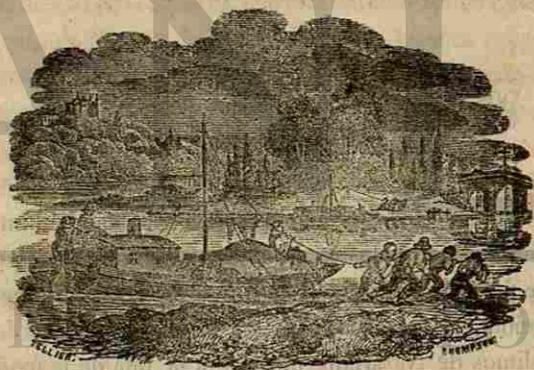
Sobre esas mismas orillas sagradas no piensa Lamartine en el atroz triunfo de Saladino ni en la desgraciada suerte de Raymundo, y sí únicamente en el espectáculo pintoresco que se ofrece á sus miradas, y se entrega á las emociones religiosas que experimenta su alma.

Ninguno de nosotros, dice, abria sus labios, todos los pensamientos eran íntimos y profundos, porque los

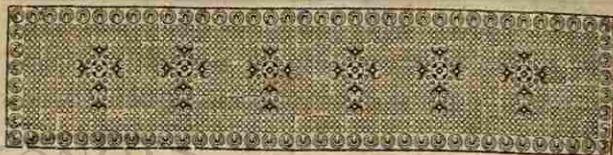
recuerdos sagrados hablaban al alma de cada uno de nosotros. Tocante á mí, jamas ningun lugar sobre la tierra me habló mas deliciosa y fuertemente al corazon. Siempre me ha gustado recorrer los lugares que habitaron un dia los hombres que he admirado ó amado. El pais que un hombre grande ha habitado y preferido durante su tránsito por la tierra, me ha parecido su mejor y mas pura reliquia. Pero no era la mansion de un hombre grande ó de un gran poeta la que yo visitaba, era del hombre de los hombres, la del hombre divino. La naturaleza, el talento, la virtud y la divinidad encarnada era lo que yo venia á adorar en la tierra que pisó, en las aguas que le sostuvieron, en las colinas donde se sentó, y sobre las piedras donde reclinó su frente. ¡Sus ojos mortales vieron esas orillas, esas olas, esas colinas y esas piedras, ó por mejor decir, todo esto le habia visto; habia pisado cien veces este camino por donde yo andaba respetuosamente; sus piés habian levantado el mismo polvo que los míos; aquí es donde calmó las tempestades, aquí es donde caminó por encima de las aguas dando la mano á su apóstol que temblaba como tiemblo yo: mano celestial de que tengo tanta necesidad como él entre la borrasca de las opiniones, de los pensamientos mas terribles!"

La grande y misteriosa escena del evangelio pasa casi entera sobre este lago y sobre las montañas que le rodean. Heos aquí el lugar de Emaús donde eligió sus discípulos entre los hombres mas vulgares, para probar que la fuerza de su doctrina procede de ella solo.

Ved mas allá Cafarnaum y el punto donde hizo el célebre sermón de la montaña; allí es donde multiplicó los panes y los peces: en una palabra, alrededor de nosotros está todo el evangelio, porque el Redentor venia aquí para descansar, para meditar, y para amar á los hombres y á Dios.



así, involuntario, me hallé á los piés de mi caballo, hincado de rodillas en el polvo, sobre una de aquellas rocas azuladas y polvorosas del sendero precipitado por el que bajábamos. Algunos minutos me quedé en muda contemplación, en que todos los pensamientos de mi vida scéptica y cristiana se agolparon de modo en mi cabeza, que no podía discernir uno solo. Estas únicas palabras se escaparon de mis labios: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. Yo las dije con el sentimiento sublime, profundo y reconocido que encierran, y que el lugar inspira tan naturalmente, y me conmoví al llegar al santuario de la iglesia latina, de verlas grabadas con letras de oro en la mesa de mármol del altar subterráneo en la casa de María y de José. Bajando despues religiosamente la cabeza hácia esta tierra que había germinado á Jesucristo, la besé en silencio y la moqué con algunas lágrimas de arrepentimiento, de amor y de esperanza, pidiendo un poco de verdad y de amor. Desptes llegamos al convento de los padres latinos de Nazareth, y me bajé del caballo delante de la puerta de la iglesia donde estuvo otro tiempo la humilde casa de aquella Madre que llevó en su seno al Huésped inmortal, y dió su leche á un Dios.

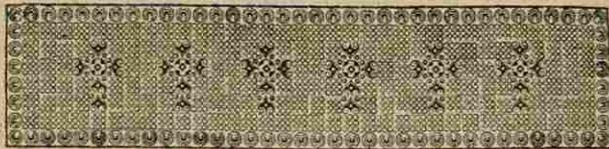


CAPÍTULO IX.

MONTE THABOR.

ACERQUEMONOS ahora con el religioso Geramb al monte Thabor, no ménos recomendable que otro cualquier lugar de la Judea, con el hecho único de la Transfiguración de Jesucristo.

Salimos de Nazareth, dice, y á la una de la mañana pasamos por delante de la fuente de la Virgen, que estaba ya en aquella hora muy concurrida. Era desigual y peñascoso el camino, y de consiguiente mucho mas penoso para mí que para los demas, por ser muy corto de vista. Apénas en la oscuridad de la noche podía distinguir la cabeza de mi caballería, y tuve que



CAPÍTULO VIII.

CANÁ, TIBERIADES Y GALILEA.

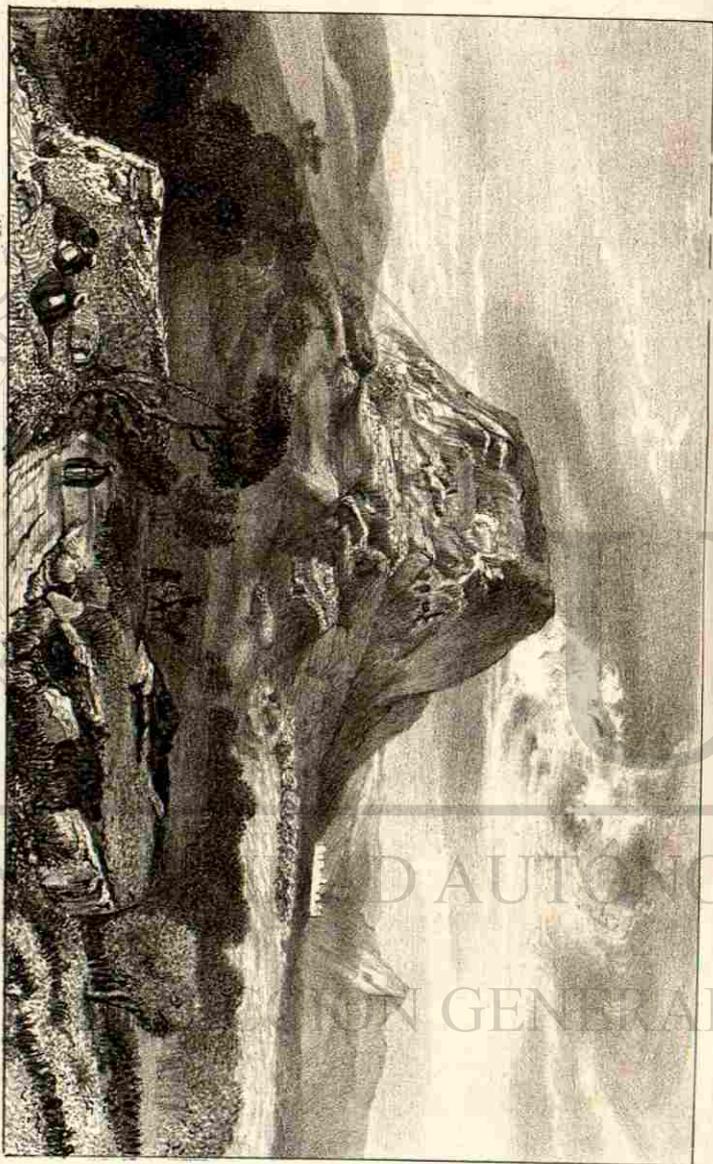
DESPUES de haber visitado el pueblo de Belen, Samaria y de Nazareth, no olvidará el peregrino dirigirse á Caná donde Jesucristo hizo su primer milagro. Está poco distante de Nazareth, y formaba parte de la baja Galilea en la tribu de Zabulon. Edificada sobre la pendiente de una colina al norte de Jerusalem, protégenla las montañas al sur y al occidente, miéntras que un hermoso valle se estiende al norte delante de ella. En los alrededores, que son muy fértiles, se cultivan los árboles frutales, se encuentran viñedos, y crece el maiz y sobre todo el tabaco, cuya cosecha es abundante. Pero el triste estado de los habitantes contrasta sobremanera con la riqueza del suelo.

abandonarme á su instinto que ciertamente no la engañaba.

Al asomar los primeros rayos del sol, vimos el monte Thabor como si estuviese muy cercano, á pesar de que estaba algo distante. Pareciónos enteramente aislado; sin embargo, detras de él y en la parte occidental de su base se elevaba una alta colina. Nuestros guías nos condujeron al traves de los campos de trigo, sin que bastasen á disuadirles de su propósito las observaciones de los religiosos y mis reconvenciones: nos aseguraron que no habia otro camino, y aunque no les dimos crédito, tuvimos que seguirlos.

Hacia algunas horas que brillaba el sol en el horizonte cuando llegamos al pié del monte Thabor. La montaña era deliciosa; reinaba en los campos una tranquilidad y profunda calma; aun estaba humedecida la tierra con el rocío, y muchos pájaros revoloteaban y trinaban alrededor nuestro, y la yerba era tan alta, que parecian nadar en ella nuestros caballos. Nos detuvimos en Zébora, pequeña aldea fundada en el parage mismo en que Sisara, derrotado por el ejército de los israelitas, pereció á manos de Jael en cuya casa se habia refugiado; desde allí contemplamos por algunos instantes el teatro de la milagrosa victoria conseguida por la misma heroína que dió nombre al pueblo.

Empezamos á trepar por la montaña. Las vertientes del Thabor son desiguales, escarpadas y llenas de arbustos olorosos que crecen entre las rocas. El cami-



El Monte Thabor.

no es casi intransitable, y por buenos que sean los caballos, á duras penas pueden adelantarse.

Llegamos por fin á la cumbre. Esta es una meseta de media legua de estension, donde se encuentra solo alta yerba y arbustos, á par que enormes piedras, restos de las iglesias que Santa Elena hizo construir para perpetuar la memoria del misterio que allí se habia consumado. Todos los años la comunidad de Nazareth se reúne en este sitio el dia de la Transfiguracion para celebrar la misa. Tuve la felicidad de oirla, y de comulgar al pié de un árbol levantado debajo la bóveda de los cielos.

La cumbre del Thabor se ve algunas veces de tal suerte cubierta de densa niebla, que es difícil distinguir los objetos mas cercanos: felizmente aquel dia se presentó puro el horizonte é hizo un tiempo magnífico.

Lamartine, apasionado siempre de las bellas artes, y lleno de los recuerdos que dejan las obras maestras de la pintura, no dejó de sentarse al pié de una hermosa encina, casi en el mismo sitio donde Rafael coloca en su cuadro á los discípulos deslumbrados, y esperó á que un religioso celebrase la misa. Verdaderamente es imposible permanecer frio espectador de semejante espectáculo: el sacrificio ofrecido sobre la cumbre misma del Thabor, es una escena enteramente nueva para el europeo, escena que jamas puede olvidarse.

El lugar mas preeminente en Galilea es la alta colina, que por su figura y elevacion ha sido distinguida con el nombre de Monte Thabor. Está situado en un llano lla-

mado Esdraelon. Su figura es un cono truncado: la mesa que forma en la cumbre, presenta al viagero todavía las ruinas de una ciudadela de considerable estension. La elevacion del monte no es mas que 1.500 piés, muy hermoso á la vista desde el llano, porque siendo de terreno muy fértil, está casi cubierto de árboles y plantas odoríferas. Pero la vista desde la cumbre es espléndida en cuanto á paisaje, é interesante á los historiadores bíblicos. Por el sur, á considerable distancia, se ven las colinas llamadas el Hermon, cuyo rocío ha sido poéticamente celebrado por David, y al pié del Hermon está situado Endor, donde residia la famosa hechicera que, á ruegos de Saul, hizo venir á su presencia el espíritu de Samuel. Mirando hácia el este se ven los montes de Gelboé, donde Saul prefirió atravesarse con su espada ántes que caer vivo en manos de los filisteos. Por el mismo rumbo, y á mayor distancia, se ve el Gebelel, ó sierra nevada, á cuyas faldas está la ciudad de Japheth, que se supone ser la antigua Betulia.

Pero este interes histórico no es comparable al misterio de la Transfiguracion, que aconteció seis dias despues que Jesucristo hizo á sus discípulos la primera revelacion de su pasion, muerte y resurreccion. Jesucristo, leemos en los Evangelios, llamó á parte á Pedro, Santiago y Juan, y llevándolos al Monte Thabor, se transfiguró delante de ellos, tomando forma celestial. Su rostro resplandecia como el sol, y sus vestiduras parecian blancas como la nieve. Moises y Elias, cada uno á su lado, estaban hablando con él. Admirado Pedro

con lo que veía, se estaba complaciendo en la gloria de su sublime Maestro, y lleno de júbilo exclamó: „Señor, bueno será que nos quedemos aquí: si te place, hagamos tres tabernáculos; uno para tí, otro para Moises y otro para Elías.” Apénas había acabado de decir estas palabras el fiel discípulo, cuando todos fueron cubiertos y rodeados por una nube luminosa que los penetraba; y al mismo tiempo salió de la nube una voz sonora que decía: „Este es mi Hijo el amado, en quien me he complacido mucho; escuchadle.” Al sonido de aquella voz celestial, cayeron los tres apóstoles sobre sus rostros, y se llenaron de consternación. Así se verificó lo que pocos días ántes había dicho el Salvador: „Algunos de los que están aquí, no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios,” esto es, la claridad de la gloria del Señor, en la que se les mostró el amado Hijo de Dios. Jesus se acercó á ellos, y tocándoles con su mano, les dijo: „Levantaos, y no temais.” Ellos se levantaron, abriendo los ojos, y no vieron á nadie mas que á su maestro. Jesus bajó luego del monte conversando con ellos, y les mandó espresamente, que no comunicaran á nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. Este acontecimiento basta para hacer memorable el Monte Thabor.

En esta montaña los recuerdos militares se hermanan con los religiosos, pues en épocas bien distantes el ejército frances ha dado en ella muestras de un valor á toda prueba.

En 1217, dice Michaud, para ocupar á los soldados en quienes la ociosidad engendra la licencia, se formó el proyecto de atacar el monte Thabor donde se habían fortificado los musulmanes. El monte Thabor, tan célebre en el antiguo y nuevo testamento, se levanta como una soberbia cúpula, en medio de la vasta llanura de Galilea. La pendiente de la montaña está cubierta en verano de flores y de árboles olorosos; y desde la cumbre se ven las orillas del Jordan, el lago de Tiberiades, el mar de Siria, y la mayor parte de los lugares famosos por los milagros de Jesucristo.

No era posible llegar á este escarpado sitio sin arrostrar mil peligros, pero nada intimidó á los guerreros cristianos: el patriarca de Jerusalem que marchaba á su cabeza, levantó en alto la cruz y los animó con su ejemplo y sus palabras. Enormes piedras rodaban desde las alturas ocupadas por los infieles, quienes además lanzaban una lluvia de dardos contra los cristianos. El valor de los soldados de la cruz inutilizó todos los esfuerzos de los sarracenos, y el mismo rey de Jerusalem hizo prodigios de valor matando por su mano á dos enemigos. Cuando hubieron llegado los cruzados á la cumbre, dispersaron á los musulmanes y les persiguieron hasta las puertas de la fortaleza, pues nada pudo resistir su ímpetu. Pero, de repente, algunos gefes temieron las tentativas del príncipe de Damasco, y la idea de una sorpresa obró tanto mas fuertemente en su ánimo, cuanto nadie la había previsto. Mientras que los musulmanes huían llenos de espanto, se apoderó de los vencedores

un terror pánico; renunciaron los cruzados á embestir la fortaleza, y se retiraron como si no hubiesen venido mas que para contemplar el lugar consagrado por la Transfiguracion del Salvador.

Increible seria esta precipitada fuga sin el testimonio de los historiadores contemporáneos, y solo puede achacarse á la discordia que reinaba entre los cruzados.

Pero algun dia debia vengarse sobre el mismo suelo esta derrota por otros franceses que hermanaban el valor y la sangre fria con la táctica europea. Seis mil hombres triunfaron de cuarenta mil en la batalla del monte Thabor dada en 16 de Abril de 1799.

Batalla del monte Thabor.--Mientras que se llevaba adelante con vigor el sitio de San Juan de Acre, supo Bonaparte que un numeroso ejército conducido por el bajá de Damasco estaba en movimiento para atacarlo al pié de las murallas de aquella ciudad. El ejército enemigo, compuesto de cuarenta mil hombres, entre ellos veinte mil caballos, llegaba por la parte de Tiberiades.

Kleber dió parte al general en jefe, pidió algunos socorros y marchó contra el enemigo. Murat recibió órden de ir á reforzarle á marchas dobles, y el mismo Bonaparte se dispuso á partir para sostenerle y dar una batalla decisiva. Los sitiados hicieron entónces una salida, pero fueron recibidos con vivísimo fuego de metralla, y huyeron precipitadamente. Bonaparte se puso al momento en marcha.

Kleber habia llegado á las llanuras que principian al pié del monte Thabor, cerca del pueblo de Fouli, con

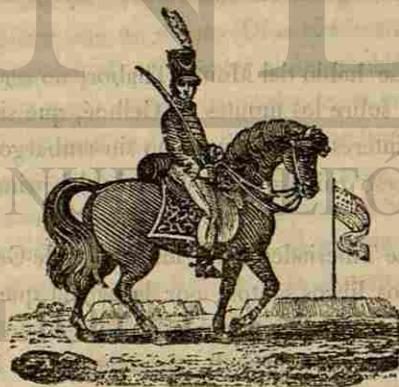
la idea de sorprender á los turcos durante la noche; pero por culpa de los guias, no llegó hasta las seis de la mañana, y encontró formados en batalla á los enemigos. No bien hubo formado en cuadro sus tres mil hombres, cuando se movieron los escuadrones asiáticos y cargaron con la mayor impetuosidad. Jamas han visto los franceses tanta caballería reunida contra un puñado de gente. Lo restante del ejército del bajá se adelanta á paso de carga dando espantosos alaridos. Parecia que nuestra division debia ser reducida á polvo: pero, inmóviles en su puesto nuestros valientes, oponen de todas partes una triple fila de bayonetas, y á boca de jarro hacen un fuego terrible que llena el suelo de cadáveres y ahuyenta á los orgullosos orientales. Renuevanse las cargas con intrepidez furiosa, pero siempre son rechazadas con la misma energía. Atrincheros nuestros soldados detras de los cadáveres de hombres y de caballos asiáticos, resistieron durante seis horas la impetuosidad de sus enemigos; pero rodeados por un ejército quince veces mas numeroso, era evidente que ese puñado de héroes debia encontrar al pié del monte Thabor una muerte gloriosa. Era la una de la tarde, y se continuaba combatiendo con encarnizamiento. De repente, resuena á lo léjos el estallido del cañón: „Es Bonaparte! esclaman los soldados llenos de ardor y de entusiasmo; es Bonaparte que viene á socorrernos!”

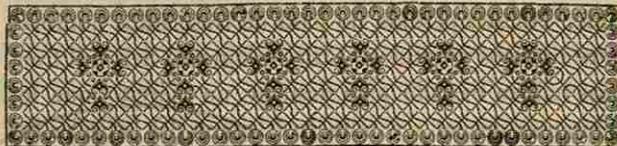
En efecto era él, que habiendo llegado á una eminencia distante tres leguas, vió la llanura cubierta de humo, y á la heroica division de Kleber enteramente

cercada y luchando contra un ejército innumerable. A vista del peligro de sus hermanos de armas, los soldados pidieron á gritos el combate. Bonaparte formó de su division dos cuadros, que se adelantaron rápidamente, de manera que formasen un triángulo equilateral con la division de Kleber y pusiesen al enemigo entre dos fuegos. Marchaban los soldados en silencio, y solo á una media legua de distancia la artillería hizo una descarga para anunciar el socorro. Gritos de alegría resonaban en todas las fiás, y los soldados combatian con nueva energía, cuando Bonaparte apareció de golpe en el campo de batalla. Su aparicion fué un rayo para los enemigos. Un espantoso fuego que salía de las tres estremidades del triángulo, aterró y dispersó á los mamelucos que se encontraban en medio. Huyen desordenados los escuadrones, y tomando Kleber la ofensiva, destaca contra Fouli una columna de doscientos granaderos que se adelanta con audacia, haciendo llover un fuego terrible á derecha é izquierda contra los infantes que aun se resisten. El pueblo es ganado á la bayoneta. Barrida la multitud inmensa por la artillería, y rechazada por todas partes con las bayonetas, se precipitó detrás del monte Thabor, y se echó en desórden hácia el Jordan. Persiguióla nuestra infantería á paso de carga, y los fugitivos fueron recibidos por la caballería de Murat que los destrozó completamente y los arrojó al Jordan donde muchos quedaron sepultados. El ejército turco perdió mas de seis mil hombres, un convoy de quinientos camellos, muchas provisiones, y un botin conside-

rable. Nuestra pérdida no pasó de trescientos hombres entre muertos y heridos. Cosa milagrosa! Seis mil franceses habian bastado para destruir un ejército que los habitantes decian ser numeroso como las estrellas del cielo y como las arenas del desierto.

Esta victoria decisiva del monte Thabor produjo tanto efecto en nuestros enemigos, que no se atrevieron á hostigarnos mas durante el sitio. Dispersáronse aterrados los musulmanes, y no pensaron en salir mas de sus provincias. Kleber dió muestras de suma admiracion por la hermosa maniobra que habia decidido la victoria, y conoció que su general en gefe le habia salvado el honor y la vida."





CAPITULO X.

MONTE GELBOÉ.—SAUL.

YA que se habló del Monte Thabor, no será extraño decir algo sobre los montes de Gelboé, que si no ofrecen tanto interes como aquel, son sin embargo notables por un suceso ruidoso en la historia del primer rey de los judíos.

Al sur de Tiberiades están los montes de Gelboé, célebres en los libros santos, por la batalla que dieron á Saul los filisteos. Reunieron estos su ejército á las órdenes de Achis, rey de Geth, para atacar á los israelitas, los que por su parte se reunieron en dicho monte al mando de su monarca. Consultó este al Señor sobre el suceso de la batalla, y no recibió respuesta alguna.

Intimidado con este silencio mas de lo que estaba ya, y sabedor de que en Endor habia una muger pitonisa ó adivina, salió Saul disfrazado de su campo, acompañado de dos hombres, y llegaron de noche á la casa de la muger. Adiviname con tu arte, y preséntame á quien yo te indicaré, dijo Saul á la pitonisa; esta de pronto se negó por el temor que tenia de que la desterrase el gobierno como adivina; pero afianzada con el juramento del rey, á quien no conocia, de que no se le seguiria perjuicio, le preguntó ¿quién era la persona que le habia de presentar? El rey le dijo entónces: preséntame á Samuel. Luego que la muger vió al profeta, dió un grito y dijo á Saul: ¿por qué me has engañado? Tú eres Saul. ¿Qué has visto, le dijo el rey? He visto Dioses que suben de la tierra. ¿Cuál es su figura? replicó el monarca. Ha subido, respondió la muger, un anciano y está cubierto con un manto (Dios obró esta aparicion para castigar á Saul). Entónces el desgraciado príncipe le hizo una gran reverencia poniendo el rostro sobre la tierra. Samuel le dijo, ¿por qué me has inquietado haciéndome aparecer? Porque estoy muy apurado al ver á los filisteos que me van á atacar, y el Señor no me ha respondido á mis consultas. El profeta le anunció entónces la derrota que sufriria y la muerte que le esperaba el dia siguiente por sus delitos, y la traslacion de su corona á la cabeza de David. A estas palabras, Saul que no habia comido, cayó postrado en tierra de debilidad y de espanto; pero al cabo de rato se levantó perturbado, y caminando toda la noche con las mas ter-

ribles ideas en el corazón, volvió á su campo: la batalla fué sangrienta, huyó Israel delante del enemigo, y aquel miserable guerrero por no ser la burla de los filisteos, se echó sobre la punta de su espada y murió. David llegó á saber esta nueva funesta, así como la muerte de su amigo el príncipe Jonatas, y lloró amargamente. Entonces compuso este cántico fúnebre, lleno de ternura y de poesía.

„Considera, ó Israel, quienes son aquellos que fueron heridos, y perdieron la vida sobre tus colinas.

La flor de Israel ha sido muerta sobre tus montañas; ¿cómo es que perecieron estos hombres valientes y esforzados?

No anunciéis en Get esta noticia: no la publiquéis en las plazas de Ascalon; no sea que se alegren las hijas de los filisteos, y salten de gozo y de contento las hijas de estos incircuncisos.

Montes de Gelboé, no caigan jamás sobre vosotros el rocío ni la lluvia: vuélvanse estériles vuestras campiñas, y no se ofrezca nunca á Dios primicia alguna de sus frutos; porque ahí es donde fué hollado el escudo de los fuertes, el escudo de Saul, como si no hubiese sido consagrado rey con el aceite santo.

Jamás retrocedieron las flechas que tiró Jonatas; antes bien se vieron siempre teñidas con la sangre de los heridos, penetrando hasta las entrañas de los más valientes; y la espada de Saul, nunca se desvainó sin que hiciese grande estrago.

Saul y Jonatas, que mientras vivieron fueron tan ama-

bles, como gallardos de presencia; mas ligeros que las águilas, y más fuertes que los leones, han sido inseparables hasta la misma muerte.

Llorad, pues, hijas de Israel; llorad sobre Saul, que os vestía de escarlata en vuestras pompas y festines, y que os daba adornos de oro para engalanaros.

¿Cómo es que los fuertes han perecido en el combate? ¿Cómo es, ¡oh montes de Gelboé! que Jonatas ha sido muerto en vuestra cumbre?

¡Oh hermano mío Jonatas! gallardo sobre manera, y más amable que el amor de las mugeres: tu muerte me atraviesa el corazón de dolor: yo te amaba tanto, como ama una madre á un hijo único.

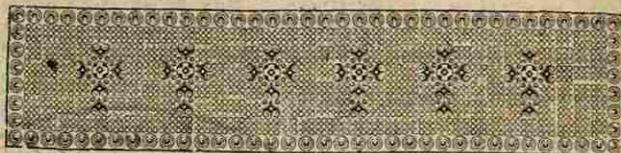
¿Cómo han caído estos varones tan fuertes y robustos? ¿Cómo es, en fin, que perecieron sus armas belicosas?”



Geramb, le enseñó piadosamente la ventana donde los cristianos, noticiosos de que los judíos querían matar á San Pablo, favorecieron su fuga á favor de las tinieblas de la noche.

El origen de Damasco es oscuro como todo lo relativo á los primeros siglos. ¿Fundó Abraham esta ciudad, ó bien un biznieto de Noe? No se sabe. Baste decir que es una de las primeras ciudades que edificaron los hombres. David y Jeroboan tomaron á Damasco y la abandonaron despues: el primero en memoria de su triunfo colgó en un santuario de Jerusalem las armas y carcases de oro de los guerreros vencidos. Theglath Phalasar rey de los asirios, fué á Damasco, la arruinó y se llevó al pueblo hasta Media. „Damasco, dice Isaías, dejará de ser ciudad: será con el tiempo un monton de piedras de una casa arruinada.” En la descripcion de la Siria, Estrabon apenas mienta á Damasco. Hasta la llegada de los árabes, se parece la historia de esa ciudad á la de las otras poblaciones de Siria, sucesivamente conquistadas por los persas, griegos, romanos y emperadores de oriente.

Cuenta un autor el sitio y conquista de Damasco por los feroces soldados del Islamismo, cuyos pormenores son los siguientes: El árabe Caled, por sobrenombre *la espada de Dios*, y el griego Tomas, defensor de la ciudad, son los dos personajes que sobresalen en estos acontecimientos dramáticos: el primero es el héroe bárbaro de el Coran, el fanatismo armado para destruir una creencia rival: el segundo inspirado por un noble patriotismo



CAPÍTULO XI.

DAMASCO.

DAMASCO no es para nosotros la ciudad de los poderosos califas, la de las centellantes y aceradas armas, la población intolerante sentada á la entrada del desierto, coronada de flores, regada por numerosos arroyos, y deliciosa morada enriquecida con las muchas carabanas salidas de Bagdad, de Alepo y de la Meca: es para todo cristiano, que recuerda la conversion de San Pablo, un lugar para siempre memorable, donde el implacable enemigo del cristianismo naciente se vió domado por una fuerza irresistible, rugió como un leon, probando á resistir contra la mano de Dios, y acabó al fin por rendirse.

En el año de 1832 un jóven que servia de *ciceroni* á

y por el amor del Evangelio, manifiesta sobre los muros de Damasco un valor decidido y un empeño sublime que lo hacen el Constantino de la capital de Siria. Caled representa en su energía primitiva aquella religion nueva que iba á sujetar la mitad de la tierra: Thomas da cierta gloria al imperio cristiano de oriente que iba á desplomarse ignominiosamente delante del mahometismo. Duró el sitio, segun unos, setenta dias, y segun otros, mas de seis meses. Despues de una rigurosa pero inútil resistencia, capituló la poblacion. Las tres cuartas partes de los habitantes se sujetaron á un tributo y quedaron en la ciudad: el resto, á cuya cabeza estaba Thomas, quiso mas bien seguir el camino del destierro: soldados, sacerdotes, ciudadanos, mugeres y niños, todos los cristianos que se decidieron á retirarse formaron un campamento en una gran pedrería al poniente de Damasco, y se despidieron de los jardines, de sus valles, y de las encantadas riberas del Barrady con las lágrimas en los ojos, y el luto en el corazon.

No será por demas la narracion de la célebre batalla dada por los cruzados al pié de las murallas de Damasco. La ciudad estaba defendida por altas murallas de la parte del oriente y del mediodia, pero hácia el occidente y el norte no tenia por defensa mas que muchos jardines, arboledas llenas de empalizadas, y pequeños torreones en los cuales se podian colocar archeros. Los cruzados determinaron apoderarse de estos jardines ántes de principiar el sitio, mas la empresa no era fácil. Acometidos sin embargo los musulmanes con ardor extraordinario,

perdieron terreno. El rey de Jerusalem los perseguía con ardor, y sus soldados se precipitaban tras él contra las filas enemigas, comparándole con David que en otro tiempo, segun refiere Josefo, mató á un rey de Damasco. Al fin los musulmanes resistieron en las márgenes del rio que corre al pié de las murallas de la ciudad, y en vano probaron los guerreros de Balduino á arrollarlos de nuevo. En este trance el emperador de Alemania dió muestras de su valor con un hecho de armas digno de la primera cruzada. Acompañado de muy pocos de los suyos púsose á vanguardia de los cruzados; nada resistia su impetuoso ataque, y caian bajo sus golpes todos cuantos enemigos encontraba; cuando he aquí que un sarraceno de gigantesca estatura se adelanta y le reta. Acepta el emperador el desafio y se lanza contra el infiel. A vista de este combate singular, quedan inmóviles los dos ejércitos. Pocos momentos despues fué derribado el guerrero musulman, partido su cuerpo en dos mitades. Este prodigio de fuerza del emperador aumentó el ardor de los cristianos y aterró á los infieles, que huyeron desbandados.

Pero se presentaron inmensos obstáculos á la toma de la ciudad, porque el paso al traves de jardines espesos y cercados era muy difícil. El enemigo se apoderó de los desfiladeros y de todas las avenidas: las casas de campo estaban tomadas por los soldados musulmanes, y de todos los jardines partian flechas y otras armas arrojadas. Peligros de otra especie y otra clase de muerte amenazaban al ejército cristiano: habia practicado el

enemigo agujeros en las paredes á lo largo de las veredas estrechas, y sus lanzas así ocultas traspasaban á nuestros guerreros. Muchos cristianos murieron en estos pasos peligrosos, pero fueron echadas á tierra las paredes, y descubierto el enemigo, huyó ó murió. Después de un efímero triunfo, acamparon los cruzados á las mágenes del Barrady, parte en los jardines, y parte en una pradería.

Tomada esta posición no podía Damasco defenderse, porque la ciudad al poniente ofrecía poca resistencia, y era seguro el triunfo de los francos. Reinaba el espanto en la población: el libro del Corán del califa Otman espuesto á la vista en la gran mezquita, atraía á la multitud desolada que había puesto su última esperanza en la misericordia del cielo. Pero aun no debía llegar la desgracia de Damasco. Al poniente estaba descubierta la ciudad al ejército cruzado, y hubiera bastado el menor ataque para tomar la plaza: tenían además los sitiadores á su disposición las aguas del Barrady, los jardines llenos de frutas excelentes y ya maduras; al oriente había un espacio árido, sin árboles, sin agua y sin recursos: por este lado defendían á la ciudad gruesas murallas y torres elevadas, y aquí es adonde por una resolución inesperada, trasladaron los cruzados su campo.

Apénas acababan de situarse allí los cristianos, cuando recibió Damasco dentro de sus murallas veinte mil curdos y turcomanos que fueron á defenderla. Inútiles quedaron los asaltos de los latinos; y bien pronto no-

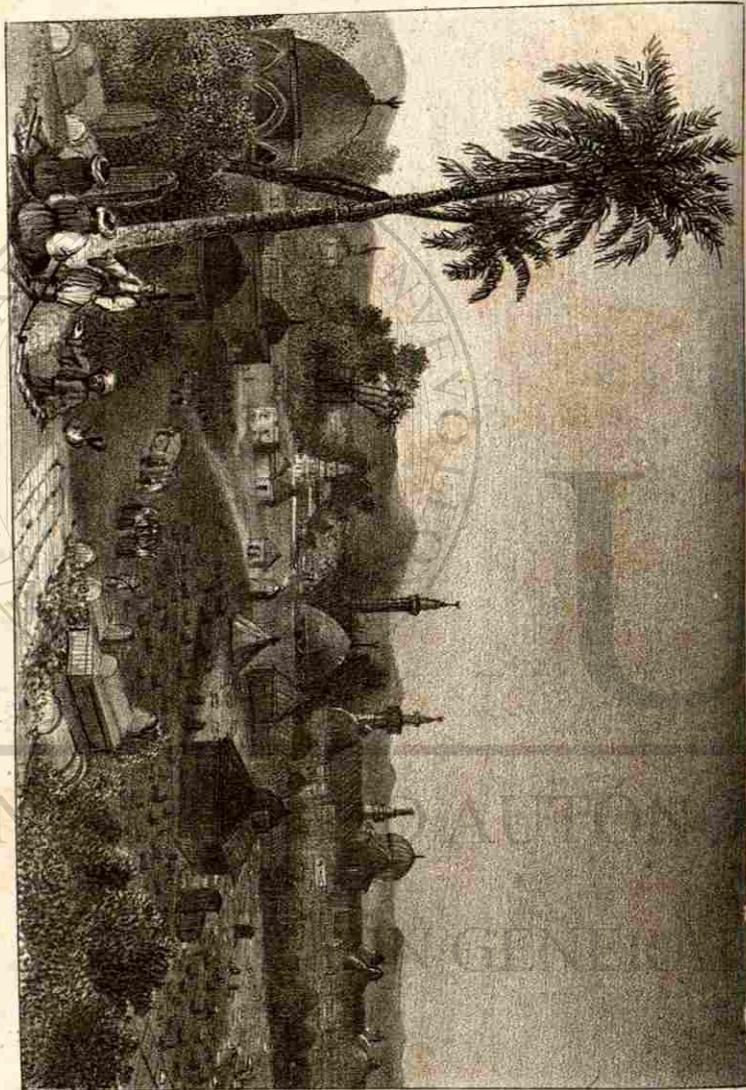
ticiosos de la próxima llegada de un nuevo refuerzo enemigo conducido por los príncipes de Alepo y de Mousoul, abandonaron la empresa.

Nada se encuentra en las antiguas crónicas que explique esta retirada del ejército cristiano, ni la traslación del campo que decidió la suerte de esta expedición. Las disputas de los príncipes latinos por la posesión de la ciudad que miraban como ya conquistada, son las únicas que pueden resolver el problema de semejante derrota. Debió quedarse pasmado el oriente con ella, porque el ejército que sitió á Damasco fué el mejor de todos los ejércitos cruzados de la edad media, „¿Qué agradable espectáculo era ver á este ejército! dice un testigo ocular: ¿qué bellas eran aquellas legiones cristianas, con tantas tiendas, todas nuevas, en que ondeaban al soplo del viento tantas banderas diferentes! Los musulmanes desde lo alto de los parapetos de Damasco temblaron al aspecto de ejército tan formidable, y esto era natural, porque sabían que iban á pelear con la flor de la nobleza de Francia.”

La ciudad de Damasco está situada á cuarenta y cinco leguas de Jerusalem, y la rodean varias colinas cubiertas de árboles. En sus cercanías se elevó la famosa ciudad de Palmira, cuyas ruinas admiramos hoy día.

Alrededores de Damasco.—Caminaba yo delante de la caravana, dice Lamartine, á distancia de pocos pasos detras de los árabes: de repente se detienen, y dan gritos de alegría, mostrándome una abra que está en el camino: me acerco, y mi vista al través de la aber-

tura de la roca, se derrama en el mas magnífico y extraño horizonte que puede admirar un hombre: era Damasco y su desierto sin límites, lo que se presentaba á pocos centenares de pasos: lo primero que se ve es la ciudad rodeada de parapetos de mármol amarillo y negro, flanqueada de innumerables torres cuadradas de trecho en trecho, coronadas de almenas esculpidas, dominada por un bosque de minaretos de todas formas, surcadas por los siete brazos del rio, y por incontables arroyos: la ciudad se estiende hasta perderse de vista en un laberinto de jardines floridos, y echa sus brazos inmensos acá y allá en la vasta llanura, sombreada por todas partes, y por todas partes como comprimida por un bosque de diez leguas en contorno, de albaricoques, de sicómoros, y de árboles de todas formas y colores: á veces parecia perderse la ciudad bajo la bóveda de las arboledas, y luego volvía á aparecer adelante en largas series de casas, arrabales, aldeas; es un laberinto de jardines, de vergeles, de palacios y de arroyos, en que se estravian los ojos, y no se dejaria este encanto sino para fijarse en otro nuevo: nosotros no andábamos, por ser tan estrecho el camino, y nos contentábamos con contemplar ya en silencio ya con exclamaciones, el magnífico espectáculo que se desenvolvía tan de pronto y todo entero á nuestros ojos, ya en el término de un camino sembrado de tantas rocas, y lleno de secas soledades, y al principio de otro desierto que llega hasta Bagdad y Basora, y en cuya travesía se gastan cuarenta dias: finalmente, empezamos á caminar, y las rocas que nos ocultaban la llanura y la ciudad, poco



Vista de la ciudad de Damasco

á poco nos dejaron ver todo el horizonte: estábamos á quinientos pasos de los muros de los arrabales: estos muros rodeados de encantadoras casas de campo de la arquitectura y formas mas orientales, brillan como un recinto de oro al rededor de Damasco. Las torres cuadradas que los flanquean y dominan están llenas de arabescos, con ogivas de columnitas delgadas como carrizos reunidos, y sostienen almeras en figura de turbantes: las murallas están revestidas de piedras ó mármoles amarillos y negros alternando con elegante simetría; las cimas de los cipreses y de otros árboles grandes que se elevan en los jardines y en lo interior de la ciudad, se lanzan sobre las murallas y torres, y las coronan de un verde sombrío: las innumerables cúpulas de las mezquitas y palacios de una ciudad de cuatrocientas mil almas reflejan los rayos del sol en su ocaso, y las aguas azules y brillantes de los siete rios centellean y desaparecen alternativamente al traves de las calles y jardines: el horizonte que se veia detrás de la ciudad, era como un mar sin límites, y se confundia con las orillas rojas de un cielo de fuego á quien inflamaba aun la reverberacion de las arenas del gran desierto: á la derecha, las anchas y altas cimas del Anti-Líbano hacian como inmensas olas de sombras unas detrás de otras, ya avanzándose como promontorios en la llanura, ya abriéndose como golfos profundos en que los llanos se perdian con sus bosques y grandes aldeas, alguna de las cuales tiene treinta mil habitantes: los brazos del rio y dos lagos grandes brillaban allí en la oscuridad del tinte general de verdura, donde parece que se

puer de Damasco: á la izquierda está mas descubierta la llanura, y hasta las doce ó quince leguas es donde se encuentran cimas de montañas blancas como la nieve, que brillan en el azul del cielo como nubes sobre el oceano: está la ciudad enteramente rodeada de verjeles, de árboles frutales donde se enlazan las viñas como en Nápoles, y se estienden formando guirnaldas entre las higueras, los albericoques, los perales y los cerezos: bajo de estos árboles la tierra fértil y siempre regada está cubierta de cebada, trigo, maiz y plantas leguminosas: acá y allá se ven casitas blancas entre lo verde de estos bosques, y sirven de morada al jardinero ó de recreo á la familia del propietario: estos jardines están poblados de caballos, de corderos, camellos y tórtolas, y de todo lo que anima las escenas de la naturaleza: por lo comun son de una ó dos anegas de siembra: muchos caminos sombreados, á cuyas orillas corren caños de agua que circulan en los jardines, pasando de un arrabal á otro: todos estos objetos forman un círculo de veinte á treinta leguas alrededor de Damasco.

Detengámonos un instante, dice otro viagero, en el lugar en que San Pablo, antes perseguidor de la Iglesia, se sintió herido de una luz celestial y oyó una voz que desde lo alto le decia: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Este sitio está á media milla de la ciudad, del lado de la puerta de San Pablo, ó puerta oriental, á corta distancia del cimiterio de los cristianos: cerca de allí se ve un macizo de albañilería que tal vez pertenecia á alguna capilla en memoria de la conversion del Apóstol. Este hombre

á quien quiso escoger el Señor como instrumento para llevar su nombre á los gentiles, á los reyes y á los hebreos, fué conducido á Damasco milagrosamente á una calle llamada *la calle Derecha*, que los fieles enseñan todavía. Ananías, cuya casa subterránea he visitado, fué á encontrar á Pablo para darle la vista y hacerlo cristiano. Cayó de sus ojos una cosa como escama y recobró la vista, se bautizó, y el hombre de Tarso que iba á Damasco para cargar de cadenas á los confesores de la Cruz, de repente se volvió Apóstol intrépido; predicó en las sinagogas, y confundió á los doctores de la antigua ley. No pudiendo resistir los judíos al nuevo Apóstol con las armas de la palabra, resolvieron perderlo; y este, advertido del peligro, no halló otro arbitrio que la fuga. A la sombra de la noche lo descolgaron sus discípulos en una canasta desde el muro; los griegos católicos me han enseñado cerca de una puerta al poniente de la ciudad, el lugar por donde llegó á escaparse San Pablo.

El lugar consagrado con el recuerdo de la conversion de este Apóstol, hace parte de un gran terreno, plano, inculto y sin árboles. Allí es donde acostumbra reunirse la caravana de la Meca cada año antes de partir á las órdenes del Pachá.

Este concurso de gente duplica el comercio de Damasco. ¡Qué espectáculo tan curioso es la salida de una caravana! Veinte, treinta, y á veces hasta cuarenta mil peregrinos, adoradores del coran, montados en mulas, caballos ó camellos, que llevan en el cuello campanillas, se ponen en camino, reunidos y escoltados con la bandera ver-

de del profeta, por el Emir y su tropa, todos abastecidos de abundantes provisiones, de esteras, tapices ó tiendas, vasos de madera, ó sacos de cuero para el agua, de utensilios de hierro ó de estaño para preparar el arroz y el néctar consolador. Contentos y llenos de esperanza, empiezan á buscar con ojos devotamente deseosos, el horizonte lejano, donde la mano de los ángeles, segun creen, colocó el templo de la Meca. Ved á los peregrinos que se engolfan en la inmensidad del desierto: no tienen que temer á las tribus enemigas, porque el Emir les sirve de escudo, y ademas tiene este comprada de antemano la libertad de pasar por la soledad; pero ¿quién defenderia á la caravana del terrible *simoum* (viento ardiente del desierto) que les aguarda en aquellas soledades largas y melancólicas? ¿quién la libertará de la sed que deseca y mata, de las mortales enfermedades originadas de toda clase de privaciones, del exceso de la fatiga y de un sol abrasador? Este camino es fatal para muchos peregrinos; nunca llegan completos los camellos y mulas que salen para Meca. ¡Cuántos hombres va á devorar el desierto! ¡cuántos cadáveres quedarán abandonados á las bestias y á las aves! Cada año, cuando atraviesa el desierto la caravana, deja bastantes osamentas allí antes de llegar al tabernáculo de la Kaaba: ¿no es esto una imágen de la gran caravana del género humano condenada á pasar por el triste viage de la vida ántes de llegar á la morada brillante en que Dios reside, y ántes de gozar del reposo sublime de la gloria?

Bastará esta leve indicación general respecto de la caravana que partiendo de Damasco va á la Meca: cuando

se hable del Cairo, se describirán los pormenores curiosísimos del viage de los musulmanes, y del templo de aquella ciudad, así como del ceremonial religioso que allí se observa.

Por lo que respecta al interior de Damasco, dice un anónimo lo siguiente:

Las calles de la ciudad, excepto las que rodean el serallo, son en general muy estrechas y tanto mas sucias cuanto están mal empedradas ó no lo están en gran parte; aquella en que habitan los franciscanos es enteramente intransitable. Todo el exterior anuncia en las casas pobreza y miseria; no se ven ventanas en la parte de afuera, pero no bien se ha entrado en ellas, atravesando un oscuro corredor, cuando nos hallamos transportados como por encanto á un nuevo mundo. Vemos un magnífico patio enlosado con mármol blanco, y cercado con jazmines de la Arabia, naranjos, limones y granados. A entrambos lados están los cuartos y los salones destinados para recibir á los forasteros. La escultura, el dorado, los espejos, los muebles suntuosos, las raras porcelanas, las almohadas y los tapices, nos dan muestra de lo que los progresos de las artes pueden alcanzar á hacer cuando se hermanan con el lujo mas elegante y rico. En muchas casas, ademas de estos aposentos, tienen jardines abundantes en legumbres y en árboles que dan delicioso fruto. El castillo es una fortaleza que por su estension presenta el aspecto de una segunda ciudad. Pero los edificios mas notables son las mezquitas, en número de doscientas, entre ellas algunas bellísimas. Des-

graciado del profano que se acercase á ellas, y más aún del que se atreviese á entrar, porque espiaría con su muerte el atentado.

Bazares.—Las plazas de mercado de Oriente, ó los bazares tienen todos una forma y disposición semejante con la sola diferencia de tamaños y riquezas. Lamartine hace la siguiente descripción del gran bazar de Damasco. Tiene este como media legua de largo. Los bazares consisten en calles largas cubiertas con armaduras ó maderajes muy altos, llenas de tiendas, puestecillos, almacenes y cafés: estos cajones son estrechos y de poco fondo: está el negociante sentado sobre sus talones delante de su tienda, con la pipa en la boca. Llenos están los almacenes de mercaderías de toda especie, y mayormente de estofas de la India que llegan á Damasco, conducidas por la caravana de Bagdad. Los barberos convidan á los que pasan, para cortarles el cabello, y sus barberías están siempre llenas de gente. Una multitud tan numerosa como la de las galerías del palacio real de Francia, circula en el bazar todo el día; pero este gentío ofrece un espectáculo mucho más pintoresco. Allí andan los Agás vestidos de largos ropones de seda carmesí forrados de pieles de martas, con sables y puñales guarnecidos de diamantes, colgados de la cintura. Cinco ó seis cortesanos criados ó esclavos van por detras silenciosamente llevándoles sus pipas: una parte del día están sentados en los almohadones que hay fuera de los cafés: estos están situados á la orilla de los arroyos que atraviesan la ciudad: bellos árboles de plátano dan sombra al diván ó estrado; allí fuman y plati-

can con sus amigos; para los habitantes de Damasco, este es el único modo con que se comunican unos con otros fuera de la mezquita. Allí se preparan casi en silencio las frecuentes revoluciones que ensangrientan la capital. Mucho tiempo está fermentando el alzamiento, y estalla cuando ménos se espera: corre el pueblo á las armas á favor de cualquiera partido, mandado por un Agá, y queda el gobierno en manos del vencedor: se ajusticia á los vencidos ó se huyen á los desiertos de Balbec ó de Palmira, donde les dan asilo las tribus independientes. Los oficiales y soldados del Pachá de Egipto casi vestidos á la europea transitan arrastrando sus sables sobre las banquetas del bazar: á muchos encontramos allí que se nos acercaron hablando en italiano: están de guarnición en Damasco, el pueblo los ve con horror, y cada noche se teme una revolución. Los manda un general de los más inteligentes de Mehemet-Ali; se ha formado un campamento de diez mil hombres fuera de la ciudad á la orilla del río.

Los árabes del gran desierto y los de Palmira abundan en esta ciudad, y se pasean en el bazar. No tienen más vestido que una ancha cobertura de lana blanca con que se cubren como las estatuas antiguas: su color es tostado, su barba negra y feroces sus ojos. Forman grupos delante de las tiendas de tabaco, de las sillerías y armerías. Sus caballos siempre están ensillados, enfrenados y maniatados en las calles y plazas. Desprecian á los egipcios y á los turcos; pero en caso de revolución, marcharán contra las tropas de Ibrahim,

quien no ha podido alejarlos mas que á una jornada de Damasco, habiéndolos perseguido en persona con su artillería cuando pasó por esta ciudad.

Cada especie de comercio y de industria tiene en los bazares su departamento señalado. Allí se venden las armas cuyas tiendas están léjos de ofrecerlas tan magníficas y afamadas como en otro tiempo. Las admirables fábricas de sables de Damasco, si existieron alguna vez, están del todo olvidadas, pues solo se fabrican hoy sables de temple comun, y así es que en vano he buscado un sable y un puñal del antiguo temple. La hoja del que me regalaron costó algo mas de trescientos pesos al Pachá, y los turcos y árabes que estiman estas hojas mas que los diamantes, darian cualquiera cosa por una de ellas; les brillaban los ojos de entusiasmo y de veneracion cuando veian la mia, y se la llevaban á la frente como si la adoraran.

Ni arte ni gusto tienen los joyeros en la colocacion de sus piedras preciosas y de sus perlas, pero sí tienen grandes colecciones de ellas. Todas las riquezas de oriente son moviliarias y portátiles: allí abundan los plateros, los que no presentan al público sino pocas cosas, y todo lo tienen guardado en cajitas.

Los artesanos mas numerosos é ingeniosos de esos bazares son los silleros: en Europa nadie iguala el gusto, la gracia y la riqueza de los arneses de lujo, que ellos inventan para los caballos de los gefes árabes, ó de los agás del pais. Revisten las sillas con terciopelo y seda recamada de oro y perlas. Las colleras de tafílete

encarnado que caen en franjas sobre el pecho del caballo, tambien están adornadas de bellotas de plata ó de oro, y cargadas de perlas. Las bridas corrientes, infinitamente mas elegantes que las nuestras, son asimismo de tafílete de varios colores, y adornadas de bellotas de seda de oro; pero relativamente son baratos estos objetos, pues yo he comprado en diez pesos dos bridas magníficas.

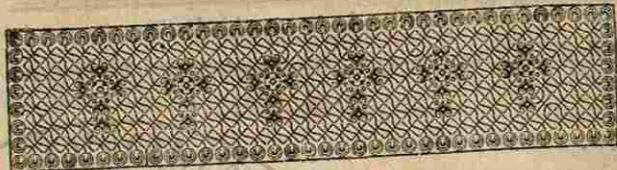
Lo que presenta mas orden, elegancia, limpieza y atractivo son los vendedores de comestibles. Delante de sus tiendas hay multitud de canastos llenos de legumbres, de frutas secas, y de semillas leguminosas cuyos nombres ignoro, que tienen figuras y colores admirables, brillantes como pequeñas guijas en el agua: delante de las puertas se presentan galletas de pan de todas clases, muy variadas y destinadas para las diversas horas del dia, y son de un sabor exquisito, de modo que en ninguna parte he visto mejor pan que en Damasco, y eso muy barato. Hay allí tambien varias fondas para los negociantes y concurrentes: no se hallan en ellas ni mesas ni cubiertos: venden allí raciones de cabrito chicas como nueces y asadas al horno: el comprador las lleva sobre una torta de pan y se las come con los dedos; y como en aquel lugar hay muchas fuentes, de ellas toman los árabes su única bebida: un hombre puede mantenerse con diez sueldos (un real mexicano) diarios, y un pobre con la mitad. Recorriendo el bazar, llegué al lugar de los fabricantes de cajones y cofres, que por lo comun son de cedro pintados de encarnado, de los que algunos tienen relieves admirables con hermosos arabescos. El

olor del cedro junto con mil perfumes que de todas partes se exhalan, embalsaman el bazar, lo que me recuerda la impresion que sentí cuando estuve en Florencia donde los maderajes de cipres llenan las calles de un olor semejante.

Para divertir mi tristeza, al despedirme de Damasco, dice un viajero, llamé en mi auxilio la poesía árabe, y así creí hallarme todavía en medio del paraíso que dejaba al escuchar á la musa de Siria, que celebraba los encantos de esta ciudad: „Es Damasco como una estrella ó un diamante que brilla en la frente del universo; Damasco es el término de todo viajero. El placer y la alegría escogieron para su morada á esta ciudad: en ella hay palacios, rios, jardines y remansos de aguas: aquí se maduran frutas de todos colores; aquí hay rostros de la mas completa hermosura. Damasco es el mas delicioso de los cuatro paraísos terrestres. Aquí se le dice al viajero: seas bien venido; aquí la noche es tranquila, y tranquilo el sueño del mediodia. En ningun pais de la tierra se ven moradas y lugares mas deliciosos. Vuelve los ojos adonde quieras, y hallarás por todas partes en Damasco aguas corrientes y sombras. ¡Feliz el hombre cuyos dias se deslizan al soplo de la brisa embalsamada! Su bebida es buena en la mañana y en la noche, y no se sienten pesadumbres al nacer ni al ponerse el sol. Damasco es la tierra de las celestiales doncellas, de las perlas y de las arenas de oro: Yo les digo á los habitantes del valle de Hamy: ¡Qué envidiable es vuestra suerte, ó vosotros que habitais en

unos jardines como los de la eternidad! Tenemos sed, dadnos un poco de agua, vosotros que vivis en la fuente.”





CAPÍTULO XII.

Noticias de la ciudad de Tadmor, ó Palmira, edificada por Salomón.

HABLANDO un viagero de la comarca de Damasco y sus anexas, dice:

El distrito de que estamos tratando, presenta en este género un monumento demasiado admirable para que le pasemos en silencio. Hablo de *Palmira* (1), tan cono-

(1) A fin de que el lector compare el estado antiguo con el moderno, séame permitido citar la tan lacónica cuanto exacta descripción de Plinio, única que nos ha dejado la antigüedad, y comienza: „Palmira urbs nobilissimu situ, etc.” *Hist. nat.*, lib. 5. „Es notable Palmira por su situación, por la riqueza del terreno y la amenidad de sus aguas: está circundada de un vasto desierto arenoso que la separa totalmente del resto del mundo; y ha conservado su independencia entre los dos grandes imperios de Roma y Parthia, cuya primera diligencia, cuando están en guerra, es atraérsela á su partido. Dista de Selencia sobre el Tigris trescientas treinta y siete millas, de la ribera mas próxima del Mediterráneo doscientas tres, y de Damasco ciento setenta y seis.”

cida en la tercera época de Roma por el brillante papel que hizo en las contiendas de los partos y los romanos, por la fortuna de Odenato y de Zenobia, por la caída de estos príncipes; y célebre en fin hasta por su misma ruina en tiempo de Aureliano. Desde entónces habia transmitido su nombre un recuerdo espléndido en las páginas de la historia; pero no pasaba de recuerdo, y á falta de datos para conocer á fondo los títulos de su grandeza, solo se conservaban algunas ideas muy confusas en el particular: hasta en la misma Europa se andaba á oscuras en estas materias, cuando á fines del siglo último, unos negociantes ingleses de Alepo, cansados de oír hablar á los beduinos de las ruinas inmensas que se hallaban en el desierto, resolvieron verificar las narraciones portentosas que se les hacian. La primera tentativa, emprendida en 1678, tuvo un éxito desgraciado; asaltáronles los árabes, despojándoles de cuanto llevaban, y se vieron precisados á retroceder con el desconsuelo de no haber llenado sus deseos. Poco despues, en 1691, cobraron nuevo aliento, y consiguieron al fin ver á satisfacción los celebrados monumentos. Su relacion, publicada en las *Transacciones filosóficas* de Lóndres, encontró á los principios muchos incrédulos y aun mas opositores: no podian concebir, ni ménos persuadirse, cómo en un lugar yermo, tan estraviado y distante de la tierra habitable, habria podido subsistir, luchando contra las injurias del tiempo, una ciudad tan magnífica y suntuosa, como la que figuraban los diseños. Mas luego que el caballero *Dawkins*, ingles de nacion, dió á luz,

en 1753, los circunstanciados planos levantados por él mismo sobre el terreno, se han disipado todas las nubes, y ha sido forzoso rendirse á la evidencia, y reconocer al mismo tiempo, que la antigüedad nada nos ha transmitido en punto á arquitectura, sin exceptuar la Grecia ni la Italia, que pueda ponerse en paralelo con la magnificencia y grandiosidad de las ruinas de Palmira.

Voy á citar en resumen el relato de M. *Wood*, compañero y redactor del viage de *Dawkins*.

„Luego de habernos informado en Damasco que *Tadmur* ó *Palmira* dependia de un agá, residente en *Hassiá*, salimos de aquella ciudad, y en cuatro dias nos pusimos en este lugar, situado en el desierto en el camino de Damasco á Alepo. El agá nos recibió con aquella hospitalidad tan comun en el país entre toda clase de gente; y aunque manifestaba mucha sorpresa por nuestra curiosidad, nos dió sin embargo las instrucciones necesarias para satisfacerla lo mejor que se pudiera. El trece de marzo de 1751 partimos de *Hassiá*, escoltados por los mejores dragones árabes que tenia el agá, armados de fusiles y largas picas; y llegamos cuatro horas despues á *Sodúd*, habiendo atravesado una llanura tan estéril, que apenas producía yerbas suficientes para que paciesen las innumerables gacelas que por allí vimos. *Sodúd* es un lugarejo habitado por cristianos maronitas, y tan pobre, que las casas están fabricadas con tierra secada al sol. Los moradores solo cultivan en los contornos el terreno que materialmente necesitan para proveer á la subsistencia, y hacen vino tinto muy bueno. Despues de comer vol-

vimos á seguir nuestro camino, y llegamos en tres horas á *Hauarain*, pueblo turco, donde nos quedamos á dormir. *Hanarain* tiene la misma traza de pobreza que *Sodúd*, con la diferencia de que encontramos algunas ruinas, por donde se infiere que este parage fué en la antigüedad de mas consideracion. Vimos tambien un villorrio inmediato abandonado de los vecinos, cosa muy comun en esos países; pues siempre que los productos de las tierras no corresponden á los trabajos del cultivo, los habitantes las desamparan á trueque de no verse oprimidos. Salimos de *Hauarain*, y en tres horas nos pusimos en *Qariatain*, siempre con direccion al E, cuarta al S. E. Esta aldea solo se distingue de las anteriores, en que es algo mas grande: estando aquí, se nos hizo ver que era lo mas acertado pasar el resto del dia para descansar nosotros y nuestras cabalgaduras, y prepararnos á la fatiga del camino restante; pues aunque podiamos vencerlo en ménos de veinticuatro horas, era indispensable hacer la travesía en una jornada, por no encontrarse agua en toda esta parte del desierto. Dejamos á *Qariatain* el trece, habiendo pasado muy próximos á doscientas personas, que con igual número de asnos, mulos y camellos formaban una partida bastante estraña. Nuestra ruta inclinaba al N. cuarta al N. E., por entre una llanura arenisca y pareja, de tres leguas y media de anchura sobre poco mas ó ménos, exenta de árboles y agua, y confinando á derecha é izquierda con una cordillera de sierras estériles, que parecian juntarse á dos tercios de legua ántes que llegásemos á *Palmira*...

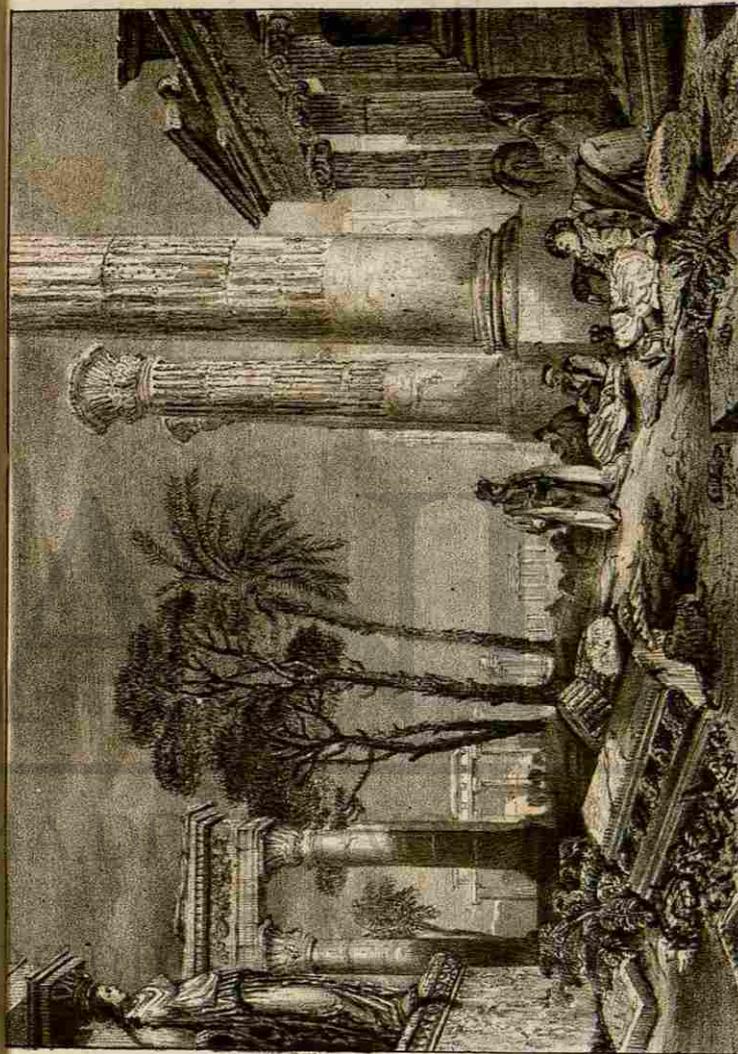
El catorce á mediodía estábamos en el punto en que parecían reunirse las montañas: entre estas hay un valle, donde se ven todavía restos de un acueducto, que antiguamente llevaba el agua á *Palmira*; á derecha é izquierda se advierten torres cuadradas de una elevacion considerable; luego que nos acercamos mas, descubrimos que estas eran sepulcros de los antiguos *palmiranos*. No bien hubimos pasado estos monumentos venerables, cuando, separándose las montañas por ambos lados, divisamos de golpe el mayor grupo de ruinas que hubiésemos visto jamas; y á espaldas de estas mismas ruinas, hacía el Eufrates, registramos una estension llanísima hasta perderse de vista, donde no se hallaba ni el menor ente animado. Es casi imposible figurarse una escena mas asombrosa. Tan crecido número de pilares de orden corintio al lado de tan pocos muros y edificios sólidos, forma la perspectiva mas novelesca que imaginarse pueda." Hasta aquí la relacion de *Wood*. Seguramente es imposible transmitir la sensacion de semejante espectáculo; pero á fin que el lector forme la idea mas aproximada, agrego aquí el diseño de la perspectiva. Para hacerse cargo completamente de la impresion que causa, es forzoso que la imaginacion supla las proporciones. Preciso es figurar en nuestra mente aquel trecho tan reducido que presenta la estampa como una dilatada llanura, esas cañas tan delicadas y finas como unas columnas, cuya base solamente escede á la estatura de un hombre: menester es representarnos que aquella hilera de columnas en pié ocupan un es-

pacio de mas de mil trescientas toesas, y encubren otros infinitos edificios que quedan por detras. En toda esta estension, ora se descubre un palacio sin mas obras que patios y paredes; ora un templo cuyo peristilo está medio derribado; á veces un pórtico, una galería, un arco triunfal: aquí las columnas forman grupos, cuya simetria se halla interrumpida por haber caido muchas de ellas; allí, están dispuestas en filas tan prolongadas, que, semejantes á unas calles de árboles, se pierden de vista á lo lejos, y no parecen sino líneas cruzadas unas sobre otras. Si de esta escena tan variada, volvemos los ojos al suelo, encontraremos otra no ménos pasmosa: por todas partes yacen tendidos los cuerpos de las columnas, cuáles intactos, cuáles destrozados, ó solo dislocados en las juntas; por do quiera la tierra está erizada de tremendas piedras semi-enterradas, de entablamentos despedazados, de capiteles descantillados, de frisos mutilados, de relieves desfigurados, esculturas borradas, sepulcros violados, y altares en fin manchados de polvo.

Es preciso ver en las mismas estampas de *Wood* las esplicaciones y pormenores de estos diversos edificios, para poder formar idea del ápice de perfeccion á que llegaron las artes en aquellos tiempos atrasados. La arquitectura especialmente prodigó á manos llenas sus riquezas y primores, y desplegó su magnificencia en el famoso templo del Sol, divinidad que era de *Palmira*. El recinto cuadrado del patio que le cierra tiene sobre seiscientos setenta y nueve piés por cada frente. A lo largo

de dicho recinto, corria interiormente un órden duplicado de columnas; en el vacío intermedio, presenta el templo otra fachada de cuarenta y siete piés sobre ciento veinticuatro de fondo; en torno de toda esta grande obra, reina un átrio compuesto de cuarenta y un pilares, cuya puerta (cosa bien rara) mira hácia el poniente, y no al oriente. El artesonado de dicha puerta, tendido ya en tierra, ofrece á la vista un zodiaco, cuyos signos son idénticos á los nuestros: hay otro artesonado que sustenta un pájaro de la misma conformidad que el de Balbek, sobre un fondo salpicado de estrellas. Ocorre aquí una advertencia notable para los historiadores, y es que la fachada del pórtico consta de doce columnas, lo mismo que la del templo del Sol en Balbek; pero hay otra particularidad aun mas digna de atención para los artistas, á saber: ambas fachadas son muy parecidas á la columnata del palacio del *Louvre*, (en Francia) construida por Perrault, mucho ántes de la publicacion de los diseños que nos las han dado á conocer; la única diferencia que se nota es que las columnas del *Louvre* están pareadas, mientras que las de Balbek y Palmira se hallan una á una.

Pero otro espectáculo mas interesante para el filósofo, se presenta en el patio de este mismo templo. ¿Quién no se penetra de admiración al contemplar sobre aquellas ruinas solemnes de la magnificencia de un pueblo prepotente y culto, situadas hoy treinta chozas de tierra, humildes albergues de otras tantas familias de aldeanos, con todas las señales de la miseria? ¡Pues ved ahí á lo que ha venido á parar la inmensa población de



Vista de las ruinas de Palmira.

un lugar ántes tan concurrido....! Toda la industria de estos pobres árabes, se limita á cultivar algunos olivos y el escaso trigo que necesitan para el sustento: sus riquezas están reducidas á algunas cabras y ovejas que apacentan en el desierto: sus relaciones consisten únicamente en algunas mezquinas carabanas, que les vienen cinco ó seis veces al año de *Homs*, de donde son dependientes. Incapaces de defenderse contra la violencia, se ven en la dura necesidad de pagar reiteradas contribuciones á los Beduinos, quienes tan pronto los atropellan é insultan, como les dispensan su proteccion. „Son robustos y bien formados, añaden los viajeros ingleses; la salud de que gozan casi perennemente, y el no conocerse apénas las enfermedades entre esta gente, prueban que el clima de Palmira merece las alabanzas que le tributa *Longino*, en su carta á *Porfirio*. Puede asegurarse que por rareza llueve aquí, si exceptuamos el tiempo de los equinoccios, pues entónces soplan aquellos violentos huracanes de arena, tan perjudiciales en el desierto. El color de estos árabes es sumamente atezado, á causa del excesivo calor; pero esto no obsta á que las mugeres tengan muy buenas facciones: todas llevan velo, segun se estila en Oriente; mas no son tan melindrosas como las de otras partes en descubrir la cara: tíñense las yemas de los dedos de encarnado, los labios de azul y las cejas de negro; y de las orejas y narices les cuelgan grandes argollas de oro ó de cobre.”

Es imposible contemplar tantos y tan grandiosos monumentos de industria y poderio, sin sentirnos impul-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

sados á preguntar, cuál fué el siglo que los vió nacer, en dónde estaba el manantial que brotó las riquezas indispensables para llegar á ese auge casi inconcebible; y para decirlo de una vez, cual es la historia de Palmira, y por qué se encuentra esta ciudad en una situación tan singular, siendo en algun modo una isla segregada de la tierra habitable por un piélago de arenales estériles. Los viajeros que llevo citados, han practicado acerca de estas cuestiones trabajos muy interesantes, pero demasiado largos para insertarse en la presente obra: es necesario leer en la suya, cómo distinguen dos clases de ruinas en Palmira; la primera comprende las de los tiempos primitivos, no siendo sino unos fragmentos informes; y la segunda, compuesta de los monumentos subsistentes, corresponde á siglos mas modernos. Allí mismo se verá, que fundándose en el orden de arquitectura, atribuyen su construccion á los tres siglos anteriores á Diocleciano, en cuyo tiempo se llevaba la preferencia el orden corintio sobre todos los demas. Demuestran asimismo con racionios muy ingeniosos, que Palmira, situada á tres jornadas del Eufrates, debió todo su esplendor á la ventaja de estar en uno de los caminos frecuentados para el estenso tráfico, que en todas edades ha existido entre la Europa y la India; finalmente, patentizan que llegó al colmo de su incremento, cuando puesta de barrera entre los romanos y los partos, supo mantenerse neutral en las diferencias que les agitaban, y hasta hacer contribuir el lujo de esos imperios poderosos en beneficio de su propia opulencia.

En todos tiempos fué Palmira, como era natural, el emporio de las mercancías que venian de la India por el golfo Pérsico, y que de aquí, remontando por el Eufrates ó por el desierto, iban á la Fenicia y al Asia menor, á derramarse en naciones que siempre las desearon con ansia. Este comercio debió atraer y fijar allí desde los siglos mas remotos algun principio de poblacion, y hacer de Palmira una plaza importante, aunque todavia no tan famosa. Los dos manantiales de agua dulce que posee su terreno, fueron especialmente un poderoso incentivo á domiciliarse en aquel desierto, árido y seco por cualquiera otra parte. Sin duda estos dos motivos hubieron de fijar las miras de Salomon, y al mismo tiempo empeñar á este príncipe comerciante y emprendedor, á llevar sus armas hasta un limite tan remoto de la Judea. „Allí construyó fuertes murallas, dice el historiador Flavio Josefo (*Flavii Josephi, Antiquit. Judaic. lib. 8, cap. 6.*), á fin de asegurar su posesion, y la llamó *Tadmur*, que significa *palmar*.” De este pasage se ha intentado concluir que Salomon fué el primer fundador, cuando mas bien deberiamos inferir por el mismo contesto, que ya entónces se hallaba este lugar en un pié de importancia efectiva (*). Las palmas que encontró allí aquel rey, son árboles peculiares á los países habitados: ademas, desde ántes de Moi-

(*) Ciertamente se equivoca en esto el célebre viajero, porque Josefo dice así: Entrando Salomon en el desierto que está arriba de Siria, y apoderándose de este país, edificó allí una ciudad muy grande..... Fabricada pues esta ciudad y cercada de fuertísimas murallas, la llamó Thadmor.... los griegos la llaman Palmira.

ses, los viages hechos por Abraham y Jacob de la Mesopotamia á la Siria, indican evidentemente relaciones de comercio entre estas dos regiones, que por precision habian de animar á Palmira. La canela y las perlas mencionadas en tiempo del legislador de los israelitas, acreditan una comunicacion con la India y el golfo Pérsico, la cual debia seguir por el Eufrates, y pasar tambien á Palmira. En la actualidad, cuando esas épocas se nos presentan sumidas en la noche de los tiempos, y cuando han perecido la mayor parte de los monumentos, discurremos como a tientas, acerca del estado de aquellas regiones en siglos tan remotos; sin embargo, si atendemos á que los hombres de todas las edades, se han enlazado con unos mismos vínculos, esto es, por sus mutuos intereses y fruiciones, concluiremos que desde muy temprano debieron entablarse relaciones de comercio de pueblo á pueblo, las cuales casi habrán sido idénticas á las que volvemos á encontrar en tiempos posteriores, y por supuesto mejor conocidos. Fundados en tales principios, y sin ir mas allá del siglo de Salomon, la invasion de *Tadmur* por este príncipe, es un acontecimiento que nos hace barruntar un sin número de consecuencias y relaciones. Efectivamente, el rey de Jerusalem no hubiera fijado los ojos en un sitio tan distante y solitario, á no haber sido por un motivo muy poderoso de interés, superior á todos los inconvenientes que se opusieran. Este interés no podia ser otro que el de un comercio en grande, al que servia ya de almacén la misma Palmira, que tenia por uno de sus

objetos remotos á la India, y cuyo foco principal se hallaba en el golfo Pérsico. Muchos son los hechos que, combinados entre sí, concurren á indicar este último punto, mejor dicho, nos conducen como por la mano á reconocer en el golfo Pérsico el centro comercial de aquel *Ophir* tan decantado. Con efecto, ¿no fué por ventura en este golfo, donde los tirianos mantuvieron comercio desde tiempos muy atrás, y adquirieron varias posesiones, conforme lo atestiguan las islas de *Tyrus* y *Aradus*, monumentos de su grandeza? Si lo que Salomon procuraba con mas ahínco era la alianza con los tirianos, si es cierto que necesitaba de los pilotos de estos para conducir sus naos, claro está que el objeto principal del viage, fué visitar los lugares que ya ellos frecuentaban, yendo por sus puertos de *Phœnicum oppidum*, sobre el mar Rojo, y tal vez de *Tor*, cuyo nombre parece un vestigio del suyo. ¿Las perlas, que fueron uno de los renglones esenciales del comercio de Salomon, no son un producto casi esclusivo á la costa del golfo, situada entre las islas de *Tyrus* y de *Aradus* (hoy Bahrain), y el cabo *Masandúm*? ¿Los pavos reales, que eran la admiracion de los judíos, no se han tenido siempre por originarios de la provincia de Persia, adyacente al golfo? ¿Los monos no venian del Yémen, que estaba en el camino, y donde todavía los hay en abundancia? ¿No es en este Yémen donde está el país de *Sabá*, cuya reina trajo al rey judío ricos presentes de *incienso y oro*? ¿No son estos *Sabeanos* los que pondera Estrabon como

prodigios en riquezas, por la cantidad de oro que poseían?

La historia de las ciudades adquiere nuevo brillo cuando florecen en ellas personajes ilustres, que han dado honor al género humano: á pesar de la oscuridad que cubre la historia de Palmira, algo se sabe de tres personas muy memorables que fueron el ornamento de aquella ciudad. La reina Zenobia, su marido Odenato y el elocuente retórico Longino. Aquella muger singular segun algunos descendia de Cleopatra, ó á lo ménos heredó su valor. Muerto su marido Odenato, en cuya muerte se le acusó haber tenido parte, tomó el titulo de Augusta, y por muchos años tuvo el cetro del oriente. Sostuvo con dignidad y energía la guerra contra Persia, y por otro lado hizo frente á las tropas romanas. A excepcion de algunos autores que tienen á Zenobia por dada al vino, al orgullo y á la crueldad, todos los demas elogian sus virtudes, y señaladamente su prodigiosa castidad, y el gusto y aficion á las ciencias y bellas artes, como que el filósofo Longino fué maestro suyo, y le enseñó á colocar la filosofia en el trono. Estaba instruida en la historia de Oriente, y aun habia escrito la historia de Alejandría. El emperador Aureliano quiso subyugarla, marchó con un ejército hasta Antioquía, adonde se habia presentado Zenobia con todas sus fuerzas que consistian en seiscientos mil combatientes. A la cabeza de sus tropas marchaba á pié esta princesa, cuando era necesario, como un soldado. Se encontraron ambos ejércitos, y combatie-

ron con igual furor. Aureliano al principio fué envuelto y estuvo á pique de perder la batalla; pero habiéndose avanzado mucho la caballería palmiriana, cayó la infantería romana sobre la enemiga, la arrojó, y alcanzó la victoria. La reina entónces se retiró á su capital, donde la sitió el vencedor, y ella se defendia con el valor de un hombre, y con el furor de una muger. Cansado ya Aureliano de tan largo sitio, hizo por escrito proposiciones razonables á Zenobia, pero esta le contestó con orgullo: „Con valor y no con cartas se estrecha al enemigo para que se rinda: acordaos de que Cleopatra prefirió la muerte al vencimiento.” Irritado con esto el emperador, estrechó mas fuertemente el sitio, y la reina temiendo caer en sus manos, se escapó en secreto de la ciudad; pero Aureliano la persiguió y alcanzó al ir á pasar el Eufrates. A pesar de las instancias de los soldados que pedian su muerte, la reservó el vencedor para llevarla prisionera en su vuelta á Roma, lo que se tuvo muy á mal, porque no se trataba de un guerrero, sino de una muger; pero esta muger era un héroe, y reparó aquel ultrage, tratándola muy bien, y dándole un exelente terreno cerca de Roma donde pasó el resto de sus dias honrada y estimada.

Odenato, marido de Zenobia, habia nacido de una familia de mediana esfera, y segun otros era de sangre real: se ejercitó desde la juventud á luchar con leones y leopardos: de esta manera adquirió fuerza y resolucion, con la que labró despues la alta fortuna de llegar al trono de Palmira.

Después del funesto suceso en que el emperador Valeriano fué vencido y tratado indignamente por Sapor, rey de Persia, quiso Odenato calmar el ímpetu de aquel insolente monarca, y al efecto le escribió y mandó regalos, manifestándole que jamás había sido su enemigo, y que deseaba conservar con él la mejor armonía. Indignado el persa de que un príncipe tan impotente osara escribirle en vez de presentarse en persona, después de romper la carta, mandó echar al río los regalos, y le prometió con juramento arrasar las tierras de Palmira, y acabar con Odenato y su familia, si no venía á presentarse personalmente con las manos atadas á la espalda. Irritado con tal ultraje, se decidió el marido de Zenobia por el partido de los romanos, é hizo la guerra contra los persas con tan buen resultado, que pudo apoderarse de los tesoros y muger de Sapor. El emperador romano en recompensa de los servicios hechos á su causa por el rey de Palmira, lo asoció al imperio, y le dió el título de César y de Emperador, y á Zenobia el de Augusta. Cuando Odenato estaba haciendo los preparativos para atacar á los godos que desolaban el Asia, fué asesinado en un festín en compañía de su hijo Herodiano.

El tercer personaje notable de Palmira fué el ateniense Longino, filósofo y retórico célebre que enseñó el griego á Zenobia, de quien fué ministro. Cuando sitiaban los romanos á Palmira, él aconsejó á la reina oponer la mas firme resistencia al enemigo, por cuyo motivo, tomada la ciudad por Aureliano, le mandó ma-

tar entre los mas atroces tormentos, en medio de los cuales manifestó el ministro la mayor serenidad y filosofía. De sus muchas obras solo queda el *Tratado del sublime*, en que el autor se manifiesta digno del asunto que trata, dando excelentes preceptos de buen gusto, y estos en un estilo acomodado á la belleza ó grandiosidad que exige la ocasion. Longino conoció el Penteuco, y dice de su autor: „El legislador de los judios que no era un hombre comun conoció muy bien la grandeza y poder de Dios, y lo presentó con toda su dignidad al principio de sus leyes de esta manera: dijo Dios: que la luz sea, y la luz fué: que la tierra sea y la tierra fué.”

El mismo filósofo cita los siguientes versos de Homero.

Cuanto divisa un hombre colocado
En la orilla del mar desde alta roca,
Tanto avanzan de un salto los caballos
Que tiran de los dioses la carroza.

Y á continuacion añade Longino: La estension de este salto es la del universo. ¿Quién no diria con razon al ver la magnificencia de esta hipóbole, que si quisieran dar otro salto los caballos de los dioses, no hallarian bastante espacio en el mundo?®

Concluiremos el capítulo de Palmira con unos versos de Heredia.

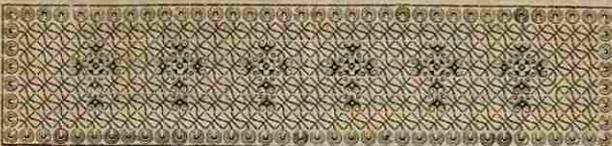
ATENAS Y PALMIRA.

Al contemplar las áticas llanuras
 En la serena cumbre del Himeto,
 Espectáculo espléndido se goza.
 Vense grupos de palmas, que otro tiempo
 Oyeron de Platon la voz divina,
 Y entre masas brillantes de verdura
 Alza el olivo su apacible frente.
 Cubre la viña el ondulante suelo
 De esmeraldas y púrpura, y los valles
 En diluvio de luz el sol inunda.
 Entre tantas bellezas, magestuosa
 Con marmóreo esplendor domina Atenas.
 En sus dóricos templos y columnas
 Juega la luz rosada,
 Y con mágica tinta
 El contorno fugaz colora y pinta.

¡Cuadro admirable y delicioso! Empero
 Goza placer mas puro y mas sublime
 El solitario y pensador viagero
 Que á la luz del crepúsculo sombrío,
 Entre un oceano de caliente arena
 Contempla el esqueleto de Palmira,
 De alto silencio y soledad cercado.
 ¡Desolacion inmensa! El obelisco,
 Cual roble anciano, se levanta al cielo

Con triste magestad, y el cardo infausto,
 Brotando en grietas del marmóreo techo,
 Al viento sirio silba. En los salones
 Do la elegancia y el poder moraron,
 Hoy la culebra solitaria gira.
 En el suelo de templos quebrantados
 Crecen los pinos, y en las anchas calles
 Que ántes hirvieron en rumor y vida,
 Se mira ondear la yerba silenciosa.
 Do quier yacen columnas derribadas
 Unas sobre otras, y en la gran llanura
 Incontables parecen los despojos
 De la grandeza y del poder pasado.
 Arcos, palacios, templos y obeliscos
 Forman un laberinto pavoroso
 En que inmóvil se asienta
 El silencioso genio de las ruinas;
 Y altas verdades, máximas divinas,
 De su frente el dolor al sabio cuenta.





CAPÍTULO XIII.

EL MONTE LIBANO.

NINGUNA montaña me ha causado mas admiracion que la del Libano. Tiene un aspecto de grandeza que no se encuentra ni en los Alpes ni en el monte Tauro. Sus perfiles y sus cumbres pertenecen al género sublime, sin que las diversas partes de que se componen dejen de ser graciosas y llenas de variedad en el colorido. Es el Libano un monte escelso, tan solemne en su estructura, como famoso en su nombre. Al verlo, creia tener delante unos nuevos Alpes trasladados al Asia, cuyas enriscadas cimas casi se desvanecian en la profunda serenidad de un cielo siempre brillante. Parece que los rayos del sol lucen perpetuamente sobre sus al-

turas, y que la claridad de su luz es igual al candor de la nieve que las corona. La cordillera sobre que descansan se despliega á la vista por mas de setenta leguas, desde el cabo de Saida, ó sea la antigua Sidon, hasta las cercanías de Latakia, donde comienza á deprimirse, como para dar lugar al monte Tauro que estiende sus faldas hácia las llanuras de Alejandreta.

De las cadenas de montes que se derivan del Libano, unas se levantan casi perpendicularmente sobre el mar, con aldeas y conventos fabricados sobre grandes precipicios; y otras, alejándose de la marina, forman inmensos espacios, dejando largos trechos de verdura, ó listas de arenas doradas entre ellos y las olas. Centenares de velas surcan aquellas aguas, y toman puerto en las numerosas radas de que está sembrada la costa. La mar, teñida de azul oscuro, refleja en sus dilatadas ondas, cual si fueran de cristal, aquellos montes. El embate de las aguas produce á lo largo de la playa un murmullo grave y armonioso, que sube á los montes, se deja ver en ellos bajo las sombras de los algarrobos y las viñas, y dilatándose despues por los campos, los llena, por decirlo así, de sonoridad y de vida. Desde el sitio donde yo estaba veia á mano derecha allí abajo la costa de Bayruth, formada de una serie de pequeñas lenguas de tierra, entapizadas de césped y defendidas únicamente de las olas por una línea de rocas y escollos, cubiertos en la mayor parte de ruinas de antiguos edificios. Unos médanos de arena rojiza, muy parecida á la que hay en los desiertos de Egipto, se adelan-

tan á lo léjos hácia el mar, formando un cabo que sirve de punto de señal á los marineros. En su cumbre se ven en forma de parasol muchos pinos de Italia. Fijando en ellos la vista, se divisa entre sus troncos, allá en último término, otra cadena del mismo Líbano, y el saliente promontorio en que está hoy situado Sour, y estuvo en otro tiempo la famosa Tiro.

Cuando me volvía al lado opuesto al mar, no me cansaba de ver los altos minaretes de las mezquitas, que como columnas aisladas se levantaban á mucha altura rodeadas de la atmósfera pura y transparente de la mañana: las fortificaciones moriscas que dominan la ciudad, y cuyos muros hendidos prestan apoyo á una porcion de enredaderas, de cabra-higos y alhelies: las almenas ovaladas de los muros de defensa: los bosques de moreras sembrados en la campiña: las casas de campo y las cabañas de los labradores siros esparcidas aquí y allí con bello desórden: mas allá de esto los verdes prados de Bayruth, cercados de colinas, adornados de edificios pintorescos, de mezquitas, de conventos griegos y maronitas, y cubiertos de cosechas tan ricas como las que producen las fértiles colinas de Grenoble y Chambéry: y por término de este hermoso cuadro, tenia siempre delante el monte Líbano, cuyas profundas quiebras y portentosas masas, ó bien producian abajo fuertes sombras, ó bien hacian brillar arriba sus eternas nieves, poniendo con ellas un término á la escena en la vasta estension del horizonte.

Nos acercamos á esos famosos cedros, respetables

restos de todo ese bosque donde el rey Salomon hizo cortar los árboles necesarios para la construccion del templo de Jerusalem; henos ahí transportados á un nuevo pais, admirable por su vejetacion, donde el Jordán y mil otros arroyos toman nacimiento; donde los monasterios que asoman trás las cumbres de los peñascos recuerdan los primitivos tiempos de la Iglesia. Es la comarca donde Lady Stanhope, la sobrina de un gran ministro de Inglaterra, se ha fundado una especie de imperio moral sobre los pueblos que la rodean, afectando algunas veces el lenguaje de una inspirada, y buscando una celebridad estraña, consume sus riquezas y su existencia representando un papel cuyo verdadero secreto nadie conoce.

El Líbano, dice un escritor viagero, ofrece el espectáculo de las grandes montañas. A cada paso se encuentran escenas en que la naturaleza despliega todo su gusto, toda su grandeza y toda su variedad. Si llega uno por la parte del mar, sus gigantescas masas, que suben á las nubes, inspiran admiracion y respeto. Si mira uno la corona sucesiva de montañas, llaman su atencion distintos objetos, y de cerca encuentra muy pequeño todo cuanto de léjos le habia parecido grandioso. No sin placer se ve el valle cubierto de nubes borrascosas, y uno se sonrie viendo debajo de sus piés el trueno que ántes resonaba sobre su cabeza, y nos envanece el haber llegado á la cúspide de tantas cumbres que nos parecian amenazadoras. Pero si se recorre el interior de esa cadena de montañas, la aspereza de los

caminos, la rapidez de las vertientes y la profundidad de los precipicios, empiezan á asustarnos. Sin embargo, confiando en sus diestras caballerías examina el viagero las vistas pintorescas que se suceden rápidamente. Aquí, como en los Alpes, se caminan días enteros para llegar á un pueblo que vimos al ponernos en marcha; bájase, se sube, se trepa por los riscos, y entre tanto una especie de poder mágico va mudando las decoraciones de la escena.

Después de esta ojeada general y rápida, preciso será detenernos en algunos pormenores sobre las montañas y el valle delicioso del Líbano:

En el mes de noviembre, así que han principiado las lluvias, renace una nueva primavera, los sitios cultivados del Líbano y las fértiles colinas de las cercanías de Bayruth se cubren en pocos días de vegetales y de flores, y como nadando en ese océano de verdura, se ven las habitaciones diseminadas en la llanura. Unos pequeños senderos conducen de casa en casa y de colina en colina al través de esos jardines que se extienden desde el mar hasta el pié del Líbano. Las familias griegas, siriacas y árabes que le habitan, no tienen nada de salvaje ni de bárbaro; mas instruidos los habitantes que nuestros provinciales, todos saben leer, entienden dos lenguas, el árabe y el griego; son sobrios, laboriosos y de condición suave, y como toda la semana están sobremanera ocupados, se solazan el domingo después de haber asistido á los divinos oficios. Imposible sería entonces describir los admirables grupos que

forman las aldeanas en la campiña: todos los días se ven rostros que Rafael no llegó á entrever aun en sus sueños de artista...

Lamartine, de quien hemos copiado la descripción anterior, se detiene en el mas hermoso de esos paisajes, y dice:

„Es un valle superior, abierto de oriente á occidente, y como metido en la última cadena de montañas que se adelantan hácia el grande valle por donde corre el Narh-Bayruth. Nada puede describir la prodigiosa vegetación de sus márgenes. Todo el valle parece á cierta distancia cubierto de musgo. Uno está mirando siempre y no se cansa de mirar, sino para elevar sus ojos al cielo buscando el origen de tantas maravillas.

„Subimos hasta el primer convento que, semejante á un castillo, se eleva sobre un pedestal de granito, y recorrimos las celdas, el refectorio y las capillas. Los religiosos, volviendo del trabajo, se encontraban en el patio desunciendo los bueyes, sin ruido, sin gritos y sin afectación de silencio, obedeciendo solo á una regla severa é inflexible. Sus semblantes eran tranquilos y serenos, respirando paz y contento, y ofreciendo mas que otra cosa el aspecto de una comunidad de labradores. Cuando hubo dado la hora de la comida, entraron en el refectorio, no todos juntos sino uno á uno ó de dos en dos, según que habian terminado mas ó menos pronto sus tareas. La comida consistió como de costumbre en dos ó tres galletas de harina petrificada y secada, mas bien que cocida, y un poco

de queso, cosa que comieron de pié ó sentados sobre el suelo. Después de haber comido como ellos y bebido un vaso de excelente vino del Líbano que debimos á la generosidad del superior, visitamos algunas celdas. La vista de que se goza desde ellas y desde casi todos los demas conventos es admirable; en primer lugar las vertientes del Líbano, luego después el mar, con sus golfos, sus orillas, y sus blancas velas que le recorren en todos sentidos, he aquí el horizonte que incessantemente se ofrece á las miradas de aquellos religiosos. La comunidad posee muy poco terreno, y no recibe mas individuos que los que puede mantener. Jamas se oye hablar de un escándalo dado por esos religiosos; nadie murmura contra ellos, y el convento no es mas que una pobre granja cuyos domésticos no reciben por todo salario mas que el techo, la comida de un anacoreta, y las oraciones de sus compañeros."

Entre los conventos que se encuentran en la cordillera del Líbano debe mencionarse el de San Antonio, fundado en el mismo lugar donde el santo pasó la mayor parte de su vida en la soledad y en la meditacion; el número regular de religiosos es de sesenta á ochenta. Algunos de ellos, deseando imitar de un modo mas completo la vida ascética de su patron, habitan algunas pequeñas celdas ó solitarias ermitas en las rocas que se levantan sobre el convento. Los que mueren son enterrados en una gruta con su mismo hábito: un viajero vió uno de ellos que parecia haber estado al abrigo de toda corrupcion.

Entre los ricos y magníficos cuadros del Líbano, pintados por Lamartine, daremos el siguiente que representa una escena campestre y religiosa de los Maronitas. A cada inflexion que da el torrente que baja de las nieves, y donde habia alguna estension de terreno, se veia algun convento de Maronitas, edificado con piedras negruzcas y rojizas, y el humo que salia de él se elevaba á los aires entre las copas de los álamos y cipreses. En torno de los conventos, pequeños campos formados sobre la roca estaban cultivados como los jardines mejor cuidados de nuestras casas de campo, y acá y allá se veian maronitas con sus capillas negras que volvian del trabajo campestre, unos con la azada en el hombro, otros conducian sus cortas manadas de potros árabes, algunos llevaban la esteva del arado, y picaban á los bueyes entre las moreras. Muchas de aquellas casas de oracion y de labor estaban colgadas con sus capillas y ermitaños sobre las estremidades avanzadas de dos grandes cadenas de montañas: algunas habitaciones eran como grutas de bestias salvages: allí habia solo un arco de que estaba colgada una campana, y alguna pequeña azotea donde los monjes viejos ó enfermos salian á respirar el aire y ver el sol. En algunos precipicios en que no podian los ojos hallar el paso, estaba un convento, una soledad, un oratorio, una ermita, y algunas figuras de solitarios vagando entre las rocas y los arbustos, trabajando, leyendo ú orando. Solo el pincel pudiera pintar estos retiros multiplicados y pintorescos: cada roca parece que ha producido su celda, cada

gruta su ermitaño: cada fuente tiene movimiento y vida: cada árbol su solitario á la sombra: por donde quiera que se vuelva la vista se ve como animarse el valle, la montaña, los precipicios, y en aquellas masas eternas se presenta una escena de vida y contemplacion. Luego que se pone el sol, cesan los trabajos del dia, y todas las figuras negras dispersas por el valle, vuelven á sus grutas ó á sus monasterios. Tocan las campanas por todas partes avisando que es la hora del recogimiento y del oficio de la noche: se corresponde el toque de las campanas desde las orillas opuestas del valle, y mil ecos de las grutas y precipicios lo repiten en murmullo confuso, mezclado con los mugidos del torrente, de los cedros, y de mil cascadas sonoras que se precipitan de aquellos montes. Sigue un rato de silencio, y llena despues el valle en nuevo ruido mas dulce, mas melancólico y mas grave, y es el canto de los salmos, que levantándose de cada monasterio, de cada iglesia, de cada oratorio, y de cada celda de las rocas, se mezcla y confunde y llega hasta nosotros: despues una nube perfumó el aire que habrian podido respirar los ángeles: por nuestra parte, nos quedamos mudos y encantados; entónces comprendimos como la voz humana pueda vivificar á la naturaleza mas muerta.

Los cedros.—Antes de visitar estos famosos cedros despaché tres árabes á examinar el camino, y volvieron diciéndome que por entónces era casi imposible transitarlo, pues que se necesitaba atravesar un valle estrecho, donde habia mas de catorce piés de nieve. Qui-

se, á pesar de esto, seguir adelante, y tomé algunos ginetes que me acompañasen. Partimos al amanecer, y despues de andar algunas horas, ya entre las rocas de la montaña, ya por campos encharcados con el agua que bajaba de los hielos, llegamos á la orilla del valle de los Santos; valle profundo, sombrío y taciturno que se descubre desde aquellas eminencias. Al fin de él, hácia la parte adonde toca con lo mas alto del monte, hay una cascada magnífica, que baja de las nieves, cae á mas de cien piés de profundidad, y abraza una estension de cosa de doscientas toesas. Todo el valle resuena con el golpe de las aguas, y las peñas por donde ellas bajan se ven cubiertas de espuma. En el fondo hay dos aldeas, cuyas casas se confunden entre las enormes rocas que ha desprendido en su curso el torrente. Las copas de los álamos blancos y moreras, nacidos en aquella profundidad, nos parecían desde arriba no mas grandes que si fueran juncos ó yerbas. Mas allá de la cascada vimos una estension inmensa cubierta de hielo, de donde se levantaban unos ligeros vapores; y despues de haber caminado cosa de un cuarto de hora por una especie de cañada que forman las cimas mas empinadas del Libano, divisamos una como mancha grande y oscura sobre la nieve. Formábanla los famosos cedros, los cuales coronan, como una diadema, la frente de la montaña, y miran á sus piés los grandes y numerosos valles que cercan su falda. Picamos los caballos y echamos á galopar con ánimo de llegar al bosque; pero á cosa de quinientos ó seiscientos

pasos de él, los caballos se atascaron en la nieve hasta los pechos, con lo que nos fué imposible pasar adelante. Vimos entónces que las noticias que nos habian dado del camino los árabes eran exactas, y que era preciso renunciar al deseo que teniamos de tocar con la mano á esas reliquias del tiempo y de la naturaleza. Bajamos de nuestros caballos, y sentados sobre una roca nos contentamos con mirarlas.

Son estos árboles los monumentos naturales mas célebres que existen en el universo, consagrados igualmente por la religion, la historia y la poesia. Se encuentran citados y celebrados en muchos lugares de la Sagrada Escritura, y son una de las imágenes de que usan los profetas con mas frecuencia. Salomon quiso consagrar algunos de ellos á la fábrica y ornato del templo primero que se hizo en el mundo al verdadero Dios, movido sin duda de la fama de magnificencia, y aun de santidad, que ya tenian entónces estos prodigios de la naturaleza. Los árabes los miran con una gran veneracion (que viene de padres á hijos), y creen erradamente que no solo están dotados de un vigor vegetativo que los hace vivir perpetuamente, sino que hay en ellos una alma adornada de sabiduría y de prevision. Estos árboles, dicen, adivinan el cambio de las estaciones: cuando va á nevar ó vuelve el buen tiempo, mueven sus ramas como si fueran sus miembros; las estienen ó las recogen; elevan sus cúspides al cielo ó las bajan hasta la tierra; son, en fin, unos seres divinos en forma de árboles. Crecen únicamente en las cumbres

del Líbano, y sus raíces prenden y se estienden en un lugar donde toda otra vegetacion perece. Esto llena de asombro á los pueblos del Oriente, y yo no sé si tambien se asombrará la ciencia. Pero ¡ay! el monte de Basan desfallece, y el Carmelo y la flor del Líbano se marchitan. Los cedros disminuyen en cada siglo. En otro tiempo contaban los viajeros treinta ó cuarenta: despues hubo diez y siete: estos se redujeron á doce; y hoy no hay mas que siete, los que por la antigüedad que manifiestan parecen ser de las épocas de la Biblia. Al rededor de estos antiguos testigos del tiempo, sabedores de la historia y de las vicisitudes humanas, hay un bosque como de cuatrocientos ó quinientos cedritos nuevos. Cada año, en el mes de junio, se reunen los habitantes de las poblaciones vecinas y hacen celebrar una misa á la sombra de los cedros. ¡Qué templo tan magestuoso, tan cercano al cielo y tan sublime, es el que ofrece entónces la cumbre del Líbano, cubierta con aquellos antiguos árboles, cuyas hojas sagradas han dado sombra y la seguirán dando á tantas generaciones humanas, que adoran á Dios y reconocen sus beneficios! Yo tambien le adoré á vista de ellos, y me parecia que el viento resonaba lleno de armonia entre sus tendidas ramas, y que tocando despues á mi rostro, enjugaba en él las lágrimas de dolor y adoracion que derramaban mis ojos.

Míranse con una especie de respeto los árboles centenarios. Algunos hay, como en la selva de Fontainebleau, que llevan por ejemplo los nombres del rey

y de la reina; otros dan sombra á alguna estatua de la Virgen, ó de algun santo patron. En los lugares ménos favorables á la vegetacion, encontrareis con frecuencia una cruz cobijada por árboles que cuentan por siglos su existencia. Olmos hay que dan sombra á la plaza de una aldea, donde los ancianos del pais se reúnen al salir de la iglesia, y donde por la tarde bailan alegremente las doncellas. Entre los antiguos eran sagrados los árboles, y por lo mismo no es extraño que los cedros del Líbano merezcan y obtengan una especie de veneracion que ha contribuido á prolongar su existencia y á llamar la atencion de los viajeros.

Los cedros, que cubren con sus ramas horizontales la cumbre del Líbano, son respetables ruinas, al modo que esos antiguos monumentos que al cabo de muchos siglos se encuentran en pié todavía, como desafiando la mano de los hombres y el poder del tiempo. Por un privilegio que les es comun con los olivos de la misma region, esos hermosos árboles se renuevan y se perpetúan para ocultar á los curiosos el secreto de su antiguo origen, para recordar los grandes y gloriosos acontecimientos que han pasado bajo su sombra, y para coronar en fin dignamente la montaña cuya historia se enlaza con la de Jerusalem, con el templo de los judíos, y con el admirable pais en que vegetan. No disputaremos, como algunos viajeros, sobre su antigüedad, pues es preciso visitarlos con respeto para que nos cuenten lo que han visto hace tres

mil años, puesto que un árbol viejo encierra algunas veces la crónica de un pais.

Esos cedros famosos, que segun espresion del Rey profeta, fueron plantados por el mismo Dios, y cuyo gran número ha disminuido infinito, son de una corpulencia extraordinaria, de manera que seis hombres no pueden abrazar uno, y hasta los hay que tienen seis toesas de circunferencia. Repútanse tan antiguos, que segun tradicion, pertenecen al tiempo de Salomon. La copa de los grandes cedros se ensancha en la cumbre y forma una especie de parasol. Algunos de los cedros actuales se dividen á cierta altura en cinco ó seis ramas principales que parecen otros tantos árboles implantados en el tronco. Aunque estos cedros no tienen otra particularidad que esa prodigiosa corpulencia que atestigua su remota antigüedad, no serian ménos dignos de visitarse, si es cierto lo que afirman muchos viajeros, de que en ninguna otra montaña del globo han visto otros semejantes.

Con el objeto de conservar los cedros mas antiguos, el patriarca ha creído deber escomulgar á cuantos cortasen de ellos la menor rama sin un permiso formal. Sin embargo, el temor no ha sido á veces bastante fuerte para prevenir contravenciones á esta disposicion.

“Al salir de Beyrouth, dice el anciano Geramb, habia prometido á una jóven de las mas amables que he visto en mi vida, á una niña de diez años, de figura angelical, á la señorita Julia de Lamartine, grabar en la mas corpulenta encina del Líbano el nombre de

su padre, el de su madre, y en seguida el suyo: y cumpli mi palabra á pesar de que la ejecucion fuese mas difícil de lo que yo creía, de manera que tuve el gusto de pensar que cuando el ilustre poeta llegase á los cedros, veria de lejos los nombres de su familia, tan gratos á su corazon.

„Permanecí en medio de los cedros unas cuatro horas. Largo rato me paseé solo en la oscuridad religiosa que me rodeaba. En mi ánimo buscaba los recuerdos de su antigua gloria; y meditando despues en su larga existencia, que me hacia saludablemente sentir la brevedad de la nuestra, consolábase mi alma de la rapidez con que pasan los dias pensando en la eternidad que nos espera. No pude alejarme sin volver veinte veces la cabeza, y sin exhalar involuntariamente algunos suspiros.”

Tres poblaciones muy diferentes viven en el monte Líbano; la primera es la de los Maronitas.

El origen de los Maronitas está lleno de oscuridad. La historia, tan incompleta en todo lo que concierne á los primeros siglos de nuestra era, deja mil dudas sobre la verdadera causa de esta institucion. Los Maronitas tienen pocos libros, y estos están por lo comun desnudos de crítica y de pruebas. Sin embargo, como en estas materias vale mas atenerse á lo que los pueblos saben de sí mismos que á las vanas especulaciones de los viajeros, no dudo esponer aquí el origen de los Maronitas, tal como ellos lo refieren.

Vivia á fines del siglo IV un santo ermitaño lla-

mado Maron, de quien dan alguna noticia Teodoro y San Juan Crisóstomo. Vivía en el desierto; pero sus discípulos se esparcieron en la Siria, donde fundaron varios conventos, siendo el principal de ellos el que estaba en las inmediaciones de Apamea, sobre las fértiles orillas de Orontes. Todos los cristianos siros no contaminados con la heregia del Monotelismo, se acogieron á estos conventos, por cuya circunstancia fueron conocidos desde entónces con el nombre de *Maronitas*. Ellos forman hoy un pueblo, cuyo gobierno consiste en una antigua y pura teocracia, la cual dura, á pesar de la tiranía musulmana, que amenaza constantemente destruirla. Los principios de libertad civil germinan á su sombra, y están prontos á desenvolverse. La nacion que los profesa se componia en 1784 de ciento veinte mil almas; hoy (1833) cuenta mas de doscientas mil, y va en aumento todos los dias. Ocupa en la actualidad un territorio de cerca de ciento cincuenta leguas cuadradas, pero sin límites fijos. La poblacion se estiende desde las faldas del Líbano hasta las llanuras inmediatas, y va ganando terreno á proporcion que se aumenta. La ciudad de Zarklea, situada á la entrada del valle Bká, frente de Balbek, hace veinte años que tenia apenas doscientos habitantes, y hoy cuenta de diez á doce mil, siendo su aumento siempre progresivo.

Los Maronitas están sometidos en lo político al emir Beskir, y forman, unidos á los Druzos y Metualos, una especie de confederacion despótica. Aunque los miem-

bros de estas tres naciones difieren mucho entre sí en origen, religion y costumbres, y jamás se mezclan en unas mismas poblaciones; sin embargo, el interes de la defensa y de una libertad comun los tiene unidos, pudiendo tambien mucho en esto la mano fuerte y politica del mencionado emir. Por un lado ocupan con sus numerosas habitaciones el espacio que media entre Latakia y San Juan de Acre, y por otro el que hay entre Bayruth y Damasco. De los Druzos y Metualos hablaré con separacion en otra parte.

Los Maronitas ocupan desde Bayruth hasta Tripoli de Siria, los valles mas centrales y las principales eminencias del Líbano. Las faldas de la cordillera que caen al mar son fértiles, y están regadas de muchos arroyos y cascadas. Se cosecha en ellas seda, aceite, cebada y trigo. Las cumbres son casi inaccesibles, compuestas en la mayor parte de rocas desnudas; pero la infatigable actividad del pueblo que buscó en ellas un asilo á su religion, las ha hecho fértiles. Ha levantado terraplenes de trecho en trecho hasta las últimas cumbres, tocando casi á la nieve que las cubre: ha cubierto aquellos espacios con la poca tierra vegetal que las aguas arrastran en sus avenidas: ha hecho fecundas hasta las piedras, desmenzándolas y mezclando su polvo con la tierra para aumentarla; y ha convertido el Líbano en un jardin lleno de moreras, de higueras, de olivos y de plantas cereales. Los viágeros se llenan de maravilla cuando, despues de trepar días enteros por los tajos de la montaña, formados en peña viva, se en-

encuentran de repente en una angostura ó en la meceta de un picacho, con una hermosa aldea fabricada de piedra blanca, llena de gente acomodada, con una fortaleza morisca en el centro, un convento á cierta distancia, un torrente que baña sus muros, y en derredor un bosque en donde los pinos, los castaños y los morales dan sombra á las viñas y á los sembrados de maiz y de trigo. Estas aldeas están muchas veces como colgadas unas de otras, casi perpendicularmente: se puede tirar de una á otra una piedra con la mano, se puede oír la voz de los vecinos, y sin embargo, lo escarpado de la montaña hace su camino tan lleno de revueltas, que muchas veces se necesita emplear una hora ó dos para recorrerlos.

En cada una de ellas hay una especie de señor feudal que administra justicia, de un modo breve y sumario en los casos comunes, sin apelacion ni otro recurso. La decision de los asuntos graves pertenece al emir y á su consejo. De él emana en parte la administracion de justicia, y en parte de los obispos, por lo que muchas veces hay choques de jurisdiccion entre la autoridad civil y la eclesiástica. El patriarca de los maronitas es el único que puede decidir en los casos en que la ley comun se roza con la ley religiosa, como en los matrimonios, en las dispensas, en la separacion de los cónyuges etc. El emir guarda toda clase de miramientos al patriarca, y á los obispos, cuya autoridad, lo mismo que la de todo el clero, es ilimitada y jamás contradicha. El clero se compone de un

patriarca, á quien eligen los obispos y confirma el papa, de un legado de este, que reside comunmente en el convento de Antuna ó de Ranubin, de los obispos, de los prelados de los conventos y de los curas. Los clérigos pueden casarse, pero no los obispos ni tampoco los monges, quienes están obligados á vivir en comunidad. La reclusion á que están reducidas las mugeres árabes, las costumbres particulares del pueblo maronita y la fuerza de la costumbre, hacen ménos peligrosa esta de que estoy hablando.

Hay en el Libano cerca de doscientos conventos maronitas de diferentes órdenes, y en ellos de veinte á veinticinco mil monjes, los cuales se dedican, sin perjuicio de su ministerio, á la labranza, á la cria de ganado, á la de gusano de seda, y hasta fabrican sus edificios. Cada convento tiene un pedazo determinado de tierra, y no puede pasar de cierto número de religiosos. Yo he vivido algun tiempo entre ellos, y no vi la menor falta en su conducta, ni escuché quejas ni murmuraciones. Los obispos ejercen una autoridad absoluta en los conventos de sus diócesis, y cada diócesis es muy pequeña. En cada poblacion grande hay por lo comun un obispo.

Los maronitas, bien descendan de los árabes ó bien de los Siroes, participan de las virtudes de su clero y forman un pueblo singular en el Oriente: parecen en ciertas cosas un pueblo europeo, arrojado al acaso entre las tribus del desierto. Su fisonomía sin embargo es árabe. Los hombres son altos, hermosos, de un mi-

rar franco y resuelto, y de una sonrisa blanda y llena de espresion. Tienen los ojos azules, la nariz aguileña, la barba rubia, el aspecto noble, y la voz grave y sonora. Sus modales son urbanos sin bajeza: su vestido es espléndido, y sus armas brillantes. Cuando pasa uno por alguna poblacion y ve al gefe que administra justicia sentado á la puerta de su casa, en cuyo patio están atados los caballos que monta; cuando examina uno el vestido de los principales vecinos, engalanados de ricos trages, ceñidos con fajas de seda encarnada, cubierta la cabeza con un largo turbante de varios colores, y dejada á la espalda una capa de seda, parece que está mirando un pueblo de reyes. Ellos estiman á los europeos como si fueran sus hermanos: están ligados á nosotros por los vínculos de la religion, que son los mas fuertes de todos: reciben en sus poblaciones á nuestros viageros, á nuestros misioneros y á nuestros estudiantes que van á aprender la lengua arábica, como si fueran deudos de una misma familia: cada uno de ellos es el huésped de toda la comarca. Se le aloja generalmente en un convento ó en la casa del primer magistrado: allí se le da con abundancia de cuanto el pais produce, se le divierte con la caza de losalcones, se le admite con confianza al trato familiar, aun al de las mugeres; se habla delante de él con respeto y se le favorece con una amistad que jamas se rompe, y la cual transmiten los cabezas de familia á sus hijos y descendientes. Yo creo que si este pais y este pueblo fuesen mas conocidos, muchos europeos irian á vivir en él.

Allí se encuentra hermosura en el estilo, templanza en el clima, analogía en la religion, hospitalidad en las costumbres, seguridad individual, baratura en las cosas necesarias á la vida, y cuanto puede hacer dulce la existencia. Por mí, digo, que si me fuera dable arrancarme de raíz de mi patria, y no considerase como una obligacion del hombre vivir donde le ha señalado la Providencia su cuna y su sepulcro, con el fin de que sirva y ame á sus compatriotas, no dudaria pasar mis dias entre los maronitas. Si alguna vez me viese desterrado de mi patria, en ningun lugar me seria mas dulce mi destierro que en estas pacíficas poblaciones, situadas á la falda del Líbano, en medio de un pueblo sencillo, religioso y bienhechor; disfrutando de la vista del mar y de las nieves de las cumbres, sentado bajo la sombra de las palmas ó de los naranjales de los conventos. Aquí reina una policia admirable, nacida, no de las leyes, sino de la religion y las costumbres: el caminante puede andar solo en los caminos de noche y de dia, sin temor de robos y violencias: los delitos son casi desconocidos; la persona del extranjero, que es sagrada para el árabe mahometano, lo es todavía mas para el árabe cristiano: le abre su puerta á cualquiera hora, mata su cabrito para que coma, y le cede su lecho para que duerma.

Hay en todos los pueblos una iglesia ó capilla destinada á celebrar el culto católico en lengua siriaca. Despues de la epístola, se vuelve el sacerdote á los oyentes y les lee en lengua arábiga el evangelio del dia. Las

religiones, que duran mas que las razas humanas, conservan su lengua sagrada despues que los hombres han perdido la suya.

Los Maronitas, como todos los que viven en montañas, son naturalmente guerreros. A la órden de su emir se pueden poner sobre las armas treinta ó cuarenta mil hombres, bien sea para defender los caminos inaccesibles de sus moradas, ó bien para bajar á los llanos y hacer temblar á Damasco y las demas ciudades de Siria. Nunca los turcos se atreven á internarse en el Líbano, cuando estos pueblos disfrutan de paz entre sí. Los bajáes de Damasco y de San Juan de Acre no llegan allí, si no es cuando la discordia intestina los llama en auxilio de uno ú otro partido. No sé si me engaño, pero creo que son grandes las cosas á que está destinado el pueblo maronita; pueblo virgen y de un carácter primitivo en su valor, en su religion y en sus costumbres; pueblo en fin que ha unido á las virtudes tradicionales de los patriarcas el derecho de propiedad, el goce de una libertad templada y mucho patriotismo. Favorecido de la semejanza de religion y de las relaciones de comercio y de cultura, se impregna cada dia mas y mas de la civilizacion del Occidente. Mientras que todo lo que le rodea caduca por impotencia ó por vejez, él solo parece que se rejuvenece y que adquiere nuevas fuerzas. A medida que se vaya despoblando la Siria, él irá bajando de sus montes, fundará ciudades para el comercio á la orilla del mar, cultivará las fértiles campiñas que yacen actualmente aban-

donadas por el hombre y sirven de guarida á los chales y gacelas, y establecerá un nuevo imperio que substituya con ventaja á la dominacion turca que ya espira. Si hoy se levantase entre los Maronitas un hombre de gran capacidad, ya fuese del clero, que entre ellos lo puede todo, ya de sus emires ó magistrados, á quienes tanto estiman; y si este hombre, mirando á lo que está por venir, hiciese alianza con alguna potencia de Europa, no hay duda que seria otro Mehemet-Ali, bajá de Egipto, y que dejaria establecido el origen de un nuevo imperio árabe. A la Europa interesa que este voto se realice: en el Líbano tiene una que puede llamar colonia suya. Poblándose entónces de nuevo la Siria con una nacion cristiana é industriosa, enriqueceria al Mediterráneo dando movimiento á un comercio que desfallece, abriria el camino de la India, arrollaria delante de sí las tribus nómadas del desierto, y daria vida al Oriente. Hoy solo existen estas esperanzas en Egipto; pero téngase presente que en Egipto no hay para esto mas que un hombre, y en el Líbano hay un pueblo.

„Los Drusos componen la segunda parte de la poblacion del Líbano; son idólatras y hablan el árabe. Perseguidos por los mahometanos, cuya religion no quisieron abrazar, refugiáronse á las inaccesibles soledades del Líbano. El emir Facardin los hizo célebres aun en Europa á principios del siglo diez y siete; pero, despues de una resistencia famosa, fué vencido por traicion y conducido á Constantinopla: con todo esto, su posteridad pudo dominar en el pais, y solo despues de

estinguida esta, pasó el gobierno á otras manos. La religion de los Drusos es un misterio que ningun viagero ha podido aclarar. Adoran el becerro, y sus mugeres son admitidas al sacerdocio; veneran á Moises, á Mahoma y á Jesus. Tienen muchas escuelas para los niños; se sabe que despues de la batalla de Navarino, acogieron con generosidad á los europeos que temian la venganza de los turcos.

La última parte de la poblacion del Líbano se compone de mahometanos de la secta de Ali, dominante en Persia. No beben ni comen con los sectarios de otra religion que la suya, y hacen pedazos el plato que ha servido para un estrangero. Despues de muchos triunfos y derrotas han logrado mantenerse en el valle y junto á las magnificas ruinas de Heliópolis, y de Sour, la antigua Tiro.

Pero hace treinta años que una muger llama por sí sola en estos sitios la atencion de los viageros europeos, mas que todos los pobladores del alto y bajo Líbano. Es la sobrina del famoso Pitt, la hija del lord Chatam, lady Stanhope, que ya hemos nombrado.

Educada en el gabinete de su tio, oyó desde niña tratar al lado suyo las grandes cuestiones que agitaban entónces el mundo. Cuando Pitt murió, era jóven y hermosa, noble como una reina y mas rica que un monarca. Rehusó los mejores partidos que se le ofrecieron, recorrió las varias capitales de la Europa, y por último se embarcó para el Oriente. Llegó á Esmirna, donde por poco muere de la peste. En Constantinopla se le

abrieron las puertas del serrallo, y las sultaras le prodigaron fiestas. Al verla caminar entre esos grupos de Circasianas, se hubiera dicho que era la reina y la dueña de sus esclavas. Procuróse firmanes del sultan (pasaportes), y llevándose consigo inmensas riquezas, se embarcó; pero una tempestad lo sumergió todo; y hubiera devorado á la misma viagera, si sobre los restos de la embarcacion no hubiese llegado á una isla desierta, de donde la sacó un pescador para conducirla á Rodas. Volvió á Inglaterra para reunir los restos de su patrimonio, y por fin se embarcó de nuevo y llegó al Líbano, su patria adoptiva, que no ha abandonado despues. Habiéndose establecido al principio en las cercanías del Alaguia, aprendió el árabe y se relacionó con las autoridades drusas y maronitas que gobernaban la comarca; en seguida buscó un hombre de confianza, llamado Baudin, que la sirvió á la vez de intérprete y de consejero. Antes de fijar su morada en la montaña, recorrió la fecunda cadena del Líbano, el desierto, y visitó á Damasco, Jerusalem, Homs, y aun Palmira, donde fué recibida como otra Zenobia. Respiraban tanta dignidad sus miradas y tanta grandeza su semblante, que los árabes la contemplaban llenos de admiracion. Al llegar á las ruinas de Palmira, halló preparada una gran solemnidad, pues treinta mil árabes habian acudido del desierto, y la proclamaron reina de Palmira. Durante su permanencia en medio de esas ruinas, sucediéronse unas tras otras las fiestas, las danzas, los banquetes y las corridas. Siempre magnífica la célebre viagera, dotó á varias don-

cellas, asistió á su casamiento, y prodigó los pesos fuertes españoles, que hoy dia los árabes del desierto enseñan á los viageros, añadiendo que son de su reina. En cambio, las varias tribus reunidas la dieron firmantes, en virtud de los cuales todo viagero protegido por ella, podia visitar con toda seguridad las ruinas de Palmira pagando un tributo de mil piastras.

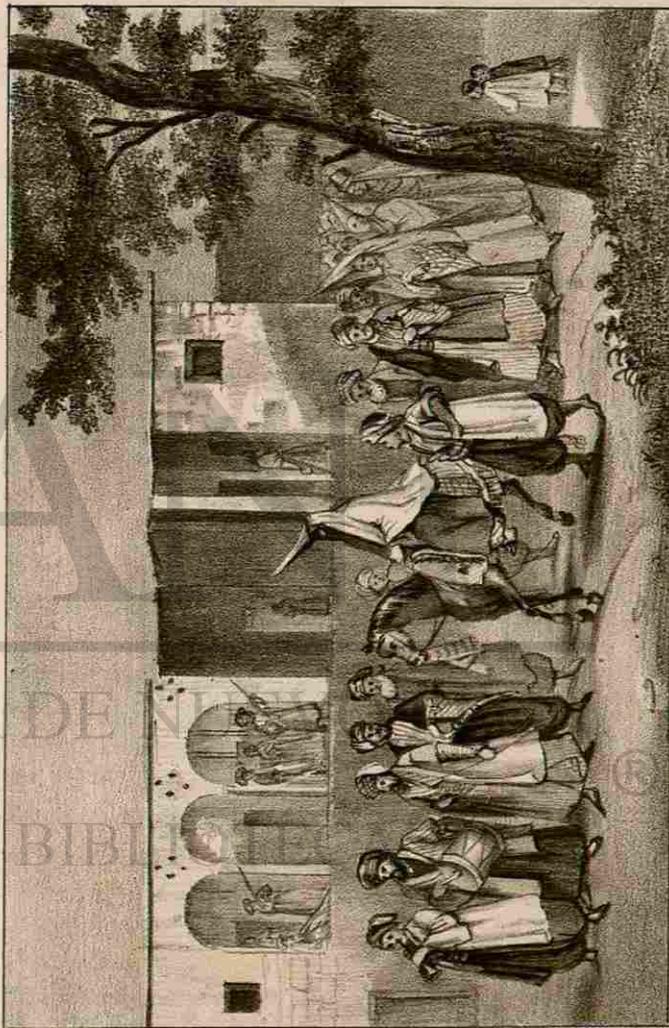
Al volver de ese viage regio escogió el retiro en que mora hoy dia, en una soledad casi inaccesible, sobre una de las cumbres del Líbano, cerca de la antigua Sidon. Respetada por los bajás de San Juan de Acre, obtuvo la concesion de los restos de un convento y del pueblo de Dgioun, habitado por los Drusos, que pidió para su establecimiento. Edificó en él muchas casas parecidas á nuestras fortificaciones de la edad media, y creó un hermoso jardin á lo turco. Allí vivió muchos años con lujo oriental, rodeada de muchos dragomanes, de gran séquito de mugeres y de esclavos negros, y relacionada con todos los soberanos y los gefes árabes de los alrededores. Pronto disminuyó su considerable fortuna; murieron ó se alejaron los que la habian seguido desde Europa, enfrióse la interesada amistad de los árabes, quedó completamente aislada la célebre inglesa, y entónces fué cuando dió muestras de toda la energia heroica de su carácter, y de toda la constante resolucion de su alma. Las ideas religiosas que mezcla con la astrología, le dan una fuerza sobrenatural. En este estado de abandono han encontrado Lamartine y otros viageros á esa muger, cuyo nom-

bre es grande en Oriente, á la par que es la admiracion de la Europa, á esa muger á la cual han dado los árabes el nombre de señor, olvidando su sexo.

Ya que nos encontramos en medio de una poblacion cuyas costumbres son tan diferentes de las de Europa, bueno será detenernos en algunos rasgos principales. Primero observaremos su vida patriarcal, su hospitalidad, su piedad tierna y sencilla, y el respeto sin bajeza ni supersticion que tienen á los ancianos y á los viajeros que llevan trage de religiosos ó de sacerdotes. En la vasta llanura que conduce á Balbec, los pastores maronitas se apresuraron á ofrecer al padre Geramb todo cuanto deseaba, viéndole con hábito de la Trapa, y prosternados los niños á sus piés, le pedian que los bendijese. En el momento de partir, todos querian tocar su sayal, todos le seguian con la vista y le saludaban con la mano, dándole el último adios.

Un viajero inglés cuenta en los términos siguientes las principales circunstancias del casamiento de un joven príncipe de los Drusos.

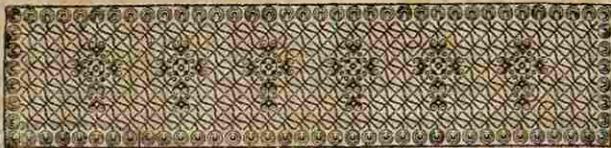
Al llegar á Narh-el-Kelb, nos detuvimos en una cabaña delante de la comitiva de la princesa que pasaba á Gacir para casarse con el joven príncipe. El camino estaba lleno de curiosos que disparaban fusilazos. Al cabo de dos horas apareció por fin la comitiva sobre la cumbre de las rocas que teniamos delante de nosotros, siguiendo un alto y difícil sendero. Los que la componian iban vestidos ricamente y montaban hermosos caballos enjaezados con magnificencia. Marcha-



Marcha nupcial al Monte Libano.

ba el príncipe á la cabeza acompañado de sus domésticos. En pos venian dos gefes de los Drusos con un cuerpo de tropas de esa tribu, marchando con orden y disparando de tiempo en tiempo sus fusiles. En seguida venian diez ó doce mulos cargados con ricas telas y preciosos muebles. Algun tiempo despues aparecieron las mugeres, que se apearon en un tránsito difícil, y se adelantaron á pié hasta un puente. Eran unas veintidos, y como el calor era excesivo, descansaron debajo de un árbol y tomaron algun refresco. Cuando volvieron á ponerse en marcha pasaron junto á mí, llevando delante á su princesa. Algunas me miraron con aire descontento, porque era el único que tenia abierto el parasol: por mi parte jamas he visto un grupo tan estrañamente mezclado ni mas ridículo que el de esas mugeres.





CAPÍTULO XIV.

BALBEC.

CUANTO mas se examinan las ruinas de los edificios erigidos por naciones anteriores á nuestros conocimientos históricos, tanto mas quedamos admirados del estado de esplendor á que habia llegado la arquitectura en aquellos remotos tiempos. No eran piedras apiladas en montones para mostrar solo el poder de algun soberano, ó los esfuerzos unidos de una comunidad, como las pirámides de Egipto, sino edificios de la mayor regularidad, de la mayor elegancia, del mayor costo, y de un gusto mas delicado del que pueden jactarse las naciones modernas en los últimos quince siglos.

Balbec es una ciudad de Siria, situada casi exacta-

mente en la mitad del camino, entre Damasco al Sudeste, y el puerto de Trípoli de Siria al Noroeste. La ciudad está rodeada de una muralla, legua y media en circunferencia, pero no ha quedado de su antigua grandeza, mas de un pueblo de casuchas habitadas por algunas familias miserables, formando el mayor contraste con las ruinas venerables de su antigua arquitectura. Para formar una justa idea de estas ruinas estupendas, suponemos que descendemos del interior de la ciudad. Después de haber atravesado un gran trecho, cubierto de escombros y casuchas, se llega á un espacio que parece haber sido una plaza, y mirando al ángulo del occidente, se descubre una gran ruina, restos de dos pabellones decorados con pilastras reposando sobre una pared de ciento setenta y seis piés de largo. Desde el terrado que hay en este frente se goza una vista que se estiende por todo aquel país, y á la orilla del terrado se descubre, aunque con dificultad, las basas de doce columnas, que antiguamente se estendian de un pabellon al otro formando un pórtico. Caminando por esta esplanada se llega al pié de nueve columnas y el viajero queda pasmado al ver lo magestuoso de su elevacion. El fuste de cada una de estas columnas tiene veinte y tres piés y medio de circunferencia, y noventa y tres de alto hasta el maciso entablamento, el cual está ricamente trabajado; de modo que la grandeza y elevacion del todo es singularmente maravillosa. Pasando de esta gran ruina llegamos al templo del Sol, el que no obstante su presente estado de desolacion, es el objeto mas principal

que llama la atención del viajero, por la magnificencia y proporciones de su diseño original. La puerta de este gran templo está al lado del Este, y es particularmente admirada por su trabajo esquisito. Entrando por esta puerta se descubre, en primer lugar, un magnífico patio hexágono (seis lados) de ciento y ochenta pies de diámetro, presentando por todos lados los restos de una magnificencia y hermosura arquitectónica del más rico estilo, en las columnas y otros ornamentos del círculo de aposentos que corren todo al rededor. Pasado este patio se entra en otro mucho mayor, de una figura casi cuadrada, teniendo cuatrocientos once pies por un lado, y cuatrocientos cuatro por el otro, y al lado occidental están las columnas restantes de aquel famoso templo. El número de estas columnas eran originalmente cincuenta y seis, diez al frente, diez atrás, y diez y ocho á cada uno de los dos lados, pero ahora no hay más de cuatro, las cuales están al frente. El espacio dentro de este peristilo es trescientos trece pies de largo, y ciento setenta y dos de ancho, y la altura de las columnas, incluyendo el plinto, es de noventa y cinco pies. Nada puede concebir la imaginación, con respecto al arte humano, más grande que el aspecto que presentaría este hermoso templo en su estado perfecto, asombrando el resto de sus ruinas al viajero. Un juicio algo acertado de toda la obra se puede formar por el terrado que rodea todo el edificio, causando la mayor sorpresa las dimensiones de las piedras con que está formado. Cada canto tiene treinta y tres pies de lar-

go, once de ancho y catorce de alto; y á la parte occidental hay tres del enorme tamaño de setenta pies de largo cada uno y de una sola pieza. A corta distancia de la ciudad hay una cantera de piedra franca de donde probablemente se han sacado estos trozos inmensos, pues se ve uno trazado, y que no se acabó de separar, de la prodigiosa medida de setenta y siete pies de largo, quince de ancho y diez y seis de alto, que no puede ménos de pesar veinte y dos mil setecientos quintales. Grande debía ser el conocimiento de la estática que poseían los arquitectos de aquel tiempo, no habiendo en nuestro siglo más de uno ó dos ejemplos de haber removido ó suspendido cuerpos tan pesados con todo el adelantamiento mecánico.

Hay otro templo al Sur de este, aunque de menores dimensiones; sin embargo, era un edificio grandioso, teniendo doscientos cuarenta y cuatro pies de largo, y ciento veintiseis de ancho. Sus columnas eran originalmente treinta y cuatro; á saber, ocho en el frente ó pórtico, y trece á cada uno de los lados. Su altura, incluyendo el plinto, es de ochenta y cuatro pies; y los ornamentos son aquí de la misma especie que los del templo mayor. Este edificio está conservado mejor que el otro, existiendo en pie todas las columnas del peristilo con su entablamento; y solo afeado con dos grandes torres cuadradas que los turcos han levantado sobre las ruinas del pórtico. A otro lado, en un terreno algunos pies más bajo, están las ruinas de otro templo, desde cuya puerta principal se exa-

mina todo el interior, que sin duda fué en otro tiempo la habitacion de algun gran Dios de los Balbequitas; pero en lugar de la solemne pompa de una multitud de sacerdotes ofreciendo sacrificios, y de una vasta congregacion de pueblo postrados en tierra, como nos sugiere la imaginacion sería el caso, no se descubre mas que escombros del techo caido, polvo y yerbas. Las paredes, enriquecidas anteriormente con los ricos ornamentos del órden Corintio, no presentan ahora mas de los pedimentos de nichos y tabernáculos cuyos objetos están esparcidos por el suelo. Entre estos nichos hay una hilera de pilastras istriadas, cuyos capiteles soportan parte de un entablamento, pero suficiente para darnos idea de la riqueza de su friso, conservándose cabezas de sátiros, caballos, toros, y gran variedad de arabescos. Sobre este entablamento estaba el techo, cuyas dimensiones eran ciento veintinueve pies de largo y sesenta y dos de ancho. Las paredes que soportaban el techo tienen treinta y cuatro pies de alto sin ventana alguna, de lo que se infiere que este templo estaba alumbrado por algunas claraboyas. La riqueza de los ornamentos que había en este techo se puede uno figurar por los fragmentos que se hallan en el suelo; pero todavía debia haber sido mayor la riqueza de la galería del peristilo, como se ve por las partes que restan, conteniendo lositas en forma de rombos en las que están representados, Júpiter sentado en su águila, Diana con su arco y media luna, y

algunos bustos que parecen ser figuras de emperadores y emperatrices.

No es la naturaleza la que ha hecho estas devastaciones, pues que los turcos han contribuido en gran parte á su destruccion. Solo por el interes de sacar las grapas de hierro que sirven para unir los varios trozos de columnas, han sido estas trastornadas.

Hay otro templo en Balbec, de un gusto tan esquisito, que parece una joya distinguida en el tesoro de la arquitectura, y aunque en ruinas se conserva todavía entero. Este templo fué por algun tiempo convertido en iglesia griega, y á esta circunstancia se debe su conservacion, pero irá en decadencia ahora que ha sido abandonado. No tiene mas de treinta y cinco pies de diámetro, exclusive de las columnas y espacio al rededor. Su arquitectura es del órden corintio mas rico; y la gracia y ligereza de sus columnas, entablamento y cornizamento es ciertamente admirable.

Cuando consideramos la magnificencia extraordinaria de los templos de Balbec, y el total silencio de los autores griegos y romanos, nos confunde el no poder hallar la causa de una omision tan estraña. Si fuese solo el silencio sobre estos edificios, podriamos atribuirlo á la indiferencia de los griegos y los romanos acostumbrados á ver otros edificios, si no tan espléndidos, á lo ménos de la misma especie; pero no mencionarse ni aun el nombre de Balbec en los anales romanos es muy singular. Un pueblo murado de tal modo, y tan grandioso, debia ser muy considerable por su posicion, por su

comercio y por su poblacion. Solo una importancia grande podria haber impelido á los soberanos del pais á hacer unos sacrificios de dinero y de trabajo tan inmensos; mucho mas si fueron contruidos en tiempo de los emperadores romanos, mas ansiosos todos de hermohear á la soberbia Roma, que de atender al bien de los pueblos sometidos á su yugo. Ni á los pretores romanos pueden atribuirse tan nobles obras, habiendo sido tanta la rapacidad de aquellos gobernadores, que las exacciones de los bajás de Turquía parecen tolerables y equitativas en comparacion. Solo en un fragmento del escritor Juan de Antioquia se halla alguna noticia, aunque oscura, de Balbec, y atribuye la construccion de sus templos á Antonino Pio; y la única circunstancia que puede favorecer esta opinion es el órden corintio de su arquitectura, que no vino á ser general en Roma hasta la tercera edad del imperio.

La manía de los griegos en traducir en su lengua los nombres de los lugares, segun su significacion ó situacion, en lugar de darles sus apelaciones estrangeras, ha confundido la geografia y la historia. Esta es la causa de que no sepamos nada del estado de Balbec en la antigüedad remota; pero estando situada entre Tiro y Palmira es probable, que esta ciudad participó de la prosperidad del comercio de los fenicios. Por el templo del Sol llamaron los griegos á Balbec *Heliópolis*, que significa la Ciudad del Sol. Balbec en siriaco significa el Valle de Bal ó del Sol; y *Balbeth* en hebreo significa la Ciudad de Baal ó del Sol, por el culto que

allí se daba al gran luminar del dia. Pero cualquiera que haya sido la prosperidad de Balbec en tiempos antiguos, en 1784 estaba reducida toda su poblacion á mil habitantes en estado de la mayor pobreza.

Este culto dado al Sol desde la mas remota antigüedad es el error mas notable del entendimiento humano. En Babilonia, en Nínive, en la Caldea, en la Persia, en Palmira, en Balbec, y hasta en el Perú bajo los Incas, el Sol ha sido el ídolo de adoracion, bajo emblemas diferentes, principalmente el fuego. Los adoradores del Sol, privados de revelacion, no tenian mas medios de elevar su imaginacion, sino los auxilios que les prestaban sus sentidos; y absortos estos con las muchas virtudes, con la beneficencia universal del glorioso luminar, le adoraban como al vicegerante del Criador del mundo, como á una criatura en la que estaban reunidas todas las perfecciones de la naturaleza, y á la que estaba sujeta toda la creacion. Ellos veían que el Sol reina en el firmamento, y que sin él no habria produccion en la tierra. Ellos advertian que el Sol, como Dios, todo lo ve, que todo lo presencia, y que no hay cuerpo alguno en el cielo ni en la tierra que no participe de su virtud. Ellos observaban que la bóveda celeste sirve al Sol de pabellon, que los demas planetas reciben la luz de él, y que todos giran por el firmamento haciéndole la corte, que las constelaciones le miran á una distancia respetuosa, que los luceros pierden la luz á su presencia, y que las estrellas desaparecen á su vista; y convencidos de que este astro refulgente es el padre de

la luz, y el órgano de todas las bendiciones que disfruta el hombre en la tierra, le daban culto como á su bienhechor. De un Inca se refiere, que contemplando un dia al Sol, en las colinas del Cuzco, dijo á los de su corte: „Si el Sol es tan poderoso, ¿cuánto mas será aquel que le ha mandado girar por el cielo?” Esta era una alusion al gran Pachacamac, el Dios invisible que ellos imaginaban sobre los cielos.

El error de los asiáticos, así como el de los peruanos, consistía en buscar la Divinidad en lo visible; y entre todo lo visible no hallaban sus sentidos otro objeto mas hermoso, mas benéfico, ni mas admirable que el Sol. Equivocaron al Criador con la criatura que parece presidir al mundo, y no con las serpientes, becerros y otras bestias, de modo que su idolatría aunque grosera, no lo era tanto, como la que consistía en colocar animales en el templo, y adorarlos como á dioses.

Casi todos los viajeros que van á Siria descubren estas grandiosas ruinas, y hacen reflexiones melancólicas y morales; pero quizá ninguno las hace mas tristes que Lamartine. Oíganse las palabras mismas del viajero.

Habia atravesado yo las cimas del monte Sannin cubiertas de nieves eternas, y habia vuelto á bajar del Libano coronado con su diadema de cedros, hasta el desierto desnudo y estéril de Heliópolis, despues de una jornada larga y penosa. Hacia al horizonte, y sobre las últimas gradas de las montañas negras del Anti-Libano, un in-

menso grupo de ruinas amarillas doradas por el sol, que estaba poniéndose, se desprendia de la sombra de las montañas, y reflejaba los rayos de la tarde. Los guias me lo enseñaban con el dedo, y gritaban: ¡Balbec! ¡Balbec! En efecto, salia brillante de su sepulcro desconocido la maravilla del desierto, la fabulosa Balbec, para referirnos las edades cuya historia se ha perdido. Caminábamos lentamente al paso de nuestros fatigados caballos, clavados los ojos en los muros gigantescos, en las columnas brillantes y colosales que parecian estenderse, crecer y prolongarse á medida que nos acercábamos: reinaba un profundo silencio en toda la caravana: cada uno temia perder las impresiones de estos momentos, si comunicaba á otro la que acababa de tener. Aun los árabes callaban, y parecian recibir tambien una idea fuerte y seria de este espectáculo que nivelaba todos los pensamientos. Al fin llegamos á los primeros trozos de columnas, á los primeros fragmentos de mármol que los terremotos habian arrojado á mas de una milla de los monumentos mismos, como las hojas secas arrebatadas lejos del árbol por el huracan. Muchas y profundas canteras abrian sus abismos á los piés de nuestros caballos: estas grandes escavaciones de piedra cuyas paredes conservan señales profundas del cincel que las ha formado para sacar de ellas otras colinas de piedra, presentaban todavía algunos trozos gigantescos medio desprendidos de su base, y otros tallados por sus cuatro caras, y que al parecer no aguardaban otra cosa sino los carros ó brazos de gigan-

tes para moverlos. Uno solo de estos trozos de Balbec tenia sesenta y dos piés de largo, veinticuatro de ancho y diez y seis de espesor. Uno de nuestros árabes bajándose del caballo, se deslizó en la cantera, y brincando sobre la piedra, agarrándose de las entalladuras del cincel y de los musgos que se habian arraigado allí, subió al pedestal, y corrió acá y allá sobre su superficie dando gritos salvages; pero el pedestal por su masa hacia desaparecer al hombre á nuestra vista: el hombre desaparecia delante de su obra: era necesaria la fuerza reunida de sesenta mil hombres de nuestro tiempo para levantar esta piedra; y la plataforma ó terrado de Balbec sostenia otras mayores alzadas á veinticinco, ó treinta piés sobre el suelo, las que soportaban columnas proporcionadas á estas bases.

Seguimos nuestro camino entre el desierto á la izquierda, y las undulaciones del Anti-Libano á la derecha, entre unos campos pequeños, cultivados por pastores árabes, y el lecho de un ancho torrente que serpentea entre las ruinas: á la orilla de aquel se levantan algunos nogales hermosos. La Acrópolis, ó colina artificial en que están todos los grandes monumentos de Heliópolis, se nos presentaba acá y allá entre las ramas, y las copas de grandes árboles, por donde la descubrimos enteramente, y toda la caravana se paró como por instinto. Ninguna pluma ni pincel podria describir la impresion que dá á los ojos y al alma este espectáculo. Bajo nuestros piés, en el lecho del torrente, en medio de los campos, y junto á todos los troncos de los árboles, ha-

bia trozos de granito rojo ó pardo, pórvido encarnado, mármol blanco, piedra amarilla, tan brillante como el mármol de Paros, pedazos de columnas, capiteles cincelados, arquitraves, volutas, cornizas, entablamentos, pedestales, miembros esparcidos que al parecer palpitaban aún, estatuas caidas de cara contra el suelo: todo esto confundido, amontonado ó disperso por todas partes como las lavas de un volcan que vomitara los escombros de un grande imperio.

Adelante de estas ruinas que forman verdaderos médanos de mármol, está la colina de Balbec: plataforma de mil pasos de longitud, de setecientos de latitud, edificada toda por la mano del hombre, con piedras labradas, de las que algunos tienen de cincuenta á sesenta piés de largo, y quince ó diez y seis de alto, y la mayor parte de ellas de quince á treinta. Esta colina de granito labrado, se nos presentaba por su estrechidad oriental con sus basas profundas y sus revestimientos inmensurables, en que tres piezas de granito dan una masa de ciento y ochenta piés, y cerca de cuatro mil de superficie: allí se ven anchas embocaduras de bóvedas subterráneas donde se precipita el agua del arroyo, y esta con el viento resuena como el toque lejano de las grandes campanas de nuestras catedrales. En este inmenso terrado se nos presentaba lo mas alto de los grandes templos, como si se desprendieran estos del horizonte azul y rosado ó color de oro. Parecian intactos algunos de estos monumentos solitarios, y al parecer acababan de salir de las manos de los obre-

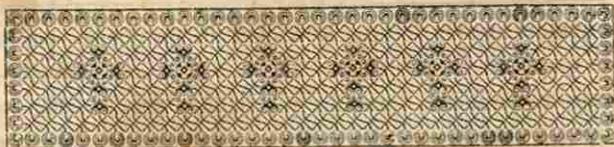
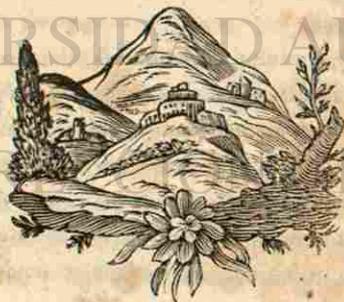
ros: otros solo presentaban restos aun en pié, de columnas aisladas, paredones inclinados y fachadas destrozadas: se pierde la vista en las hermosas calles de las columnatas de diversos templos, y el horizonte demasiado alto no nos dejaba ver el término de esta infinidad de piedras. Las seis columnas colosales del gran templo, conservando aun su inmenso y rico entablamento, dominaban toda la escena y se perdian en el cielo azul del desierto, como un altar destinado á los sacrificios de los gigantes.

Solo algunos momentos nos detuvimos para reconocer lo que habíamos venido á ver entre tantos peligros y á tanta distancia, y seguros de verlo todo á otro día, nos retiramos porque se acercaba la noche, y era preciso buscar un asilo ó bajo una tienda, ó bajo alguna bóveda de aquellas ruinas para dormir y descansar. Nos dirigimos hácia donde se levantaba un poco de humo á corta distancia de nosotros, y nos acercamos á un grupo de ruinas, mezcladas con casuchas y paredones árabes. Llegamos á la puerta de una cabaña baja y medio oculta entre lienzos maltratados de mármol, y cuya puerta y angostas ventanas, sin vidrieras ni postigos, están hechas de mármol y de pórfido, mal compaginados con un poco de mezcla: un arco pequeño de piedra, se levantaba uno ó dos piés sobre la plataforma que servia de techo á esta casita, y una campana chica, como las que se pintan en la gruta de las ermitas, se meneaba al soplo del viento: tal era el palacio del obispo de Balbec que cuidaba en este desier-

to á un pequeño rebaño de doce ó quince familias cristianas perdidas en medio de aquella soledad, y de una tribu feroz de árabes independientes. Hasta entonces no habíamos visto mas ser viviente que los chakales que corrian entre las columnas del gran templo, y las pequeñas golondrinas de collar de seda roja que hermooseaban, como un ornamento de arquitectura oriental, las cornizas de la plataforma. Al ruido de nuestros caballos salió el obispo, y saludándonos desde su puerta, me ofreció hospitalidad. Era un anciano gallardo, de cabellos y barba blanca, de fisonomía grave y dulce, palabra noble, suave y cadenciada, en todo semejante á la idea de un sacerdote de un poema ó de un romance, y digno de mostrar su semblante de paz, de resignacion y de caridad en esta escena solemne de ruinas y de meditaciones. Nos hizo entrar en un pequeño patio interior cuyo pavimento era de pedazos de estatuas, de trozos de mosaicos y de vasos antiguos, y entregándonos su casa, esto es, dos piezas chicas y bajas, sin muebles y sin puertas, se retiró y nos dejó, segun la costumbre oriental, dueños absolutos de su casa.

Despues de pintar el autor el silencio de aquellos lugares, la luna que los alumbraba, y los pensamientos graves que ocupaban su corazon, añade: De repente un canto dulce y tierno, un murmullo grave y dictado por el entusiasmo, salió de las ruinas detras de una pared grande con arcos arabescos, y cuyo techo nos parecia desplomarse: esta voz vaga y confusa creció,

se prolongó, y se levantó mas alta y fuerte, y distinguimos un canto de muchas voces en coro; canto monótono, melancólico y tierno, que subia, bajaba, acababa y renacia alternativamente, y se respondia á sí mismo: era la oracion de la noche que cantaba el obispo con su grey en el recinto derrumbado de lo que fué su iglesia, montones de ruinas debidos á una tribu de árabes idólatras. No estábamos preparados para esta música del alma en que cada nota es un sentimiento ó un suspiro del corazon humano, en esta soledad, en el fondo de los desiertos, que salia de entre las piedras silenciosas, amontonadas por los terremotos, por los bárbaros y por el tiempo. Nos sobrecogió el canto, y lo acompañamos con el pensamiento, con la oracion y con los acentos interiores de una poesia santa, hasta que aquellas letanías monótonas acabaron, y los últimos suspiros de aquellas voces piadosas se fueron perdiendo en el silencio acostumbrado de aquellos escombros antiguos.

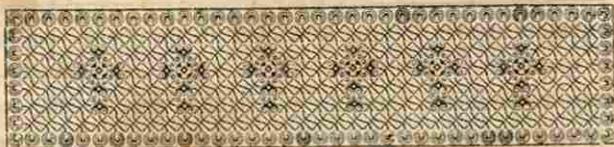


CAPÍTULO XV.

ANTIOQUIA.

ESTA magnífica ciudad, capital de Siria, fué fundada por Seleuco Nicanor en las orillas del Orontes. Según Ammiano Marcelino, en su tiempo Antioquía era célebre en todo el mundo, y á ningun otro lugar cedia ni en la fertilidad de terreno, ni en la riqueza del comercio. Estaba situada, parte en una llanura, parte hácia la falda de una alta montaña; pero una grande estension de la ciudad antigua está convertida en jardines. La elevacion de los montes que circundan á esta ilustre poblacion y que ántes estaban dentro de su recinto, prueba su grandeza pasada y su considerable influjo en las guerras que han devastado

se prolongó, y se levantó mas alta y fuerte, y distinguimos un canto de muchas voces en coro; canto monótono, melancólico y tierno, que subia, bajaba, acababa y renacia alternativamente, y se respondia á sí mismo: era la oracion de la noche que cantaba el obispo con su grey en el recinto derrumbado de lo que fué su iglesia, montones de ruinas debidos á una tribu de árabes idólatras. No estábamos preparados para esta música del alma en que cada nota es un sentimiento ó un suspiro del corazon humano, en esta soledad, en el fondo de los desiertos, que salia de entre las piedras silenciosas, amontonadas por los terremotos, por los bárbaros y por el tiempo. Nos sobrecogió el canto, y lo acompañamos con el pensamiento, con la oracion y con los acentos interiores de una poesia santa, hasta que aquellas letanías monótonas acabaron, y los últimos suspiros de aquellas voces piadosas se fueron perdiendo en el silencio acostumbrado de aquellos escombros antiguos.



CAPÍTULO XV.

ANTIOQUIA.

ESTA magnífica ciudad, capital de Siria, fué fundada por Seleuco Nicanor en las orillas del Orontes. Según Ammiano Marcelino, en su tiempo Antioquía era célebre en todo el mundo, y á ningun otro lugar cedia ni en la fertilidad de terreno, ni en la riqueza del comercio. Estaba situada, parte en una llanura, parte hácia la falda de una alta montaña; pero una grande estension de la ciudad antigua está convertida en jardines. La elevacion de los montes que circundan á esta ilustre poblacion y que ántes estaban dentro de su recinto, prueba su grandeza pasada y su considerable influjo en las guerras que han devastado

aquellos lugares. Tiberio edificó allí un puerto, como lo prueban las medallas. Tito y Vespasiano concedieron á Antioquía grandes privilegios que perdió en tiempo de Severo. Su estension era como de legua y media. Allí nacieron muchos hombres ilustres, entre los cuales sobresalé el elocuente y piadoso San Juan Crisóstomo.

En tiempos antiguos habitaban esta ciudad muchos judíos, los que tenían sus privilegios, á causa de las pruebas que habian dado en la guerra de su fidelidad y valor. Seleuco Nicanor les concedió el derecho de ciudadanía que tenían los macedonios y los griegos, en todas las ciudades que edificó en el Asia, en Cele Siria y aun en Antioquía, que era la capital, de cuyo derecho gozaban aun en tiempo de Josefo; pues á pesar de las reclamaciones de los alejandrinos y antioquenos, no pudieron estos conseguir de Vespasiano que privara á los judíos de aquel derecho, y demas privilegios. Cuando Tito volvía del Eufrates á Antioquía, lo convidaron el senado y los magistrados para que asistiera al teatro, donde se habia reunido el pueblo: no se negó el general á asistir; y cuando ya estuvo allí, le rogaron ardientemente que echara de la ciudad á los judíos; pero el prudente príncipe les contestó: que no sabia adonde mandar á esta gente, porque el lugar adonde pudiera enviarlos estaba arruinado, y así no podia recibirla. Viéndose desairados los habitantes, le suplicaron que á lo ménos mandara borrar los privilegios de esta nacion que estaban grabados en tablas

de cobre; pero tampoco accedió Tito á esta segunda solicitud, dejando las cosas en Antioquía en el estado en que las encontró con respecto á los judíos.

La religion cristiana empezaba apénas á nacer, y no bien sus primeros apologistas habian pronunciado algunas palabras del Evangelio, cuando ya la caridad ejercia su benigna influencia; el amor á sus semejantes, una tierna compasion, para los que sufren, daban lugar á las mas sublimes virtudes que triunfaban de la ciega incredulidad y la arrancaban gritos de admiracion. Los nuevos creyentes no se llamaban ya hebreos, griegos, etc., no se distinguian por su nacion, sino que se llamaban hermanos, hijos de una comun madre. Este es un cambio notable que ha influido sobremanera en la historia moderna; es un rasgo que caracteriza por sí solo al cristianismo.

San Pablo y San Bernabé fueron á predicar el Evangelio á Antioquía, y ciertamente que no en vano, pues fué iglesia célebre y numerosa, y en ella se celebraron dos concilios.

Cerca de Antioquía es donde vivió el ilustre Macedonio en una soledad completa. Habiéndole preguntado un cazador lo que hacia solo en aquellas cumbres, respondió: „Lo mismo que vos; con la diferencia que vos correis tras los animales, y yo corro hácia Dios; es una caza que no me cansará jamas.”

Célebre es tambien la ciudad de Antioquía por haber permanecido en ella mucho tiempo San Gerónimo, ese hombre de una imaginacion viva, de un genio ardien-

te y elevado, de una erudicion vasta y profunda, y de una virtud sólida y sublime. Tambien hizo su papel en tiempo de las cruzadas, y su gobierno, así como el de sus alrededores, fué reputado importantísimo. Ninguna ciudad cuenta mayor número de mártires, de santos y de doctores; ninguna ha visto como ella obrarse tantos prodigios por la fé: por mucho tiempo la miraron los cristianos como á la hija predilecta de Sion, y llevó el nombre de Teópolis, que significa ciudad de Dios. Tan célebre en los anales del imperio romano como en los de la Iglesia, mereció de algunos emperadores el nombre de *reina de Oriente*. Su situacion, en medio de una risueña y fértil campiña, atrajo en todos tiempos á los estrangeros.

Pero esta espléndida ciudad á fuerza de tomas y asaltos, y aun mas por los frecuentes y recios terremotos, ha quedado desmantelada y arruinada, hasta el extremo de ser hoy una aldea que hasta el nombre ha perdido. Así es como el tiempo, los hombres y los fuegos subterráneos han asolado los monumentos grandes y suntuosos que levantó el orgullo de los monarcas. Pero aun se conservan muchas estatuas de granito en pié, ó caídas en tierra, largas séries de pórticos bien conservados de un bello trabajo y de la altura de treinta piés; este vasto recinto solitario, cercado por todas partes de grandes murallas, representa al natural á un inmenso sepulcro vacío, y este es el sepulcro de Antioquia, y casi todo lo que encerraba está hecho polvo. Recorriendo los parapetos de todo el rededor, he contado cincuenta

y dos torres en un estado muy regular: en otro tiempo habia ciento y treinta: pero los demas edificios han desaparecido. De las muchísimas iglesias, segun los historiadores, las mas hermosas del mundo, no tienen hoy los cristianos de Antioquia una sola en que celebrar los santos misterios, y tienen que ir á una gruta lejana que fué en otro tiempo una tumba. Las cuatro ciudades que formaban otros dias aquella capital llamada por eso Tetrópolis, no son mas que ceniza fria; y como si esta ceniza hubiera fecundado el suelo, en lugar de aquellas poblaciones se ven grandes y magníficos jardines. Sin embargo, su obispo conserva todavía el titulo de patriarca, y goza de grande autoridad en la iglesia de Oriente. En el año de 1822 fué devastada la poblacion por un espantoso terremoto, y diez años despues pudieron ver los turcos desde lo alto de las murallas á su ejército completamente derrotado por los egipcios mandados por Ibrahim Bajá.

Pero otra batalla mas célebre se dió delante de ella en la memorable época de las cruzadas; todas las cercanías estaban llenas de batallones musulmanes: los sarracenos habian dividido su ejército en quince cuerpos formados por escalones. En medio de todos ellos se veia, como una montaña inaccesible, el del príncipe de Mossoul que mandaba en gefe. Este creyó al principio que los cristianos iban á implorar su clemencia; pero pronto se enarboló una bandera negra en la ciudadela de Antioquia, lo que denotaba que los cruzados estaban resueltos á vencer ó morir. Desde entón-

ces pensó seriamente el sarraceno en combatir á los cristianos, mas estos tenian por auxiliares al hambre, á la desesperacion y á esa fé viva á la cual acompañan alguna vez los prodigios. Despues de haber atravesado el Orontes, todo el ejército cristiano se habia alineado en batalla en la vasta llanura que se estiende entre el rio y las montañas situadas al occidente, obedeciendo al ilustre Tancredo. Dióse principio al combate; y en el momento mismo arredrado el general sarraceno hizo proponer á los príncipes cristianos que eligiesen determinado número de sus caballeros para combatir contra otros tantos musulmanes. Pero los cruzados desecharon esta proposicion, porque un dia ántes la habian desechado á su vez los sarracenos, y porque no les convenia fiar á la suerte lo que el ardor de los soldados hacia tener por seguro. Jamas el orden ni la disciplina habian secundado tanto al valor y al entusiasmo: todos exclamaban á la vez: „Dichoso aquel que muera, mucho mas que aquel que sobreviva.”

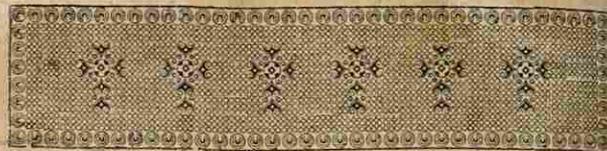
La vanguardia de los cristianos cayó como un rayo contra los batallones sarracenos, los arrolló completamente, y empezaba ya á ponerlos en precipitada fuga. Pero he aquí que entretanto, fieles los emires de Damasco y de Alepo á las instrucciones que habian recibido, acometieron con quince mil caballos el cuerpo de reserva de Bohemundo que permanecia en las márgenes del Orontes; los cruzados empezaban ya á desbandarse, cuando Godofredo, Tancredo y otros gefes, sabedores de este imprevisto ataque, volaron á su socor-

ro, cargaron impetuosamente á los sarracenos, y les hicieron abandonar en derrota el campo de batalla. Por último recurso los sarracenos pegaron fuego á la paja que tenian aglomerada, y á todo cuanto encontraron en la llanura. Las llamas y el humo cubrian á los batallones cristianos, pero nada pudo contener su ardor, y aquellos campos fueron testigos de la mas afrentosa derrota que hayan sufrido los musulmanes. Segun relacion de muchos historiadores contemporáneos, dejaron los infieles cien mil hombres en el campo de batalla, siendo así que solo perecieron cuatro mil cruzados. El botin fué inmenso, añade Michaud, y muchísimos cruzados atribuyeron la victoria á la invencion de la santa lanza, cuya simple vista llenaba de terror á los sarracenos.

La moderna Antioquia llamada Antaki apénas cuenta cuatro mil habitantes, entre turcos, cristianos ect. Todo su comercio se reduce á vender babuchas y cueros, para lo que tienen cuatro ó cinco curtidurías.



®



CAPÍTULO XVI.

SIDON.

Dos ciudades vamos á recorrer ahora, á orillas del mediterráneo, ciudades cuyos alrededores ha pisado el hijo de María, de las cuales ha hablado muchas veces, y donde se ha manifestado su poder; ciudades enriquecidas con el comercio marítimo, y que algunas veces han sido confundidas porque estaban muy cerca una de otra, y porque tenían las mismas costumbres y la misma industria. Ambas á dos, víctimas de la venganza celestial, anuncian hoy día con sus ruinas que nada resiste á la voluntad del cielo.

Sidon, ha tomado el nombre de su fundador, y la llama la Biblia, grande y poderosa. En tiempo de

Moises era capital de la Fenicia, situada á la estrechidad oriental de la tierra prometida. Es sabido que los fenicios fueron los primeros y mas famosos marinos. Cartago, la rival de Roma, debió su origen á una colonia de fenicios. Salmanazar se hizo dueño de Sidon; Nabucodonosor le hizo guerra como á los tirios; y despues Ciro, fundador de los persas, la tomó de los egipcios que se habian apoderado de ella. Este célebre conquistador permitió á los habitantes de Sidon tener sus reyes particulares. Acar, uno de los oficiales de los reyes de Persia, motivó la sublevacion general de la Fenicia, lo que fué causa de la ruina de Sidon; pero obtuvo despues el derecho de restablecerse. Alejandro el Grande la conquistó, y habiendo quitado el mando á Estraton, quien lo habia recibido de Darío, lo confió á Abdolomino, simple jardinero, pero que descendia de ilustre familia, y por cuyas venas corria sangre real. Alejandro le hizo venir á su presencia, y le dijo despues de haberle mirado atentamente: „Vuestro continente no desmiente lo que de vos se dice; pero quisiera saber ¿cómo habeis podido soportar la miseria? Quiera el cielo, respondió el jardinero, que tenga tanto valor para llevar el cetro; mis manos han bastado para todas mis necesidades: mientras nada he tenido, nada me ha faltado.”

En la era cristiana ha sido tomada y perdida varias veces. En 1250 se apoderó de ella San Luis. Los sidonios daban culto á Vénus, bajo el nombre de Asarte. Fueron empleados en la construccion del templo

de Salomon, y en la del mismo tabernáculo. Si bien que ménos célebre que Tiro, se conserva sin embargo mejor; está fundada sobre una eminencia que se prolonga hasta dentro del mar por la parte del norte, á la estremidad de una risueña campiña, rodeada de las montañas del Libano; pero las ruinas de la antigua Sidon se estienden desde el puerto hasta una montaña, distante una legua de la ciudad nueva. Llámase hoy día Sayd, situada en territorio fértil cerca de una isla donde se ha construído un fuerte, que comunica con la ciudad y con la tierra firme por medio de un magnífico puente. Los franceses tienen en ella un cónsul, y los turcos catorce mezquitas. Viven en ella católicos griegos con su obispo, cristianos maronitas del Libano y griegos armenios. La casa de la Cananea, donde los cristianos habian levantado una iglesia, estaba delante de la puerta oriental de la antigua Sidon: hoy día está transformada en mezquita. Creese que San Pedro fué allí á predicar la fé, y por lo mismo poco despues fué muy bien recibido en ella San Pablo. Los cristianos tienen una iglesia á una legua corta de la ciudad, dedicada al profeta Elías, y no consiste mas que en una torrecilla con un pequeño altar, sin otra bóveda que la del cielo. Algunos pretenden que Jesucristo descansó en este sitio cuando se retiró á la tierra de Sidon. Entre los árboles cultivados en los jardines, que existen cerca de Sidon, y que se estienden hasta larga distancia, se ve la higuera de Adan, que dá excelente fruto, y que se llama así porque se cree que sus anchas ho-

jas sirvieron para cubrir la desnudez de nuestros primeros padres despues de su desobediencia.

En el Nuevo Testamento un hecho milagroso señala el tránsito de Jesucristo cerca de la ciudad de Sidon. Tal es la tierna historia de la Cananea que pidió la cura de su hija, poseida del espíritu maligno. La cananea consiguió lo que deseaba. Despues de pasar por Sidon para Galilea fué cuando Jesus tuvo compasion de la muchedumbre reunida en torno suyo hacia tres días, para escucharle, y donde la alimentó con solo siete panes de cebada y algunos peces.

Sidon fué ocupada por San Luis, quien hizo reparar sus fortificaciones. En esta ciudad fué donde permaneció muchos meses, y donde supo la muerte de la reina Blanca, que tantas veces le habia instado que volviese á Francia para recibir sus últimos abrazos. Por el camino de esa ciudad fué donde el piadoso monarca se sintió conmovido de dolor viendo la tierra cubierta de desnudos y sangrientos cadáveres. Eran los tristes restos de los cristianos inmolados por los turcomanos en Panéas. Caian sus miembros á pedazos, y nadie pensaba en darles sepultura. Detiénese Luis, invita al legado á que bendiga un campo para cementerio, y en seguida manda enterrar á los muertos que cubrian los caminos; en lugar de obedecer, todos vuelven los ojos y retroceden llenos de espanto. Entónces se apea San Luis, y cogiendo uno de los cadáveres que exhalaba el mas pestilencial hedor, dice: „Vamos, amigos míos, demos un poco de tierra á los mártires de Jesucristo.”

El ejemplo del rey reanima el valor y la caridad de las personas de su comitiva; todos se apresuran á imitarle, y de esta suerte recibieron el honor de la sepultura aquellos cristianos que habian sido degollados bárbaramente por los musulmanes. Así es como todos los recuerdos de esta tierra son grandes en la historia, sublimes en la religion, y están marcados con prodigios.

Un viagero moderno despues de describir el estado miserable de esa grande ciudad, cuyo puerto apenas tiene dos piés de agua de profundidad, adonde solo llegan algunos barquillos árabes, ciudad de silencio, de la que solo quedan unas cuantas columnas tiradas en el suelo, añade: „ya he pintado en pocas palabras á Sidon tal como la han puesto los hombres y los años, hoy ciudad árabe, sin brillo ni importancia; ya no es aquella Sidon que derramaba la ciencia por el mundo, que recorría como soberana todos los mares, que recibía en sus palacios de mármol los tesoros de Persia y de Armenia, de Arabia, de Africa y de Egipto; que tegia estofas y tapices brillantes para las diosas, para las mugeres y las hijas de los reyes de Oriente: ahora es solo Seyd una pobre muger árabe, que ya no tiene palacios de mármol, ni navios sobre sus mares, y que para vivir está reducida á vender á sus hermanas, pobres como ella, naranjas, limones y toronjas.



CAPÍTULO XVII.

TIRO.

PASEMOS á la ciudad de Tiro, célebre en las Escrituras, y tambien en los anales de las cruzadas.

Muy conocido es el poder de Tiro, situada á orillas del mediterráneo: Cartago, Utica y Cadiz, colonias fundadas por ella, son sus monumentos mas célebres. Estendia su navegacion hasta el océano, al Norte mas allá de las islas británicas, y al Sur mas allá de las Canarias. No fueron menos considerables sus relaciones con el Oriente, aunque no tan conocidas. Las ciudades de Farán y otras sobre el mar Rojo, arruinadas ya en tiempo de los griegos, prueban que los tírios frecuentaron por mucho tiempo la Arabia y el mar de la

El ejemplo del rey reanima el valor y la caridad de las personas de su comitiva; todos se apresuran á imitarle, y de esta suerte recibieron el honor de la sepultura aquellos cristianos que habian sido degollados bárbaramente por los musulmanes. Así es como todos los recuerdos de esta tierra son grandes en la historia, sublimes en la religion, y están marcados con prodigios.

Un viagero moderno despues de describir el estado miserable de esa grande ciudad, cuyo puerto apenas tiene dos piés de agua de profundidad, adonde solo llegan algunos barquillos árabes, ciudad de silencio, de la que solo quedan unas cuantas columnas tiradas en el suelo, añade: „ya he pintado en pocas palabras á Sidon tal como la han puesto los hombres y los años, hoy ciudad árabe, sin brillo ni importancia; ya no es aquella Sidon que derramaba la ciencia por el mundo, que recorría como soberana todos los mares, que recibía en sus palacios de mármol los tesoros de Persia y de Armenia, de Arabia, de Africa y de Egipto; que tegia estofas y tapices brillantes para las diosas, para las mugeres y las hijas de los reyes de Oriente: ahora es solo Seyd una pobre muger árabe, que ya no tiene palacios de mármol, ni navios sobre sus mares, y que para vivir está reducida á vender á sus hermanas, pobres como ella, naranjas, limones y toronjas.



CAPÍTULO XVII.

TIRO.

PASEMOS á la ciudad de Tiro, célebre en las Escrituras, y tambien en los anales de las cruzadas.

Muy conocido es el poder de Tiro, situada á orillas del mediterráneo: Cartago, Utica y Cadiz, colonias fundadas por ella, son sus monumentos mas célebres. Estendia su navegacion hasta el océano, al Norte mas allá de las islas británicas, y al Sur mas allá de las Canarias. No fueron menos considerables sus relaciones con el Oriente, aunque no tan conocidas. Las ciudades de Farán y otras sobre el mar Rojo, arruinadas ya en tiempo de los griegos, prueban que los tírios frecuentaron por mucho tiempo la Arabia y el mar de la

India: la Biblia nos da de ello preciosísimos detalles. Todas las historias, todos los monumentos están acordes en presentar á Tyro como una de las mas célebres y floridas ciudades del mundo antiguo. Señora del mar, centro del comercio del universo, y atrayendo de todos los países á sus mercados todo cuanto podia enriquecerla con la venta ó el cambio, de lo que contribuye al lujo, á las vanidades, á las delicias y á la comodidad de la vida; hecha necesaria ó temible para todos los pueblos, y tratando á las demas naciones con insolente tiranía; haciendo un vil tráfico de la fortuna y vida de sus enemigos y de sus mismos aliados; insultando á la desgraciada Jerusalem, mereció en fin, que el cielo hiciese pesar sobre ella todas las amenazas de su cólera.

„Por tanto, esto dice el Señor Dios: Oh Tyro, héme aquí contra tí: yo haré subir contra tí muchas gentes, como olas del mar borrascoso.

Y arrasarán los muros de Tyro, y derribarán sus torres, y yo raeré *hasta* el polvo de ella, dejándola como una peña muy lisa.

Ella, en medio del mar, será como un tendedero para enjugar las redes; porque yo lo he dicho, dice el Señor Dios, será ella hecha presa de las naciones.

Sus hijas ó aldeas de la campiña perecerán tambien al filo de la espada: y conocerán que yo soy el Señor.

Porque esto dice el Señor Dios: Hé aquí que yo conduciré á Nabucodonosor, rey de reyes, desde el nor-

te á Tyro, con caballos y carros *de guerra*, y caballeros, y con gran muchedumbre de tropa.

A tus hijas que están en la campiña, las pasará á cuchillo, y te circunvalará con fortines, y levantará trincheras al rededor tuyo, y embrazará el escudo contra tí.

Y dispondrá sus manteletes, y arietes contra tus muros, y con sus máquinas de guerra derribará tus torres.

Con la llegada de su numerosa caballería quedarás cubierta de polvo: se estremecerán tus muros al estruendo de la caballería, y de los carros y carrozas, cuando él entrará por tus puertas como quien entra en una ciudad destruida.

Holladas se verán todas tus plazas por las pezuñas de los caballos; pasará á cuchillo á tu pueblo, y serán derribadas al suelo tus insignes estatuas.

Saquearán todos tus tesoros, pillarán tus mercaderías, y destruirán tus muros, y derribarán tus magníficos edificios, arrojando al mar tus piedras, tus maderas, y *hasta* tu polvo.

Y haré que no se oigan mas en tí tus conciertos de música, ni el sonido de tus harpas.

Esto dice el Señor Dios á Tyro: ¿por ventura no se estremecerán las islas al estruendo de tu ruina, y al gemido de los que morirán en la mortandad que en tí se hará?

Y todos los príncipes de la mar descenderán de sus tronos, y se despojarán de sus insignias, y arrojarán sus vestidos bordados, y se cubrirán de espanto: se

sentarán en el suelo, y atónitos de tu repentina caída quedarán como fuera de sí.

Y deplorando tu desgracia, te dirán: ¡Cómo has perecido, oh habitadora del mar, ciudad esclarecida, que fuiste poderosa en la mar con tus moradores, á quienes tenían todos!

Los navegantes quedarán atónitos en el día de tu ruina, y las islas del mar se afligirán al ver que ya nadie sale de ti.

Nabucodonosor fué en esta parte el ejecutor de las venganzas divinas, y redujo á cenizas la ciudad insensata que había osado creerse fuerte contra el Eterno. Levantóse de nuevo de sus ruinas, volvió á ser grande, opulenta y poderosa; pero la corrompió por segunda vez el orgullo, recayó en nuevos crímenes y atrajo sobre sí nuevo castigo.

Alejandro el Grande fué esta vez el instrumento ejecutor de los designios de Dios, y seguramente que uno de los hechos mas memorables de su existencia es el ataque y toma de Tiro. En su orgullo se atrevió esta ciudad á cerrar las puertas al jóven vencedor á quien nada resistía. Encendióse en cólera el griego, y resolvió vengar la insolencia de los tiros. Despues de siete meses de sitio la ciudad fué saqueada y destruida hasta en sus cimientos.

El rey, dice Quinto Curcio, dirigió los trabajos de un dique de nueva construccion para impedir la entrada de los socorros que los fenicios podian enviar. Pero los tiros resistian con denuedo heroico, y por la no-

che procuraban destruir los trabajos hechos durante el día por los sitiados. Una noche mandó el rey á su escuadra que atacase por la parte del mar, y seguramente hubiera salido bien con su intento, si una espantosa borrasca no hubiese favorecido á los sitiados. Alejandro estuvo á punto de abandonar el sitio, pero ántes que confesarse vencido, prefirió sufrir las mas grandes penalidades. Desalentáronse entónces los tiros, y fué cuando se rindieron al cabo de siete meses de una gloriosa resistencia.

Pasó despues por muchas vicisitudes, hasta que al fin se restableció á favor de una larga paz, y gozó de profundo reposo bajo la proteccion de los romanos.

La ciudad de Tiro pasó sucesivamente bajo la dominacion de los reyes de Egipto y de los de Siria: fué despues conquistada por Pompeyo; en tiempo de Adriano fué nombrada metrópoli, conquistada y perdida varias veces por los cristianos. La gloriosa resistencia que supo oponer al ejército de Saladino, es para siempre memorable. En tiempo del rey Balduino apénas había recuerdos de aquella ciudad populosa, cuyos antiguos mercaderes parecian unos príncipes. Elevábase sobre una orilla deliciosa, que las montañas ponian al abrigo de los hielos del norte, y sus dos muelles, á manera de dos brazos, se internaban en el mar cerrando el puerto y poniéndole al abrigo de toda borrasca. Despues de un sitio de cinco meses, las banderas del rey de Jerusalem y las del dux de Venecia flotaron juntas sobre las murallas de Tiro; los cristianos hicieron en ella su en-

trada triunfante, miéntras que sus moradores salian por otra puerta. ¡Cosa estraña! La suerte decidió si seria ó no sitiada esta ciudad.

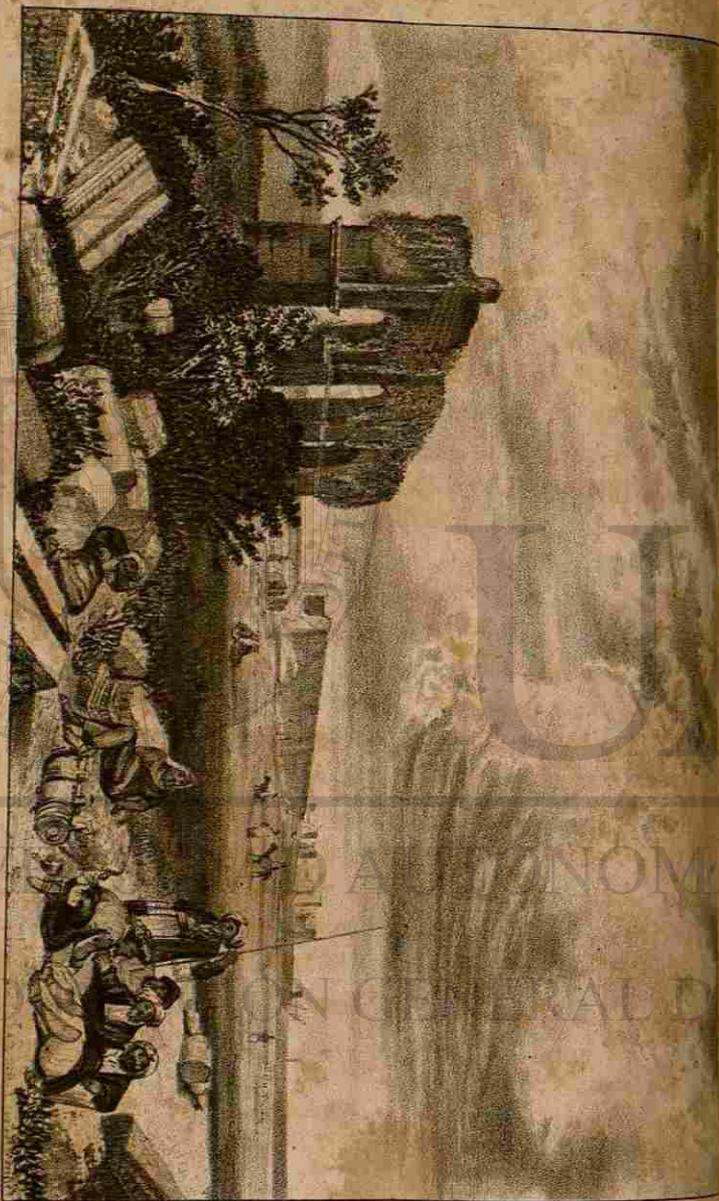
Hoy lo sobrante de las aguas de las fuentes llamadas de Salomon, corre por un conducto y sirve para algunos molinos, y forma despues un arroyo que desemboca en el mar: son fértiles y risueños los campos y praderas que atraviesa: yo creo que aquí quedaban los jardines de los antiguos tirios. La llanura de Tiro limitada al Poniente por el mar, y al Oriente por el Líbano no tiene mas de una legua de anchura. En este terreno arenoso hay moreras, cañas de azúcar y plantas de tabaco, y he visto campos de trigo cosechados. Guillermo de Tiro habla de una arena especial que allí habia, y que formaba una de las riquezas del pais: se fabricaban con ella vasos trasparentes muy hermosos.

En lo mas bajo, orillas del mar, vi amontonadas cabañas de piedra, unas blancas y otras pardas que se confundian con la arena del llano, y lo que yo veia era Tiro. Percibia los palos de algunos barquillos árabes amarrados á la ribera y movidos por el viento, como álamos y carrizales, y es lo único que queda de las flotas mercantes y de guerra de la antigua reina de los mares. ¡Oh Tiro! ¿eres tú la misma que ahora veo tan pobre y tan desamparada? Tu nave, te diré con Ezequiel, fué construida con abetos de Sanir, tu mástil fué un cedro del Líbano, y de encinas de Basan fueron tus remos, y de marfil de la India tus bancos; las velas de tus palos eran de lino bordado en Egipto; tu

pabellon fué de jacinto y de púrpura de las islas de Elisa. Los habitantes de Sidon y los Aradios fueron tus remeros, y tus sábios, ¡oh Tiro! se hicieron tus pilotos.... Así hablaba yo á la vista del sepulcro de Tiro (*).

La aldea de Sour (Tiro) tiene, continúa el viajero, al presente en 831 una poblacion cuando mas, de mil quinientos habitantes, maronitas, griegos, católicos etc.: los motuales forman la mitad de la poblacion, que son mahometanos de la secta de Ali, los cuales tienen una mezquita con su minareto. Los maronitas tienen tres santuarios, y los griegos católicos una capilla y un convento. Casas de aspecto triste y pobre aparecen en medio de escombros de muros, de bóvedas rotas, entre algunos jardines algo cuidados. La ciudad, cuyos comerciantes eran príncipes, cuyo recinto apenas bastaba á tantas gentes que venian de todas partes, hoy comercia escasamente en seda y en tabaco. Avanzándose hácia el mar, parece quererlo dominar todavía; pero el desierto ha ocupado el lugar de aquella gran ciudad; al ruido de las naciones ha sucedido el silencio, y no queda otra cosa á los últimos hijos de Tiro, que un gran nombre, arena y algunas ruinas. Entre los habitantes de esta ciudad, ninguno sabe hoy, que una concha de sus riberas daba en otro tiempo la mas

(*) Para entender la historia y las profecias, es necesario saber que Tiro primero estuvo edificada en la costa del mar, despues en una isla vecina, y mas tarde fue reunida esta al continente y formó una península.



Vista de la ciudad de Tiro

hermosa púrpura que ha brillado en los palacios de los reyes.

En la región de Tiro que las revoluciones han cubierto de ruinas, hay alguna cosa que ha sobrevivido á su pasado esplendor, alguna cosa que no ha tocado el gran destructor de los imperios, y es la fertilidad de la naturaleza: no tornará la gloria de Tiro, pero anualmente la primavera derrama sus flores en los prados vecinos á las fuentes antiguas que daban sus aguas abundantes á la corte del rey Hiram.



CAPÍTULO XVIII.

EL MONTE CARMELO.

EN la antigüedad todos los cultos consideraban como sagrada la montaña del Carmelo, y en ella daban sus oráculos la sabiduría humana y la divina: allí disputaban los profetas de Baal con los profetas del Dios de Israel, y en semejantes combates, un milagro decidía siempre la victoria. La filosofía griega tuvo asimismo en el Carmelo sus maestros, pues se dice que Pitágoras adoró en él al Eco; y tal vez el sabio de Samos descansó en las grutas de Elías y de Eliseo. En tiempo del imperio romano había un altar sobre la montaña, una piedra profética, á la que se le venia á consultar de todas partes, y que cuentan haber prometido á Ves-

pasiano el señorío del mundo. Hoy están mudos los oráculos del Carmelo, pero aun lo reverencian los judíos, los griegos, los turcos, los árabes y todas las sectas en que se divide la Siria y Palestina.

Muchos compañeros de viage se adelantaron hasta el sitio llamado el *campo de los Melones*. En un terreno bastante estenso se hallan desparramadas acá y allá piedras cuya figura imita no solo la de los melones, sino tambien la de toda especie de fruta, como higos, peras, albaricoques etc. Es tan extraordinario este juego de la naturaleza, que para explicarlo han recurrido algunos á un milagro. Dicen que pasando Elías por allí, pidió un melon ó una sandía para apagar su sed; al negarse el jardinero, todas las frutas se convirtieron en piedras. Admira que algunos cristianos crean semejante cosa, cuando el hombre Dios nunca hizo milagro sino con espíritu de caridad, ni interrumpió jamas las leyes de la naturaleza para vengarse de una repulsa, ni aun para vengar una ofensa: tampoco es creible que el profeta Elías que se contentaba con el agua del torrente, y con el alimento que le llevaban los cuervos, hubiera maldecido á un jardinero que le rehusaba un melon.

A pocas millas del Carmelo se ven ruinas que al parecer pertenecieron á la edad media, como de monasterios y capillas. No hemos querido buscar en el Carmelo á Ecbatana de Siria, que allí colocan los anticuarios, y en la que hacen morir á Cambyzes de vuelta de la conquista de Egipto: el Carmelo tiene para nosotros

atractivos mas grandes: mas gusto tendríamos en saber dónde estuvo la pira sobre la que hizo el profeta bajar fuego del cielo para confundir á los profetas falsos, ó en qué lugar estuvo sentado, cuando en la seca, inclinado en tierra y con la cabeza entre las rodillas, mandó á su siervo que mirase al rumbo del mar: quisiéramos que se nos indicara el lugar eminente de la montaña en que se puso á observar el siervo de Elías siete veces, hasta que al fin divisó una nube pequeña *semejante al pié de un hombre*, y vió comenzar la lluvia milagrosa. Estas son las imágenes que deseamos tener presentes en las alturas solitarias del Carmelo.

Despues de recorrer la montaña, fuimos á descansar al convento, en donde se nos recibió en una pieza llena de fragmentos y de objetos de antigüedades hallados en los escombros y escavaciones hechas en la falda del Carmelo. Encontré muchas medallas que tenían efigies y caracteres fenicios, y un altar votivo en que estaba grabado en griego el nombre de Homero. Doy gracias á mi buena suerte que me ha presentado en todas partes señales del divino autor de la Iliada. Los paises que hoy recorro fueron el primer asiento de la cultura antigua, y así no seria cosa extraordinaria que los griegos hubieran tal vez establecido aqui una escuela de Homero, al lado de la escuela de los profetas.

Saliendo del convento nos llevó un religioso á una caverna en que están amontonados muchos huesos; cuando la expedicion de Siria hecha por los franceses,

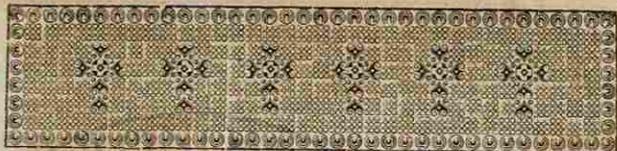
fué convertido en hospital para heridos y apestados, el antiguo monasterio de San Elías: cuando levantó Bonaparte el sitio de Acre, y que su ejército tomó el camino de Egipto, la mayor parte de estos pobres enfermos abandonados en la montaña, reunieron todas sus fuerzas para poder alcanzar á sus compañeros que se iban; pero á poco, causados y perdidos en las tinieblas de la noche, tuvieron una desgraciada muerte en los valles del Carmelo: les dieron sepultura en la caverna que nos enseñaron, y estas miserables víctimas de una tierra lejana, reposan allí á la sombra del pabellon de Francia.

Bajando de la montaña por el mismo camino, llegamos á la gruta llamada la Escuela de los profetas, donde, segun la tradicion, enseñaba Elías la doctrina del verdadero Dios: unos santones (turcos) habitan la gruta, y los musulmanes la visitan con respeto: estaba cerrado el santuario, y por mas que tocamos la puerta, no nos abrieron. Al rededor de esta gruta habia esparcidos pedazos de lienzo rojos, azules, negros, emblemas de la devocion musulmana. Pregunté al cenobita si los monges del convento tenian motivo de quejarse de la vecindad de los santones: „Nos dejan quietos, me respondió, y aun vienen á adorar á la Virgen y á los santos profetas en nuestra iglesia.” Por lo demas, segun lo que hemos visto, los musulmanes de este pais son mas tolerantes que los turcos. Añadiré que los recuerdos del Carmelo sirven como de un punto de reunion de las diversas sectas. A los padres latinos se

les considera y respeta aquí, porque se les tiene como á los verdaderos guardianes de la santa montaña.

El camino por donde bajamos es obra de los monges de S. Elías, y como yo le preguntára á nuestro conductor sobre esto, me contestó, que el pachá de Acre quiso que le pagaran por este camino una contribucion: en estos lugares no logran los cristianos sino á fuerza de dinero, la facultad de sacar tierra ó de alinear piedras: en vano se le representó al pachá que el camino no les costaba nada, y aun le serviria para ir á su casa de campo del Carmelo, él insistió largo tiempo en cobrar, hasta que cedió á los ruegos del cónsul frances, y aun permitió á los padres que repararan el camino á su costa cuando fuera necesario, cosa que se elogia mucho. Entro en estos pormenores para que se conozca el gobierno de los pachás. Por lo demas los monges no se quejan mucho de Abdallah, y lo tienen como buen vecino.

Habiendo llegado á la llanura, nos dirigimos á la estremidad del promontorio desde donde se ve un monton de escombros: estos son unas rocas pequeñas en las que se han abierto á pico moradas para los vivos y para los muertos: estas rocas que otra vez fueron habitaciones, han resentido los golpes del tiempo, como otros edificios cuyas ruinas hemos visto á la falda del Carmelo. Bellas anémonas crecen ahora en medio de las ruinas.



ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPÍTULO XIX.

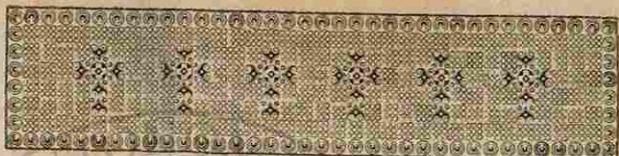
CESAREA.

CESAREA, la antigua capital de Herodes, tuvo sus tiempos de gloria bajo la dominación romana, como puede verse en Josefo, quien habla con admiración del teatro, del anfiteatro, de los palacios de mármol, del templo de Augusto, de la estatua de este, de la de Roma, y sobre todo, del magnífico puerto que igualaba al del Pireo de Atenas. En esta ciudad hizo San Pablo, acusado por los judíos, una excelente defensa de su persona y del cristianismo delante de Agripa y de Berenice. En ella nacieron el centurion Cornelio y Felipe, y en este puerto se embarcaron los apóstoles para derramar por el mundo la verdad y la justicia. Sus

murallas reedificadas por San Luis están intactas, y aun servirían hoy sus fortificaciones para una ciudad moderna. Pasamos el foso profundo que la rodea, y entramos en un laberinto de piedras, de cuevas, de restos de edificios, de fragmentos de mármol y de pórfido, de que está sembrado el suelo de la ciudad.

Al anochecer un pastor árabe llegó á una fuente para dar de beber á una gran manada de vacas negras, de corderos y cabras: gastó como dos horas en sacar agua para sus animales, que esperaban con paciencia que les tocara su turno de beber. El pastorcito fué el último que se retiró de las ruinas de Cesarea, y nos dijo que todos los días venía de casi dos leguas á dar agua á aquel rebaño que era de su tribu, y habitaba en la montaña. Este es el único hombre que encontré en Cesarea, en la espléndida corte de Herodes. Los restos de los templos y de los palacios han sido trasladados á las ciudades vecinas, y aun han ido á dar hasta Damieta: un famoso pachá sacó de las ruinas de Cesarea las bellas columnas de pórfido que adornan una mezquita de San Juan de Acre, y hace algunos meses (á fines del año de 830) que los padres latinos de Jafa mandaron traer de aquí piedras y mármoles para la construcción de su nuevo convento.





En el camino que seguí de Jafa á Gaza, fué muy conocido de nuestros antiguos caballeros. ¡Cuántos cruzados pasaron por estos caminos! ¡Cuántas veces tembló el suelo bajo los piés de sus caballos! En la tercera cruzada ¡qué magnífico aparato debían presentar los ejércitos frances é ingles en las llanuras que acabo de atravesar! Un cronista que habia seguido á los batallones cristianos en estos campos, no pudo refrenar su entusiasmo á la vista de innumerables banderas, de lanzas brillantes, de lucientes espadas, de pendones de todas figuras, de armas de toda especie, de ricos tahalís, de diamantes en los cascos, de leones

y dragones dorados en los broqueles: todo este aparato de guerra, todos estos emblemas de valor, y estos signos de la caballería inflamaban el patriotismo del cronista peregrino. Ciertamente era mas hermosa la antigua Francia, cuando se la considera en los gloriosos campos de Palestina.

Tres dias he gastado en visitar y estudiar á Gaza. Esta ciudad, la antigua metrópoli de los filisteos, la ciudad mas noble de la tribu de Simeon, celebrada otra vez por sus riquezas, por sus sitios y batallas, situada entre la Siria y el Egipto, aun hoy conserva cierta importancia que debe al continuo tránsito de las caravanas. No ha quedado en Gaza ningun monumento ni ruina, y la antigua ciudad, borrada de la tierra, ha dejado su lugar á un gran amontonamiento de casas de piedra entre palmeras corpulentas.

Gaza está bajo la dependencia del gobierno de Acre. Los cristianos señalan el lugar donde estuvo el templo, que Sanson ya ciego y prisionero desplomó sobre sí y sobre tres mil filisteos; señalan asimismo el sitio en que estuvo el castillo que destruyó Bonaparte, despues de la toma de la ciudad. No faltan mercados, pero pobres; jabon, tegidos del Cairo, paños, trigo, cebada, arroz, dátiles y aceitunas son los articulos de su comercio; pero es este tan escaso, que en ninguna parte he visto tantos mendigos como en Gaza. De once á doce mil habitantes, solo doscientos son cristianos, y esos de la comunión griega: tampoco hay judíos, ni armenios, ni católicos. Ninguna ciudad de Palestina tiene

tanta variedad de trages como Gaza, lo que prueba la multitud de naciones que la habitan ó pasan por ella. Casi todas las casas tienen un jardín cercado de nopales: hay muchos sepulcros musulmanes tan bellos, como los mas bellos sepulcros de Sentari: me enseñaron tambien algunos palacios que pertenecieron á los visires retirados.

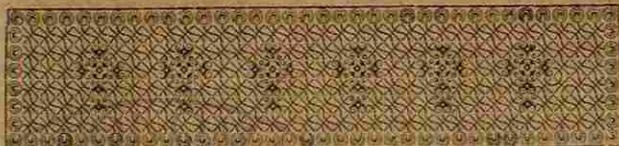
Hasta ahora se ha hablado de la actual Gaza; mucho se podría decir de la antigua. La historia santa nos refiere la toma de esta ciudad por Simon macabeo, que la purificó de las manchas de los ídolos y la consagró al culto del Señor. La historia profana cuenta la toma de esta ciudad por Alejandro: el héroe de Macedonia recibió una herida al pié de las murallas; pero ya dueño de la plaza, trató á su gobernador Betis como Aquiles á Hector, arrastrándolo tras de su carro al rededor de la ciudad. Arriano cuenta una anécdota curiosa sucedida en este sitio: refiere que estando el rey macedonio con la corona en la cabeza ofreciendo un sacrificio á los dioses, vino volando sobre el altar un pájaro de presa con una piedra entre las garras, y la dejó caer sobre la cabeza del conquistador: este ocurrió á un adivino que le explicara este suceso, quien le contestó que este agüero significaba que tomaría la plaza; pero que se cuidase en ese dia. Retiróse Alejandro detras de las máquinas fuera de tiro de dardo; pero habiendo hecho una salida vigorosa los árabes, quemado las máquinas y rechazado á los macedonios, despreció el conquistador el agüero y voló

á socorrer á sus soldados. Un tiro del enemigo le penetró 'el broquel, la coraza y lo hirió en el hombro. Este suceso tan natural, como es recibir una herida en una batalla, lo adornan los griegos con el rasgo fabuloso del pájaro y del adivino.

La principal mezquita de Gaza, es el único monumento cristiano de la edad media, y no queda ningun vestigio del tiempo en que ocuparon los cruzados esta ciudad. Los anticuarios nada tienen que hacer aquí, porque todo es moderno: en el recinto de la ciudad, casas y palmas, y al rededor palmas, nopales y sicómoros. Al traves de este recinto poblado de arboledas, se ven fuentes, oratorios de santones, mezquitas y alojamientos para las caravanas: en Gaza todo parece egipcio, habitantes, trages, producciones, color del suelo; se cree al subir á una azotea, descubrir á Alejandría ó al Cairo. El Taso adivinó como era Gaza cuando dijo: „Gaza está en los confines de Judéa en el camino que va á Pelusio: está situada en las orillas del mar, y vecina á un inmenso desierto de arena.”

No quiero cuestionar con el poeta de Sorrento por haber colocado á Gaza en la orilla del mar, porque la epopeya tiene sus privilegios; pero lo cierto es que esa ciudad dista dos leguas del mar.





CAPÍTULO XXI.

CANANEOS Ó FENICIOS.

DESPUES de haber dado algunas noticias sobre Tiro, Sidon y Gaza, ciudades cananeas, llamadas fenicias por los griegos, no será fuera de propósito, dar una idea, aunque ligera, de la nacion singular que habitó en ese pais cuyo nombre ha hecho tanto ruido en el mundo. Los cananeos ó fenicios han llamado siempre la atencion de los sabios, ya por sus reveses en la guerra, ya por su navegacion y su comercio, ya por la invencion de las letras alfabéticas, ya por otros titulos. En lo general se llamaban cananeos en la Biblia, los habitantes de la tierra prometida que no conocian al Dios de los judíos. Cuando este pueblo entró en aquel pais,

sostuvo una guerra sagrada contra los fenicios, cuyos pormenores se leen en los libros santos. La conducta severa del general israelita se puede defender con las órdenes espesas y terribles del Señor contra una nacion cuyos delitos eran enormes, y habian llenado su medida, y cuya idolatria habria sido gravemente peligrosa para el pueblo escogido, gente muy propensa á ese crimen, como lo manifestó varias veces. Así es que hecha una guerra á muerte, quedaron los hebreos dueños de gran parte de aquel pais tan fértil y ameno. Los fenicios que pudieron escaparse por la fuga se establecieron en diversas regiones del Africa y Europa, cosa que pudieron ejecutar como tan inteligentes en la navegacion.

Segun la opinion mas probable, los fenicios fueron los inventores y perfeccionadores de la náutica. Bien pudieron tomar la primera idea de navegar ó del arca de Noe, cuya tradicion es de todos los pueblos, ó bien fuera una invencion no muy difícil de ocurrir á cualquiera; pero el mérito de aquel pueblo consiste en perfeccionar esta invencion, y en tener el héroe arrojo de fiar la vida y los intereses á la inconstancia de la suerte, desafiando el furor de los vientos y el bramido de los mares, las tinieblas de las noches tempestuosas y los peligros de los escollos. Para dar paso tan arriesgado, eran precisos, ademas de un valor inconcebible, ciertos conocimientos astronómicos y observaciones relativas á la posicion fija de las estrellas, especialmente de la polar, sin cuya certidumbre hubiera sido impo-

sible que los pilotos hubieran dado direccion á las naves. La grandiosa invencion y adelantos de la náutica, que ha establecido desde entónces comunicaciones fáciles y de inmensa utilidad á los pueblos, bastarian por sí solos para inmortalizar á la nacion sabia y atrevida, que proporcionó á los hombres un arte tan prodigioso, y necesario. Eran en esto tan instruidos los fenicios, que mil y novecientos años ántes de la era vulgar fueron hasta Argos con mercaderías de Egipto y Siria: en tiempo de Jacob ya se hablaba del arsenal de naves y de los puertos de las costas de Sidon.

De el viage de los fenicios al Africa en tiempo de Josué no faltan documentos. Procopio refiere que en Tanger subsistia en su tiempo esta inscripcion en caracteres fenicios: *Nosotros somos de aquellos que huyendo del usurpador Josué, hijo de Nave, logramos aquí seguridad.*

La famosa Semíramis contó con los fenicios para la construccion de su armada, y se sabe que los pilotos de Hiran enseñaron la navegacion á los hebreos. Cuando Cambises proyectó destruir á Cartago, se retrajo de ello, porque los fenicios, de quienes dependia toda la armada, segun Herodoto, y sin cuya direccion no habia soldados, ni marineros capaces de sostener una batalla naval, no quisieron entrar en combate contra gentes de su mismo origen.

El dominio de los mares fomentó indeciblemente la industria y el comercio de aquel pueblo activo y opulento. Miéntas el Egipto apenas conocia la agricul-

tura, y aun no estaba en esta tierra en uso el arado, ya los fenicios abrian sulcos para depositar allí las semillas: sembraron el trigo, la uva, y los olivos desde ántes de Abraham, en cuya época ya hilaban y tejian la lana, así como el lino y la seda: inventaron el tinte magnífico de la púrpura, fabricaron grandes vasos de cristal, y anillos, brazaletes y otras obras de oro y plata: labraban el hierro y el cobre, y fundian estatuas y relieves, y todo eso ántes de Moises.

De los adelantos en la náutica, y de la industria fabril y agricola, resultó, como consecuencia precisa, el comercio con los estrangeros, y la formacion de establecimientos mercantiles en Asia, Africa y Europa. Ya desde el siglo XIX ántes de la era cristiana, dice Herodoto que se ocupaban en dilatadas navegaciones para transportar las mercancías estrangeras á varios puertos de diferentes naciones, así es que en Isaias y Ezequiel se pinta con la mayor elegancia el inmenso tráfico de Tiro. Mas para este tráfico no bastaba el cambio de efectos, que tambien era comun en Fenicia, sino que era necesaria la moneda, de la cual fueron inventores los palestinos, porque Abraham compró un campo para enterrar el cadáver de su muger en cuatrocientos siclos de buena moneda pública de plata. En ningun libro se hace mencion de moneda anterior á la época de que se trata.

Pero la empresa mas vasta, mas útil y quizá la mas difícil, que puede acometer el entendimiento humano, es el arte de pintar el pensamiento y de fijar sobre una

tabla ó un papel las palabras que no son mas que el aire articulado. Gran número de pueblos han tenido geroglíficos para espresar y conservar sus ideas; pero este método es pesado: la escritura alfabética inventada por los fenicios es la mas espedita, la mas ingeniosa y la mas útil: y ¿cómo pudo esta nacion analizar todas las palabras imaginables no solo de su idioma, sino de todos los idiomas del mundo? Ello es que la escritura no pudo inventarse sin examinar y dividir las palabras en sílabas y estas en letras, y de la combinacion de los caracteres, llegar á entender que con un número muy reducido se pueden significar todos los objetos de la creacion. Esta invencion prodigiosa é inconcebible fué obra, segun los griegos, de un tal Cadmo, fenicio, y segun otros de un tal Jaaut, fenicio tambien, quien inventó trece letras, y tres Isiris de la misma nacion. Este Jaaut floreció dos mil y cien años antes de la era vulgar, fué consejero de Ilo, rey de aquel pais, y enseñó el arte de escribir á siete hijos de Sydic, que despues fueron analistas. A este hombre extraordinario llaman Jhout los egipcios, y fué contemporáneo de Abraham.

Con esta invencion peregrina se facilitó y estendió el estudio de la poesia y de la historia que los fenicios cultivaron desde la mas remota antigüedad. Oigase un fragmento poético muy antiguo que conservó Moises de los fenicios:

De donde quedó en proverbio: Venid á Hesebon: fortifiquese y restáurese la ciudad para *el rey* Sehon:

Salió fuego de Hesebon, y llamas del castillo de Sehon; y abrasaron á Ar de los moabitas, y á los moradores de las alturas de Arnon.

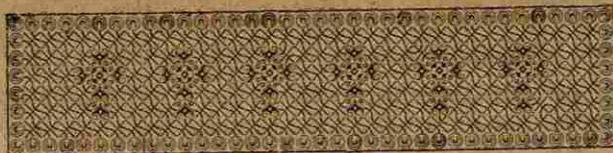
¡Ay de tí, Moab! Perciste, oh pueblo de Chamos. *Chamos, vuestro Dios* ha entregado sus hijos á la fuga, y sus hijas al cautiverio de Sehon, rey de los amorreos.

Queda roto el yugo que los oprimia desde Hesebon hasta Dibon: sin aliento llegaron á Nophe, y *no pararon* hasta Medaba.

En lo relativo á la historia ¿quién duda de la antigüedad prodigiosa de sus monumentos? Josefo vió muchos anales y conservó algunos fragmentos tomados de aquellos escritos, que se dejaron á los venideros en los archivos. Aun hoy se pueden leer copiosas citas de un autor fenicio cuya existencia fué anterior á la guerra de Troya, y al parecer, un poco posterior á la invasion de los israelitas en la tierra de Canaan, por lo mismo, es el escritor profano mas antiguo que se conoce.

De todas las colonias de los fenicios, la mas célebre y poderosa fué sin duda Cartago. Esta soberbia señora de los mares, la rival atrevida de Roma, fué tan poderosa que sus naves recorrian todos los puertos, dominó á Sicilia, sujetó á los españoles, hizo por diez y seis años la guerra á los romanos en el corazon de Italia, derrotó muchas veces á los cónsules, y despues de la batalla de Cannas habria asolado á la ciudad eterna, si el general cartaginés, en lugar de ponerse solo á contemplarla desde sus colinas, hubiera en-

trado en Roma, entonces débil y asustada con la derrota inmensa que acababan de sufrir sus legiones. Pero Cartago debió perecer con el tiempo al hierro de los romanos, ó de otra nacion, porque como dice Tito Livio, *el ramo judicial entonces era tiránico en Cartago, especialmente porque su jurisdiccion era perpetua. Los bienes, el honor y la vida de cada individuo estaban en manos de este orden de magistrados. El que tenia por enemigo á uno solo de ellos, los tenia por enemigos á todos.* Muy caro le costó á Anibal la ley que obtuvo del pueblo á fin de que fueran temporales los jueces, y la ruina de este general intrépido acarreó la destruccion de aquella poderosa república originaria de Fenicia.



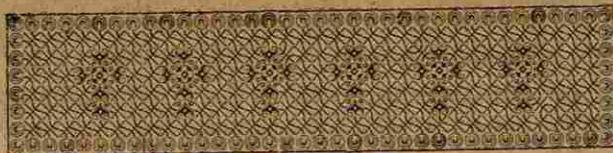
CAPÍTULO XXII.

HEBRON.

El pais de Hebron es una de las regiones de Judea que tenia yo mas deseos de visitar: poco sabia por los viajeros que lo han descrito. Aly Bey y algunos ingleses dejan mucho que desear en sus apuntes. El camino es peligroso por las guerras entre los árabes de esta ciudad y los betlemitas, entre pastores y pastores, y por eso los católicos que me habian acompañado en otros lugares de Judea, no quisieron ir conmigo á esta ciudad de Abraham, y así tuve que servirme de árabes musulmanes en esta expedicion peligrosa.

Pasé otra vez por Tecue, poblacion célebre en la Biblia, entre otras cosas, por haber sido pastor allí el pro-

trado en Roma, entonces débil y asustada con la derrota inmensa que acababan de sufrir sus legiones. Pero Cartago debió perecer con el tiempo al hierro de los romanos, ó de otra nacion, porque como dice Tito Livio, *el ramo judicial entonces era tiránico en Cartago, especialmente porque su jurisdiccion era perpetua. Los bienes, el honor y la vida de cada individuo estaban en manos de este orden de magistrados. El que tenia por enemigo á uno solo de ellos, los tenia por enemigos á todos.* Muy caro le costó á Anibal la ley que obtuvo del pueblo á fin de que fueran temporales los jueces, y la ruina de este general intrépido acarreó la destruccion de aquella poderosa república originaria de Fenicia.



CAPÍTULO XXII.

HEBRON.

El pais de Hebron es una de las regiones de Judea que tenia yo mas deseos de visitar: poco sabia por los viajeros que lo han descrito. Aly Bey y algunos ingleses dejan mucho que desear en sus apuntes. El camino es peligroso por las guerras entre los árabes de esta ciudad y los betlemitas, entre pastores y pastores, y por eso los católicos que me habian acompañado en otros lugares de Judea, no quisieron ir conmigo á esta ciudad de Abraham, y así tuve que servirme de árabes musulmanes en esta expedicion peligrosa.

Pasé otra vez por Tecue, poblacion célebre en la Biblia, entre otras cosas, por haber sido pastor allí el pro-

feta Amós: el aspecto lívido de las colinas que la cercan, su pálida desnudez, me han hecho reflejar ahora lo que otras veces he notado en mi viage de Judea. Me he dicho á mi mismo frecuentemente que este país desolado habia debido inspirar la poesía melancólica de los profetas. ¿Cómo no hablar de la cólera y de las venganzas del Señor en una tierra que parecia herida de todas las maldiciones del cielo? ¿Podrian no tronar como el rayo Isaias y Ezequiel en una tierra en que al parecer el rayo lo habia devorado todo? La musa de Israel debia correr ardiente, y en desórden los cabellos. Es preciso haber estado en Judea, para comprender bien á los poetas del Señor. Aquí sobre todo, es donde la poesía es la espresion de los lugares.

El camino que va de Tecue á Hebron, pasa por montes y valles cubiertos de viñas, de encinas y de abetos, de modo que no se ve en él la triste naturaleza de Engaddi y de San Sabá; porque es un país lleno de árboles, y ofrece á ratos indicios de un cultivo esmerado. Muchas aldeas están cerca de Hebron: la *aldea de la Virgen*, donde segun se dice, posó María cuando huia á Egipto, y el pueblo llamado *Fuente de Abraham*, son los mas notables lugares que por allí se encuentran: cerca de la aldea de la Virgen, vi una cisterna que aun conserva hoy el nombre de Sara. Este dulce nombre oido de una boca árabe en la tierra de Hebron nos recuerda los primeros dias del mundo, dias de pureza y de sencillez en que los hombres eran mas veraces, porque estaban mas cerca de Dios. Atravese valles

cubiertos de cosechas de cebada, y laderas coronadas de viñas, y mis guias me celebraron mucho el tamaño prodigioso de sus racimos.

En ninguna parte me ha encantado tanto la vegetacion como en Hebron: acababa yo de visitar los desiertos sombríos de Engaddi, de Tecue y de San Sabá, y ahora de repente me hallo en montañas llenas de arboledas, en llanura con cosechas, arbustos, plantas y flores. Las soledades que dejé me representaban la naturaleza como sepultada en una tumba, y á veces me parecia que se me escapaba la vida: pero aquí cambia el aspecto de la tierra, y tambien mis sensaciones. Encuentro con placer en estos sitios ramas verdes de encina, de algarroba, follage de abetos piramidales y yerbas en las colinas: comienzo á vivir como cuando despues de un triste invierno, se empiezan á ver las primeras hojas de la primavera.

Un antiguo viagero dice que en Hebron se ve *una hermosa ciudad y unas casas hermosas*, y en efecto, es ciudad mas limpia y mejor construida que la mayor parte de las que hemos visto por aquí. Hebron cubre la ladera de una colina, y sube á mas de cuatro mil el número de sus habitantes, que son israelitas y musulmanes, y no hay un solo cristiano, porque los discípulos del Corán no pueden soportar la presencia de los discípulos del Evangelio. El cuartel judío que en los lugares de Oriente solo ofrece miseria, se distingue aquí por la blancura de las casas y por una limpieza rara: se diria que los sepulcros de Abraham, de

Isac, y de Jacob, les han traído á los hebreos estos preciosos privilegios. Ni torres ni murallas defienden á la ciudad, y por toda defensa, hay un castillo. El terreno basta para alimentar á sus habitantes. ¡Qué diferentes son los bazares de Jerusalem de los de Hebron! Aquí abundan los víveres, y se camina por un suelo fértil, por una tierra halagüeña. Yo no he visto en Hebron semblantes pálidos, mejillas ni ojos sumidos por el hambre: el aire puro y la abundancia de comestibles, derrama la felicidad en el seno de la poblacion. La ciudad tiene sus manufacturas de brazaletes y lámparas de vidrio, lo que constituye casi todo su comercio. Además de este artículo cuenta Hebron con otro, y es la venta de pasas: en ninguna parte he hallado pasas mas hermosas y aromáticas que allí. Se hace una confitura de ellas, que es excelente y lleva el nombre de aquel lugar. Como no hay cristianos en él, no hay vino tampoco, y así despues de la vendimia se ponen al sol los racimos para que se sequen; pero si fabricaran vino, seria mejor que los mas celebrados vinos de Chipre y del Libano.

No tiene Hebron edificios de que se pueda hablar con interés, porque el único monumento digno de ser visitado, está cerrado á los viageros por el fanatismo musulman. Para dar á conocer lo interior de la mezquita que encierra las tumbas de los principales patriarcas, es preciso recurrir á la descripcion de Aly Bey.

Los sepulcros de Abraham, dice, y de su familia están en un templo que antiguamente fué iglesia griega.

Para entrar allí se sube una ancha y hermosa escalera, la cual conduce á una larga galería, de donde se entra á un pequeño patio. Hacia á la izquierda se ve un pórtico sostenido por pilares cuadrados. El vestibulo del templo tiene dos piezas, una á la derecha, que contiene el sepulcro de Abraham, otra á la izquierda que encierra el de Sara. La iglesia es gótica, y en su cuerpo, entre dos gruesos pilares á la derecha, se ve una casita aislada, donde está el sepulcro de Isac, y en otra á la izquierda el de su muger. Dicha iglesia, convertida en mezquita, tiene su mehereb, tribuna para la predicacion de los viernes, y otra para los muddens ó cantores.

Al otro lado del patio hay tambien un vestibulo, que tiene asimismo una pieza á entrambos lados. En el de la izquierda se halla el sepulcro de Jacob, y en el de la derecha el de su muger.

A la estremidad del pórtico del templo, sobre la derecha, hay una puerta, la cual conduce á una especie de larga galería que sirve tambien de mezquita; y de allí se pasa á otra pieza donde esta el sepulcro de José, muerto en Egipto, y cuyas cenizas fueron traídas por los hijos de Israel. Todos los sepulcros de los patriarcas se hallan cubiertos de ricas telas de seda verde, magnificamente bordadas de oro; las de sus mugeres son rojas, igualmente bordadas. Los sultanes de Constantinopla las suministran, y se renuevan de tiempo en tiempo. Conté nueve, una sobre otra, en el sepulcro de Abraham. Las cámaras donde están los sepulcros

se ven igualmente cubiertas de ricos tapices: defienden la entrada rejas de hierro y puertas de madera con planchas de plata, y cerraduras y cadenas del mismo metal. Cuéntanse mas de cien empleados y domésticos para el servicio del templo; de consiguiente fácil es conocer cuántas limosnas deberán distribuirse.

Al Poniente de Hebron, como á media legua, hay una mezquita edificada en lo alto de una colina que ocupa el sitio en que estaba la tienda de Abraham y la gran encina al pié de la cual el elegido de Dios sirvió el becerro asado, la manteca, la leche, y pan cocido en la ceniza á los tres viajeros enviados del cielo. Despues de cuarenta siglos aun crecen las encinas sobre la montaña donde estaba la encina de Abraham. ¿No es cosa muy misteriosa ver á la naturaleza asociándose de algun modo á los esfuerzos del hombre para perpetuar la memoria de un suceso tan antiguo? Yo toqué con un santo respeto el tronco y las hojas de esas pequeñas encinas, me agradaba cubrirme con su sombra, y me parecia que estaba viviendo en las edades primitivas, y que sentia en mí una cosa pura.

Al hacer recuerdos bíblicos, añade el viajero, haré una breve descripción de los funerales de Jacob, que fué sepultado en la gruta de Mambré. Estando para morir recomendó Jacob le llevasen á dormir en el sepulcro de sus padres, y José obtuvo de Faraon la licencia de llevar en persona los restos de su padre al sitio en que reposaban Abraham y Sara, Isac y Rebeca. Los primeros personajes de la corte del rey, todos los hijos de los

patriarcas dejando en el pais de Gesen á sus hijos y ganados, acompañaron á José en esta peregrinacion. Carros, caballeros, y gran número de personas seguian el féretro, de modo, que se hubiera creido que eran aquellos los funerales del mismo Faraon. Cuando la comitiva fúnebre llegó cerca del Jordan, al lugar llamado la *Era de Atad*, se dieron gritos de dolor y se derramaron lágrimas por la muerte de Jacob, y duró siete dias la ceremonia. Los cananeos, testigos de los funerales, decian entre sí: *Ved aquí un gran duelo de los egipcios*, y desde entónces se le llamó á este lugar *el Duelo de Egipto*. Los hijos de Jacob despues de esto, cumpliendo con la última voluntad de su padre, llevaron á Hebron sus santos despojos y los depositaron en la cueva de Mambré.

Aquí no hubo ni pira fúnebre, ni sacrificio ni libacion; pero sea cual fuere el aprecio á las escenas de Homero, ¿podrán tener los funerales de Aquiles y Patroclo un carácter mas solemne que los funerales de Jacob?





CAPITULO XXIII,

BETANIA Y DESIERTO DE SAN JUAN.

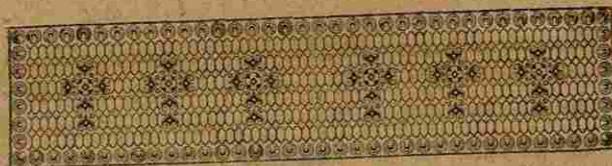
BETANIA, lugar pequeño, distante como una legua de Jerusalem, es muy célebre en el Evangelio, y era uno de aquellos lugares que Jesucristo frecuentaba mas: cuando se recorre á Betania y á los campos vecinos, se pisa una tierra que el Señor pisaba frecuentemente, y puede el viajero esperar que se sentará sobre las piedras en que se sentó el Salvador, de poner sus piés donde el Hombre Dios puso los suyos. Si el viajero se complace en visitar en Atenas los jardines de Academo, y de andar en esa ciudad por los sitios donde se paseaba Platon, ¿con qué interes no se detendría en las laderas y valles en que Jesucristo tenia constumbre de enseñar á sus discípulos aquellas doctrinas que habian de cambiar la faz del universo?

Si queremos hallar, dice el mismo viajero, una cosa ménos triste que Jerusalem, si queremos alhagar nuestros ojos con la vista de paisages risueños, es preciso ir al valle llamado *el desierto de San Juan*, situado al occidente de la ciudad Santa á distancia de hora y media de camino. Este desierto no es una tierra salvaje sin árboles y sin cultivo abandonado á las fieras y á los pájaros carnívoros: el desierto que ocultó la infancia y la juventud del Precursor es una de las soledades mas encantadoras en que quisiera uno acabar sus dias: allí hay valles adornados de arbustos y de flores, campos de cebada y de trigo, y una naturaleza agradable y llena de vida, tanto, que parece estar uno léjos de las regiones que maldijo Jehovah. Se encuentran en estos valles gran número de algarrobos. La gruta antigua de San Juan es una roca hueca y blanquiza suspendida en la ladera de un ribazo elevado: encima de la gruta hay ruinas de una iglesia; á un lado está una fuente de donde bebia, segun dicen, el hijo de Zacarias. Este desierto no presenta ni cabaña ni otra habitacion: los gorriones, los alondras y los ruiseñores son los únicos seres que animan esta santa soledad: sus cantos alegres se mezclan con aquella *voz del desierto*, que aun parece repetir al oido del peregrino: *Preparad el camino del Señor, haced rectos sus senderos.*

Recorriendo el desierto de San Juan, añade el viajero citado, tenia yo delante la alta montaña en que estaba Modin, patria de los macabeos.... Ricardo Co-

razon de Leon, que en la época de su expedicion á Palestina estuvo largo tiempo acampado en Rama, se aventuraba á veces solo ó acompañado de algunos cuantos caballeros, á buscar musulmanes á quienes combatir: un día, habiéndose adelantado hácia las montañas de Jerusalem mas de lo acostumbrado, percibió la ciudad santa y lloró. Lloró Ricardo á la vista de aquella ciudad en cuyo auxilio habia tomado la cruz y la espada, y á quien su valor no podia libertar. Cuando Ricardo, el Aquiles de los cruzados, derramó lágrimas al aspecto de Jerusalem, ¿estas son ménos heróicas que las lágrimas del hijo de Peleo? En las cercanías de Jerusalem, por el poniente no se puede descubrir la ciudad sino desde lo alto de la montaña de Modin, de donde se infiere que el monarca ingles estaba sobre esta montaña cuando distinguia á la ciudad santa. Ved pues aquí á Ricardo, defensor de la Cruz, á quien condujo el acaso á un sitio cercano á las tumbas de los macabeos defensores de Israel.

La montaña de Modin es de las mas altas de Palestina: desde la cumbre de este monte, se pasea la vista, al mediodia, sobre la Judea pálida y blanquizca: al poniente sobre las verdes llanuras de Rama, y sobre el mar: al norte sobre la Galilea, dividida por colinas risueñas: al oriente, los ojos se detienen en Jerusalem: esta ciudad vista desde las alturas de Modin se presenta con los colores mas tristes, y se parece á una ciudad caída sobre polvo: á su aspecto, mi corazon se entristecía, y poco me faltó para llorar como Ricardo.



CAPITULO XXIV.

DESIERTO Y CONVENTO DE SAN SABÁ.

HABIENDO llenado las lagunas que dejó Chateaubriand en su viage, volvamos á este desde donde lo habiamos dejado, á saber, desde que el autor partió de la cueva de los pastores de Belen encaminándose al desierto de San Sabá y del Jordán.

Saliendo de esta cueva, y caminando siempre al oriente, una punta de compás al mediodia, dejamos las montañas rojizas para entrar en una cordillera de otras blanquizas. Nuestros caballos se atollaban en una tierra blanda y gredosa, formada de los destrozos de una roca caliza. Todo aquel terreno estaba tan desnudo, que solo se veían, de grande en grande distancia, algunas plantas espinosas, casi secas, y como cubiertas de polvo.

Al revolver de una de aquellas montañas, nos hallamos con dos campamentos de beduinos; el uno de ellos constaba de siete tiendas de pieles de ovejas negras, formando una especie de cuadrilongo; y el otro de unas doce tiendas colocadas en círculo; allí cerca estaban pastando algunos camellos y yeguas.

Ya era tarde para volver atrás: hubimos de manifestar ánimo, y pasar por el segundo campamento, sin que al principio nos sucediese nada, pues los árabes tocaron la mano de los betlemitas y la barba de Ali-Agá. Pero apenas hubimos pasado la última tienda, cuando un beduino detuvo al borricuelo que llevaba las provisiones. Los betlemitas le quisieron repeler, y él llamó en su auxilio á sus compañeros, los que de un brinco montaron en sus caballos, se armaron, y nos cercaron al instante. Ali lo pudo sosegar todo dándole algun dinero, pues aquellos árabes exigen un derecho de pasage, creyendo á la cuenta que el desierto es un camino real, bien que cada uno es amo en su casa; pero esto no era mas que el principio de un lance mas serio.

Una legua mas allá bajando por la espalda de un monte, descubrimos la punta de dos altas torres que salian de un profundo valle, y eran las del convento de San Sabá. Estando ya cerca otra cuadrilla de árabes emboscados en lo hondo de una rambla, se tiró á nosotros dando terribles ahullidos. Al instante vimos volar las piedras, relucir los puñales, y apuntar los fusiles. Ali se arrojó en medio de la pelea, y to-

dos fuimos corriendo en su favor: cogió al capitán de los beduinos de las barbas, le tiró á los piés de su caballo, y le amenazó acabaria con él si no contenia á los suyos. Entre tanto un religioso griego asomado por lo alto de la torre, gritaba procurando ponernos en paz. De este modo llegamos á la puerta del convento, y los religiosos que estaban dentro daban vuelta á la llave muy despacio, pues temian que entre el desórden robasen el convento. Cansado el genizaro de tal tardanza, se enfurecia contra los religiosos y contra los árabes. En fin, sacó su sable, é iba á echar á abajo la cabeza del capitán de los beduinos, á quien con extraordinaria fuerza tenia siempre asido de las barbas, cuando se abrió el convento: todos revueltos nos metimos en un patio, y al instante se cerró la puerta, con lo que se encrespó la pelea: no estábamos en lo interior del convento, pues habia que entrar á otro patio, y la puerta de este aun no se habia abierto. Nos hallábamos, pues, apiñados en un corto espacio, hiriéndonos con nuestras propias armas, al mismo tiempo que nuestros caballos se habian enfurecido con el ruido. Ali dijo que me habia libertado de una puñalada que un árabe me iba á dar por detrás, y enseñaba su mano toda ensangrentada. Pero aunque Ali era muy valiente, codiciaba el dinero como buen turco. Abrióse en fin la última puerta del monasterio. Salió el superior de los religiosos, dijo algunas palabras, y se apaciguó todo. Entónces supimos el motivo de la disputa.

Los últimos árabes que nos habian acometido, perte-

necen á una tribu que pretende tener exclusivamente el derecho de escoltar á los extranjeros que van á San Sabá. Los betlemitas, que deseaban ganar el dinero de la escolta, y que querian sostener la fama que tienen de valientes, no habian querido ceder. El superior del monasterio prometió que yo pagaria á los beduinos, y con esto se compuso todo. Pero es el caso que en castigo yo no queria darles nada: mas Ali-Agá me hizo entender que si me obstinaba en ello, jamas podriamos llegar al Jordan, pues aquellos árabes llamarían á otras tribus, y no podriamos escapar de ser muertos: que por esta razon no habia querido matar á su capitan, pues si se hubiese derramado sangre, no nos quedaba otro partido que el de volvernos prontamente á Jerusalem.

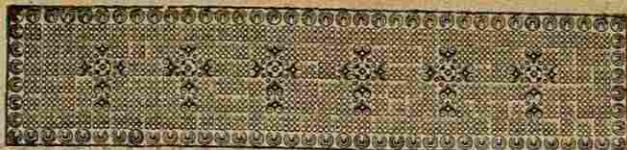
No creo que haya convento que esté situado en parages mas tristes y solitarios que el de San Sabá. Se halla en la misma madre del arroyo Cedron, que puede tener por allí trescientos ó cuatrocientos piés de hondo. Este arroyo está seco, y solo por la primavera lleva algun agua rojiza y cenagosa. La iglesia ocupa una pequeña altura que hay en lo hondo del arroyo, y desde allí se van elevando las oficinas del monasterio por medio de escaleras perpendiculares abiertas en la misma peña, y de este modo suben hasta la caida del monte, donde terminan en dos torres cuadradas. La una de ellas está fuera del convento, y servia en otro tiempo como de puesto avanzado, ó de atalaya contra los árabes. Desde lo alto de estas torres se descubren las

estériles cimas de las montañas de Judea, y á sus piés se ve la seca madre del arroyo de Cedron, donde están las grutas que habitaron los primeros anacoretas. Ahora anidan en ellas algunas palomas que con su triste arrullo, su inocencia y candor, parecen recordar aquellos santos que en otro tiempo poblaron estas rocas. Ni tampoco me olvidaré de una palmera que crece en una pared de un terrado del convento, y creo que todos los viajeros repararán en ella como yo, pues en parages tan horrorosos y estériles, agrada encontrar alguna cosa verde.

El que quiera instruirse en la parte histórica del convento de San Sabá, puede leer la carta del padre Neret, y la vida de los padres del desierto. Se ven en este monasterio tres ó cuatro mil calaveras, que son de los religiosos que han muerto los infieles. Los religiosos me dejaron pasar un cuarto de hora contemplándolas, como si adivinasen que yo intentaba pintar algun dia el estado del alma de los solitarios de la Thebaida. Pero aun me causa pena el acordarme que uno de aquellos religiosos quiso hablarme de política, y descubrirme las secretas intenciones de la corte de Rusia; y yo no pude ménos de decirle: „Ay padre mio, ¿si aqui no hallais la paz, dónde ireis á buscarla (*)?”

(*) Oigamos ahora al devoto peregrino.

Aquel famoso desierto de San Sabá Abad, en el cual, como afirma el libro titulado Vida de los Padres del desierto, habia catorce mil monges, está como á tres leguas de Jerusalem, caminando hácia el Mediodia, siguiendo el valle de Josafat, cuyas corrientes van á parar al Mar Muerto. Este de-



CAPÍTULO XXV.

VALLE DEL JORDAN Y MONTAÑAS DE ARABIA.

SALIMOS del convento á las tres de la tarde, y subiéndolo el arroyo, volvimos á tomar nuestro camino

sierto está en un valle muy profundo, que es el que tiene su origen desde el huerto de Gethsemaní, que llaman valle de Josafat.

En la mitad de lo profundo de este valle, hay un convento de monjes griegos del orden de San Basilio, muy capaz y bueno. Tiene una maravillosa iglesia: en lo mas bajo y último del convento hay una fuente hecha milagrosamente por las oraciones de San Sabá, para que tuviesen agua que beber los monjes, porque no hay otra por todo aquel país. Por todo este valle, que coge grandísimo distrito, hay infinidad de cuevas en que vivían los monjes, los cuales en ciertos dias del año venían al convento á tratar y comunicar al santo, y á frecuentar la sagrada comunión, y juntamente á recibir su santa bendición.

El ver la aspereza de aquel valle, su sequedad y soledad tan grande, y aquellas naturales cuevas en aquellos riscos y peñascos, causa verdaderamente grandísimo horror y confusión, y mucho mas el considerar lo mu-

hacia levante. Por una abertura de las montañas descubrimos á Jerusalem: yo no sabia lo que estaba viendo, pues me parecia un monton de rocas hechas pedazos. La repentina aparicion de esta ciudad de desolaciones en medio de tan horrorosa soledad, no podía ménos de causarme espanto: verdaderamente que era la reina del desierto.

Seguimos nuestro camino: las montañas presentaban el mismo aspecto, siendo siempre blanquizas y polvorosas, sin árboles, sin yerbas, ni aun musgo alguno, y de consiguiente sin que se pudiese gozar de la menor sombra. A las cuatro y media bajamos de la encumbrada cordillera de estos montes á otra ménos elevada. Anduvimos cincuenta minutos por una eminencia siempre igual, y llegamos por fin á las últimas montañas que ciñen al occidente el valle del Jordan y el mar Muerto. Iba ya á ponerse el sol, y nos apeamos para dejar descansar los caballos, con lo que pude considerar despacio el lago, el valle y el rio.

cho que padecian aquellos santos monjes, y la áspera y rigurosa penitencia que hacían.

Dentro del convento está el sepulcro donde fué enterrado San Sabá. Está la celda de San Juan Crisóstomo, la de San Juan Damasceno, la de San Cyrilo, y la de otros muy insignes santos.

Aquí perseveran hoy día algunos monjes de dicha orden, los cuales hacen rigorosísima y asperísima penitencia, tanto que pone miedo y espanto. No comen jamas sino unas habas ó garbanzos cocidos en agua. Ayunan siete cuaresmas al año con tanto rigor, que no comen sino á puestas del sol, y esto tan poco y malo, que es mayor penitencia el comerlo.

Aquí vimos uno que habia catorce años estaba encerrado en una torre muy alta y muy angosta: no conversaba con nadie: con una soguilla que él echaba, subía un poco de pan y agua; y por mucho regalo unas aceitunas, y esto era los dias de pascua.

Cuando se habla de un valle se le considera ó cultivado ó inculco: si cultivado, se halla cubierto de sembrados, de viñas, de ganados y de aldeas: si inculco, tiene prados ó bosques: si le baña un río, este forma sus recodos, y las colinas tienen también sus revueltas, cuya perspectiva fija agradablemente la vista de los caminantes.

Pero aquí nada de esto se halla, pues os debéis figurar dos largas cordilleras de montes, que corren paralelamente desde el septentrion al mediodia sin recodo alguno. La cordillera de levante llamada montaña de Arabia, es la mas alta; y vista á la distancia de ocho á diez leguas, se diría que era una gran muralla perpendicular, sin distinguirse en ella cumbre ó punta alguna, y solo sí algunas ligeras inflexiones, como si la mano del pintor que tiró esta línea horizontal sobre el cielo, hubiese temblado en algunas partes.

La cordillera de poniente pertenece á las montañas de Judea, y es ménos elevada y mas desigual que la cordillera del oriente, de la que se diferencia también en su formacion, pues se compone de grandes montones de greda y arena que semejan malamente á haces de armas, á banderas arrolladas, ó á tiendas de campaña puestas á la orilla de alguna llanura. Al contrario, por la parte de Arabia forman rocas negras y cortadas á pico, que extienden su sombra á lo lejos sobre las aguas del mar Muerto. El mas pequeño pajarillo no encontraria entre aquellas rocas una yerbezuela con que alimentarse: todo indica la patria de un pueblo re-

probado: todo parece respirar aun el horroroso incenso del que provinieron Ammon y Moab.

El valle que se forma entre estas dos cordilleras de montes, presenta un terreno semejante al suelo de un mar que se hubiese retirado de él mucho tiempo ántes; pues se ven playas de sal, un légamo seco, arenas movedizas y como surcadas por las olas. De cuando en cuando se hallan algunos miserables arbustos que trabajosamente crecen en esta tierra privada de todo principio de vida: sus hojas están cubiertas de la sal con que se han alimentado, y su corteza tiene el olor y el gusto del humo. En lugar de aldeas se descubren las ruinas de algunos torreones. Por en medio del valle pasa un río, cuyas aguas no tienen color alguno y parece que se arrastran con pena hácia el pestífero lago que se las sorbe. No se distingue su curso en medio de la arena sino por los sauces y cañizares de su orilla, y entre ellos se oculta el árabe para acometer al caminante y robar al peregrino.

Así son estos parages famosos por las bendiciones y maldiciones del cielo: este río es el Jordán: este lago es el mar Muerto: parece cristalino; pero también parece que las culpables ciudades que oculta en su seno, han emponzoñado sus olas. Sus solitarios abismos no pueden nutrir ningún ser viviente (*): ningún bajel ha surcado sus olas (**): en sus orillas no se ven aves, ni ár-

(*) Algunos autores son de contraria opinion; pero luego veremos que tal vez no es con bastante fundamento.

(**) Strabon, Plinio y Diodoro de Sicilia, hablan de almadías, en las cua-

boles, ni verde alguno: y sus aguas, al mismo tiempo que en extremo amargas, son tan pesadas que los mas fuertes huracanes apénas las pueden conmover.

Cuando uno camina por la Judea, al principio se siente fastidiado; pero cuando pasando de soledad en soledad, ve el espacio sin límite alguno, poco á poco se disipa el fastidio y siente un secreto terror, que léjos de abatir el alma, la dá ánimo elevando tambien sus ideas. Aquellos aspectos tan extraordinarios denuncian por todas partes una tierra tantas y tantas veces milagrosa: el sol abrasador, el águila impetuosa, la higuera estéril, toda la poesia, todos los cuadros de la Escritura están allí. Cada nombre contiene un misterio: cada gruta declara lo que está por venir: cada cumbre de un monte resuena con la voz de un profeta. El mismo Dios habló en estas playas: los arroyos secos, las rocas hendidas, los sepulcros entreabiertos, atestiguan el prodigio; el desierto parece aun mudo de terror, y se diría que no se atreve á romper el silencio desde que oyó la voz del Eterno.

Espantosa es la pintura que hace aquí Chateaubriand de las montañas de Arabia, y de los sitios que lo separaban de aquellas alturas; pero detras de estas, el pais de Moab no presenta imágenes tan tristes, ni soledades tan funestas. Léase si no lo que dice otro viajero haber oido de boca de los árabes que conocian aquella comarca.

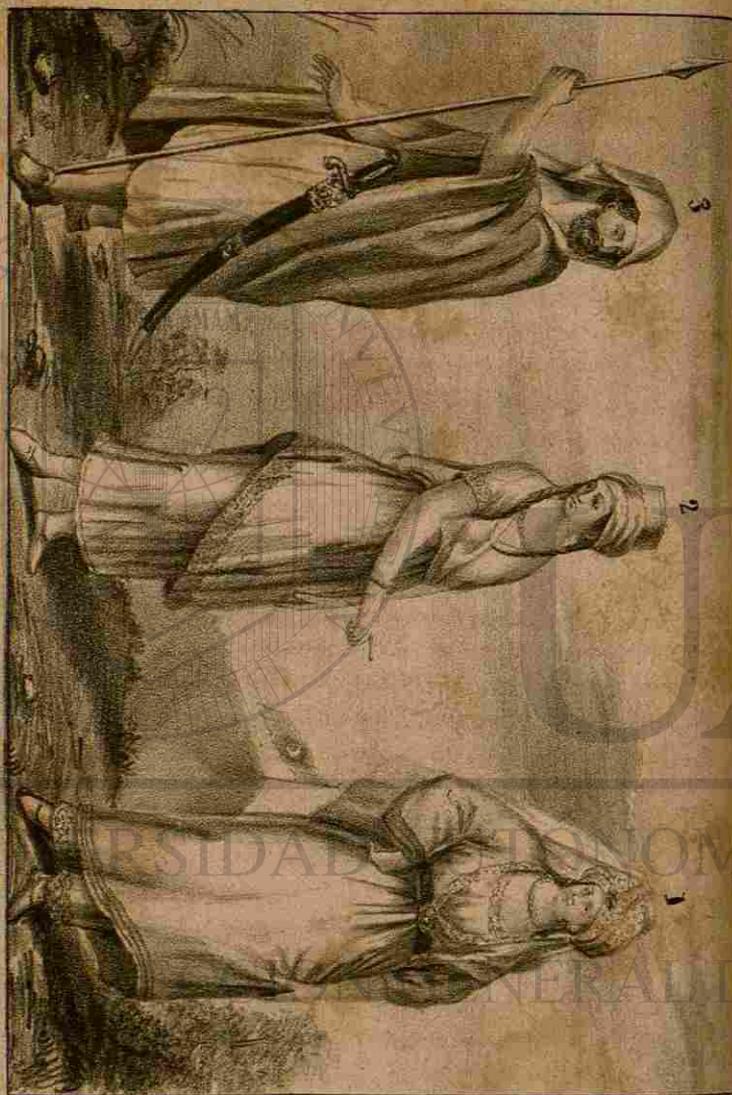
Los árabes van á coger el asfalto. Diodoro describe estas almadías, que eran hechas de juncos tejidos. Tácito habla de un barco, pero claramente se engaña.

Me he puesto á platicar, dice un viajero, con los árabes que han habitado en el antiguo pais de Moab, y me han hablado de él como de una tierra fecunda y magnífica. Aquí valles risueños regados de arroyos y corrientes, cubiertas sus orillas de carrizales y de plátanos, allí llanuras sembradas de plantíos de cebada y de trigo. Muéstrase en este pais la naturaleza bajo mil aspectos diversos: se pasa de un fresco paisaje á un sitio terrible, de una escena encantada á otra muy seria. Tribus vagabundas conocidas por el nombre de árabes moabitas habitan estas montañas; sus cabras, camellos y caballos pacen las yerbas de los valles. En esta tierra de Moab donde ántes se elevaban tantas ciudades, no se halla hoy mas que una poblacion de cuatro mil habitantes llamada *Derdie*, y ocho ó diez pueblos pequeños. Separados los moabitas en sus montes y valles parecen como desterrados de la historia de las naciones, y nadie sabe en Europa, que ahora poco se levantaron y tomaron las armas para atacar á la Siria.

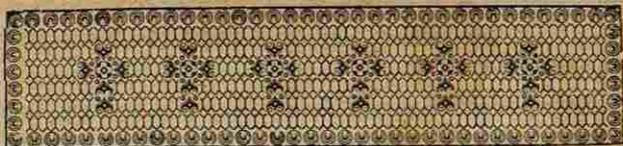
Nada de nuevo diría yo si recordara la expedicion de Balduino I hecha en las montañas de Arabia; tal vez será mas interesante hablar de Crac, ó la antigua Petra. El dragoman José es natural de Crac, á quien muchas veces le he preguntado acerca de las curiosidades de su pais. Aun está en pié el castillo de Crac, y hay en la ciudad siete ú ocho mil habitantes: está rodeada de rocas y estas rocas presentan monumentos admirables. Se ven allí tumbas semejantes á unos palacios, con columnatas, estatuas, y todos los ornatos

de una brillante arquitectura. El monumento llamado *el Tesoro de Faraon*, interesa mucho al viajero: allí está alojada la muerte con la mayor magnificencia. Ninguna de estas mansiones fúnebres, que hacen del valle de Petra una magestuosa necrópolis, están maltratadas por el tiempo, y creemos que tampoco se arruinarán sino al ruido de la trompeta del juicio. Los arroyos, hermosados con el laurel rosa, y con muchos arbustos y flores, suavizan los colores tristes de Petra donde se mezclan las risueñas imágenes de la vida con las imágenes sombrías de la tumba. Petra en tiempo de las cruzadas fué un señorío frances. Todos los monumentos admirables, á los cuales no llega hoy el mas resuelto viajero, sino con mucho trabajo, estaban bajo el dominio de nuestros caballeros.





1. Mujer del Xequé. 2. Mujer Farra. 3. Arabe Petreo.



CAPITULO XXVI.

MAR MUERTO.

BAJAMOS de la cima del monte para pasar la noche en las orillas del mar Muerto, y subir hácia el Jordan. Al entrar en el valle se apiñó nuestra pequeña tropa: los betlemitas prepararon sus fusiles, y caminaron delante siempre con la mayor precaucion, pues nos hallábamos en el camino que traen los árabes del desierto que vienen á buscar sal al lago, y los cuales persiguen cruelmente á los caminantes. El frecuente trato de los beduinos con los turcos y los europeos comienza á empeorar sus costumbres, pues ahora prostituyen sus hijas y mugeres, y degüellan al caminante á quien ántes se contentaban con ro-

bar. De este modo caminamos unas dos horas con pistolas en mano como en pais enemigo, siempre por entre los arenales y las hendiduras que se habian formado en aquel légamo recocado por los rayos del sol. La arena, cubierta con una costra de sal, parecia un nevado campo en el que se distinguian algunos arbustos muy enanos. De repente llegamos al lago; y digo, de repente, porque me creia muy distante aún, á causa de que ningun ruido ni frescura me habia indicado que estuviere cerca de él. Su pedregosa orilla abrasaba: el agua no tenia movimiento alguno, y parecia enteramente muerta.

Ya habia cerrado la noche, y la primera cosa que hice al apearme fué meterme en el lago hasta las rodillas, y llevar el agua á la boca, que me fué imposible detener en ella, pues era mas salobre que la del mar, y produjo en mis labios el efecto de una fuerte disolucion de alumbre. Apénas se secaron mis botas, cuando se cubrieron de sal; y las ropas, los sombreros y las manos, se nos impregnaron de este mineral en ménos de tres horas. Ya habia notado este efecto Galeno, y lo ha comprobado Pococke.

Nos acampamos á la orilla del lago, y los betlemitas hicieron lumbre para disponer el café. No les faltaba leña, pues la orilla estaba llena de ramas de tamarindos traídas por los árabes, porque estos, ademas de la sal que allí hallan enteramente formada, la sacan tambien del agua por medio de la ebulcion. Y tal es la fuerza del hábito, que mis betlemitas que hasta

entónces habian caminado por el campo con suma prudencia, no temieron encender una lumbre, por la que fácilmente podian ser descubiertos. Uno de ellos se sirvió de un medio bastante ingenioso para que tomase cuerpo la llama, y fué ponerse encima de la hoguera cubriéndola con su ropa, que al instante hinchó el humo, y levantándose de pronto, el aire, aspirado por esta especie de bomba, hizo salir una llama muy viva. Luego que hubimos tomado el café, se durmieron mis camaradas, y me quedé solo y despierto con los árabes.

A cosa de media noche oí algun ruido en el lago, y los betlemitas me dijeron que eran cuadrillas de pececillos que venian á saltar á la orilla, lo cual destruiria la opinion general de que el mar Muerto no sufre nada vivo. Hallándose Pococke en Jerusalem oyó decir que un misionero habia visto algunos peces en el lago Asfalto. Hasselquist y Maundrell encontraron algunas conchas en su orilla. Mr. Seetzen, que actualmente recorre (en 806) la Arabia, no ha hallado en el mar Muerto ni hélices, ni almejas, pero sí algunos caracoles.

Pococke hizo analizar una botella de agua de este mar. En 1778 los señores Lavoisier, Macquer y Sage, repitieron este análisis, y demostraron que el agua contenia por quintal, cuarenta y cuatro libras y seis onzas de sal, á saber, seis libras y cuatro onzas de sal marina comun, y treinta y ocho libras dos onzas de sal marina con base terrea. Ultimamente Mr. Gordon hizo hacer en Lóndres la misma esperiencia. „La pesantez

especifica de esta agua (dice Mr. Malte-Brun en sus anales) es de mil doscientos once, siendo mil la del agua dulce: es perfectamente transparente. Los reactivos demuestran en ella la presencia del ácido marino y del ácido sulfúrico; no tiene alumbre; no está saturada de sal marina; no muda los colores como el de tornasol ó el de violetas. Tiene en disolucion las substancias siguientes, en las proporciones que vamos á indicar.

Muriato de cal . . .	3.920
De magnesia	10.246
De Sosa	10.360
Sulfato de cal . . .	0.054

24,580 sobre 100.

Estas substancias estrañas forman, pues, cerca de una cuarta parte de su peso en el estado de perfecta desecacion; pero desecadas solo á ciento ochenta grados (Fahrenheit) forman cuarenta y uno por ciento. El mismo Mr. Gordon que trajo la botella de agua analizada, ha comprobado que los hombres se sostienen sobre aquella agua sin saber radar.

Tengo un frasco de hoja de lata lleno del agua que yo mismo cogí en el mar Muerto, que aun no he destapado, é infero que se ha disminuido algo. Querria repetir la esperiencia que propone Pococke, de echar algunos pececitos del mar en esta agua, y ver si podian vivir en ella; pero habiéndome impedido otras ocupaciones el hacerla hasta ahora, temo que ya sea tarde.

La luna salió á las dos de la mañana, y se levantó

entonces una fuerte brisa, que no refrescó el aire, pero conmovió un poco el lago. Las olas cargadas de sal, pronto caian por su propio peso sin casi azotar la orilla. Un ruido lúgubre salia de este lago de muerte, como si fuesen los ahogados gritos del pueblo que se abismó en sus aguas.

Apareció la aurora sobre los montes de Arabia, que teniamos al frente, y cubrió de un hermoso color al mar Muerto y al valle del Jordan; pero que servia solo para que resaltase mas el horror de todos aquellos parages.

El famoso lago, que ocupa el sitio donde estuvieron Sodoma y Gomorra, lo llama la Escritura mar Muerto ó mar Salado; los griegos y los latinos Asphaltites, los árabes Almotanah y Bahar-Loth, y los turcos Ula-Degnisi. No puedo ser de la opinion de los que suponen que el mar Muerto es el cráter de un volcan. He visto el Vesubio, la Solfátara, el monte-Nuovo en el lago Fusino, el Pico de las Azores, el Mamelifo enfrente de Carthago, y los volcanes apagados de Auvernia; y en todos ellos he notado los mismos caracteres, es decir, montañas en forma de embudo, lavas y cenizas, en las que claramente se reconoce la accion del fuego. Al contrario, el mar Muerto es un lago muy prolongado que se encorva como un arco, encajonado entre dos cordilleras de montes, que no se semejan en la forma ni en la calidad del terreno. No se juntan á los dos extremos del lago, pues por un lado siguen la direccion del valle del Jordan, acercándose hácia el

Norte hasta el lago de Tiberiades: por el otro lado van apartándose hasta perderse al Mediodía en los arenales del Yemen. Verdad es que en la cordillera de los montes de Arabia se hallan betun, aguas calientes y piedras fosfóricas, pero no las he visto en la cordillera opuesta. Además de esto, el encontrarse agnas termales, azufre y asfalto, no basta para demostrar la existencia anterior de un volcan; por manera que en este punto no se necesita recurrir á la física, y debemos atenernos al literal sentido de la Sagrada Escritura. Además de esto, si admitimos la opinion del profesor Michaelis y del sabio Busching en su *Memoria sobre el mar Muerto*, puede recurrirse también á la física en la catástrofe de estas ciudades culpadas, sin oponerse á la religion. Sodoma estaba edificada sobre minas de betun, como se sabe por el testimonio de Moises y de Josefo, que hablan de los pozos de betun del valle de Siddim. El rayo del cielo encendió estas minas, y las ciudades se hundieron en este incendio subterráneo. Mr. Malte-Brun sospecha que los edificios de estas ciudades podian haber sido de esta misma piedra bituminosa, que se incendiase con el fuego que cayó del cielo.

Strabon habla de trece ciudades sepultadas en el lago Asfalto, Esteban de Byzancio cuenta ocho; el Génesis nos dice que habia cinco ciudades que son Sodoma, Gomorra, Adama, Seboin y Bala ó Segor; pero solo indica las dos primeras como destruidas por la cólera celeste; el Deuteronomio cita cuatro, que son Sodoma,

Gomorra, Adama y Seboin; y el libro de la Sabiduría cuenta cinco sin nombrarlas: *Bajando fuego sobre las cinco ciudades*.

Habiendó observado Jacobo Cerbo que caen en el mar Muerto siete grandes corrientes de agua, Relando, concluyó que este mar espelia sus aguas sobrantes por medio de algunos canales subterráneos; opinion que adoptaron Sandy y algunos otros viajeros; pero en el dia no se sigue segun las observaciones del Dr. Halley acerca de la evaporacion; observaciones admitidas por Shaw, el cual dice no obstante que el Jordan vierte al dia en el mar Muerto una cantidad de agua igual á seis millones noventa mil barricas, sin contar las aguas del Arnou y de otros siete arroyos. Muchos viajeros, entre ellos Troilo y d'Arvieux, dicen haber visto ruinas de murallas y de palacios en las aguas del mar Muerto, lo cual lo comprueban también Maundrell y el padre Nau. Los antiguos afirman esto aun mas positivamente: Josefo, que se sirve de una espresion poética, dice que se descubren á las orillas del lago las *sombras* de las ciudades destruidas. Strabon dice que las ruinas de Sodoma tienen sesenta estadios de circunferencia. Tácito habla de ellas. No sé si aun permanecen, pues que no las he visto; pero como las aguas del lago suben ó bajan segun las estaciones, pueden ocultar ó descubrir alternativamente los esqueletos de las ciudades reprobadas.

Observaciones mas exactas han desvanecido otras maravillas que se contaban del mar Muerto. Se sa-

be en el día que los cuerpos sobrenadan, ó se sumergen en ellas, segun las leyes de la gravedad de estos mismos cuerpos y de la agua del lago. Los pestíferos vapores que se decia exhalaba, se reducen á un fuerte olor de marengo, á humaredas que preceden ó siguen á la emersion del asfalto, y nieblas en verdad dañosas, como lo son todas. Si los turcos permitiesen que se llevase un barco desde Jafa al mar Muerto, no hay duda que se podrian hacer en este lago curiosos descubrimientos. Los antiguos le conocian mejor que nosotros, y nuestros antiguos mapas presentan mejor su figura que los modernos. Hasta ahora nadie ha recorrido todas sus orillas sino Daniel, abad de San Sabá, cuya relacion copia Nau en su viage; y por él sabemos que el mar Muerto se separa al fin en dos, teniendo un camino por donde se le pasa, llegando el agua á media pierna, á lo ménos en verano; que allí se levanta el terreno, y circuye á otro lago pequeño, de figura redonda un poco ovalada, y cercada de llanuras y montañas de sal; y que aquellos campos están poblados de innumerables árabes. Casi lo mismo dice Nyemburgo; y de estas noticias se valieron el abate Mariti y Mr. de Volney. Es de creer que tengamos mayores luces cuando se publique el viage de Mr. Seetzen.

Casi no hay lector alguno que no haya oido hablar del famoso árbol de Sodoma, el cual dá unas manzanas de muy hermosa vista, pero amargas al comer, y llenas de cenizas. Tácito en el quinto libro de su *Historia*, y Josepho en su *Guerra de los judíos*, creo que

son los dos primeros autores que han hecho mencion de esta estraña fruta del mar Muerto. Foulcher de Chartres, que estuvo en Palestina hácia los años 1100, vió la engañosa manzana, y la comparó con los placeres mundanos. Desde entónces unos viajeros como Cevevio de Vera, Pedro de la Valle, Troilo y algunos misioneros comprueban esta relacion; pero otros como Relando, el padre Neret y Maundrell, se inclinan á creer que este fruto no es mas que una imágen poética de nuestras falsas alegrías, otros, en fin, como Poccocke y Shaw, dudan absolutamente de ello.

Amman parece cortar la dificultad, pues describe el árbol diciendo, que se semeja al espino blanco ó pirli-tero. Pero el botanista Hsselquist lo contradice, asegurando que la manzana de Sodoma no es el fruto de un árbol ni de un arbusto, sino del *solanum melongena* de Linneo, y añade lo siguiente: „Se hallan muchas cerca de Jericó en los valles contiguos al Jordan, en las cercanías del mar Muerto: es verdad que á veces están llenas de polvo, pero esto solo sucede cuando las entra un insecto [*Tenthredo*] que convierte todo lo interior en polvo, dejando solo el pellejo entero, y sin perder nada de su color.”

Con esta autoridad, y la mayor aún de Linneo en su *Flora Palestina*, parecia decidida la cuestion. Pero nada de esto, pues Mr. Seetzen, que tambien es un sabio y el mas moderno de todos éstos viajeros, como que actualmente está en Arabia, no conviene con esta opinion y dice: „Vi durante mi permanencia en

Karrak, casa del cura griego de esta ciudad, una especie de algodón semejante á la seda, y me dijo el cura que se hallaba en la llanura El-Gor, á la parte oriental del mar Muerto, en un árbol semejante á la higuera, y cuya fruta se parece á la granada. Dentro no tiene carne, ni es conocido en lo demas de Palestina, y creí que pudiese ser muy bien la famosa manzana de Sodoma."

Entre tantas dudas, yo tambien creo haber encontrado esta fruta tan buscada: el arbusto que la produce crece en todo aquel terreno que está á dos ó tres leguas de la embocadura del Jordan: es espinoso, y sus hojas son delgadas y menudas: se parece mucho al que describe Amman: su fruta en el color y figura es como un limoncillo de Egipto. Cuando aun no está madura se halla llena de una savia corrosiva y salada, y cuando está seca dá una semilla negruzca que podemos comparar con las cenizas, y su gusto al de la pimienta amarga. Cogí una media docena de estas frutas, y aun tengo cuatro secas y bien conservadas, que pueden fijar la atención de los naturalistas.

LA DESTRUCCION DE SODOMA.

Era Siddim un valle delicioso
Poblado de frondosos tamarindos,
De palmeras de copas resonantes,
De naranjos altísimos y lindos

Con flores, frutos y hojas elegantes.
Aguas limpias á par de bullidoras
Le regaban, formándole lagunas
Do jugaban las aves nadadoras
Entre juncias y cañas y ninfeas.
En las verdes y fértiles orillas
De los lagos y arroyos, descollaban
Al lado de retamas amarillas,
Entreabiertos los húmedos botones
De lirios y de adelfas, y de rosas,
Encanto de las bellas mariposas:
Las hojas de los plátanos sonaban
Al tocarlas las alas bulliciosas
De los zéfiros blandos que pasaban.
En este valle de delicias lleno
Alzábanse bellísimas ciudades,
En cuyo blando y opulento seno
Todo brindaba á lúbricos placeres.
Mirábanse en los mágicos jardines
Al deleite y al ocio consagrados,
En medio de blanquísimos jazmines,
Los bellos amarantos matizados,
Las flores encendidas del hibisco,
Y los jacintos de color de cielo:
Verde emparrado les prestaba sombra,
Sombra cambiante en el florido suelo.
Aquí la flauta y cítara sonaban,
Y cantos deliciosos de alegría:
A su grato compaz, libres danzaban

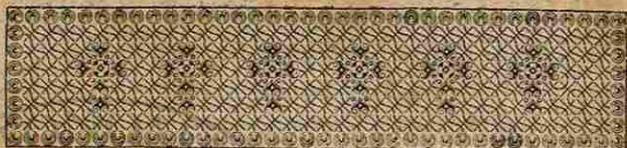
Los jóvenes ardientes á porfía,
 Coronados de mirtos y amapolas.
 Deshojaban las rosas encarnadas
 En anchas copas de sabroso vino,
 Que al instante quedaban apuradas.
 Crece el contento y el delirio crece,
 Animanse los ojos, y la risa
 En los férvidos labios aparece.
 Hierve la sangre en las hinchadas venas,
 Miranse todos con ardiente anhelo:
 He levantado la mitad del velo,
 Quédese oculto lo demas del cuadro.
 Aqueste pueblo que el pudor mancilla,
 Duro, orgulloso y á la par impío,
 Nunca jamas hincaba la rodilla
 Ante el Supremo Ser, ni del incienso
 Se elevó de su altar el humo denso,
 Ni presentó la tórtola sencilla
 En sacrificio al Hacedor inmenso.
 Los clamores sin número llegaron
 De crimen tanto al diamantino cielo:
 A Sodoma los ángeles bajaron
 A saber la verdad de los delitos,
 Y seguros de todo, en rauda vuelo
 Se alzaron mas allá de las estrellas.
 ¡Ay de Sodoma y de sus hijas bellas!
 Entónces fué cuando Jehováh tremendo
 Se precipita desde el ancho espacio
 Cual meteoro abrasador y horrendo:

Desciende en querubines voladores,
 La tempestad le sigue con estruendo,
 Los torbellinos son sus batidores
 Lanza fuego su boca, y de sus ojos
 Fuego lanza tambien, y le rodea
 Tiniebla espesa entre celages rojos,
 Y á su presencia el *Valle de los bosques*
 Tiembla con sus ciudades delincuentes.
 Dá Jehováh la señal, y azufre y llamas
 Bajan desde las nubes á torrentes,
 Y pedrisco y carbones encendidos:
 Sulca el aire el relampago, y retumba
 El espantoso trueno en los egidos:
 La tierra se estremece, y se abre, y brama,
 Brota fuego y betun de su ancho seno,
 Lava encendida hirviendo se derrama
 Sobre ese valle tan feraz y ameno,
 Y arrasadas quedaron sus ciudades
 Bajo las aguas de un salobre lago;
 Solo el piadoso Lot con su familia
 Pudo escapar del formidable estrago.
 Entónces Dios en medio del su estruendo,
 Y cubierto de cárdenos nublados,
 Vuélvese al cielo en huracan tremendo.
 El padre Abram en tanto desde léjos
 Las llamaradas trémulo miraba,
 Como de horno espantoso que lanzaba
 Pavesas entre pálidos reflejos.
 Desde entónces se mira allá en el fondo

Un valle triste, solitario y hondo
 Entre dos cordilleras destrozadas:
 Abras se ven allí, peñascos altos
 De pedernales, pómez y basaltos
 Ahumados con las grandes llamaradas.
 De allí se baja al valle mas oscuro,
 De sal cubierto y vastos arenales,
 Donde de trecho en trecho nace apénas
 Cardo silvestre y duros espinales.
 Entre piedras y estériles arenas
 El soberbio Jordan, turbio y sombrío,
 Arrastra melancólico sus aguas,
 Cuya desierta márgen entristecen
 Pálidas cañas que humedece el rio.
 Los abrasados campos de ceniza
 Así atraviesa lento y á sus solas,
 Y en el lago mortífero derrama
 Lánguido y triste sus cansadas olas.
 Al fin se llega á la espantosa orilla
 De aquel lóbrego mar, cuyo silencio
 Aterra al mismo tiempo y maravilla.
 Jamas se escucha allí ningun gorgeo
 Siquiera de la amable golondrina,
 Ni del halcon marino el aleteo,
 Ni el grito de la acuática gallina;
 Solo se oye el monótono golpeo
 De las pesadas y salobres olas
 En las rocas basálticas del lago,
 Do depositan el asfalto vago.

En sus aguas inmóviles y obscenas
 Mal se alimentan sus pequeños peces
 Y alguna concha y caracol apénas,
 Y todo lo demas es un desierto
 Dentro y fuera de un mar callado y muerto.
 Es fama que en sus aguas solitarias
 Se descubren las ruinas silenciosas
 De las ciudades muelles y nefarias:
 Y columnas, y templos abatidos,
 Torres altas, con arcos derrumbados
 Y con la antigua llama denegridos.
 Al mirar tanto escombros amontonado,
 Se creyera escuchar los alaridos
 De aquel pueblo en las aguas sepultado.
 Quédate, oh valle, pavoroso y triste,
 Quédate á solas con tu muerto lago:
 ¡Qué diverso te ves de lo que fuiste!
 ¡Cómo te puso el espantoso estrago!





CAPÍTULO XXVII.

CONTINUA EL MAR MUERTO.

EL RIO JORDAN.

EMPLÉE el día 5 de Octubre dos horas en pasear por las orillas del mar Muerto, aunque los betlemitas me daban prisa para salir de tan peligrosos parages. Quería yo ver el Jordan en el mismo sitio en que desagua en el lago, punto esencial que solo ha reconocido Hasselquist; pero los árabes se rehusaron á llevarme allí, porque el rio á una legua de su embocadura dá una revuelta sobre la izquierda, y se acerca á las montañas de Arabia. Hube de contentarme con dirigirme al recodo del rio que estaba mas cerca. Levantamos



1. Arabe de caballeria

2. Arabe de Infanteria.

el campo, y anduvimos hora y media con suma incomodidad por una arena blanca y muy menuda. Nos acercábamos á un bosquecillo de árboles de bálsamo y tamarindos, lo que no dejó de causarme estrañeza en un terreno tan estéril. De súbito se pararon los betlemitas, y me señalaron con la mano en lo profundo de una rambla alguna cosa en la que no habia reparado. Sin poder decir lo que era, creí ver una especie de arena que se movia sobre el inmóvil suelo. Me acerqué á tan estraño objeto, y vi un rio amarillo que apenas distinguia de la arena de sus orillas: iba muy hondo y estrecho, y se movian con suma lentitud sus espesas olas: este era el Jordan.

Habia visto yo los grandes rios de América con aquel placer que causan la soledad y la naturaleza: con ansia me habia acercado al Tiber, y con la misma busqué el Eurotas y el Cefiso; pero no puedo explicar lo que sentí al ver el Jordan. No solo este rio me recordaba una antigüedad famosa, y uno de los mas excelentes nombres, que la mas hermosa poesia ha confiado á la memoria de los hombres, sino que sus orillas me presentaban aquellos parages en que se obraron los milagros de mi religion. Judea es el único pais del mundo que recuerda al viajero la memoria de las cosas humanas mezcladas con las divinas, produciendo de este modo en lo profundo de su alma pensamientos que ningun otro parage le puede inspirar.

Los betlemitas se desnudaron y metieron en el Jordau, pero yo no me atreví á hacer otro tanto, porque

aun me duraba la calentura. Me hube de contentar con arrodillarme en su orilla con mis dos criados y el dragoman del monasterio; y como me se habia olvidado el traer una Biblia, no pudimos leer los pasages del Evangelio pertenecientes al parage en que nos hallábam; pero el dragoman cantó el *Ave Maris stella*, y nosotros le respondimos como unos marineros que han llegado al término de su viage. Cogí agua del rio y me pareció algo salada, pero no me hizo mal aunque bebí mucha de ella; creo que tendria buen sabor si se purificase de la mucha arena que arrastra.

Alí-Agá hizo tambien sus abluciones, pues el Jordan es un rio sagrado para los turcos y los árabes, que conservan muchas tradiciones hebraicas y cristianas, las unas derivadas de Ismael, cuyo pais aun habitan los árabes, y las otras introducidas por los turcos entre las fábulas del Coran.

San Gerónimo en su tratado de *sitio y nombres de los lugares hebreos*, que es como una traduccion de los *Tópicos de Eusebio*, halló el nombre del Jordan en la reunion de las dos fuentes de este rio *Jor y Dan*; pero en otras partes varia de opinion. Y debemos advertir con Relando [*La Palestina ilustrada con los antiguos monumentos*], que el nombre hebreo de este rio sagrado no es Jordan, sino Jorden; y que aun admitiendo el primer modo de leer, se esplica Jordan por rio del juicio; Jor, que San Gerónimo traduce *rio*, y Dan que se traduce *el que juzga, ó el juicio*: etimología tan esacta que haria improbable la opinion de las

dos fuentes Jor y Dan, si la geografia dejase en esto alguna duda.

Como á unas dos leguas mas arriba del parage en que nos habiamos parado, habia un gran bosque, al que quise ir, porque conceptuaba que por aquellos parages, y enfrente de Jericó, fué por donde los israelitas pasaron el rio, donde dejó ya de caer el maná, donde probaron los primeros frutos de la tierra de promision, donde Naaman fué curado de la lepra, y en fin, donde San Juan Bautista bautizo á nuestro Señor Jesucristo. Hacia ya tiempo que caminábamos hácia este parage, del que nos hallamos cerca, cuando oimos voces humanas en el bosque; estas voces, que en cualquiera parte sirven de consuelo, y que agradaria oír en las orillas del Jordan, son precisamente las que inquietan infinito en estos desiertos. Los betlemitas y el dragoman quisieron huir al instante; pero yo les dije que no habia venido de tan léjos para volverme tan pronto, que convenia en no subir mas, pero que queria contemplar el rio delante del parage en que nos hallábam.

De mala gana convinieron en ello, y volvimos hácia el Jordan, del que nos habiamos apartado por una revuelta. Vi que tenia la misma profundidad y anchura que una legua mas abajo, es decir, seis ó siete piés de hondo en la orilla, y cómo unos cincuenta pasos de ancho. Todos me daban prisa para que partiésemos, y hasta el mismo Alí-Agá se quejaba; y así hube de ceder á sus instancias luego que tomé las notas mas importantes; saludé por la última vez al Jordan: llené

un frasco de su agua, y tomé algunas cañas de su orilla; y con esto nos volvimos hácia la aldea de Rihha, que es la antigua Jericó, al pié de la montaña de Judea. Apenas habíamos andado un cuarto de legua en el valle, cuando reparamos que en la arena habia muchas huellas de hombres y de caballos; y Ali dijo que nos apiñásemos para que los árabes no nos pudiesen contar, y que si por nuestro traje y precauciones llegaban á pensar que éramos soldados cristianos, no se atreverían á acometernos.

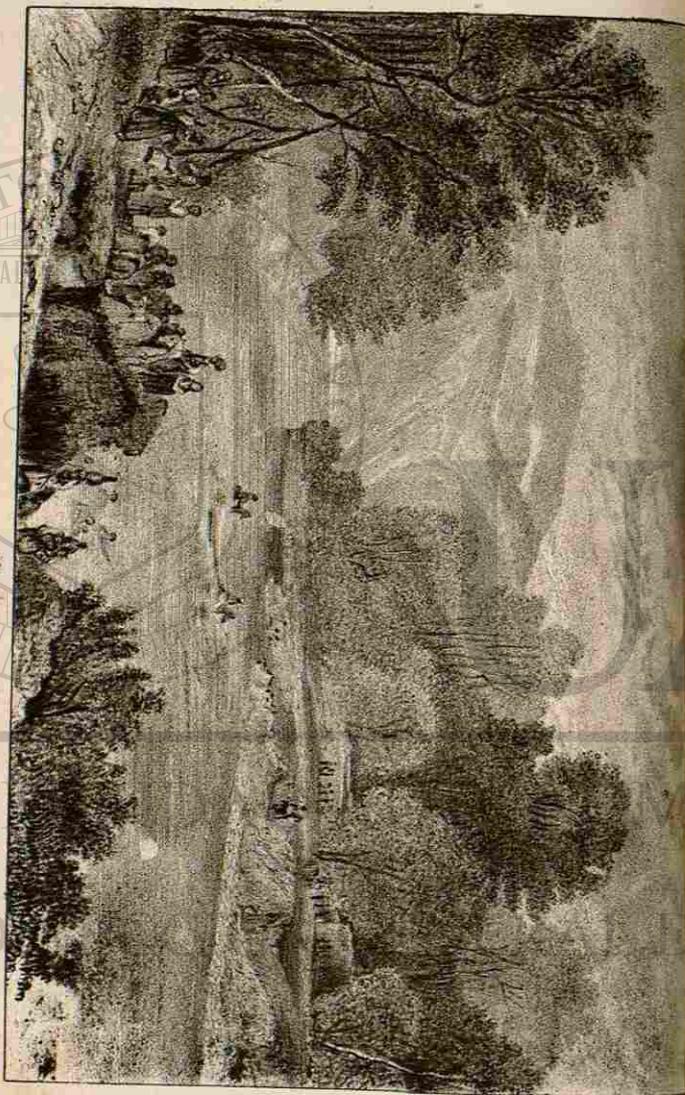
Así se verificó, pues á poco rato descubrimos á nuestra espalda y á las orillas del Jordan como unos treinta árabes que estaban en acecho. Hicimos ir delante á nuestra *infantería*, que eran los seis betlemitas, y cubrimos la retaguardia con nuestra *caballería*, llevando el *bagage* en medio; pero el borricuelo era lerdo y solo andaba á fuerza de pálos. El caballo del dragoman metió el pié en un abispero, y las abispas irritadas se tiraron á él, con lo que furioso el caballo se dió á correr con gran miedo del pobre Miguel, que daba espantosos gritos; Juan, aunque griego, hacia del valiente, y Ali lo era como un genizaro de Mahometo II. Pero Julian de nada se admiraba, pues habia recorrido gran parte del mundo sin siquiera mirarlo, porque siempre se creía en la calle de San Honorato de Paris; y con el mayor sosiego, y llevando su caballo al paso me decia: „Pero, señor, ¿no hay justicia en esta tierra que contenga á estos bribones?” Despues que los árabes nos estuvieron mirando mucho tiempo,

hicieron alguna arremetida hácia nosotros, y luego se escondieron entre los matorrales de la orilla del rio; y sin duda, como dijo Alí, porque creyeron que éramos soldados cristianos. Con esto llegamos sin daño alguno á Jericó.

La historia del Jordan es la misma de la Tierra Santa, pues reúne en sí todo lo mas memorable de ese pais predilecto del cielo. Moisés reunido con los ancianos del pueblo, manda á los israelitas que cuando hayan pasado el Jordan y entrado en el pais que les ha ofrecido el cielo, levanten al momento un altar en señal de su reconocimiento. Después de la muerte de Moisés atravesó Josué el rio cuyas aguas suspendieron milagrosamente su curso abriendo paso á los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza. Las orillas del Jordan nos recuerdan también la marcha de David hácia la capital de su reino cuando hubo vencido á Absalon: pero ciertamente que sus mas tiernos recuerdos son los que hacen relacion con la predicacion del Precursor y con el bautismo de Jesucristo. Este pasó muchas veces el Jordan, se detuvo no pocas en sus orillas, y aumentó grandemente su celebridad.

Michaud en su correspondencia de Oriente nos da detalles curiosos sobre las ceremonias religiosas que practican los cristianos y los griegos en las orillas del Jordan, completando de esta suerte el cuadro que Chateaubriand no ha hecho mas que diseñar.

El Jordan cuando se echa al mar Muerto, ensancha su madre y es poco profundo; sus orillas están entonces



cuiertas de lodo y de cañaverales; los ánades salvajes se solazan junto á la embocadura, mientras serpentea el río por entre una doble línea de sauces y de cañas. Cuando las piadosas caravanas acuden allá deseosas de visitar el sitio en que Jesucristo recibió el bautismo, tienen que temer incesantemente á las bandas de beduinos, mas aún que á las mismas fieras del desierto. Apenas han llegado los peregrinos, cuando se desnudan, y dando gritos de alegría se meten en el río. Los cristianos se zambullen por tres veces en el agua sagrada, persignándose continuamente, mientras que los sacerdotes griegos derraman el agua bautismal sobre la cabeza de muchos peregrinos. Los griegos beben del río tanta agua como pueden, y se bañan con una alegría religiosa. Purificando su cuerpo, creen también purificar su alma; según su opinión, se lleva el río todas las manchas, de modo que al salir del Jordán ve cada peregrino abrirse para sí las puertas del cielo.

Arrancan además ramas de saúce en memoria de su peregrinación, y hacen buena provisión de agua en sacos de cuero.

Si el torrente de Cedron, ó de la tristeza, debe gemir deslizándose, no asimismo el Jordán, pues cada murmullo de sus aguas es una armonía. Este lugar fué reputado santo entre los cristianos primitivos, y los fieles acudían allá de países los mas lejanos para regenerar su fé. Durante la edad media, ¡cuántos cristianos del Occidente no han ido á visitar sus orillas! Cha-

teaubriand escogió este sitio para la escena del bautismo de Cimodocea, la heroína de los Mártires.

El tierno Lamartine bajó también por las umbrosas vertientes del monte Thabor, atravesó una llanura amarillenta, poco fértil, y descubrió al fin el inmenso valle del Jordán y los primeros reflejos azulados del hermoso lago de Genezareth ó sea del mar de Galilea.

Pronto, dice, el río se desplegó entero á nuestra vista, rodeado de todas partes, excepto del Mediodía, de un anfiteatro de altas montañas pardas y negras: á su estremidad meridional, casi debajo de nuestros piés, se abre el valle para dar salida al río de los profetas, al río del evangelio, al Jordán!

Este pasa murmurando por debajo de las arruinadas arcadas de un puente de arquitectura romana. Allí nos dirigimos por un declive rápido y peñoso, para saludar sus aguas consagradas con los recuerdos mas sublimes. En pocos minutos llegamos á sus orillas, nos apeamos, nos lavamos la cabeza, los piés y las manos, y clavamos los ojos en sus aguas azules como las del Ródano cuando se separa del lago de Ginebra. En este sitio, que es sin duda la mitad de su carrera, no sería el Jordán digno de llamarse río en un país mas vasto, pero sin embargo es mayor que el Eurotas y que muchos otros ríos cuyos nombres fabulosos ó históricos oímos desde nuestra infancia y nos presentan una imagen de fuerza, de abundancia y de rapidez que la vista de la realidad destruye. El mismo Jordán no es mas que un torrente, si bien que á fines de un oto-

ño poco lluvioso serpentea por un lecho de cien piés de ancho con dos ó tres de profundidad, y nos ofrece una agua tan clara y transparente que permite contar los guijarros que en su fondo se encuentran. Bebí en el hueco de mi mano de esas aguas que tantos poetas divinos habían bebido ántes que yo, y la encontré dulce y de un sabor muy agradable.

Ni mas ni ménos que los demas viageros que al través de tantas fatigas, distancias y peligros, van á visitar en su abandono ese rio que en otro tiempo era rey, llené de sus aguas varias botellas para traerlas á algunos amigos ménos felices que yo, y guardé los guijarros que pude reunir en sus orillas. ¿Por qué no llevé tambien conmigo el nùmen santo y profético que inspiraba en otro tiempo, y sobre todo esa pureza de ánimo y de corazon que le es peculiar desde que bañó la frente del mas puro y mas santo hijo de los hombres?

No queremos privar á los lectores de las sensaciones que inspira el siguiente trozo del viage de Lamartine al mar Muerto (*).

Continuando nuestro viage, añade despues Lamartine, dirigiéndonos hácia las mas altas montañas de la Arabia Petrea, viendo y perdiendo de vista alternativamente al Jordan segun las sinuosidades de su curso, nos acercamos al mar Muerto. Al llegar á él se

(*) Parecerá extraño que en Chateaubriand aparezcan tan tristes y terribles el Jordan y el mar Muerto, al paso que á Lamartine le han parecido en cierta manera agradables; pero esto depende en alguna parte del estado moral de los viageros y mayormente de la estacion y de los sitios diversos en que observaron los objetos.

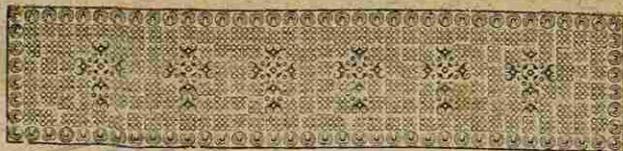
disminuyen las undulaciones del terreno, que se inclina insensiblemente; la arena es esponjosa, y los caballos que se hunden á cada paso, adelantan con trabajo. Cuando por fin llegamos á ver la reverberacion de las olas, no pudimos contenernos y nos pusimos á galopar para arrojarnos en las aguas que brillaban como plomo fundido. Yo llegué primero gracias á mi caballo turcomano; mas á treinta ó cuarenta pasos de la orilla, el suelo de arena y tierra está tan húmedo y cenagoso que mi caballo se sumia hasta el vientre, y temí quedar allí sepultado: volví atrás, y echándome á pié me acerqué á la orilla. Muchos viageros han descrito al mar Muerto: no he investigado ni el peso específico de sus aguas, ni su cantidad relativa de sal, porque mi viage no era crítico, ni científico, y solo lo visité porque estaba en el camino que yo seguia, por estar en el centro de un desierto famoso, y por ser famoso tambien este mar que se tragó las ciudades que ocupaban otro tiempo el lugar en que hoy se extienden sus inmóviles olas. A oriente y occidente son planas sus orillas; al norte y sur lo limitan las altas montañas de Arabia y de Judea que bajan casi hasta sus aguas. Están completamente desiertas sus riberas, y el aire está infestado y es enfermizo. Yo mismo sentí su influencia los dias que estuve en este desierto, experimentando gran pesadez de cabeza y un estado febril mientras estuve en aquella atmósfera. A pesar de no verse en él ni una isla, con todo, al ponerse el sol, creí distinguir desde un montecillo de arena, dos cerca del

horizonte del rumbo de Idumea. En esta parte, tiene el mar como treinta leguas de largo, y los árabes no se atreven á seguir tan léjos sus riberas. Ningun viagero ha navegado al rededor del mar Muerto, y nosotros somos los primeros que hemos podido verlo libremente por tres lados; y si hubiéramos tenido mas tiempo, hubiéramos mandado traer tablas de abeto del Líbano, de Jerusalem ó de Jaffa, y hecho una chalupa para recorrer pacíficamente las costas de este mediterráneo maravilloso.

El aspecto del mar Muerto no es triste ni funesto sino para el pensamiento. A la vista es un lago deslumbrante, cuya superficie inmensa y plateada refleja la luz y el cielo como un cristal de Venecia: los montes echan sus sombras hasta sus orillas. Se dice que no hay pescados en su seno ni pájaros en sus riberas: nada sé yo de esto: no llegué á ver ni la procelaria, ni la gaviota, ni aquellos hermosos pájaros blancos semejantes á las palomas marinas que siempre nadan en las olas del mar de Siria y acompañan á los barquichuelos en el Bosforo; pero á algunos centenares de pasos del mar Muerto maté pájaros semejantes á los patos salvajes que se alzaban de los bordes cenagosos del Jordan. Tampoco vi aquellas ruinas de las ciudades tragadas que se ven, segun dicen, á poca profundidad debajo del agua, aunque los árabes que me acompañaban me aseguraron que se distinguían á veces. Largo tiempo caminé por las orillas de este mar, ya del lado de Arabia donde desemboca el Jordan, ya del lado de los

montes de Judea donde se elevan las playas y presentan la forma de los pequeños médanos del oceano. La superficie ofrece por todas partes el mismo aspecto, color azul, brillo é inmovilidad. Los hombres conservan la facultad que Dios les dió de poner nombres á las cosas. Es hermoso este mar, el centellea é inunda con el reflejo de sus aguas el inmenso desierto que cubre en parte, llama la atencion, y agita el pensamiento, pero está muerto: allí no hay movimiento ni ruido: sus olas demasiado pesadas para el viento no se trasforman en oleadas sonoras, y sus espumas blancas nunca juegan con las guijas de sus orillas: es en suma un mar petrificado.





CAPÍTULO XXVIII.

JERICÓ.

EL abate Mariti ha reunido con mucho acierto las noticias históricas pertenecientes á esta ciudad, y ha hablado de sus producciones, y del modo de sacar el aceite del Sacon (*). Tambien es sabido que en las cercanías de Jericó hay una fuente cuyas aguas eran salobres, y Eliseo con un milagro las volvió dulces. Esta fuente está situada dos millas mas abajo de la ciudad,

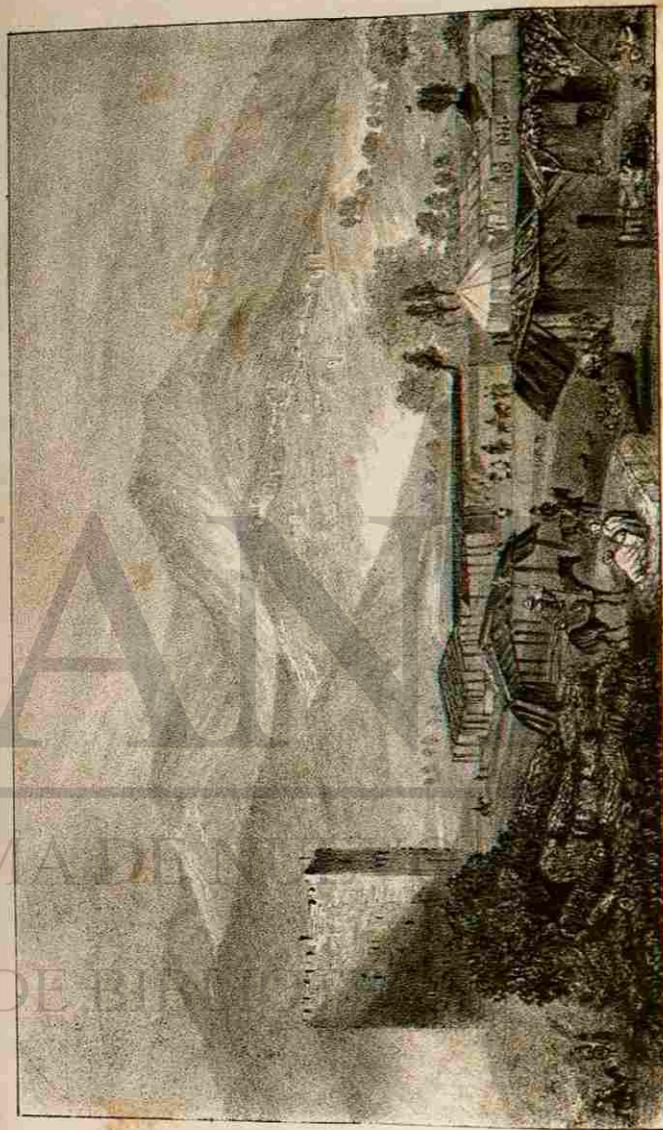
(*) Asi habla de estos árboles el Devoto Peregrino. „Tambien hay por las riberas del Jordan y campos de Jericó, unos árboles que son muy espinosos, y se llaman Sacon: la fruta que llevan son unas como aceitunas, de las cuales sale un aceite como un licor, tan maravilloso, que es mucho mejor que el finísimo bálsamo.”

al pié del monte llamado *de la Cuarentena*, por haber estado en él nuestro Señor Jesucristo orando y ayudando cuarenta dias. Se divide la fuente en dos brazos, y en sus orillas hay algunas huertas y bosquecillos de acacias, que son las que dan el bálsamo de Judea y algunos arbustos, cuyas hojas se parecen al lilas, pero cuya flor no pude ver: una de estas acacias muy vieja hace sombra á la fuente, y otro árbol que está mas abajo, encorvándose sobre el arroyo, forma un puente natural. Ya no hay rosas ni palmeras en Jericó.

He dicho que Ali-Agá era natural de la aldea de Rihha ó Jericó, y que era tambien su gobernador. Me llevó, pues, á sus estados donde sus vasallos me recibieron muy bien, y él quiso que yo entrase en un caseron viejo que él llamaba su palacio; pero me rehusé á semejante honor, y preferí comer junto á la fuente de Eliseo, que hoy se llama la fuente del rey. Pasando por la aldea vimos á un árabe joven que estaba sentado solo, y tenia plumas en la cabeza y adornos como de dia de fiesta. Cuantos pasaban delante de él se paraban á besarle en la frente y en los carrillos: me dijeron que era un novio. Sesteamos, pues, en la fuente de Eliseo: degollaron un cordero, y lo asaron entero en una gran hoguera. Dispuesto el banquete nos sentamos á la redonda, y cada uno partió con las manos lo que quiso comer. Me gustaba recordar en estos usos las costumbres de los antiguos tiempos, y hallar en los descendientes de Ismael la memoria de Abraham y de Jacob.

A la estremidad del mar Muerto donde va á echarse el Cedron, es decir, á algunas leguas de Jerusalem, el viagero encuentra la antigua ciudad de Jericó, célebre en los libros santos y cuyo nombre significa *luna*, porque su construccion figuraba una media luna, ó porque en ella se adoraba este astro. Está situada en una grande llanura que lleva su nombre, y la bañan hermosas fuentes á par que la rodean muchísimos árboles.

Fué la primera conquista de los israelitas á esta parte del Jordan. Josué, que mandaba el ejército, envió allí espías que fueron recibidos y ocultados por Rahab, cuya fé en el Dios de Israel le salvó con toda su familia. Era poblacion considerable, bien fortificada, y residencia de un rey cananeo. Pero los israelitas se apoderaron de ella de un modo milagroso, pues bastó á todo el ejército dar durante siete dias una vuelta á la ciudad, llevando por delante el arca de la alianza, y las murallas, cuya altura era extraordinaria, cayeron por sí mismas al sonido de las trompetas. Entonces penetraron por todas partes los israelitas y acabaron con la ciudad y sus habitantes, á escepcion de la casa de Rahab que fué declarada asilo inviolable. Josué lanzó un anatema contra cuantos quisiesen reedificarla, y solo quedaron en pié algunas habitaciones. Un idólatra quiso contravenir á este anatema bajo el reinado de Acab, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, y unos tras otros murieron sus hijos durante esta construccion temeraria. Elias y Eliseo han dado otra celebridad á esta poblacion, pues el primero salió de ella para subir



Jericó.



en un carro de fuego; y el segundo hizo en ella un gran milagro, convirtiendo en agua buena la de una fuente que era malísima.

En tiempo de los Macabeos, Jericó fué ocupada por el general del ejército de Demetrio, quien construyó en ella una buena ciudadela. Los últimos reyes de Judá se complacieron en adornarla con hermosos edificios, y Herodes el Grande fijó en ella su morada, habitando un magnífico palacio. En tiempo de Tito fué destruida Jericó, pero posteriormente Adriano la reedificó por tercera vez, de manera que en tiempo de San Gerónimo era de nuevo considerable. Habiéndose apoderado los franceses de la Palestina, el rey de Jerusalem entregó su dominio á la iglesia del Santo Sepulcro, pero con el tiempo pasó á ser propiedad de las religiosas de Betania.

Jericó es asimismo célebre porque en ella se recogía el bálsamo de Judea tan decantado, así como sus famosísimas rosas. El historiador de los judíos, Josefo, nos hace una pintura brillante de la fertilidad de Jericó que debía ser grande en su tiempo: veamos como la describe Michaud tal como es hoy día:

La pequeña ciudad de Jericó de los árabes, está rodeada de sicómoros, de plantas de las cuales se recoge el bálsamo; y de nopales espinosos que sirven de vallado á los campos y jardines; algunos trechos de tierra están sembrados de cebada y de trigo, y no se ve una sola palmera en los lugares donde se elevaba la población á la cual dió Moises el nombre de la ciudad de las

palmas. Jericó ha perdido también sus rosas que han dado lugar á tan maravillosas narraciones; pero en cambio se encuentran tres clases de árboles frutales que en vano se buscarán en otras partes, entre ellos una especie de ciruelo. La mayor parte de los rosarios que se venden en Jerusalén son hechos con huesos de sus frutas, las cuales además dan un aceite vulnerario, sobremanera apreciado en el país.

Oigase lo que dice Plinio del bálsamo de Judea.

El bálsamo dá el mas grato de todos los olores: el único país que lo produce es la Judea. En otro tiempo se cultivaba solo en dos jardines, uno de la estension de veinte yugadas, y el otro aun menor: ambos pertenecian al rey. Los emperadores Tito y Vespasiano lo mostraron en Roma, y ¡cosa admirable! desde el tiempo de Pompeyo el Grande, fueron llevados en triunfo. Hoy el árbol del bálsamo es esclavo, y él y la nación pagan tributo. Los judíos en su cólera quisieron destruirlo, así como pretendieron destruirse á sí mismos; pero lo impidieron los romanos, de modo que hubo refriegas por un arbusto. Ahora el bálsamo es una propiedad imperial... Sus ramas son mas gruesas que las del mirto. Se les hacen incisiones con vidrio, con piedra ó con hueso afilado, porque si les hiriera el hierro se secarian, á pesar de que se les pueden arrancar las partes superfluas. El que hace la incision no debe pasar mas allá de la corteza.

Los árabes, en cuantas partes los he visto, en Judea, en Egipto, y aun en Berbería, mas bien me han

parecido altos que bajos. Su aire es varonil: son bien formados y ligeros: tienen la cabeza ovalada, la frente espaciosa y arqueada, la nariz aguileña y la mirada amorosa y tierna. Si tuviesen siempre la boca cerrada no se conoceria su agreste ferocidad; pero al hablar se oye un acento áspero y duro, y asoman unos dientes muy largos y blancos, semejantes á los de la onza y del chacal; y en esto se diferencian de los salvajes de América, cuya mirada es feroz, y su acento muy suave.

Las mugeres árabes son mas altas á proporcion que los hombres. Su aire es noble, y en sus hermosas facciones, la belleza de sus formas y el arreglo de sus velos, recuerdan algo las estatuas de las musas y de las sacerdotisas antiguas. Pero á veces estas hermosas estatuas están cubiertas de andrajos, de modo que sus perfectas formas se hallan degradadas por la miseria, la suciedad y sus penosos trabajos. Así, pues, para verlas cual las acabo de pintar, deben mirarse desde algo lejos, atendiendo solamente al todo.

La mayor parte de los árabes llevan una túnica atada á la cintura con un ceñidor. Unas veces sacan un brazo de la manga de esta túnica, y entonces están vestidos al modo antiguo: otras se embozan en una manta de lana blanca que les sirve de toga, de manto ó de velo, según que se la rodean al cuerpo, la dejan caer de las espaldas ó la envuelven en la cabeza. Andan descalzos. Llevan por armas un puñal, una lanza ó un fusil muy largo. Las tribus viajan en caravanas: los ca-

mellos van en fila. El primero de ellos va atado con una sogá al cuello de un asno que sirve á todos de guía, y por lo mismo no lleva carga alguna y se le trata muy bien: las tribus ricas adornan sus camellos con guarniciones, banderolás y plumas.

Las yeguas son tratadas con mas ó ménos honor, segun su noble raza, pero siempre duramente. Jamas ponen los caballos á la sombra: los dejan espuestos á toda la fuerza del sol, atados á una estaca de los cuatro piés, de modo que no pueden moverse: jamas les quitan la silla: por lo comun en todo el dia no les dan mas que una sola vez de beber y un poco de cebada para pasto. Este trato tan duro no los mata, ántes bien los hace sóbrios, sufridos y ligeros. Muchas veces he admirado al caballo árabe atado de este modo en un ardiente arenal, desgñada la crin, caída la cabeza entre sus manos para hallar un poco de sombra, y mirando de lado á su amo. Pero ¿le quitais las trabas? le montais? *Se estremece, hierve, trágase la tierra: suena el clarín, y dice vamos: y reconocereis al caballo de Job.*

Cuanto se refiere de la inclinacion de los árabes á oír cuentos es verdadero, y citaré un caso. La noche que pasamos en las orillas del mar Muerto, mis betlemitas formaron corro al rededor de la lumbre, dejando caidos sus fusiles al lado; y los caballos atados á las estacas formaban otro cerco hácia á fuera. Despues de haber tomado el café y charlado mucho todos juntos, callaron de pronto ménos el xeque. A la luz que

daba la lumbre observaba yo sus espresivos gestos, su barba negra, sus dientes blancos y las diversas formas que daba á su ropa, siguiendo siempre en hablar. Sus compañeros le escuchaban con suma atencion, unas veces inclinados hácia adelante con la cara casi en el fuego, y otras dando un grito de admiracion, ó remediando con énfasis los gestos que hacia el que contaba: algunas cabezas de caballos que salian por encima del corro y entre las sombras, acababan de dar á este cuadro el carácter mas pintoresco, principalmente añadiendo parte del paisaje del mar Muerto y de las montañas de Judea.

Si con el mayor interes habia yo estudiado á las naciones salvages de América en las orillas de sus lagos, ¡cuán diferente casta de salvages no contemplaba aquí! Tenia á la vista á los descendientes de la familia primitiva de los hombres: los veia con las mismas costumbres que conservaron desde el tiempo de Agar y de Ismael, en el mismo desierto que les señaló el Señor por herencia. Los encontraba en el valle del Jordán, á los piés de los montes de Samaria, en los caminos de Hebron, en los parages en donde la voz de Josué detuvo el sol, en los campos de Gomorra que humean aún con la cólera de Jehovah y que despues consolaron las misericordiosas maravillas de Jesucristo.

Lo que principalmente diferencia á los árabes de los pueblos del Nuevo-Mundo, es que entre la rusticidad de los primeros se halla alguna finura en sus costumbres: se conoce que han nacido en aquel oriente don-

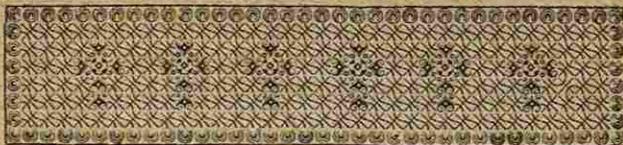
de tuvieron su origen todas las artes, todas las ciencias y todas las religiones. Oculto á las estremidades del Occidente, en un país apartado del universo, el canadiense habita en valles sombríos, poblados de eternos bosques y regados con inmensos rios: el árabe arrojado, por decirlo así, en el gran camino del mundo, entre el Africa y el Asia, vaga por las brillantes regiones de la aurora, en un terreno sin árboles y sin agua. Entre las tribus de los descendientes de Ismael se necesitan amos y criados, animales domésticos, una libertad sujeta á leyes. Entre las hordas americanas, el hombre se halla aun enteramente solo con su feroz y cruel independencia: en lugar de una manta de lana, tiene una piel de oso: en lugar de una lanza, la flecha; de un puñal, una clava: no conoce ni estima el dátíl, la sandía, la leche de camello: en sus festines quiere carne y sangre. No tegió el pelo de la cabra para fabricarse una tienda de campaña donde guarecerse: el olmo que se cae de puro viejo, le dá su corteza para su choza. No domó al caballo para perseguir á la gacela, pues él mismo alcanza al arce en la carrera. No pertenece por su origen á las grandes naciones civilizadas: no se encuentra el nombre de sus abuelos en los fastos de los imperios: los contemporáneos de sus antepasados son las encinas viejas, que aun se tienen en pié. Monumentos de la naturaleza, y no de la historia, los sepulcros de sus padres se hallan en desconocidos bosques. En una palabra, todo manifiesta en el salvaje americano que aun no ha llegado a

estado de civilizacion; y en el árabe que es el hombre civilizado que ha retrocedido al estado salvaje.

Partimos de la fuente de Eliseo el día 6, á las tres de la tarde para volvernos á Jerusalem. Dejamos á la derecha el monte de la *Cuarentena* que se eleva sobre Jericó, precisamente delante del monte Abarim, desde donde Moyses ántes de morir vió la tierra de promision. Cuando entramos en los montes de Judea vimos los restos de un acueducto romano. El camino que llevábamos en aquel monte era ancho, y á veces estaba empedrado; tal vez es camino de los romanos. Pasamos al pié de un monte donde ántes habia un castillo gótico que defendia y cerraba el camino. De aquí bajamos á un valle negro y hondo, llamado en hebreo Adommin, ó valle de sangre. Habia aquí una pequeña ciudad de la tribu de Judá, y en este parage solitario fué donde el samaritano socorrió al caminante que estaba herido. Allí nos encontramos con la caballería del bajá, que iba á hacer al otro lado del Jordan la expedicion de que luego hablaré. Por fortuna, la obscuridad de la noche nos libertó de que nos viese tan mala soldadesca.

Pasamos por Bahurim, donde David huyendo de Absalon fué apedreado por Semei. Un poco mas lejos nos apeamos en la fuente donde Jesucristo acostumbraba descansar con los apóstoles cuando venia de Jericó. Comenzamos á subir el monte de las Olivas: pasamos por el lugar de Bethania, donde se enseñan las ruinas de la casa de Marta, y el sepulcro de Lá-

zaro. Despues bajamos del monte de las Olivas que domina á Jerusalem, y pasamos el arroyo Cedron en el valle de Josafat. Fuimos por una senda que da vuelta al pié del templo, y sube luego al monte Sion, á la puerta de los Peregrinos, dando para ello una vuelta entera á la ciudad. Ya era la media noche, y Ali-Agá hizo abrir. Los seis árabes se volvieron á Belen, y nosotros nos fuimos al convento, donde ya habian corrido muchas malas noticias, diciendo que nos habian muerto los árabes ó la caballería del bajá; y ya me acusaban de haber emprendido este viage con tan poca escolta, lo que atribuian al carácter imprudente de los franceses. Lo que despues sucedió manifiesta, no obstante, que si yo no hubiese tomado este partido, y aprovechado las primeras horas de mi llegada á Jerusalem, jamas hubiera podido llegar al Jordan.



SUPLEMENTO DEL TOMO PRIMERO. (*)

CAPÍTULO XXIX.

MOAB É IDUMEA.

„**L**a muralla de Moab dió por tierra durante la noche, y por eso enmudeció.

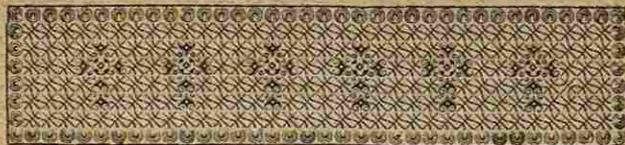
„Hesebon y Elealé darán grandes gritos, y sus voces se oirán hasta Josa.

„Oiránse los gritos de Moab hasta sus confines. Llegarán sus quejas hasta Galim, y sus alaridos resonarán aun en los pozos de Elim.

„Las aguas de Dibon se llenarán de sangre, porque aumentaré el dolor en Dibon. Si hay alguno en Moab

(*) Está tomada de la obra titulada *Jesucristo en presencia del siglo*, por Boselly.

zaro. Despues bajamos del monte de las Olivas que domina á Jerusalem, y pasamos el arroyo Cedron en el valle de Josafat. Fuimos por una senda que da vuelta al pié del templo, y sube luego al monte Sion, á la puerta de los Peregrinos, dando para ello una vuelta entera á la ciudad. Ya era la media noche, y Ali-Agá hizo abrir. Los seis árabes se volvieron á Belen, y nosotros nos fuimos al convento, donde ya habian corrido muchas malas noticias, diciendo que nos habian muerto los árabes ó la caballería del bajá; y ya me acusaban de haber emprendido este viage con tan poca escolta, lo que atribuian al carácter imprudente de los franceses. Lo que despues sucedió manifiesta, no obstante, que si yo no hubiese tomado este partido, y aprovechado las primeras horas de mi llegada á Jerusalem, jamas hubiera podido llegar al Jordan.



SUPLEMENTO DEL TOMO PRIMERO. (*)

CAPÍTULO XXIX.

MOAB É IDUMEA.

„**L**a muralla de Moab dió por tierra durante la noche, y por eso enmudeció.

„Hesebon y Elealé darán grandes gritos, y sus voces se oirán hasta Josa.

„Oiránse los gritos de Moab hasta sus confines. Llegarán sus quejas hasta Galim, y sus alaridos resonarán aun en los pozos de Elim.

„Las aguas de Dibon se llenarán de sangre, porque aumentaré el dolor en Dibon. Si hay alguno en Moab

(*) Está tomada de la obra titulada *Jesucristo en presencia del siglo*, por Boselly.

que piense salvarse huyendo, yo enviaré contra él un leon (Nabucodonosor) y el resto de la tierra.

„Y entónces las hijas de Moab estarán en el paso de Arnon como pájaro espantado, y como los pajarillos que se vuelan del nido.

„Hemos visto la soberbia de Moab, es demasiado soberbio: su altivez, insolencia y furor son mayores que su poder.

„Por lo tanto Moab chocará contra Moab: su gemido será uniforme. Anunciadles á esos que se ensoberbecen con sus murallas de ladrillo, las llagas de que se verán cubiertos.

„Porque el campo de Hesebon está desierto, los príncipes de las naciones han arruinado la viña (la provincia) de Sabama. Sus ramas llegaron hasta Jazer; han recorrido el desierto; lo que restaba de su retoño pasó mas allá del mar. Mezclaré mis llantos con los lamentos de Jazer por la viña de Sabama. Hesebon y Elealé, yo os rociaré con nuestras lágrimas, porque desde el medio de vuestras viñas y de vuestras mieses se levantó la voz del enemigo que las destruye.

„Por esto desaparecerán el gozo y alegría de las mas fértiles campiñas, los cantares de regocijo y fiesta no resonarán ya entre los pámpanos; no se estrujarán mas los racimos en la prensa. Haré que enmudezcan las voces de los vendimiadores.

„Aroer está del todo abandonado, harán en él los animales sus cavernas sin que nadie se lo impida.

„Caerán, jó Moab! ¡tus murallas soberbias! el Señor las demolerá, y él las hará polvos.

„Estas son las palabras que mucho tiempo ha dirigió el Señor á Moab (por boca de Amos).

„Mas ve aquí lo que dice el Señor: En tres años que se contarán como los días de un jornalero, se destruirá la gloria de Moab, así como su numerosa población; le quedarán muy pocos hombres, y este resto será muy débil.”

Pasemos la vista por el relato de los que han explorado este pais.—El pais de Moab, situado al este del Jordán y del lago Asfaltites, presenta el aspecto mas triste. El suelo está muchas veces descubierto, casi siempre árido. Únicamente algunos matorrales de higueras espinosas ofrecen alguna sombra. La tierra árida, pero fuerte y vigorosa, justifica todavía lo que decia el profeta en cuanto á la feracidad de Hesebon. Los capitanes Irby é Mangles dicen que un grano de trigo de Hesebon pesa mas que dos de Europa, que la espiga contiene mas del doble de granos. Y por un destino singular esta tierra tan fértil desfallece despreciada, se halla sin cultura. Es notoria la riqueza antigua de tal pais segun lo manifiestan las ruinas esparcidas. En ninguna parte se hallan vestigios de tantas moradas. Un solo viagero, Burckardt ha contado hasta cincuenta sitios de ciudades destruidas. Seetzen y los mas sabios geógrafos están de acuerdo sobre el cálculo aproximado que se forma de su población. La degradacion violenta ó casual de estas ciudades toma en razon de su

multitud un carácter especial, y Volney, por esto mismo, confirió á esta region el título de *ciudades arruinadas*. No debemos olvidar sobre todo que conservando estas ciudades sus antiguos nombres, permanecen como pruebas evidentes de la verdad de las profecías hechas sobre cada una de ellas. Los vestigios de Medaba cubren un circuito de casi dos millas. Se conservan en Hesban (Hesebon) fragmentos de los templos, columnas mutiladas, los abrevaderos, y las piedras de muchos pozos, abiertos en la roca. Rabba, en otro tiempo residencia de los reyes de Moab, oculta bajo sus escombros una área cuya estension indica lo que fué su pasada gloria. ¡Las ruinas de Elealé, de Hesebon, Metron, Medaba, Dibon y Aroer, dice Burkardt, están allí aún, para hacer que sobresalga la verdad de la historia de los hijos de Israel! Algunas familias árabes habitan las alturas inmediatas; temerosas de las hordas enemigas, se han huído y viven en lo alto de las rocas, segun aquellas palabras del Señor: „Y entonces las hijas de Moab estarán en el paso de Arnon como pájaro espantado, y como los pajarillos que se vuelan del nido.” Son poco numerosas y miserables, porque se dijo: „Se destruirá la gloria de Moab, así como su numerosa poblacion; le quedarán muy pocos hombres, y este resto será muy débil.”

Profecía sobre Idumea.

„Toda empapada en sangre, está mi espada en lo alto

del cielo. Descenderá sobre Idumea y sobre el pueblo que ha de trasformarse en monumento de mi justicia.

„Subsistirá su desolacion en todas las castas, y nadie pasará por ella en la serie de los venideros siglos. La abandonarán al pelicano y al erizo; será la morada de los cuervos y mochuelos. Estenderá Dios el cordel sobre ella para destruirla; sus ruinas quedarán al nivel.

„Jamás habrá en Idumea príncipes, nunca se restablecerá un reino; todos sus gefes acabarán.

„Los espinos y ortigas crecerán en sus palacios hasta cubrirlos, crecerán en sus ciudadelas los zarzales; se verán allí rastrear serpientes, oírse cantar á la zumaya.

„Los buitres y las hienas se reclamarán unas á otras; se retirarán allí, y descansarán en paz las aves nocturnas.

„Allí hará su cueva el erizo y alimentará sus hijuelos; crecerán á la sombra de su caverna; los milanos se reunirán á bandadas.”

¡Infeliz region! Jeremías se levanta estremecido.

A la Idumea. Esto es lo que dice el Señor de los ejércitos: „Huid, salvaos del furor de vuestros enemigos, descended á las grietas más profundas de la tierra, moradores de Dedan, porque yo hice viniere sobre Esaú el día de su destruccion, el tiempo de su juicio....”

„Porque juré por mí mismo, dice el Señor, que Bosra quedará desierta, y vendrá á ser el blanco de los insultos y maldicion de los hombres, y que se verán reducidas todas sus ciudades á soledad eterna....”

„Vuestra insolencia y soberbia os ha seducido, á vo-

sotros los que habitais en los huecos de las peñas, y que procurais subir á las cimas de las montañas; aunque levanteis vuestro nido mas alto que el de las águilas, no por eso dejaré yo de tiraros abajo.

„Y quedará desierta la Idumea, y el que atraviere sus tierras se llenará de admiracion, y silbará viendo el estado de sus llagas.

„Será destruida como lo han sido Sodoma y Gomorra con las ciudades vecinas, dice el Señor; y no habrá nadie que se quede en ella; ni hombres para morar allí.

„Al rumor de su ruina se conmovió la tierra: hasta el mar Rojo llegaron sus voces y clamores.

„He aquí que vendrá, y estendidas sus alas, levantará el vuelo como águila, y se echará sobre Bosra; y el corazon de los valientes de la Idumea será en aquel dia como corazon de muger que está de parto.

„La floreciente Idumea está sin remedio condenada; llegó su hora fatal; el último de los profetas suscitados en Israel, Malaquías, vuelve tambien la mano contra Edom.

„Yo reduje á una soledad las montañas de Esaú, y yo abandoné su herencia á las serpientes del desierto. En el caso de que diga Edom: Hemos nosotros sido destruidos, pero á nuestra vuelta nosotros volveremos á edificar lo destruido; he aquí lo que dice el Señor de los ejércitos: Ellos edificarán y yo demoleré, y se llamará su pais, tierra de impiedad.”

Nunca tal vez se vió tan claramente cumplida una

profecía, como lo demuestra este pais singular. Se ha verificado cada circunstancia de por sí en el acontecimiento, se confirmó por la historia, y la certificaron los mismos incrédulos.--La corta porcion de idumeos que habian escapado de la matanza que hizo Nabucodonosor, se estendió insensiblemente por el Mediodia de la Judea; de modo que los judíos, á vuelta de su cautiverio, los hallaron hechos dueños de casi toda la region meridional de Judá, desde Hebron hácia la Arabia. Excitó su prosperidad floreciente á los Israelitas, que se acordaron de las amenazas hechas á esta nacion. Entónces fué cuando respondió el Señor por boca de Malaquías: „Yo reduje á soledad las montañas de Esaú, y yo abandoné su herencia á las serpientes del desierto.”--Aunque les preservó la vida Antiocho Epifanes, cuando maltrató á los judíos, nunca en efecto pudieron llegar á ser libres ni proclamar un rey de su nacion. Siempre se vieron dominados por los reyes de Egipto y Siria; en fin, para que mejor se cumplieran las antiguas profecías, cayeron bajo la dominacion judía.--Judas Macabeo los atacó y batió en mas de un encuentro. Juan Hircano acabó de subyugarlos, forzándolos á circuncidarse despues de haberlos obligado á someterse, y quedaron bajo su dependencia nada ménos que hasta la ruina y la dispersion judía. Josefo refiere que corrieron á las armas en el último sitio de Jerusalem para defender esta ciudad, considerada por ellos como la metrópoli de toda la descendencia de Abraham.

Oigamos por ahora lo que dice Volney, viagero de quien ya hemos hablado. Ningun viagero, dice, visitó este país, aunque merece serlo. Según lo que oí decir á los árabes de Bahir y á las gentes de Gaza, etc., hay al sud-este del lago Asphaltites, en el terreno como de tres jornadas, mas de treinta ciudades arruinadas, absolutamente desiertas, y de las que los árabes se sirven para encerrar sus ganados, aunque muchas veces se guardan de hacerlo por los enormes escorpiones en que abundan estos parages. La venganza del Señor ha marcado este país con un castigo eterno. Reinan allí la despoblacion, la ruina, el peligro y el espanto. El demonio meridiano se burla de las ruinas ignoradas, se complace al ver los escombros á trechos teñidos de sangre del extranjero, del peregrino, y donde los feroces hijos de Esaú entierran su botin, y se dividen los despojos. Desgraciado del que se meta en la region maldita; el suelo que pisa le hace traicion; la pisada del camello estampada en la arena hace venir por el rastro leopardos con rostro humano. Ningun rescate puede ofrecerse por él, ni misericordia que implorar, porque se halla en una tierra que „se llamará tierra de impiedad.”

Por esto mismo los de á pié y á caballo, los pobres y ricos se apartan de sus terminos como de los bordes de un volcan.--Por esto sin dada decia el profeta: „Los arroyos de Edom se convierten en lava, el polvo en azufre, y la tierra en betun ardiente.”--Por esto, segun observa Volney, ningun viagero visitó este país,

aunque merece serlo.--Ali-Agá y los guerreros beldemitas que escoltaban á M. de Chateaubriand en su viaje al mar Muerto rehusaron acompañarle hácia la parte limitrofe de la Arabia Idumea; se incomodaban por lo que se retardaba, le daban prisa para partir, temiendo sin cesar ser vistos y atacados. Las tentativas para penetrar en estas soledades siempre fueron desgraciadas ó inútiles. Los capitanes Irby é Mangles, aunque protegidos por un gefe de una tribu de las mas temibles, y acompañados de una comitiva numerosa, luego que con mucha dificultad llegaron á Petra se vieron obligados á desandar lo andado. Los mas animosos exploradores pagaron su noble curiosidad con la vida. Burekardt, tan intrépido como instruido, emprendió visitar la Idumea, disfrazado de árabe; los foragidos del desierto se precipitaron sobre él, y habiéndole tratado del modo mas bárbaro, le robaron todo, le dejaron en cueros, quitándole hasta los trapos que tenia en los piés porque se le habian lastimado. Si; „su país se llamará tierra de impiedad.”

Todos y cada uno de los sucesos se han verificado al pié de la letra. M. Leon de la Borde reconoció en su viage, pero á lo lejos, los restos de los edificios, contruidos en los flancos ó en la cima de las montañas, cortados en las rocas, y que inspiraban un orgullo tan grande á los príncipes de Edom. Sus pisos son de mármol ó de granito, sobre los cuales están levantadas con atrevimiento hileras de columnas; su apariencia gigantesca pasma por su carácter de audacia y fiereza; las magnificas ruinas de Palmira, los pilonos y propileos del Egipto,

1 Yefre de los Beduinos.

2 Beduino armado.

3 Beduina.



á pesar de su fama, nada son en comparacion del golpe de vista que presentan estos sitios. Entónces es cuando se sabe el origen que tiene la energía del estilo profético al pintar esta imágen. Ella proviene de la realidad. Estos magníficos vestigios respiran todavía el aire arrogante de los hombres que se creían mas que hombres, porque habitaban palacios inexpugnables, y dominaban los valles: se pensaban demasiado elevados para que pudiese alcanzarles la mano del Señor. Su mudo testimonio explica sus amenazas: „Vuestra insolencia y soberbia os han seducido, á vosotros los que habitais en los huecos de las peñas, y que procurais subir á las cimas de las montañas; aunque levantárais vuestro nido mas alto que el de las águilas, no por eso dejaré yo de tiraros abajo, dice el Señor.” Con efecto el área donde la soberbia raza de Esaú se habia establecido en lo escarpado de las montañas, está ya vacía, desierta y desolada; sus habitantes fueron arrancados de tales parages; allí moran el quebrantahuesos y el buitre, sin que nadie venga á incomodarlos.

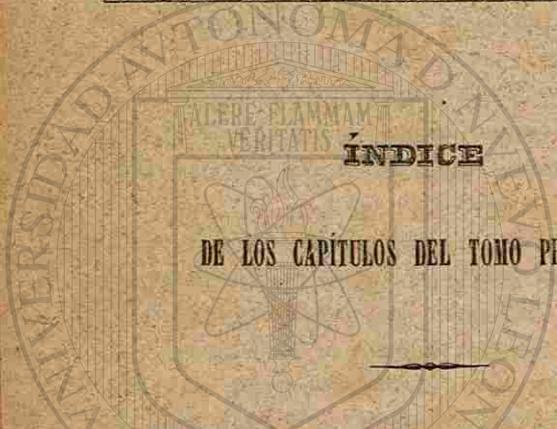
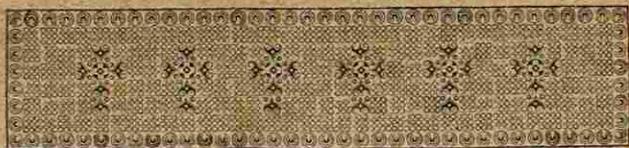
Los nómades de aquel país, además de sus instrumentos de muerte y asesinato, llevan uno singular, que ha venido á formar en algun modo entre ellos, parte de su trage; y son unas pinzas para sacar las espinas de las yerbas espinosas tan comunes en aquellos parages: „Crecerán en sus edificios espinas y ortigas; los cardos brotarán en sus fortalezas.”

Júntase al inconveniente de las plantas espinosas el peligro de las sabandijas ponzoñosas. El doctor Shaw

dice que hay allí una prodigiosa cantidad de víboras. „Ella será la guarida de las serpientes y el pasto de los avestruces.”

Rugieron los leones y sus cachorros por la Idumea; reuniéronse con los demás animales. „La misma voluntad del Señor es la que los ha reunido.” El emperador Decio hizo traer del Africa, hasta las fronteras de „la tierra de impiedad,” con el intento de inquietar á los sarracenos, bestias feroces para que se multiplicasen, y ellas infestaron el país.

De este modo vino á servirse el Altísimo de la mano del hombre, para ejecutar el castigo pronunciado contra el hombre. Si á pesar de pruebas tan incontestables como las ya dadas, todavía se atreviese á dudar del carácter divino de esta predicción una obstinacion incrédula, oíase la sobrehumana advertencia que hace al acabar el profeta y que dirige á los siglos, y cuídese de meditarla como se debe.--„¡Registrad con cuidado en el libro del Señor y leed! ¡Vereis que nada de lo que yo he anunciado, faltará; ninguna de mis palabras será vana, porque cuanto ha salido de mis labios, fué él, quien me lo inspiró!”



INDICE

DE LOS CAPITULOS DEL TOMO PRIMERO.

PROLOGO	III
Ojeada geográfica	1
Capítulo I.—Jafa	7
Capítulo II.—Ascalon	29
Capítulo III.—Rama	33
Capítulo IV.—Aldeas del Buen Ladrón, y de San Jeremías	41
Capítulo V.—Valle del Terebinto	45
Capítulo VI.—Belen	53
Capítulo VII.—Samaria y Nazareth	77
Capítulo VIII.—Caná, Tiberiades y Galilea	90
Capítulo IX.—Monte Thabor	100
Capítulo X.—Monte Gelboé.—Saul	110
Capítulo XI.—Damasco	114

Capítulo XII.—Noticias de la ciudad de Thadmor ó Palmira, edificada por Salomón	132
Capítulo XIII.—El monte Libano	150
Capítulo XIV.—Balbec	178
Capítulo XV.—Antioquía	193
Capítulo XVI.—Sidon	200
Capítulo XVII.—Tiro	205
Capítulo XVIII.—El monte Carmelo	213
Capítulo XIX.—Cesaréa	218
Capítulo XX.—Gaza	220
Capítulo XXI.—Cananeos ó Fenicios	224
Capítulo XXII.—Hebron	231
Capítulo XXIII.—Betania y desierto de S. Juan	238
Capítulo XXIV.—Desierto y convento de S. Sabá	241
Capítulo XXV.—Valle del Jordán y montañas de Arabia	246
Capítulo XXVI.—Mar Muerto	253
Capítulo XXVII.—Continúa el mar Muerto. El Río Jordán	268
Capítulo XXVIII.—Jericó	280
Suplemento.—Capítulo XXIX.—Moab é Idumea	291





NUEV
LIOTE